Pasión Extrema

Una Historia de Tres Mujeres

Historia de tres mujeres

Janet es una chica de color nacida en el Bronx de Nueva York, que sufrió abusos en su adolescencia, y que ahora lucha por abrirse paso como cantante y cumplir el sueño de ser una estrella del rock. Pero sus ilusiones pueden verse truncadas cuando una vieja pesadilla del pasado amenaza con hacerse presente.

Leslie es lesbiana, y sufre discriminación por su condición sexual, sobre todo por parte de su familia. Su amistad con Janet le traerá serios problemas, muchos de los cuales nunca hubiera imaginado que los podría llegar a tener.

Y Daphne es… mejor descúbranlo ustedes por sí mismos.

Todo se complica, más si cabe, cuando se ven envueltas en un asesinato al que después se sucederán otros. Ahí aparecerá una cuarta mujer, una abogada sin experiencia, que se enfrentará un implacable fiscal en un caso que despertará una atención mediática sin precedentes.

Tres mujeres con sus diatribas, con sus anhelos, con sus locuras… que se relacionan entre sí en un mundo que no las comprende y al que quieren conquistar haciéndose de valer. Intentando demostrar que las apariencias engañan y que nadie debe ser juzgado sin conocer lo que hay detrás. Tres personas que luchan por salir adelante jugando su propio papel, en el propio drama que es la vida.

Una historia dramática, de superación, donde el desastre acecha en cada esquina, y en la que las protagonistas deben luchar contra los obstáculos que les pone la vida, y también contra los que ellas mismas se crean. Dificultades de las que no podrán salir sin desarrollar pasión extrema, pues solo con extrema pasión es posible a veces vivir, e incluso sobrevivir.

Índice

Pasión Extrema 1
Historia de tres mujeres 2
Índice 3
PRIMERA PARTE 7
Janet 8
Ocaso de un rockero 12
Una bomba 14
Demasiado viejo para el rock & roll 16
Leslie 18
El rastrero 22
Un extraño cliente 25
Prejuicios 27
Una ilusión 32
El enfado 34
Hotel Warwick 36
Más suave 39
Composición 42
En el local de ensayos 46
Un revulsivo 51
MP4 53
Contenta 56
Pletórica 58
Daniels 60
Descargas 64
Un pálpito 68
Guerra de egos 70
Una oportunidad 74
Dos gigantes 77
Pensando 79
El criterio 83
El dilema 86
La visita a Chicago 89
SEGUNDA PARTE 93
Nervios 94
Homilía 99

Metropolitan Church 102
Hotel Shangri-La 105
Inquietud 107
Rose 110
En el bar 115
Iria 117
Lisboa 123
Celos 126
Sam 128
Una larga noche 130
Propósito de enmienda 132
Una tenue luz azulada 134
Un nuevo compositor 136
Reunión 140
Prisión 144
La hora del té 147
Un pirómano 149
Rolling Stone 151
São Paulo 153
La llama 156
TERCERA PARTE 159
El picapleitos 160
Andreas 165
Sanders 167
Interrogatorio 169
Paranoia 173
Entre la espada y la pared 176
Maniobra de distracción 178
Hale Crown 180
Perspicacia 184
Los dispositivos 186
El vecino del quinto 188
El honorable señor Simpson 190
Emplear las vísceras 197
Murmullos 200
Crecimiento exponencial 204

Creatividad 206
CUARTA PARTE 207
Huntley Union 208
El anzuelo 210
Derrapando 212
Hotel Memphis 214
Camino de Oregón 216
Susan 218
Llegada a la Comunidad 220
Julius 223
Preparación para la ceremonia 224
Una mujer con ojos azules 226
Miriam 228
Capitán Holder 230
Ayahuasca 232
Doctor Hammer 233
El Salón de la Luna 235
La huida 236
Colton 237
Confesión 239
QUINTA PARTE 242
Obligaciones del gobernador 243
Presentación 246
Terco como una mula 250
Una enfermedad mental 257
Kevin 261
Miriam 263
La justiciera 265
El show de Maggie Relly 267
Publicidad 274
Karen 275
Alegatos 279
La hora del baño 282
El martillazo final 285
Pasión Extrema 287
EPÍLOGO 288

Generosidad 289
Amor 291
Nota del autor 293

PRIMERA PARTE

Janet

Eran las seis de la tarde, y hacía ya tiempo que el sol se había puesto en la ciudad de los Grandes Lagos. El día había sido gélido, y el astro rey había brillado de forma tenue, oculto la mayor parte del tiempo por plomizas nubes que descargaron una lluvia intermitente, fina y fría.

Janet había salido tarde de su casa, pues había tenido una discusión con la casera; la mujer se acercó a ella justo cuando estaba cerrando la puerta del apartamento, y eso le entretuvo más de la cuenta. Sin embargo, a pesar de que iba a llegar tarde al trabajo, andaba de forma desganada, como la misma lluvia que no terminaba de decidirse y solo caía de forma tímida y fugaz.

Debería apresurarse si no quería tener otra discusión esta vez con su jefe, quien ya le había advertido que esos retrasos no podían continuar. Pero no aceleró el paso, a pesar de que le había parecido que alguien la seguía. «Lo que tenga que ser, será», se dijo. «Ya estoy harta de estar siempre huyendo».

Dejó aparcado el miedo por un instante, y se concentró en el momento presente, tal y como le había enseñado Bob, su compañero. O, mejor dicho, su excompañero, pues al pobre hombre le habían despedido solo unos días atrás. El viejo no soportaría el hecho de volver a quedarse sin trabajo, y probablemente la bebida acabaría con él en poco tiempo. Una pena, porque lo cierto era que no había conocido a otro músico que tocase tan bien la batería como él... cuando estaba sobrio.

El caso es que dejó de pensar en esa desgracia, pues ese era otro pensamiento negativo que debía evitar. Además, esa tarde conocería a su sustituto, que al parecer era otro baterista fabuloso, según su jefe. Ese era un pensamiento positivo en el que intentó regocijarse, pues no había nada mejor en el mundo que cantar rodeada de buenos músicos.

Pero fue en vano. Casi de inmediato su mente derivó hacia la discusión con la casera. La mujer tenía razón: le debía dos meses de renta, y apenas había conseguido reunir el dinero de uno, con las escasas propinas que recibía en el bar. Unas propinas, sus ahorros, que se esfumaron cuando tuvo que pagar la fianza de su hermano para que pudiera salir de la cárcel. Ya lo había hecho otras veces, y se juró a sí misma que aquella sería la última vez que lo haría. De nada servía, se dijo, pues a buen seguro que en poco tiempo volvería a entrar en prisión, por cualquier otra causa. Un dinero que tenía reservado para pagarse la matrícula en una academia de solfeo en la que ya se había inscrito, y que tendría que posponer, a saber por cuanto tiempo.

El viento, que hasta ese momento también se había comportado de forma tímida, esta vez arreció con fuerza, y la lluvia comenzó a hacerse sentir de forma más intensa. Un motivo más, desde luego, para acelerar el paso, pero de nuevo se resistió a hacerlo. Y eso era algo impensable solo unos años atrás, cuando actuó por primera vez ante algo que podría denominarse "un público". Aquella vez fue en un garito mucho peor que en el que cantaba ahora, y había sido recomendada por su maestra, la sin par cantante Linda McRae, ya retirada. «Es mi mejor alumna», les dijo, y no se equivocaba.

Recordó la ilusión, las ganas, los nervios, el deseo de agradar a aquella audiencia de negros pobres pero expertos y curtidos en decenios de arrastrar sus pellejos por todos los bares de la costa Este y Oeste, actuando en los mejores y también en los peores locales donde se tocaba el Jazz, el Blues y el Soul.

No les defraudó, desde luego, pero aquellos grandes sabios no pudieron hacer nada para conseguirle un contrato medianamente serio, y se tuvo que resignar a, como ellos, actuar en tugurios, en antros, en garitos de mala muerte donde lo que menos se admiraba de ella era su magnífica voz.

Ya estaba cerca de llegar al bar donde ahora cantaba. Un bar ubicado en los bajos fondos de Chicago, donde además de cantar también servía copas y bebidas a una audiencia mayoritariamente negra donde se dejaba caer de vez en cuando algún despistado melómano que oía la música desde la calle.

Su esperanza era que alguno de esos transeúntes la descubriera, la recomendase, la sacara de aquella vida gris en la que se consumía, a pesar de que, en teoría estaba haciendo lo que más le gustaba, que era cantar.

Había visto en múltiples ocasiones a chicas con capacidades vocales inferiores a las suyas que habían triunfado. Sus perfiles en las redes sociales explotaron en un momento dado, y pasaron del anonimato a la fama en cuestión de días o semanas. ¿Por qué a ella no le pasaba lo mismo?, se preguntaba una y otra vez. «Es por el dinero, pequeña», le había dicho Bob. «El vil metal rige en todos los ámbitos, y las redes sociales no son una excepción».

—Pero, ¿tú que sabrás de eso, viejo borracho? —le respondía. Aquel hombre no tenía ni siquiera teléfono móvil, y ya quería saber las razones del éxito en los últimos medios de comunicación de masas.

—No sé nada de eso que llamáis «Facebook» o «Youtube», pero este viejo que contemplas ha vivido mucho, y los tiempos no cambian. Los tiempos no cambian ni las personas tampoco, a pesar de que parezca lo contrario.

—Las redes son oportunidades, Bob. Ahora ya no hace falta que alguien tenga una recomendación o un «padrino» para subir a lo más alto.

—¿Ah no? Entonces, ¿por qué a ti no te ha llamado nadie? Eres lo suficientemente buena…

—Porque en las redes hay mucho ruido, ¡viejo idiota! —la confianza que tenía con él le permitía insultarle sin que el otro se ofendiera—. Hay miles de chicas que hacen lo que yo, que cantan, que suben videos… Algunas son buenas, pero la mayoría son malas, muy malas. Hoy cualquier inútil puede grabar un video y comprarse un micrófono de alta fidelidad y mostrarse allí. Y mis actuaciones no están entre las primeras, cuando alguien las busca. No tengo seguidores suficientes y…

—Los tendrías si pagaras. Estarías en los primeros puestos… si pagaras. Es lo que hacen los demás.

—No —afirmó, categóricamente—. Hay quien no ha puesto un centavo, y está ahora en lo más alto.

—Habrán tenido suerte.

—¡Claro que han tenido suerte! Lo hicieron cuando las redes acababan de nacer y todavía no había mucha gente que subiera cosas. O dio la casualidad de que se cruzaron con alguien que…

—Tuvieron suerte, pequeña. Es lo que te digo. Pero los tiempos son los mismos, no hay nada nuevo bajo el sol. Antes porque no había medios, y ahora porque sobran medios y sobra gente. El dinero… El dinero es la clave de todo. Si tú pagas, tus videos saldrán en los primeros puestos. ¿A que sí? Y entonces tendrás seguidores, porque te verán más, y eso es un círculo vicioso que se retroalimenta, y entonces subirás como la espuma. ¿Es que no te das cuenta? No hace falta saber usar eso para comprender cómo funciona. El mundo siempre ha sido así.

El viejo tenía razón, y lo peor de todo era que ella no tenía dinero. Debía dos mensualidades a la casera, y el salario en el bar era tan bajo que casi no le llegaba para mantenerse. Solo las propinas podían salvarla, y estas no se daban por cantar bien, sino por mostrarse «sexy». «Oh, sí», se dijo; «alguna vez he recibido algunos billetes al servir alguna bebida a alguien que alabó mi voz, pero no suele ser lo habitual…»

Solo había que ver el tipo de clientes que tenía aquel local: casi siempre hombres solos de mediana edad, intercalados con alguna otra pareja de la zona que paraba por allí a cenar, y que visitaban el garito para disfrutar de una tarde de buena música. Parejas que, lamentablemente, no eran las más espléndidas a la hora de aflojar el bolsillo.

Una pena que hubiera tenido que abandonar el último sitio donde estuvo. Aquel era un local de mucha más clase, donde era presentada como artista, y donde no tenía que trabajar además de camarera.

Pero tuvo miedo, y se marchó de aquella ciudad. Se marchó y no pudo encontrar nada semejante, a pesar de su valía. Finalmente, después de probar en muchos sitios, la necesidad le hizo recalar en el Charly's, el lugar en el que trabajaba ahora.

Al evocar las razones por las que se fue de allí, volvió a pensar en su posible perseguidor, al que, a pesar de todo no había perdido la pista, como tampoco él parecía haberla perdido. Parecía seguirla desde la distancia, y se paraba cuando ella lo hacía. O al menos eso le daba la impresión. No sería la primera vez que todo era una falsa alarma, y esta vez se armó de valor y se dispuso a comprobarlo. Lo último que deseaba era que él supiese donde trabajaba, pues entonces tendría que hacer lo mismo que la otra vez: volar.

Llegó a la puerta de un pequeño centro comercial que se hallaba a solo dos manzanas del bar, y se detuvo como si hubiera quedado con alguien allí. Entonces miró fijamente a quién creía que era su perseguidor, y para su sorpresa y pánico, se paró también en la misma zona. No se le veía la cara, pues llevaba tapado el rostro con las

solapas de su gabardina y un gran sombrero de alas caídas que le guarecía de la lluvia. Parecía él. Su compostura y su forma de andar, las manos en los bolsillos…

El corazón comenzó a latirle fuertemente, y se sintió paralizada. De nada había servido la determinación que había tenido hacía solo unos minutos de dejar de huir. Ahora deseaba salir corriendo de allí, y cuanto antes mejor. Pero sin duda alguna el hombre la habría alcanzado. Entonces se planteó entrar en el centro comercial y buscar si tenía alguna puerta trasera, o al menos refugiarse allí mientras llamaba a la policía. Estaba a punto de hacerlo cuando en ese momento una mujer blanca se acercó al hombre y le dio un beso. Entonces le vio la cara: no era él. Ni siquiera era negro.

Janet dejó escapar un gran suspiro de alivio, y se concentró en respirar de forma más sosegada para que su corazón no se le saliera del pecho. Después de algunos instantes, se tranquilizó un tanto, y tras volver a mirar hacia el lugar por donde había venido, y comprobar que no había nadie más, procedió a salir de allí. Había sido otra falsa alarma, afortunadamente.

Fue entonces cuando miró la hora en su teléfono móvil. Iba a llegar más de media hora tarde a su trabajo, y el resto de los músicos ya habrían comenzado a tocar temas instrumentales, pues su otra compañera que también cantaba no llegaría hasta las siete. Su jefe le echaría una buena bronca sin lugar a duda, pero no le importó demasiado.

La lluvia arreciaba ahora fuertemente, y entonces sí se apresuró a recorrer los escasos metros que le separaban del local, y entró, por fin, como si nada hubiera pasado, intentando sonreír a un jefe que la miraba con cara de perdonarle la vida.

—Hola —le dijo de forma escueta, mientras se daba la vuelta y cambiaba su semblante. A continuación, entró en el camerino, que en realidad era un almacén de bebidas, y se quitó la ropa que llevaba para embutirse en el uniforme de camarera-cantante sexy.

Ocaso de un rockero

Semanario New Musical Express, 15 de abril de 2015

Lawrence Ayers está en horas bajas. Natural de Chicago, el que fuera el guitarrista de Homestead y posteriormente de Hazelnut, no está atravesando su mejor momento. Se rumorea que los problemas familiares que arrastra desde hace algunos años le están pasando factura, y eso unido a su edad, hace que probablemente su salida de la banda británica sea inminente.

Ya aventuramos algo así en este mismo medio, cuando el verano pasado se unió a la gira de Hazelnut el joven guitarrista Lee Mardsen. Lo que en principio iba a ser un complemento del músico de Chicago, pronto se vio que el complemento era el propio Lawrence. La frescura, la velocidad, la agresividad sobre el escenario del joven Mardsen eclipsó totalmente al veterano guitarrista, que enseguida se dio cuenta de que sobraba en este grupo liderado por Helmut Murray.

A fecha de hoy no hay nada oficial al respecto, pero todo apunta a que saldrá de la banda en los próximos días.

Ayers entró a formar parte del grupo en 2005, cuando el británico Ruddy Norfolk salió de Hazelnut para formar Thertonball. Como todos nuestros lectores saben, la rivalidad de Murray con el que había sido el icónico guitarrista de la banda hasta esa fecha, hizo saltar por los aires la unidad del conjunto y este estuvo a punto de romperse. La competencia entre el cantante y el guitarrista por alzarse con el liderato del grupo se saldó a favor del primero, y este retuvo a todos los músicos para buscar un nuevo guitarrista que resultó ser Lawrence Ayers.

Murray buscaba a alguien dócil, sumiso, que aceptase sus imposiciones sin rechistar, y cómo no, que fuera un buen profesional con la guitarra. Tan bueno como Ruddy Norfolk, o al menos que se le pareciera. Y el músico de Chicago pareció encajar con lo que estaban buscando.

Efectivamente, Lawrence se mostró como un guitarrista competente, aunque sin habilidades compositoras para no hacer sombra al cantante, y solvente sobre el escenario. Tras el bache que sufrió la banda por aquel choque de trenes, el grupo remontó, y Murray hizo y deshizo a voluntad sin tener que estar siempre justificándose ante su guitarrista. Todos tenemos en nuestra memoria los fabulosos álbumes «Cry of a Beast», «Tears of Babel», o «Electric Blue», entre otros.

Pero lo cierto es que Ayers no pudo evitar tener siempre la sombra de aquel a quien sustituyó. Siempre se le comparó con Ruddy Norfolk, y finalmente eso le ha pasado factura. A pesar de que, como decimos, es un buen guitarrista, lamentamos decir que no llega al nivel de aquel. El inglés es delirio, velocidad, frenesí, locura sobre el escenario, mientras que el americano es principalmente mesura y efectividad. Valores que hoy en día no están de moda precisamente, y en cuanto que ha aparecido Lee Mardsen le ha comido el terreno.

Veremos a ver cómo se desempeña Murray con esta joven promesa, no sea que le pase lo mismo que le ocurrió diez años atrás. Aunque ahora hay una diferencia de edad que juega a favor del cantante. Este es el líder absoluto y consolidado en la banda, y además quince años mayor. A sus cuarenta años, el inglés de ascendencia alemana que es Helmut, está en plena forma y nadie osa rechistarle. Su mera presencia impone sobre el escenario, y es aclamado y venerado por hordas de fans que le consideran poco menos que un ídolo, un dios del rock como ningún otro en el panorama musical actual. Tan sólo tiene por delante a sus eternos rivales de Thertonball, donde el propio Norfolk y el cantante Adam White son los que hoy por hoy copan los números uno en casi todas las listas.

Dos bandas que se disputan el olimpo del rock, sin perspectivas a corto plazo de que nadie les haga sombra. Pero veremos a ver qué pasa con la pujanza de las nuevas promesas como Mardsen, que están dando un nuevo impulso al panorama musical internacional. Porque, a decir verdad, tanto Hazelnut como Thertonball tienen músicos que ya van entrando en edad, y en el mundo del espectáculo eso es algo que no se perdona. Y Lawrence Ayers, con sus cincuenta años cumplidos, ha sido la primera víctima.

Una bomba

Cuando la batería hizo el último redoble y la guitarra eléctrica vibró acompañándolo con su eco, ella colocó el micrófono en el pedestal metálico. Se oyeron en el bar algunos débiles aplausos, más bien fríos, de pura deferencia, que Janet agradeció con el mismo tono de cortés frialdad:

—Gracias.

Bajó del estrado mientras una de sus compañeras subía a él por el otro lado, y se puso el delantal de servicio, que recogió de donde lo había dejado antes de interpretar aquellas dos canciones. Entonces contempló su bloc de pedidos, y se dirigió hacia la barra. Fue entonces cuando alguien la llamó:

—Eh, Janet, ¿qué haces cuando sales de este antro?

La dirección prohibía a las chicas responder groseramente a los clientes, aunque estos fueran groseros con ellas. Sin embargo, concedía un amplio margen para la ironía y para el sarcasmo.

—A las doce me convierto en princesa, pero no necesito ninguna rata como paje, aunque me muera por serlo.

La carcajada del cliente la acompañó durante un momento hasta la barra mientras se alejaba, aunque no llegó hasta la misma. Se sintió detenida por una mano que, en la oscuridad, agarraba uno de sus brazos. Se libró de la sujeción con un gesto violento, mientras se volvía a mirar quién estaba detrás, temiéndose lo peor.

—Vamos, nena, con ese estilo de gata arisca no llegarás a ninguna parte.

—Me basta con llegar a mi casa cada noche —respondió, algo aliviada, al comprobar por la voz que era un cliente que ya había ido por allí otras veces.

—¿Dónde vives, muñeca?

El tipo salió de la zona de penumbra. Era un hombre negro, como ella, y lucía un sombrero caro y botas relucientes. Se imaginó que el gran coche que estaba aparcado fuera sería suyo.

—¿Le sirvo algo de beber? —preguntó.

El hombre sacó un fajo de billetes doblados y agarrados con una pinza de plata. Apartó uno de cincuenta dólares con parsimonia, y lo dejó caer en el bolsillo del delantal de la chica, que lo agarró antes de que desapareciera en el interior.

—Tráeme algo fuerte, y quédate con el cambio. Me gusta como cantas.

Se alejó por segunda vez en dirección a la barra. La compañera que le había sustituido sobre el escenario interpretaba de forma poco afortunada una versión de la canción «Fires at Midnight» de Blackmore's Night. Sin embargo, los que la oían o fingían oírla mientras la miraban no llegaban a diferenciar una buena voz como la de Janet, de una mala, la pésima voz que ahora escuchaban.

—Sonríe. Al jefe le gusta que sonriamos, ¿recuerdas? —le insinuó su compañera detrás de la barra.

Puso el billete de cincuenta sobre el mostrador y esbozó una mueca con pretensiones de sonrisa. La chica de la barra se encogió de hombros y esperó a que Janet hiciera el pedido.

—Dame una bomba.

—¿Qué?

—El tipo ese, del fondo —dijo, mirando hacia el cliente—. Ha pedido algo fuerte.

La chica suspiró de forma ruidosa y añadió:

—Durarás poco aquí, Janet. De hecho, me maravilla que no te hayas ido ya.

—Si tuviera el dinero suficiente me habría largado, te lo aseguro.

—Tú eres cantante, ¿verdad? Quiero decir, que lo haces bien, y no es una casualidad.

¿Era una cantante? Estaba segura de que sí, aunque a veces también lo dudaba. Tenía solo veintitrés años, y parecía que hubiese pasado una eternidad desde que se había ido de su casa en el Bronx. Había estado rodando por el mundo, actuando en pequeños garitos a lo largo del país, hasta que recaló en aquel infecto bar de Chicago.

—Intento sobrevivir —dijo sin demasiada convicción—, y de paso espero que un día alguien me descubra. Así es como se escriben las grandes vidas, ¿no?

La chica le sirvió una ginebra con cerveza y vodka, y depositó el cambio de los cincuenta dólares sobre la bandeja.

—Si no revienta, puede que aun salves la noche —insinuó.

—Si no revienta, puede que mañana no le queden ganas de volver —dijo Janet, para a continuación regresar a la mesa donde le esperaba su cliente. En realidad, estaba más preocupada sobre la forma como reventaba la canción su compañera sobre el escenario, que sobre lo que le iba a hacer a aquel tipo si se atrevía a ponerle la mano encima.

Demasiado viejo para el rock & roll

El viejo rockero llevaba el pelo demasiado largo.
Llevaba los puños del pantalón demasiado apretados:
pasados de moda hasta el final.
Mientras bebía su cerveza, volaban los sueños del ayer,
profetas de la perdición.
Ahora es demasiado viejo para el rock and roll,
pero es demasiado joven para morir.
Sí, es demasiado viejo para el rock and roll,
pero es demasiado joven para morir.
Y mientras vuela, lágrimas en sus ojos.
Sus palabras azotadas por el viento hacen eco en la toma final,
y llega a la carretera principal a toda velocidad,
sin espacio para frenar.
Él era demasiado viejo para el rock and roll,
pero era demasiado joven para morir.
No, nunca se es demasiado viejo para el rock and roll
Si se es demasiado joven para morir.

Lawrence Ayers regresaba a su casa por la autopista, mientras en su aparato de música sonaba la famosa canción de Jethro Tull: «Too Old To Rock & Roll, Too Young To Die».

Él había escuchado ese tema desde su juventud, cuando el célebre grupo escocés lo sacó al mercado a mediados de los años setenta. Se veía reflejado en ese viejo rockero, que como decía la canción, era demasiado viejo para el rock, pero era demasiado joven para morir.

Venía de ver a Terry Andrews, quien había sido su mánager hasta que le echaron, y el que seguía siendo todavía el mánager de Hazelnut, su banda de los últimos años.

Su mujer le había dicho que no tuviera más tratos con él, pues tuvo buena culpa de su despido. La hizo caso durante un tiempo, desde luego, pero la situación había llegado a un punto en el que no le quedaba más remedio que rebajarse.

«No es nada personal, Lawrence. Son solo negocios, como bien sabes: no creo que te descubra nada que no sepas. Yo solo me muevo por dinero, y ese chico me garantiza más ingresos que tú».

Es lo había dicho en su día el mánager, refiriéndose a Lee Mardsen. Unas palabras que resonaban todavía en sus oídos, aunque había pasado ya tiempo desde aquella conversación. No le guardaba ningún rencor al muchacho, a pesar de todo. Él se estaba buscando su porvenir, igual que lo había hecho él treinta años atrás. El problema había sido Helmut, desde luego. El alemán le respetó mientras le fue útil, y ahora simplemente había dejado de serlo.

Mientras sonaban los últimos acordes de aquella canción, pensó en lo que ahora le había dicho el mánager. No le gustaba nada tocar con aquella gente, pero quizás no tuviera otro remedio si no quería jubilarse tan pronto. «Creo que te debemos una, Lawrence, y me alegro de que hayas vuelto conmigo», le dijo Terry en cuanto le vio entrar por la puerta de su lujoso despacho en la mejor zona de Chicago.

Sí, quizás no tuviera más remedio que tocar con aquella banda de tercera clase, pues siempre era mejor eso que no hacer lo que decía aquella canción; que no hacer lo que en ese momento cantaba el vocalista de Jethro Tull, y que no era otra cosa que acelerar el coche sin espacio para frenar.

Leslie

—¿No te marchas?

Eran altas horas de la madrugada y el local ya había cerrado. Las chicas estaban terminando de recoger sus cosas y ordenar la barra y las mesas, mientras Janet bebía un bourbon en la mesa del fondo, la que era su favorita. Se había dirigido a ella Leslie, la nueva chica que había sustituido en la batería a Bob, quien anteriormente la tocaba. Era una mujer blanca y delgada, de pelo oscuro, liso y largo, que llevaba unos estrechos pantalones vaqueros que sin embargo no realzaban mucho su figura por ser demasiado recta. Se acercó a Janet andando a grandes zancadas, aunque sin demasiada prisa, y algo desgarbada.

—Sí, supongo que debería irme, pero no me apetece llegar a casa tan pronto.

—¿Tan pronto? Son las cuatro de la madrugada… ¿Janet? Creo que ese era tu nombre, ¿verdad?

—Sí, Janet, Janet Arley… Leslie, era el tuyo, ¿no es así? —preguntó, mientras la otra chica asentía—. Hoy no tengo sueño. Soy como los búhos, un ave nocturna, ya lo ves.

—¿Puedo sentarme?

—Desde luego. Tienes tanto derecho a estar aquí como yo. Lo que no me explico es que hace una chica blanca como tú en este local para negros. Y además tocando la batería…

—Que es una cosa de hombres —completó la recién sentada.

—Bueno, yo no diría eso, pero…

—Sí, Janet, cada una es como es, y a mí me gusta la batería, ¡qué se le va a hacer! No suele haber chicas tocando los bombos y las cajas, pero yo soy una chica… especial… Supongo que como tú ¿verdad?

—¿Especial? ¿Cómo de especial?

Leslie se quedó mirando fijamente a su interlocutora. La luz de un faro halógeno se reflejaba en una de sus rastas, que estaba atada con un aro metálico, y emitía destellos en todas direcciones. Las negras no eran las mujeres que le gustaban, pero aquella chica le impresionó. Tenía una voz desgarrada y potente y unas curvas de vértigo, y no pudo evitar intentar echar la caña. Sin embargo, el pez no parecía haber picado.

—Me refiero, a que algo gordo debió pasar en tu vida, si una cantante tan buena como tú se dedica a trabajar en un sitio como este —le dijo, disimulando.

—Gracias por el cumplido, Leslie. Pero el caso es que mi padre no me trató bien, y hace ya muchos años que salí de mi casa. Me gano la vida… como puedo. ¿Y tú?

—Pues en eso coincidimos, Janet. Ya sabía yo que tú eras especial. A mí me pasó lo mismo.

—¿También abusaron de ti?

—Bueno, no exactamente… verás… mis padres son fanáticos religiosos…, y me pillaron en la cama…

—Con un chico —completó la mujer de color.

—Peor. Con una chica.

—¡Ah! Pero… eres…

—Sí. ¿Y tú?

—No… yo no —respondió Janet, algo avergonzada.

—Bueno, nadie es perfecto. Podemos ser amigas, de todas maneras.

—Jajá —rio la otra— con esa frase termina la película "Con faldas y a lo loco".

—¿Te gusta Billy Wilder?

—Ya lo creo, me encantan sus películas. Son de la época de mis padres, pero yo soy un poco chapada a la antigua, a pesar de todo.

—A mí también me gustan. Sobre todo, Ninotchka y Sabrina. Son mis preferidas. Soy fan de Greta Garbo y Audrey Hepburn, ya sabes.

—Sí, sí, ya veo por donde vas. Oye, pero, —siguió Janet— ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?

—Jajá, creo que ese es el nombre de otra película o de una canción, ¿verdad?

—Creo que es una canción de Burning, una banda de rock española.

—¿Te gusta el rock español?

—Pues sí. Ya ves que soy una chica especial, aunque no tan especial como tú.

—Bueno, cada una es especial… a su manera. Creo que vamos a ser muy buenas amigas, Janet Arley.

—Yo creo que sí, Leslie…

—Leslie Ayers —completó.

—¿Ayers? No serás hija de…

—Sobrina, más exactamente. Soy la sobrina de Lawrence Ayers. ¿Le conoces?

—¡Claro! El guitarrista de Hazelnut…

—Exguitarrista.

—Para mí siempre será el auténtico. Ese chico nuevo… muy rápido, muy espectacular… pero no le pone el sentimiento que tiene que poner. El que ponía tu tío. La música rock es algo más que velocidad, y el nuevo álbum de Hazelnut no me gusta nada.

—A mí tampoco me gusta. Pero ya ves, ahora es lo que se lleva, lo que vende.

—Oye, y entonces tu tío, ¿qué hace ahora? ¿En qué está metido?

—No lo sé. Creo que está sin hacer nada, pero poco más.

—¿No tratas con él?

—Sí, de vez en cuando nos vemos, pero el problema es que no me cae bien su mujer. Es otra fanática religiosa, como mis padres.

—No sabía esa faceta de tu tío…

—Mi tío no es como ellos. Es cristiano, sí, pero no es un fanático.

—Pero, oye, si tu tío es quién es… ¿qué haces tú tocando en este antro? No tocas nada mal… Seguro que él podría conseguirte un trabajo mejor. Tiene que tener muchos contactos.

—No quiero pedirle el favor, Janet. Lo que yo consiga tendrá que ser por mis propios méritos, y no por enchufe. No sé si me entiendes.

—Te entiendo perfectamente. Yo también soy un poco como tú. Llevo cantando ya mucho tiempo, y si te digo la verdad he tenido oportunidades y algunas buenas. Pero la mayoría pasaban por acostarme con alguien a cambio de una recomendación, y a eso no estoy dispuesta. Sé que hay mucha gente por ahí que lo hace, y más en este mundo de la música, pero yo no soy así. Antes que eso prefiero seguir cantando en tugurios como este el resto de mi vida.

—Algo parecido me ha pasado a mí. Sólo que en mi caso el asco sería todavía mayor. Y respecto a mi tío, es lo que te digo, alguna vez me ha sugerido a alguien, quiero decir, me ha dicho a donde ir sin parecer que voy de su parte, pero no ha cuajado.

—¿No?

—No, por lo de siempre. Por los dichosos prejuicios.

—Por ser lesbiana…

—No, como ves, si yo no digo nada, no se nota. Llevo el pelo largo, la ropa ajustada, es el atuendo rockero clásico. Pero no quieren chicas para ese oficio. Para cantar… quizás para tocar la guitarra… Pero no para la batería.

—Es una pena… Alguien con tu valía…

—Y con la tuya, Janet. También es una pena que tú estés cantando en estos tugurios mientras viejos babosos valoran todas las partes de tu cuerpo menos tus cuerdas vocales.

—Si tu tío pudiera… —replicó Janet, sin dejar de pensar en la oportunidad que se le ofrecía.

—Yo podría hablar con él, claro, aunque si te soy franca, él no está pasando por su mejor momento. Además, está el obstáculo de mi tía, como te digo.

—Me encantaría conocerle.

—Pues eso está hecho, Janet. Si quieres un día, cuando no esté su mujer, vamos a su casa y te lo presento.

El rastrero

—¿Te ha conseguido algo ese rastrero?

Daphne se encontraba semi tumbada en el sofá de su casa, aquel piso en el que habían tenido que marcharse a vivir tras tener que vender la lujosa mansión en la que habitaban antes de que a su marido le despidieran. Cuando el rockero entró, estaba hojeando de forma casual una revista de moda de la que apenas quitó los ojos, salvo para mirar al postre que se estaba tomando. Quién había sido años atrás una espectacular belleza, ahora desparramaba sus carnes fofas entre los cojines de aquel *chaise longue* de tres plazas, mientras apuraba con la cuchara los últimos vestigios de aquel helado de chocolate.

—Algo, sí —respondió Lawrence, quitándose la chaqueta, y sin apenas mirar a su mujer. Ella continuaba chupando las paredes de aquella tarrina, mientras su marido llegaba hasta el mueble bar y se servía un whisky. Mientras alojaba un par de hielos sobre el vaso, miró hacia Daphne y se preguntó de qué talante estaría hoy. La había dejado durmiendo sobre la cama cuando se marchó temprano, y en parte se sorprendió al verla ya levantada, a pesar de que era casi el mediodía.

—¿Cuál es el grupo? —preguntó, dejando la tarrina completamente limpia sobre la mesita que tenía a su derecha, al lado de la revista.

—No los conoces.

—Prueba.

—Huntersmith.

La mujer miró hacia el hombre como intentando procesar la información que acababa de recibir. Tras unos segundos, miró hacia la misma mesa y tomó el mando a distancia para encender el televisor. —Ni idea. No había oído ese nombre en mi vida.

—Si te soy sincero, yo tampoco.

—¿En serio?

—Al parecer son un grupo de Los Ángeles. Heavy metal, del más duro.

—Y, ¿tendrías una participación en el grupo? O… ¿serías un asalariado?

—Obviamente, tendría una participación.

—¿Obviamente?

—No puedo aceptar menos, Daphne.

—¿Y por qué? Si el sueldo es bueno, ¿por qué no? Estoy segura que con tu presencia te podrían dar un sueldo fijo… más un variable, lógicamente. Si el grupo va mal, a ti no te afectaría.

—Claro, pero si el grupo va bien, estaría perdiendo dinero. ¿No lo entiendes?

—No, ¡no lo entiendo, Lawrie! —gritó, en una de sus habituales salidas de tono. Estaba comenzando a ensañarse con el mando a distancia, que no conseguía encender el televisor. Probablemente las pilas estarían gastadas, y lo arrojó con furia contra la parte delantera del sofá. —¿Es que no lo comprendes? Necesitamos un sueldo fijo, querido. Un sueldo fijo con el que asegurarnos que vamos a poder seguir pagando todas las deudas que tenemos, antes de que nos embarguen este piso también.

—Pero Daph… No hay quién te entienda… —suspiró, tras apurarse un buen trago de aquel whisky—. Tú misma ayer me dijiste que no debía aceptar otra cosa que no fuera una participación en el grupo, para así poder tener acceso a todos los beneficios y…

—No —lo mejor es un sueldo fijo más una participación. Así tenemos todo asegurado, pase lo que pase. ¿Es que no lo entiendes?

—¡Claro que lo entiendo! —se exasperó, para luego continuar más suave. En realidad, su mujer no tenía la culpa de sufrir una depresión bipolar—. Vamos a ver, querida, por muy bueno que yo sea… —que lo eres—, añadió ella. —Por muy bueno que yo sea, nadie puede aceptar que un miembro de la banda se lleve todos los beneficios, o casi todos, ya que…

—¡Pero vamos a ver! ¡Se van a forrar de todas maneras! ¡Contigo en el grupo sus ingresos se van a multiplicar por diez!

—Eso estaría por verse, Daphne. Son gente muy joven. Al que menos, le saco más de veinte años. Sus aficionados son adolescentes imberbes, y no sé si tolerarían bien tener un guitarrista de cincuenta años entre sus ídolos.

—¿No sabes si lo tolerarían? ¿Es que no lo saben?

—No saben… ¿El qué?

—Vamos a ver, Lawrie, ¿te han acepado, o no te han aceptado? Me vuelves loca, querido…

—Eso antes me lo decías de otra manera, y en otras circunstancias —se lamentó.

La mujer sonrió y se levantó, acercándose a él y agarrándole de la cintura, para a continuación darle un profundo beso.

—Perdóname… Sé que estoy un poco impertinente últimamente. No debería exigirte tanto, con todo lo que has hecho por mí —susurró a su oído, mientras sus ojos azules se clavaban en los grises del hombre. Parecía que volvía a ser la de siempre, aunque solo fuera un momento. —Pero dime —continuó, separándose—. ¿Ellos están dispuestos a aceptarte en su grupo?

—Sí, sí que lo están. Terry lleva tiempo buscándoles a alguien, y en cuanto sugirió mi nombre ni se lo pensaron.

—¡Ah! Pues entonces… ¡Fantástico! —exclamó, como si le acabara de tocar la lotería.

—El problema es que, quién no quiere unirse a ese grupo soy yo.

—¿Cómo? Pero… es por el tipo de música… ¿O qué?

—No, no es por eso.

—¿Entonces? —preguntó perpleja, separándose de él. Su expresión pasó en un instante del júbilo a la decepción iracunda.

—Es un grupo de tercera clase, Daphne. Yo no puedo pasar de tocar con una de las mejores bandas del mundo, a dar conciertos con esa gente.

—Pero el dinero…

—El dinero ya vendrá, Daph. ¡Ya vendrá! Pero si me voy con ellos… No podré aspirar nunca a nada más. Eso es lo que pasa, cariño. Si me conformo con eso… Olvídate ya de poder estar en una banda…

—Como tú te mereces —completó, cambiando su expresión a otra más afable.

—Exactamente. Creo que todavía tengo la fuerza y el empuje suficiente para hacer grandes cosas. Mira los Rolling Stones, o los AC/DC… sus miembros tienen más de setenta años, y ahí siguen, en primera línea.

—Claro que sí, cariño. ¡Claro que sí! Y yo estoy segura de que harás todas esas cosas —afirmó, mientras le volvía a abrazar y a besar con pasión.

Un extraño cliente

El hombre no paraba de mirarla, y eso no era lo anormal. Que fuera blanco también era raro en aquel bar para negros, aunque alguno se dejaba caer por allí de vez en cuando. Tampoco era extraño que, cuando ella terminó su canción y se marchó a servir una bebida en la mesa de al lado, aquel extraño tipo siguiera mirándola, y sin decirle nada. Así que se decidió a pasar a la acción.

—¿Necesita algo más, caballero? —preguntó, casi desafiante, con los brazos en jarra. El hombre tenía casi apurado el vaso que alguna compañera le había servido previamente, y la pregunta era procedente. Sin embargo, él seguía mirándola, y sin abrir la boca—. Si no va beber nada más, le agradecería que abandonase el local. Están todas las mesas ocupadas, y hay gente que busca sentarse.

Entonces fue cuando el hombre extrajo del bolsillo interior de su chaqueta una tarjeta de visita. Allí se podía leer "Tony Caronte – Gerente, CBS Records".

Janet se quedó estupefacta, y no sabía cómo reaccionar. El corazón comenzó a latirle deprisa, y se imaginó que aquel hombre había venido allí para verla cantar, quizás para contratarla o ficharla para su discográfica. «¡Claro!, por eso me miraba tanto…»

Finalmente fue él quien dijo:

—Señorita, su voz es impresionante. Si me lo permite, yo podría hacer algo por usted.

Desde luego, aquel no era el tono habitual de los clientes «pesados», que normalmente solían ser menos educados y hasta soeces. La chica comenzó a ponerse muy nerviosa, y de haber llevado en ese momento una bandeja, es posible que se le hubiera caído al suelo.

—Me gustaría hablar con usted en un lugar más tranquilo. En este local hay mucho ruido y…

—Las mañanas las tengo libres, cualquier día yo podría…

—¿A qué hora termina de trabajar?

—Pues, pues… hoy termino a las doce… pero…

—No soy de Chicago, señorita…

—Arley. Janet Arley.

Entonces la miró de nuevo, de arriba abajo, y su boca pareció esgrimir una ligera sonrisa, que en seguida se borró de su cerúlea cara.

—Señorita Arley, mañana temprano tomo un vuelo para Nueva York. Me alojo en el hotel Warwick, aquí al lado. Si lo desea, podemos vernos cuando termine. La estaré esperando, en el hall del establecimiento. Y ahora, si me lo permite…

El hombre se levantó, recogió la gabardina que tenía doblada en el respaldo del asiento, y tras prodigarle una última mirada, se marchó.

Prejuicios

—Tener trato con tu sobrina sería tanto como aprobar su comportamiento.

Habían terminado de cenar y el matrimonio se encontraba sentado en el sofá enfrente del televisor, viendo una película de misterio. Un *thriller,* el tipo de película que le gustaba a Daphne, y ahora estaba el intermedio. Antes de eso habían tenido una pequeña discusión al aparecer una noticia sobre el trato discriminatorio que había recibido un hombre homosexual por parte de un grupo de personas que se encontró por la calle. Rápidamente el asunto derivó hacia Leslie, y Lawrence la puso como ejemplo de persona discreta que no ofendía a nadie. Pero nombrar a su sobrina delante de su mujer no era precisamente algo acertado, pues al igual que su hermano y su cuñada, también le había dejado de hablar.

—Sinceramente, querido, tú deberías dejar de tratarla, al igual que hemos hecho los demás.

—Todos somos pecadores, Daphne.

—Hay pecados y pecados, Lawrie.

—Sí, pero yo no soy quién para juzgar a nadie. Para eso ya está el Jefe, ¿sabes? —respondió, algo airado.

—Juzgar, juzgar… no se trata de juzgar, sólo de manifestar nuestro rechazo a un modo de vida que no es cristiano.

—Hoy en día… pocos son los que llevan un modo de vida cristiano, Daph. Los Carpenter, por ejemplo. Eran nuestros vecinos en el chalet de al lado, ¿recuerdas? ¿Cuántas veces hemos ido a su casa y ellos a la nuestra? Pues ellos estaban casados "por lo civil", como sabes, es decir, eran pecadores por mantener relaciones sexuales estando "solteros" ¿no es así? O qué decir de Susan y John, él divorciado y ella soltera…

—Un adúltero, y su concubina.

—Claro, y los Carpenter, unos fornicarios, ¿no?

—Pues sí. En el fondo eso es lo que son.

—Pero tú tenías trato con ellos, querida, y de hecho sigues telefoneándote con Susan ¿no es así?

—No tiene nada que ver.

—Porque hay pecados y pecados, ¿verdad?

—Exactamente.

—Muy bien. Dime entonces, Daphne, cual es el merecido de los Carpenter por fornicarios, y el de John y Susan por adúlteros. Cuando se mueran, me refiero.

—Pues, como no se arrepientan antes de sus pecados, supongo que bajarán al infierno.

—Y, ¿el de Leslie?

—Pues lo mismo. El infierno.

—¿No te das cuenta, Daphne? ¡Es lo mismo! Si el castigo es el mismo, el pecado es el mismo, quiero decir, igual de grave.

—No, no lo es.

—¿Por qué no? —se exasperó Lawrence.

—Porque si una mujer se acuesta con otra, eso va «contra natura». Igual que un hombre con un hombre. Infringen la ley de Dios, y también la ley natural.

—Pues no sé si será la ley natural, pero desde luego, las leyes humanas no las incumplen.

—O sea, que, ¿lo apruebas?

—Yo no apruebo ni condeno, Daphne. Esa labor no me corresponde a mí. Ya te lo he dicho, para eso está Dios, y a mí, como se suele decir, no me pagan para eso. Yo no puedo ni debo castigar a mi sobrina con mi desprecio. Entre otras cosas porque es la hija de mi hermano, y la quiero. La quiero como la hija que tú y yo no hemos podido tener. Por eso es. Además, Jesús fue el primero que se acercó y se marchó con los pecadores… ¿No tenemos nosotros pues que imitarle?

—¿Sabías que estás menospreciando a tu hermano por tener tratos con tu sobrina, cuando él ni siquiera le habla? —los ojos de la mujer echaban fuego.

—Esa actitud de Robert me parece….

—Es la actitud que hay que tener, querido.

—No, no lo es. Es su hija, ¿sabes? Además, la única que tienen. Y mi única sobrina, por cierto.

—Pues por esa razón es mayor la afrenta. La única hija… la única sobrina… y sale de esa manera… ¿No te das cuenta que se van a quedar sin nietos? Tú y yo no hemos tenido hijos, y de esa manera, se va a extinguir vuestro apellido. ¿No te parece suficiente agravio?

—Eso de que Leslie no va a tener hijos… habría que verlo.

—¡Ah! Pues como no se acueste con un hombre… No sé si sabes que no hay otra forma de tenerlos —replicó con sorna.

—Ahí te equivocas, Daph. Siempre puede recurrir a la inseminación artificial.

—Claro, otro pecado. ¡Otro más! Una familia llena de ignominia, Lawrence. ¿Quién iba a querer a ese niño?

—Yo sí, desde luego.

—¿Tú? ¿Acaso no ves que ha sido concebido de forma pecaminosa?

—Sí, lo veo. Pero no sé qué culpa tiene que tener el crío de eso.

—El crío, no, pero los padres sí. El padre y la madre, lógicamente. Hubiera sido menos malo que se hubieran acostado juntos para engendrarle, que no hacer esa barbaridad.

—Pero si hicieran eso, sin casarse, hubieran cometido otro pecado ¿no?

—Desde luego, pero al menos eso existe desde que el mundo es mundo.

—Ya, y la inseminación artificial no, ¿verdad? Entonces, Daphne, los pecados modernos son más graves que los antiguos ¿no?

—Pues sí. Son un signo de la decadencia de los tiempos. Según dice el libro del Apocalipsis…

—Sí, ya sé lo que dice ese libro.

—Pues no parece que lo tengas muy en cuenta. Toda esa gente va a arder en el infierno, en cuanto se acabe el mundo, y tu sobrina también. Y tú vas por el mismo camino, si no repruebas su actitud.

—¿Yo?

—Es un acto de caridad cristiana, para evitar que se condene. ¿Es que no te das cuenta?

—Yo lo que creo es que, dejando de hablarse con una hija o con una sobrina, no vas a evitar que se deje de acostar con mujeres. Lo va a seguir haciendo con toda seguridad. Ese no es el camino.

—Entonces, ¿cuál es el camino? ¿Aplaudirla? ¿Animarla a seguir haciendo esos actos tan impúdicos? ¿Eh, Lawrence?

—Yo no sé cuál es el camino, pero lo que sí sé es que esas actitudes lo que generan es el efecto contrario.

—Pues yo quiero que tú dejes de hablarte con ella. Si lo supiera tu hermano…

—Apenas la veo, Daph, y mi hermano… mi hermano ya lo sabe.

—¿Ah sí? ¿Y qué dice?

—No lo sé. Tampoco me trato mucho con él, ya lo sabes.

—Es una pena, querido. Es una pena, con lo buenos amigos que hemos sido, que ahora casi no tengamos trato con ellos… por tu culpa.

—Nunca lo hemos tenido, Daphne. Cuando yo estaba en el grupo, casi siempre estábamos de gira, fuera de la ciudad.

—¡Es igual! El poco trato que hemos tenido ha sido muy bueno. Y ahora lo podríamos tener más a menudo, si tú dejaras de verte con ella.

Lawrence se levantó, contrariado, y se fue hacia la ventana. Su mujer estaba volviendo a tener esas ideas absurdas que de vez en cuando se le pasaban por la cabeza. Ideas sin sentido, que estaban basadas en suposiciones infundadas.

—Vamos a ver, querida, a mi hermano le da igual que yo me trate o no me trate con Leslie. ¡Le da igual! Además, ya te digo que casi no la veo. Ellos no quieren tener trato con nosotros porque mi cuñada es una rara, y apenas sale de casa, ni quiere que la visiten. Eso que dices no tiene ni pies ni cabeza.

—Quién no sale de casa soy yo. Siempre aquí encerrada… ¡Encerrada! Antes hacíamos viajes, visitábamos países, nos alojábamos en hoteles… Y ahora… ¿Este es el tipo de vida que ofreces a tu mujer?

—Ya no tengo grupo ni salimos de gira. Ni casi ya dinero… De verdad, Daphne, en buena hora ha salido esa noticia sobre el gay ese. Y en buena hora, he tenido yo que entrar al trapo con tus provocaciones.

—¿Qué tipo de provocaciones? ¿De qué estás hablando? ¡Eres tú quién ha empezado!

—¿Yo?

—Sí, tú. ¡Tú! Yo estaba aquí tan tranquila viendo la película, y has empezado a decir que esos degenerados están en su derecho de sodomizarse y que las invertidas como tu sobrina pueden hacer todo tipo de barbaridades con sus cuerpos. ¡Eso es lo que has dicho!

—Oye, oye… yo no he dicho tal cosa…

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo has dicho! ¡Lo has dicho! —gritó, levantándose también del sofá.

—Daphne, yo solo he dicho que no soy quién para juzgar sus actos. ¡Nada más!

—¡Tú has dicho que eso no era pecado! ¿Acaso lo niegas? —casi le salía espuma por la boca.

—Te estás inventando cosas… —bajó un poco la voz intentando aplacar a su mujer. Sabía que tenía las de perder si se ponía a su altura—. Yo nunca he dicho que eso no sea pecado —confirmó, de forma sosegada—. Pecado es, como tantas otras cosas que hacemos todos.

—Pero, ¡qué me estás diciendo! ¡Cómo va a ser lo mismo! ¿Cómo puedes comparar un acto tan obsceno, tan sucio, tan impúdico, tan… ¡asqueroso! ¿Eh? ¿Cómo vas a comparar eso con lo que podamos hacer o hagamos los demás? ¿Eh?

—Mira, Daphne, me agotas. Estamos entrando en un bucle. Podría decirte lo que te he dicho antes de los Carpenter y del infierno, pero me resisto. Tú ganas.

—A mí no me des la razón como a los locos, ¿eh?

—Entonces, ¿cómo quieres que te dé la razón?

—Pues, reconociendo que la tengo.

—Está bien. La tienes. Lo reconozco. ¿Algo más?

—¡Dime claramente que tu sobrina es una pervertida, y que se merece el infierno!

—Mi sobrina es una pervertida y se merece el infierno —vocalizó, con total indiferencia—. Anda, siéntate. Ya se están terminando los anuncios.

En ese momento la mujer agarró una figurita que había sobre una mesa auxiliar y la tiró contra el suelo con tal fuerza, que se rompió en mil añicos. Por un momento Lawrence creyó que se la iba a arrojar a él.

—¡Se acabó! —gritó ella—. ¡Ya me has fastidiado la película! Con lo que me estaba gustando… y encima no sé si podré dormir bien esta noche. ¡Y todo por tu culpa! ¡Por tu culpa! —exclamó, mientras se alejaba a toda prisa del salón.

Una ilusión

Se puso a barrer el local, antes de que terminara su turno. Aquel día el bar cerraba a las doce y el de ella era el último. Tan solo había un par de clientes habituales, amigos del dueño, y no les importaría ver a Janet barriendo tan pronto. Pero no podía esperar a que se fueran. Quería salir pitando en cuanto dieran las doce en punto, no fuera a ser que el hombre se marchase a la cama y perdiera la que quizás era la oportunidad de su vida.

A pesar de que estaba cansada, terminó enseguida, y entonces llamó a su compañera, que ese día libraba. Se habían hecho muy buenas amigas, y las dos soñaban con hacerse famosas algún día.

—¡Leslie! ¿A que no sabes quién ha venido al bar?

—¿Quién?

—¡Un gerente de la CBS! ¿Qué te parece?

—¿Un gerente de la CBS? ¿Qué es lo que te ha dicho?

—Quiere hablar conmigo, Leslie… ¡quiere hablar conmigo! Me ha dicho que mi voz es maravillosa, y…

—¿Cómo era ese hombre, Janet?

—Pues… blanco, alto, delgado… de unos cuarenta años…

—Ya —la cortó—. Ten mucho cuidado. Suele haber mucho farsante en esto, y… ¿cuándo has quedado con él?

—Esta noche. Cuando termine mi turno. Me estará esperando en el hotel Warwick. No te veo muy contenta, Leslie…

—No, mujer, pero es que yo he tenido algunas malas experiencias, y la verdad, no me fio de nadie. Pero, claro, puede ser que sea verdad, Janet. ¡Puede ser!

—¡Ay, Leslie!, ya me veo actuando en un escenario de verdad, y no en bares de mala muerte como este… Y si puedo, te voy a recomendar… ¡Claro que lo haré! Allá donde yo vaya, intentaré que tú estés conmigo… igual que harás tú, ¿verdad?

—Por supuesto. Allá siempre juntas, pero no revueltas. ¿No es así?

—Eso es. Me muero por darte un beso, Leslie.

—No me tientes, no me tientes, que no quiero perder la amiga. Oye, ¿te importaría que te acompañase?

—No, claro que no. Aunque no sé si ese hombre se sentirá cómodo, si voy acompañada.

—Tranquila, solo para ver quién es. Después os dejo solos y me marcho.

—Como quieras.

—De acuerdo. He salido a dar una vuelta, pero estoy cerca del bar. Yo creo que llegaré antes de las doce.

—¡Date prisa! ¡Porfa! ¡Me muero de ganas!

El enfado

Lawrence ya anticipaba varios días de enfado a raíz de aquello. Daphne era muy rencorosa, y por menos que aquello le había estado sin hablar durante semanas.

Su mujer se había ido al dormitorio, y probablemente se había encerrado con llave. O quizás no, pero eso era lo de menos. No pensaba entrar allí esa noche, entre otras cosas porque sería echado a patadas.

Cambió el canal de aquella película, que nunca le gustó, y echó un vistazo a lo que había en los otros canales. Era la televisión convencional, pues la de pago ya la habían tenido que cancelar por las deudas. Como se imaginaba, no había nada que mereciera la pena, y entonces miró al sofá en el que estaba sentado, y que sería su cama esa noche y quién sabe durante cuántas más. Después se fue al mueble bar y se sirvió un whisky, para a continuación marcharse hacia la terraza de aquel apartamento.

El ambiente era frío, pero no le importó demasiado. No entró ni siquiera a buscar el abrigo. Mientras se encendía un cigarrillo, se puso a pensar en lo que le había dicho Daphne, y soltó una pequeña sonrisa irónica: ahora resultaba que su mujer quería tener tratos con su cuñada, cuando en realidad nunca la tragó. Lo único que tenían las dos en común era su fanatismo religioso.

Lo cierto es que ya se estaba cansando un poco de sus salidas de tono, de sus repentinos cambios de humor, y sobre todo de los gritos. Sí, tenía una depresión bipolar, pero eso no le daba derecho a tratarle a él de esa manera.

En cierto modo todo comenzó cuando le echaron de Hazelnut.

Sí, «le echaron». Antes solía decir «cuando salí del grupo», o bien «cuando lo dejé». Sin dejar de ser ciertas esas dos expresiones, ahora decía más bien la otra, la que tanto le costó asimilar. Ya le daba un poco igual todo, y en honor a la verdad, era una expresión mucho más descriptiva de lo que le ocurrió.

Pero lo cierto es que fue a partir de entonces cuando su mujer comenzó a tratarle de esa manera. Siempre fue una persona de carácter, y antes de eso también tenían algún encontronazo que otro. Pero eran cosas puntuales, y los «enfados» no duraban tanto. Pero ahora… las discusiones eran casi diarias. Ya lo decía el refrán, pensó: «cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana».

Mientras él estuvo en el grupo, todo iba sobre ruedas, y nunca mejor dicho. Las giras multitudinarias de una banda de rock de primera línea se sucedían sin solución de continuidad, y Daphne siempre iba con él a todas partes. Se alojaban juntos en los mejores hoteles y recorrían el ancho mundo de ciudad en ciudad.

«Sí», se dijo. Eran los buenos tiempos. Porque lo que ella necesitaba era eso, cambio. Cambio constante para que su cabeza estuviera distraída y no le diera por pensar en cosas raras. Y ahora lo que tenía era todo lo contrario a eso: rutina. Una rutina diaria de acostarse tarde y levantarse tarde, comer demasiado y asistir, esporádicamente

a unas clases de marketing y ventas, que alguna amiga le había recomendado, y a las que ya prácticamente ya no iba por pura pereza.

Alguien en la calle dio una patada a una lata de cerveza o de refresco vacía, y eso le despertó de sus pensamientos. Se asomó a mirar quién era, pero no pudo divisar a nadie. Solo tenía enfrente al bloque de apartamentos contiguo, donde una señora mayor que él también estaba divisando la calle, y creía haber visto a su marido venir por fin, borracho del bar. Sí, quizás fue él quien dio esa patada a la lata, a juzgar por la expresión que puso la mujer.

Unas vistas patéticas y tristes, que no tenían nada que ver con las que tenía en su casa anterior, aquel chalet independiente con vistas al lago Míchigan.

Otro efecto colateral de su despido, desde luego, con el agravante de que el dinero se estaba escapando de su cuenta corriente a marchas forzadas, y como no encontrara algo rápidamente, tendrían que abandonar también aquel piso. Aún quedaba lo suficiente para vivir varios meses, e incluso estirándolo un poco, uno o dos años. Pero Daphne estaba acostumbrada a ciertas comodidades, y no llevaría nada bien renunciar a ellas. Sobre todo, por la lluvia de reproches y conmiseraciones que le caerían al pobre Lawrence.

Una ráfaga de viento helado le dio sobre la nuca, y entonces se acordó que ya no llevaba su típica melena rubia tan característica que lucía cuando estaba en activo. El pelo se había vuelto más fino con la edad, y ya no era lo que fue. Al menos al cortarlo se volvió más fuerte y podría preservarlo durante más tiempo. Otro signo del paso del tiempo, desde luego, y que le hizo recordar que ya llevaba allí en la terraza un buen rato y se estaba quedando frío. Y lo peor de todo es que tendría que dormir con el abrigo puesto, pues las colchas y mantas que tendría que usar para arroparse en aquel sofá estaban precisamente en el dormitorio: un lugar de acceso prohibido, a saber durante cuánto tiempo.

Hotel Warwick

La muchacha no cabía en sí de la alegría, y cuando vio a su amiga esperándola en la puerta del bar le dio el beso prometido y la abrazó con fuerza.

—Basta, basta, Janet, al final me voy a hacer ilusiones yo también…

—¡Es maravilloso, Leslie! ¡Nunca me había pasado algo así! Como mucho eran conocidos de conocidos de un representante… La vez que más cerca estuve fue con el amigo de uno de ellos, que no llegó nada más que a hacerme cantar por teléfono.

—¿Por teléfono? ¿Y qué paso?

—Pues no pasó nada, como te puedes imaginar. Me dijo un cordial «no está mal, pero busco a cantantes de góspel».

—De góspel… vaya rollo.

—Pues eso le dije yo. Lo mío es el rock, o como mucho el pop-rock, como cantamos aquí. Aunque estuve tentada, no te digo más.

—A ver si tienes suerte con este señor, Janet. Quizás haya llegado tu momento.

—¡Ojalá! ¿Vamos andando? ¿Tomamos un taxi?

—¿Un taxi? No mujer. Si está aquí al lado.

—Ya, es que no quiero llegar tarde…

—Si nos paramos a esperar a uno, en ese tiempo ya hemos llegado. Anda, vamos a ir caminando, que estaremos allí en seguida.

Las dos mujeres se apresuraron en llegar, aunque fue Janet quién más prisa se dio. La chica estaba expectante y no parecía nada cansada después de la jornada tan extenuante que había llevado en el bar. Todo lo contrario que su compañera, que, aunque en teoría había estado ese día descansando, no parecía con fuerzas ni con ganas de llegar a su destino.

Al llegar al hotel, las dos entraron en el establecimiento y preguntaron por el hall, donde teóricamente estaba el gerente al que buscaban. Les indicaron un recodo a la entrada, y allí le encontraron, en la primera mesa. El hombre estaba sentado, contemplando fijamente un vaso que contenía algún licor con dos gruesos trozos de hielo que flotaban sobre el mismo.

Al verlas llegar, se quedó mirando a Janet durante un momento, para luego fijar la vista en Leslie, y entonces su semblante cambió. Sin mediar palabra alguna, esta última agarró el vaso que el hombre estaba tomando, y arrojó su contenido contra su cara, enérgicamente.

—¡Cerdo! —gritó la baterista, para a continuación volverse hacia su compañera: —Vámonos Janet —la ordenó, tomándola por el brazo—.

—¡Pero, Leslie! —la cantante estaba totalmente estupefacta, y no sabía si ponerse a llorar o golpear a la chica con todas sus fuerzas.

—No se preocupe, señorita Arley. Ya me voy yo —dijo, levantándose de forma parsimoniosa, mientras se secaba con una servilleta el líquido que todavía goteaba por su rostro. Entonces tomó su gabardina, miró con odio a la autora de aquella afrenta, y simplemente masculló, mientras se iba:

—Me las pagarás, bollera de mierda.

—Cuando quieras, hijo de puta. Y no se te ocurra venir más por el bar, o te echaremos a patadas.

Janet miraba alternativamente al hombre y a su compañera, sin entender nada, y cuando este ya se marchó, no se pudo contener.

—Pero, ¡qué has hecho, Leslie! ¡Qué has hecho! —le gritó, mientras la golpeaba con los puños y comenzaba a llorar

—Cálmate Janet, ¡cálmate!… Ese hombre no es quién aparentaba ser.

—¡Era un gerente de la CBS!… ¡me enseñó una tarjeta donde lo ponía!

—Esas tarjetas las puede hacer cualquiera. ¿Es que no te das cuenta? Ese hombre solo quería aprovecharse de ti —insistió, con voz sosegada, intentando calmarla mientras procuraba detener los puñetazos que le propinaba sobre su pecho.

—Pero, ¿tú cómo lo sabes?

—Porque ya intentó seducirme a mí antes que a ti. Por eso lo sé.

—¿A ti?

—Sí, a mí. Fue hace tiempo, en un bar de Detroit donde yo tocaba. Un bar para motoristas. El dueño exigía que todos los del grupo fuéramos vestidos con ajustadas ropas de cuero negro, y ese asqueroso se fijó en mí. Me hizo lo mismo que a ti, Janet. Me presentó una tarjeta de una compañía discográfica… no recuerdo si era la CBS o cualquier otra. Y cuando quedamos para «charlar», el hombre enseguida mostró su verdadera cara. Lo único que quería era acostarse conmigo.

—¿Lo único que quería?

—Sí, lo único. Ese hombre no es gerente, ni trabaja en ninguna compañía discográfica. Se lo pregunté a mi tío, y él me lo confirmó. Conoce bien a todos los de su gremio, y a este tipo no le conocía de nada.

—Pero, ¿cómo sabía que tú eres…?

—Porque yo se lo dije, en cuanto que se echó sobre mí. Ese tío es un cerdo, Janet. Olvídate de él.

—¡Oh, Leslie! ¡Qué desilusión! —suspiró sollozando, mientras las dos se abrazaban—. ¡Nunca llegaremos a ninguna parte! ¡Siempre estaremos en este maldito bar!

Janet lloraba de forma desconsolada mientras tomaba asiento en la misma mesa que el impostor terminaba de abandonar. Leslie sacó un pañuelo de papel del bolsillo de su pantalón y se lo dio, procediendo a sentarse igualmente.

Estuvieron unos minutos sin decirse nada mientras ella veía a su compañera llorar. Finalmente, se enterneció, y acarició aquel pelo ensortijado lleno de rastas. Tras unos segundos de vacilación, terminó diciéndola:

—Tranquila, Janet, no te preocupes. Mañana iremos a ver a mi tío, a ver qué puede hacer por nosotras.

—Pero… —se separó ligeramente la mujer de color—. ¿Quieres decir, le pedirás una recomendación?

—Es por ti, Janet —afirmó, rotunda—. No me gusta nada verte llorar así.

Más suave

—Siempre fuiste un guitarrista a sueldo. Si al menos hubieras reclamado un porcentaje… ¡Ahora no nos veríamos así!

Pasada una semana, Daphne ya se dignaba a hablarle, y eso significaba que la admisión en su dormitorio estaba cercana. Más lejos estaban desde luego las relaciones íntimas, pero al menos podría dejar de dormir en el sofá.

—Tenía una participación en beneficios, Daphne.

—¡Una participación de risa! Ni siquiera el cinco por ciento. ¡Tenías que haber pedido más dinero! —en eso no le faltaba razón, pero el bueno de Lawrence no era muy dado a pedir cosas.

—Helmut era el compositor, y él se llevaba la mayor parte —se excusó, con una media verdad.

—¡Siempre a la sombra de otros! En otras bandas el guitarrista es lo más importante, pero tú eras un mero asalariado. ¡Es que no tienes carácter!

—Yo era un elemento clave, Daph. En otras bandas hay dos guitarristas, y en Hazelnut estaba yo solo. Y el papel de los teclados no era tan relevante como lo es en otros grupos.

—¡Ah! ¡Pues más a mi favor! Ya que no componías nada, —le miró con ojos recriminatorios—, ¡tenías que haberte vendido mejor! Mira lo que pasa en Thertonball. Ruddy hace años que no compone ni una nota, y ahí está, llevándose la mitad de todo lo que genera el grupo… ¡La mitad!

Lawrence la miró con desdén, pues aquello había sido un golpe bajo. Hasta su mujer le comparaba con ese guitarrista, y además para peor.

—Daphne, en ese grupo las cosas son distintas. Ruddy fue la semilla alrededor de la cual se formó la banda, e impuso sus condiciones, siendo como eran novatos los demás músicos. Mi caso no es el mismo.

—¡Excusas! ¡Excusas Lawrie! ¡Excusas! —el hecho que le llamara por el diminutivo era señal más que notoria de que las cosas estaban cambiando, aunque un observador externo pudiera pensar lo contrario—.

—Pero claro, siempre dejándote llevar —siguió la mujer—. ¡Así te ha ido! Mejor dicho, así nos ha ido, porque tu suerte es la mía… ¡Qué desgracia! —sacudió contra un mueble un trapo que llevaba en la mano—. Una mujer como yo… yendo a parar a este apartamento… y teniendo que limpiar estos asquerosos muebles… ¡Yo! ¡Debería darte vergüenza, Lawrence, ver a tu mujer así!

—Querida, si no quieres limpiar, no lo hagas. Ya lo haré yo, como hago siempre.

—¡Tú no haces nada! ¡Haragán! En lugar de procurar que tu mujer viva como una reina, me tienes aquí haciendo lo que hacen las mujeres vulgares. ¡Qué vergüenza, Dios! ¡Qué vergüenza!

—Daphne, limpiar no es ninguna deshonra; ni siquiera hacerlo en la casa de otras personas.

—¿Cómo? ¿No estarás insinuando…? —el guitarrista se tenía que haber mordido la lengua, y trató de enmendarlo:

—No, yo no insinúo nada, Daph, solo quería decir que…

—¿Que yo busque trabajo limpiando casas?

—No. ¡Claro que no! —ya anticipaba dormir en el sofá eternamente—. Tú no tienes necesidad de hacer eso, querida. ¡Ni mucho menos! ¡Solo faltaría! —puso todo su empeño en corregir el error, ahora que veía la vuelta al dormitorio al alcance de la mano—. Yo solo digo que…

—¿Qué?

—Que la gente que se ve abocada a eso… pues no es ninguna deshonra. Es un trabajo como otro cualquiera.

—Que yo no pienso hacer en mi vida. Que te quede claro, Lawrie. ¿Me oyes? ¡En mi vida! Antes que eso prefiero que tú toques la guitarra en el metro, aunque sea a cambio de cuatro perras.

—Ya no me queda mucho para eso, Daph —murmuró, mirando al suelo.

—¿Cómo dices?

—Nada, cosas mías.

Todo había empezado a raíz de la llegada a casa de unos estados de cuenta de la tarjeta de crédito, que habían dejado exhausta una de las principales cuentas corrientes que tenía el matrimonio. Y es que es muy duro pasar de vivir casi en la opulencia, a tener que medir cada céntimo que se gasta. Sobre todo, para alguien que ya sabía lo que era pasar estrecheces.

Daphne Prososhenko, que era su nombre de soltera, era hija de un emigrante ucraniano que llegó de niño a Estados Unidos en los años 30, huyendo del terror comunista de Stalin. El hombre, Víktor, con el tiempo se casó con otra soviética, en este caso, rusa, y enseguida encontró trabajo en Detroit, en la gran fábrica de Ford de River Rouge. Allí la familia prosperó, hasta que el hombre fue despedido en la crisis de 1973. Tras varios intentos de encontrar algo digno, incluyendo una estancia en Canadá, finalmente acabó en la vecina ciudad de Chicago vendiendo perritos calientes en un puesto ambulante.

Fue por aquella época cuando nació Daphne, y por tanto siempre conoció aquellas estrecheces económicas. Pero su suerte cambió cuando una amiga a quién le gustaba el rock y que seguía al cantante de Homestead, le invitó a acompañarla a un concierto

de esa banda, en la que militaba Lawrence como guitarrista. Así fue como le conoció, y su vida no volvió a ser la misma desde entonces. Sobre todo, a partir de su ingreso en Hazelnut. El dinero ya no era un problema, y el matrimonio pasó a vivir en una lujosa mansión en la orilla del lago Míchigan: coches caros, ropa cara, servicio doméstico, fiestas multitudinarias pagadas por el guitarrista… Mientras el dinero entraba, salía casi a la misma velocidad, y durante quince años apenas ahorraron. Hasta que apareció Lee Mardsen, el joven héroe de la guitarra, y la edad pasó factura al bueno de Lawrence.

Y lo que en un principio parecía que iba a ser un desempleo temporal, pronto se convirtió en crónico, y la jugosa indemnización por despido se fue agotando poco a poco. Primero tuvieron que abandonar el chalet y marcharse a aquel piso en el que ahora vivían. Un piso, eso sí, céntrico y bien comunicado, aunque pequeño: solo tenía un amplio salón, una bonita terraza, aunque con vistas feas, y un único dormitorio en el que ahora podría entrar Lawrence, y con un poco de suerte esa misma noche.

Tomó buena nota de aquella bronca, y se decidió a intentar no provocar a su mujer en la medida de lo posible. Pero eso era cada vez más difícil, pues los enfados de Daphne venían ya motivados por cualquier cosa, independientemente de que él hubiera hecho algo o no hubiera hecho nada. Aquella depresión bipolar era cada vez más unipolar, y el polo predominante era ahora el lado malo. Los estados de euforia eran cada vez más infrecuentes, y la mujer se pasaba el día en la cama con salidas ocasionales al salón para ver la televisión, y raras veces a la terraza.

A raíz de aquella conversación fue cuando Lawrence se decidió a hacer una cosa que hacía tiempo que venía pensando, pero que no había visto clara hasta ese momento. La idea de tener que resignarse a tocar la guitarra en el metro le espoleó, y entonces se dijo «¿por qué no? Por intentarlo no pierdo nada…»

Composición

—¿Qué estás haciendo, cariño? Llevas varios días… casi sin hablarme… sin tocarme siquiera… Yo necesito que me hables, que me toques… que me quieras…

El enfado ya se había pasado, y Daphne había vuelto a ser la mujer de la que se enamoró en su día el guitarrista. Había vuelto a ser el doctor Jekyll, después de haber estado muchos días siendo míster Hyde.

Lawrence se encontraba en un recodo del salón, en un lugar que había acomodado como un pequeño estudio donde el guitarrista practicaba e intentaba componer algunos temas. Su mujer se había acercado por detrás y le había abrazado tiernamente. El hombre se encontraba de espaldas, y estaba utilizando un ordenador donde ejecutaba los parámetros de algunas canciones. Tras unos segundos en los que pareció mover con el ratón hacia arriba y hacia abajo algunas notas a lo largo de un pentagrama, respondió:

—Estoy intentando componer algunas canciones, Daph. Este es un programa de composición —dijo, señalando a la pantalla.

—¿Ahí?

—Sí, ya me has visto otras veces, querida —respondió, sin dejar de mirar a la pantalla.

—Pero… ¿no me dijiste que no te ibas a incorporar a ese grupo de heavy metal?

—No, eso está descartado. Ya se lo dije a Terry. Es lo que te hablé, no puedo rebajarme tanto. No puedo salir de tocar con uno de los mejores grupos del mundo, a tocar con un grupo de tercera clase que no le conocen más allá de su ciudad, y si acaso. Me queda todavía —espero— mucha vida artística por delante, y solo me agarraré a algo así cuando haya descartado todo lo demás.

Su mujer le soltó y se puso a su lado. Su expresión cambió un tanto, pero siguió escuchándole atentamente.

—¿Por qué no llamas a otras puertas, Lawrie? Podrías probar en Thertonball, en The Union Lamberts, en grupos de calidad similar.

—No hace falta, Daph. Todos esos grupos ya saben quién soy y la noticia de mi salida es más que conocida.

—Ya, pero deberías hacerte querer, creo yo. Deberías hacer algunas llamadas, quedar con algún representante para comer… Es lo que nos dicen en el curso de marketing. Tienes que crear una marca personal, e intentar venderla.

—La marca ya está creada, Daphne. Y respecto a eso que dices… ¿te crees que no lo hago? ¿Dónde te piensas que estuve ayer por la mañana?

La mujer se le quedó mirando con cara de culpabilidad. El día anterior no salió de la cama hasta el mediodía y no se le ocurrió preguntar dónde había estado su marido

desde que se levantó. Enseguida se perdonó a sí misma. Había pasado una noche horrible con su depresión y no pensó en otra cosa más que en sus pesares.

—¿Dónde estuviste ayer por la mañana?

—Pues estuve visitando a John Daniels. ¿Sabes quién es?

—No me suena.

—Es un patrocinador. Normalmente son los mánagers quienes contactan con ellos, pero yo soy lo suficientemente conocido.

—Un patrocinador…

—Sí, ahora que ya casi no se venden discos, el dinero se saca de los conciertos, ya sabes. Y Daniels es un intermediario reconocido que puede publicitarme para actuar en algún sitio.

—Actuar… ¿con quién?

—Eso es lo de menos, Daph. La cuestión es que mi nombre pueda generar la suficiente expectación para que alguien se capaz de pagar una entrada para verme actuar. Con un nuevo grupo, me refiero.

—¿Piensas ponerte en solitario?

—Pues sí. Ya ha pasado el suficiente tiempo desde que salí de Hazelnut para que alguien se hubiera interesado por mí. Alguien lo suficientemente importante para mi prestigio, naturalmente.

—Y como eso no ha ocurrido, has decidido montártelo por tu cuenta.

—Eso es.

—Ya veo. Y, ¿qué te ha dicho ese Daniels?

—Me ha dicho que le gustaría escuchar algo que yo haya escrito.

—Y, ¿no puedes enseñarle algo de lo que hiciste con Hazelnut?

—De ahí tengo poca cosa que enseñar, querida. La mayoría de los temas estaban firmados por Helmut, ya sabes. Algunas aportaciones mías aquí y allá, y poco más.

—¿Y de tu época de Homestead?

—Ahí tenía algo más de protagonismo, pero fue en canciones que no eran las que más gustaban al público. Podría volver a interpretarlas, claro, pero no atraerían a mucha gente.

—Pero eso es lo de menos, Lawrie. Estoy segura de que la gente pagaría lo que fuera para verte tocar, aunque fueran esas canciones...

—Pues Daniels no opina lo mismo.

—...o las de cualquier otro grupo.

—En principio las versiones de otros no puedo interpretarlas. No sin pagar derechos de autor, naturalmente.

—¿Entonces?

—John quiere que ofrezca algo nuevo. Algo firmado por mí, lógicamente, que podría ser presentado como mi primer disco de mi época en solitario.

La mujer sonrió, y a continuación dijo:

—Me hace gracia, Lawrie.

—¿Qué te hace gracia?

—Estoy recordando una conversación con Susan Carpenter, sobre eso de que un músico se ponga «en solitario». Ella pensaba que el músico pasaba de tener una banda a interpretar él todos los instrumentos. Algo así como el hombre orquesta —añadió, para soltar una pequeña carcajada.

—Y, ¿tú que le dijiste?

—Pues lo que significa, realmente. Que cuando eso ocurre, se refiere a que un músico afamado no se incorpora a otra banda, ni que forma otra con músicos de su mismo nivel, sino que se asocia a otros músicos normalmente novatos o menos conocidos, donde él es el verdadero protagonista y…

—Y autor de las canciones —completó él.

—Exactamente.

—Pues eso es lo que estoy haciendo, Daph. Creando canciones.

—¡Lawrie! —exclamó. ¡Ahora lo entiendo! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Ayer no estabas en condiciones de que yo te contara nada, querida. Lo primero que hiciste cuando entré por la puerta fue insultarme y…

—¡Oh, amor mío!... Eso fue ayer… ¿Podrás perdonarme? Ayer pasé un día horrible y… hoy estoy mejor. Pero, si me hubieras dicho esto mismo, seguro que habría cambiado de talante, cielo, ¿por qué no me lo dijiste?

—Bueno, ya te lo digo ahora.

Daphne se serenó, cerró los ojos y pareció decir para sí alguna frase, sonriendo y con los ojos cerrados.

—Entonces, Lawrie… ese Daniels, ¿te organizará algún concierto, cuando compongas esas canciones?

—Pues eso parece. Pero me llevará un tiempo, me temo. Componer un mínimo de nueve canciones, y cuarenta y cinco minutos de duración total… lleva un tiempo. Yo nunca he sido muy hábil componiendo, y para mí es algo nuevo. Como mucho, yo he aportado estrofas o alguna parte de la guitarra que interpreto..., pero canciones enteras… no es mi especialidad, la verdad.

—¡Oh, querido! No tienes por qué preocuparte por eso, amor mío. ¡Tú vales mucho! ¡Podrás hacer cualquier cosa que te propongas…! ¡Ya lo verás! —de nuevo se calló y volvió a hacer algún gesto como repitiendo alguna frase mentalmente. Luego siguió:

—Pero dime, cuando hayas compuesto ese álbum, tendrás que buscar unos músicos, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Y, ¿tienes alguna idea de quienes van a ser?

—Pues dependerá de lo mucho o poco que le guste a Daniels lo que componga. Si le gusta y apuesta por ello, podré pagar a buenos músicos para grabarlo y después para hacer los conciertos con ellos mismos...o quizás con otros, ya veremos. Si le gusta menos, los músicos tendrán que ser más baratos… y de menor calidad. Y lo peor de todo, no recibiré ningún adelanto para pagarles.

—Esperemos que no sea el caso, Lawrie. Estoy segura de que lo vas a hacer muy bien, y que esto va a ser el comienzo de una nueva vida para nosotros. Anda, vamos al dormitorio, que esto hay que celebrarlo.

En el local de ensayos

Habían estado interpretando una pieza de Hazelnut. Era una canción muy lírica que comenzaba como una balada, aunque poco a poco su ritmo se iba acelerando para concluir en un estilo muy próximo al heavy metal. Era una de las canciones icónicas de la banda, y la favorita de Leslie Ayers. Su tío había reproducido el teclado y el bajo, los dos instrumentos que faltaban, sobre un MP3 que se había ejecutado mientras él tocaba la guitarra y la sobrina tocaba la batería. La potente voz de Helmut Murray, el compositor de la canción, había sido sustituida por la voz rasgada de Janet, y la verdad es que había quedado muy bien.

—¿Qué te ha parecido, tío?

Leslie se levantó del taburete y se apresuró a abrazar a su amiga, que, algo avergonzada, miraba hacia abajo e intentaba mirar también de reojo al tío de su amiga, quien tendría que decidir sobre su calidad. Ambas mujeres sudaban por todos los poros de su cuerpo, pues el aire acondicionado no funcionaba en aquel local de ensayos al que les dejaron acceder; el verano en Chicago hacía valer su merecida fama.

—Pues… la verdad, no esperaba que tuvieras esa voz tan… no sabría describirla… peculiar, desde luego. ¿Dónde aprendiste a cantar, Janet?

—En la calle, señor Ayers —murmuró, sin dejar de mirar al suelo.

—Llámame Lawrence. ¿Cómo que en la calle?

La muchacha miró al hombre y luego a su amiga y entonces volvió a mirar otra vez al guitarrista:

—Prácticamente me crie y me eduqué en la calle, señor A… quiero decir, Lawrence. Mientras mis hermanos jugaban al baloncesto en las canchas del Bronx, mis amigas y yo escuchábamos a Linda McRae, que en los últimos años de su carrera murió pobre y era vecina de mi madre.

—¿Tuviste como maestra a Linda McRae?

—Sí, señor A… Lawrence. Si. Ella me enseñó todo lo que sé.

La susodicha «profesora» había sido una de las estrellas negras del soul y del jazz en la costa Este de Estados Unidos durante los años dorados de aquellos estilos musicales, antes de la aparición del rock. Pero desde entonces, su popularidad fue decreciendo hasta que se vio circunscrita a pequeños locales donde cantaba para nostálgicos. Finalmente, ya muy mayor y totalmente arruinada, vivía de una exigua pensión del gobierno en la zona más conflictiva del icónico barrio neoyorquino, hasta que murió.

—Pues debo admitir que me has impresionado, Janet. Sin duda tu maestra te inculcó bien ese sentimiento típico del soul que le hizo famosa, y le has dado un matiz a esta canción que…

—Que no ha quedado nada mal, ¿eh, tío? —intervino la sobrina.

Lawrence miraba con curiosidad a aquella cantante que ahora volvía a mirar al suelo. Para aquella ocasión había dejado en su casa su típico atuendo de estilo felino y se había puesto unos informales pantalones vaqueros y una camiseta de tirantes. Su pelo largo ensortijado había sido recogido en una coleta, y eso le había impedido sudar todavía más. Una transpiración que todavía brillaba con profusión a las luces del local de ensayos.

El hombre se pasó una mano por la nuca, con un gesto mecánico que había hecho durante toda su vida, en un afán de retorcerse parte de una cabellera que ya no existía. Se la había cortado, aunque el gesto le seguía saliendo de forma automática. A continuación, volvió a hacer lo mismo, pero esta vez con el bigote. Un bigote grueso y rubio que siempre había lucido y que ahora cultivaba como la parte más significativa de su expresión.

—No, no ha quedado nada mal, pero me pregunto si el mundo de la música estará preparado para esa mezcla de estilos. Quizás hace unas décadas hubieras dado el bombazo, pero ahora lo que se lleva es el *indie*, ya sabes, y…

—Puedo cantar cualquier estilo musical, Lawrence —le increpó, casi desafiante, y el hombre se replegó un tanto hacia atrás.

—Quiero decir —siguió, siendo consciente de que quizás se tendría que haber reprimido un poco—, quiero decir, en el bar donde Leslie y yo actuamos nos obligan a interpretar diferentes estilos musicales, dependiendo de la hora. Por las tardes es un poco más movido, y por las noches suele ser más acompasado. He cantado góspel, blues, canción melódica, música disco… de todo.

—Sí, ya me imagino. Pero, ¿a ti cual es el estilo que más te gusta?

—El rock, desde luego.

—¿El rock? ¿Escuchabais rock en el Bronx?

—No mucho, pero uno de mis hermanos era fanático de Jimmy Hendrix, y él fue quien me aficionó.

—¡Vaya! Buen referente, desde luego… ¿Ya no lo es?

—¿Quién? ¿Mi hermano? Murió en una reyerta —dijo, casi con un susurro.

—Lo siento mucho.

—Murió por defender a Janet de unos tipos que la querían violar, tío. No todo el mundo ha tenido la suerte de nacer en una familia y en un barrio «normal».

—Ya me imagino…

—Bueno, qué —siguió Leslie, viendo que Lawrence estaba algo descolocado. Ahora era el momento de pedir una ayuda que siempre rehusó pedir—. ¿Puedes hacer algo por ella?

—¿Quién? ¿Yo?

—Supongo que conocerás a mucha gente, tío. Alguna banda de rock, de blues, de jazz, o de heavy metal…, algún sitio donde ella pueda encajar… Tú mismo has dicho que te ha impresionado.

El hombre volvió a mesarse la parte izquierda de su bigote con la mano derecha mientras miraba alternativamente a las dos mujeres, que tenían sus ojos fijos en él. Tanto Janet como Leslie esperaban ansiosas una respuesta que se produjo de forma ambigua:

—El mundo de la música es muy esquivo, Janet. Tú lo sabes bien, Leslie. Uno se pasa la vida buscando un puesto en una banda, o intentando salir a flote cuando ya te has hundido. Haces buenas canciones, o si eres intérprete las ejecutas a la perfección. Pero el destino es traicionero y las cosas no salen cuando las buscas, sino cuando ellas quieren salir. Yo estoy seguro de que tú… las dos tendréis una oportunidad que os recompensará todos los esfuerzos que habéis hecho. ¡Estoy seguro! Y ahí la paciencia juega un papel determinante. Nunca hay que flaquear y siempre hay que estar dándolo todo en cualquier actuación que hagas, pues no sabes quién puede estar al otro lado del escenario viendo el concierto, o presenciando tu actuación.

—Vamos, que no puedes hacer nada, por lo que estoy entendiendo —Leslie fue directa al grano.

—Yo no he dicho eso.

—Sí, lo has dicho, tío, y perdona si soy así de directa.

—Yo no he dicho eso, Leslie. Solo he dicho que las oportunidades no salen cuando uno quiere, sino que es cuestión de esperar.

—¿Cuánto hay que esperar? Y, ¿a quién?

Lawrence volvió a mesarse el bigote en ese gesto compulsivo tan característico. El hombre estaba contra las cuerdas y se sinceró:

—Mira, Leslie, el mundo de la música ya no es lo que era. La piratería y las nuevas plataformas digitales han impuesto un modelo de negocio que se basa principalmente en los conciertos. Ahí es donde se gana el dinero. Antes no era así, desde luego. Antes se vendían discos y las discográficas apostaban por un intérprete o por una banda, lo promocionaban y este vendía millones de álbumes si la promoción era la adecuada. Pero ahora las cosas no son así, Leslie. Ahora la gente no va a ver un concierto de alguien desconocido, sino que pagan entradas por ver a unos ídolos que ya conocen. Y la promoción de alguien que empieza es casi imposible, a no ser que sea un fuera de serie. Y lo triste es que ahora «fuera de series» hay muchos. Yo diría que muchísimos. Hay webs por ahí como Bandcamp, por ejemplo, que dicen tener suscritos a decenas de miles de artistas… ¡Decenas de miles! Y aunque sea una exageración, aunque sean solamente miles, estamos hablando de una cifra muy alta, Leslie.

—Eso ya lo sé, tío.

—Yo he entrado en esas webs por curiosidad —siguió—, y he escuchado a alguna de esas bandas. Hay mucha basura, desde luego, pero también hay mucha gente buena. Gente maravillosa —algunos verdaderos virtuosos—, que sobreviven gracias a donaciones o a cobrar un «módico precio» por las descargas que hacen sus fans. Gente que tiene otros empleos, lógicamente, pero que de haber nacido unas décadas antes ahora serían conocidos en todo el mundo y venderían millones de discos.

—Vale, y ¿qué me quieres decir con esto?

—Pues que la única manera de destacar en esta profesión no consiste en ser muy bueno. Consiste en tener a alguien que te empuje. Que te empuje hacia lo más alto, claro.

—Y, ¿no puedes ser tú ese alguien?

—¿Yo? Apenas puedo auparme a mí mismo, Leslie —dijo, siendo él quién ahora miró hacia el suelo—. Yo ya estoy acabado, me temo —comentó finalmente, con un hilo de voz que sumió en la tristeza a sus dos interlocutoras.

Las dos mujeres se miraron y su gesto lo decía todo. Los tres se quedaron inmóviles, mientras que Lawrence volvió a tomar su guitarra para comenzar a tocar una canción triste. Una balada de Deep Purple titulada «soldado de fortuna», que Leslie no conocía, pero Janet sí. Y ella misma comenzó a cantarla junto con el guitarrista. Finalmente, la baterista también se incorporó con los otros dos, e improvisó un ritmo sobre la marcha que no quedó nada mal. Cuando terminaron, Leslie se levantó y abrazó a su tío, mientras Janet parecía contener unas lágrimas que empezaban a brotar.

—Tú no estás acabado, tío. ¡No lo estás! —dijo, separándose de él tras el abrazo. ¿No me dijiste que tenías algunas cosas a la vista?

—Algunas cosas, sí, pero nada definitivo.

—Y, ¿no podríamos encajar Janet o yo en alguna de esas cosas?

El hombre suspiró, y volvió a mesarse el bigote mirando para otro lado.

—Estoy terminando de componer unas canciones. Tengo que presentárselas a John Daniels, y quizás él pueda hacer algo.

—¿Vas a formar un nuevo grupo?

—Supongo que sí. Todo dependerá de que esas canciones le gusten.

—Le gustarán, sin duda —afirmó Leslie con rotundidad—. Y… nosotras… podríamos estar… ¿contigo?

—Eso ya no dependerá de mí, me temo.

—¿Por qué no?

—Pues porque ese hombre, Daniels, invertirá un dinero, y tendrá que patrocinarme. Un baterista… es más fácil de colocar. Pero una cantante… es quién representa al

grupo, como bien sabes, la cara más visible, y para atraer espectadores es importante que sea alguien…

—Alguien conocido —dijo Janet.

Lawrence no respondió, pero su cara dejaba mostrar un gesto afirmativo. Aun así, su enérgica sobrina no se amilanó:

—Podrías presentar esas canciones con la voz de Janet, tío. O… ¿ya has elegido a alguien para ese trabajo?

—Aún no he elegido a nadie. Las canciones están todavía en una fase muy preliminar.

—Pues eso. Ella podría hacer unas letras. Es muy buena letrista, ¿sabías? Si no tienes inconveniente, claro está. O cantar las que tú hayas escrito, si no te importa. Se las podrías presentar a ese Daniels, y… si no le gusta la voz, pues le dices que puede buscar a otro cantante. ¿Qué te parece?

—Sí, claro, podría hacerlo —respondió, sin demasiada convicción.

—Y si no les gusta, por lo menos lo habrá oído. La habrá escuchado, y quizás pueda hacer algo por Janet. Podrá hacer algo por ella con alguien que él quiera, o acordarse de ella cuando surja algo. ¿No es lo que tú has dicho? Que las oportunidades salen cuando uno menos se lo espera.

—Sí, desde luego.

—Ella necesita promoción, tío. Necesita tocar a las puertas de alguien con influencias y…

—Y quizás alguna vez tenga suerte —completó la cantante.

—¿Qué te parece?

—Déjame pensarlo, Leslie. He compuesto solo la parte instrumental, y aún no he perfilado la parte vocal, ni su melodía. Pero tendré en cuenta lo que me has dicho, y veré a ver qué puedo hacer.

—Yo estoy disponible, señor Ayers. Lawrence. Me puede… me puedes llamar cuando quieras para hacer pruebas de sonido, para grabar… lo que necesites. Y si un día no puedo porque estoy en el bar, puedo hablar con el dueño para que alguien me sustituya y…

—No será necesario, Janet. Yo tengo ahora todo el tiempo del mundo, y… si te necesito, ya buscaremos unos horarios que te vengan bien.

Un revulsivo

El problema era Daniels, desde luego, y por supuesto, también Daphne. Aceptar a su sobrina en su grupo podría ser un inconveniente severo para su relación con su mujer, pero esas probabilidades no eran altas.

En primer lugar, las canciones tendrían que gustarle a ese promotor, cosa que no estaba nada clara. Y en segundo lugar, él podría exigir que el conjunto que las interpretara fuera otro. Desde luego, Janet no.

No porque la chica cantase mal, que no era el caso, sino porque era una desconocida… y además negra. Apropiada para un conjunto donde todos fueran de ese color, pero no para una banda de rock orientada a público blanco. Rememorando la casuística no conseguía encontrar ningún grupo con una cantante negra y músicos blancos. Al menos no en grupos punteros, naturalmente.

La chica, Leslie, podría ser un componente exótico, y tocando la batería no era algo que fuera determinante. Pero había quedado claro que ella no aceptaría integrarse en ningún sitio si no estaba también su amiga. Es más, estaba dispuesta a sacrificarse y seguir tocando en bares durante toda su vida, si conseguía que Janet se colocase adecuadamente.

¿Tendrían algo entre ellas?, se preguntó. Nunca había conocido a las «amigas» de su sobrina, y su conocimiento sobre su inclinación sexual se limitaba a saber que era lesbiana. Algo que también sabía Daphne, lamentablemente, pues los dos se enteraron gracias a aquel escándalo tan sonado, cuando su hermano y su cuñada «pillaron» a Leslie en la cama con otra mujer.

Tuvieran algo o no lo tuvieran, eso no era de su incumbencia, se dijo, y volvió a pensar en las posibilidades reales que tenía de llegar ese proyecto a alguna parte.

Cuando estuvo componiendo aquellas canciones, siempre tuvo a su grupo anterior, es decir a Hazelnut, en la mente. Eran canciones de ese estilo, un estilo musical estrictamente rockero, pero con un componente melódico muy marcado. Aparte de Homestead —su primer grupo—, donde las canciones las componía el teclista junto con el cantante, con alguna que otra aportación suya, en Hazelnut el compositor también era el cantante, es decir Helmut Murray. No había estado en otros grupos más que en esos en toda su dilatada carrera y los compositores habían sido otros.

Pero ahora le tocaba a él tomar las riendas, y era algo a lo que no estaba acostumbrado. Es como el copiloto de un coche que siempre ha visto a otro pilotarlo. Puede saber perfectamente cómo se hace, pero de ahí a ponerse a los mandos del vehículo… pues hay un abismo.

Y eso era lo que le estaba pasando a él con esas composiciones. Sabía perfectamente cómo se hacía, pero aquello no le estaba quedando nada bien. Había hecho y rehecho decenas de veces la canción principal, y ninguna de las veces le había gustado el resultado. La idea no era mala, se dijo, pero había algo que no acababa de encajar. Igualmente, había intentado crear una letra y una melodía para ese tema, y se había

imaginado a su anterior jefe, es decir, a Murray, cantando aquella canción. ¿Quizás si la cantara Janet, el resultado podría ser más satisfactorio?

No perdía nada por probarlo, y la chica estaba más que encantada de colaborar. Sí, se dijo, se podría intentar.

De momento, Leslie no tendría por qué aparecer en escena, pues las composiciones se hacían con pistas sintetizadas que imitaban perfectamente a los instrumentos reales. Los programas de composición musical por ordenador incorporaban «soundfonts», es decir, archivos con grabaciones en alta fidelidad nota por nota de instrumentos musicales, y se podían generar canciones que los oídos poco avezados podrían pensar que estaban siendo interpretados por músicos reales con sus instrumentos, y tocando además «en directo». Todo menos la voz, lógicamente, que tenía que ser la de una persona real.

De esa manera, podría presentar sus composiciones a Daniels, añadiendo a Janet como vocalista, en lugar de algún cantante profesional «de sesión» al que tendría que pagar un buen dinero, además de darle a conocer aquellas canciones. Unos temas, que, en caso de prosperar, tendrían que estar sujetos a derechos de autor, y no le apetecía divulgarlos entre la gente del gremio, pues se podrían producir «filtraciones» antes del estreno.

Y para eso Janet se prestaba como anillo al dedo, pues estaba seguro de que ella no le traicionaría ni filtraría nada sin su permiso. Y por otra parte, Daniels podría ver esa «innovación», esa mezcla de estilos, es decir, una chica negra con acento de soul sobre una canción de rock, como algo fresco, algo nuevo y distinto de lo que machaconamente se repetía una y otra vez en el panorama musical. Y ese podría ser el gancho. El revulsivo que necesitaba una industria anquilosada, y una oportunidad de ganar mucho dinero, si se podía aprovechar.

MP4

—¿Quién es esa chica?

—Es Janet Arley.

—¿Quién?

—Janet es una cantante profesional. Pensé que podría darle un cambio radical al estilo, para parecer más innovador. ¿Qué te parece?

Daphne miró a la pantalla donde se exhibía un MP4 que habían grabado con una de las cámaras del estudio. En el vídeo aparecía Lawrence, tocando la guitarra en directo, mientras Janet cantaba la que sería la canción principal de ese álbum sobre el que había estado trabajando.

—No me gusta —dijo finalmente.

—¿Porqué?

—No me gusta ella.

—¿Por qué no te gusta? ¿No te parece que canta bien?

—Lo que no entiendo es por qué no has contratado a Randy Williams, como me dijiste que ibas a hacer.

—Bueno, llegué a mencionar ese nombre, pero…

—¿Por qué no quieres hacerlo con él?

El hombre miró circunspecto a su mujer, y tras unos segundos le dijo:

—Mira, Daphne, si quiero llegar a alguna parte, he pensado que no puedo seguir haciendo lo mismo. Necesito cambiar de estilo, y también de apariencia. Y no me negarás que esa mujer, sobre un escenario, pues es todo un cambio. Fíjate en las ganas que pone, su garra, el sentimiento que pone al cantar esas letras…

—Tu fama, Lawrie, se debe a lo que eres. Y si ahora cambias, te quedarás en nada.

—Yo no estoy de acuerdo, Daphne. Antes de hacer esto, toda la industria musical sabía quién era y lo que hacía, y nadie llamaba a mi puerta. Ahora tengo la oportunidad de hacer algo nuevo, y esa chica me lo está proporcionando.

—¿Qué es lo que te está proporcionando? —preguntó, con cautela—. ¿Por qué se ha vestido de esa forma tan atrevida?

—Me está proporcionando la oportunidad de marcar distancias con el pasado en el sentido de ofrecer algo nuevo, pero sin dejar de ser yo, en esencia. Y se ha vestido así porque ese es el video que le pienso enseñar a Daniels. ¿No lo entiendes?

La mujer volvió a mirar a la chica, y siguió escuchando la grabación totalmente seria. Estaba claro que tenía celos.

—Además, tampoco va tan «atrevida», como tú dices. No está enseñando nada, me parece a mí.

—¿De dónde la has sacado?

—Me he enterado de su existencia… por un conocido —mintió, parcialmente—. Una persona cercana me la ha recomendado y…

—¿Quién?

—Pues, el otro día estuve en el estudio y…

—Bueno, la verdad es que me da un poco igual —interrumpió, afortunadamente. De haber seguido, hubiera puesto al guitarrista en un aprieto—. Pero insisto, creo que te equivocas, Lawrie. ¿Quiénes son los otros músicos?

—No hay nadie más, por ahora. El bajo, la batería y el teclado que estás oyendo son solo pistas sintetizadas. Pero de momento es lo que le voy a enseñar a Daniels.

—¿Le vas a enseñar el video?

—No, de momento mi plan es mostrarle una versión instrumental de esta y de otras dos canciones. Después le enseñaré una grabación con la voz, y si quiere ver a la chica le enseñaré el video.

—No creo que le guste a él tampoco.

—Pues si no le gusta, que me sugiera algo, Daphne. Esto es solo una base. Es solo un boceto sobre el que asentar un proyecto. Si no quiere que sea Janet la cantante, pero le gustan los temas, yo estoy dispuesto a aceptar lo que me diga —se sinceró.

—¿De verdad?

—Por supuesto. He intentado lo de la chica para ofrecer algo nuevo. Alguien tenía que cantar, ¿no? Además, es una cantante que está empezando, y lo está haciendo gratis, pues necesita promocionarse. Con el dinero que nos queda, pagar sesiones de Randy Williams hubiera sido algo prohibitivo, me temo.

—Ya veo. Pero quizás por esa tacañería… te quedes sin el contrato.

—Lo he pensado, pero no creo que sea el caso. Lo que le voy a presentar a Daniels es solo una maqueta. Un boceto, vaya, y él no es un cualquiera que se fije solo en lo externo. Si cree que las canciones tienen calidad, sugerirá cambios, para ajustar esto o aquello, incluyendo la voz. Él es el que manda, lógicamente. En mi situación actual, me temo que no puedo elegir.

—Solo sugerir.

—Eso es. Es una pena, pero es así. Otros podrán hacerlo, Daphne. Otros pueden cambiar lo que quieran de su estilo, y contratar a quién le place y los productores lo aceptan. ¡Lo aceptan sin rechistar! El mercado lo acepta y venden millones de discos y hacen cientos de conciertos. Pero yo no puedo.

—Vamos, Lawrie… —comenzó a decir, sintiendo lástima por su marido que comenzaba a poner los ojos vidriosos—. Vas a tener suerte, seguro —le abrazó—. Pero insisto, creo que con esta chica te estás equivocando —afirmó, mientras sus ojos azules se clavaban en la pantalla, que mostraba ahora solo una imagen fija con la chica en primer plano. La canción había terminado y el video se había detenido. Y aquella mujer negra parecía mirarla con ojos desafiantes a ella, a Daphne Ayers.

Contenta

—¡Ooooye! ¡Pero qué contenta vienes hoy! Te recuerdo que esto es solo un bar, y a estos babosos les importa un bledo lo bien o mal que cantes. Solo quieren verte a ti e imaginar lo que llevas debajo de la ropa…

—Ya lo sé Leslie… ¡Ya lo sé! Pero es que mientras canto no puedo sino imaginarme sobre un escenario de verdad, y pensar que estoy cantando ante miles de espectadores que vienen a verme a mí… y a ver tocar a tu tío, naturalmente. ¡Es todo un maestro con la guitarra!

Las dos mujeres habían hecho un receso durante su actuación, mientras Janet pasaba por el pequeño y lúgubre almacén de bebidas que funcionaba también como vestuario femenino. Y masculino, ciertamente, pues no había otro. Allí se estaba quitando la ropa que traía, que era la misma con la que había actuado en el estudio, pues no le había dado tiempo a pasarse por su casa para cambiarse. Afortunadamente, no iba a servir las copas de aquella guisa, pues allí guardaba prendas algo menos atrevidas.

—Oye, date la vuelta, Leslie, que contigo no puedo mostrarme…

—Anda… que contigo no voy a hacer nada… —dijo, mientras se volvía—. Aunque, con lo contenta que estás hoy, yo creo que podría intentarlo.

—¡No caerá esa breva! —exclamó, para después soltar una carcajada que la otra secundó.

—Oye, cuéntame, ¿qué tal van esas grabaciones?

—Van muy bien, Leslie. Tu tío es encantador, y está aceptando muchas de las sugerencias que yo le hago.

—¿Tú le sugieres?

—¡Ya lo creo! Es un guitarrista excepcional, pero a la hora de crear… pues tiene sus lagunas, me parece a mí. A ver… —se detuvo, viendo que quizás se había pasado un poco—. No es que yo le corrija, no sé si me entiendes…

—Sé perfectamente cómo es mi tío, Janet.

—Pues eso. Hay veces que yo improviso, e inserto algo que no queda bien. Pero al volverlo a hacer, lo hago como él quiere, y entonces él me dice: «Oye, no está nada mal eso que has hecho. Creo que me gusta más que el original ¿Podrías repetirlo?» Y entonces yo lo repito, pero claro, eso implica que él tiene que cambiar algo de la partitura, y quizás por eso nos estamos retrasando un poco.

—Sí, porque ya lleváis un tiempo grabando. ¿Cuántas sesiones lleváis ya?

—¡Uf! Unas cuantas… desde el día que nos acompañaste tú con la batería, hemos estado… al menos cuatro o cinco veces.

—Sí, ese día nos lo pasamos bien. No sé por qué mi tío se empeña en grabar con la batería «enlatada».

—No te lo tomes a mal, Leslie, yo creo que lo hace por mí.

—¿Por ti?

—Sí, para no distraerme. Si la batería está enlatada, nos aseguramos que siempre se ejecuta de la misma manera, y así podemos ver las variaciones sobre la marcha.

—Ya, ya… Me parece a mí que lo que él quiere es quedarse solo contigo… —dijo, y tras lo cual soltó una carcajada—. ¡Pues ten cuidado porque mi tía es muy celosa!

—¡Ya lo creo! El otro día se pasó por el estudio ¡y no veas cómo me miraba! No me quitó el ojo de encima en todo momento…

Leslie iba a decir algo, pero finalmente se contuvo. No le gustaba hablar mal de la gente y prefirió salirse por la tangente.

—Anda, vamos hacia dentro, que se van a pensar que me estoy propasando contigo.

—Jajá, vamos sí, que el jefe ya nos estará echando en falta.

Pletórica

Aquel día salió de trabajar antes que Leslie, pues sus turnos eran diferentes y no coincidieron. ¡Estaba pletórica! Ni siquiera le había importado que un par de clientes le tocaran el culo, ni que otro le insinuara cosas groseras. Aquel día se veía encima de un escenario de verdad y rodeada de fans que coreaban su nombre mientras la aplaudían a rabiar.

No estaba ni siquiera cansada, a pesar de que había tenido un día frenético. Por la mañana había ensayado junto con Lawrence dos de las canciones que más les costaron hacer, y la verdad es que no habían quedado nada mal. Además, habían avanzado mucho en otra que no acababa de encajar, y habían grabado definitivamente otra más. Él optaba por terminar, por lo próxima que estaba la hora en la que ella entraba a trabajar, pero fue Janet quien insistió en dejar aquello concluido. Y en el bar le esperaba una jornada agotadora, pues tuvo que suplir el turno de una compañera que estaba enferma.

Aquel hombre se entendía muy bien con ella, y se preguntó por qué se habrían deshecho de él en Hazelnut, con el buen talante que tenía, y lo buen guitarrista que era.

Al terminar la jornada pasó como flotando por las calles que conducían a su casa, cuando en otras ocasiones iba casi arrastrándose. Pasó también cerca de una discoteca «after», que solía evitar por tener gente no deseable en sus inmediaciones, y allí se encontró en el exterior, a dos chicas que bailaban con una copa en la mano. Sin pensárselo dos veces se sumó al baile con aquellas desconocidas y en poco tiempo estaba bebiendo de sus vasos y riéndose a carcajadas con ellas.

Al final las dejó, y siguió de camino hacia su casa, no sin antes pasar por la puerta de otro garito, un bar de mala muerte donde ella llegó a trabajar en el pasado. Miró desde la puerta y entró, procurando que no la viera el dueño, y allí pudo contemplar aquel horrible espectáculo que en su día también ella había protagonizado, solo que esta vez era peor. Sobre el «escenario», si es que aquel altillo se podía considerar como tal, dos chicas con cara triste se afanaban por cantar una canción de las «Spice Girls» vestidas de Mickey Mouse.

«Patético», pensó, y no le faltaba razón. Se compadeció de ellas, y pensó en lo afortunada que era por haber tenido la suerte de conocer a Leslie. Por haberla conocido, y por haberla aceptado tal y como era, pues entre las de su raza, también había rechazo hacia la gente como ella, igual que ocurre en todas partes. De no haber sido por esa mujer, jamás habría conocido a Lawrence, y ahora no tendría ante sí una oportunidad como la que tenía.

Eso le volvió a animar, y llegó por fin a su casa con el mismo estado de ánimo con el que había salido de su lugar de trabajo. Entonces se desnudó y se metió en la cama, intentando dormir, pues a la mañana siguiente tenían que seguir con las grabaciones.

Pero no lo consiguió del todo, por la alegría que tenía encima. Con un poco de suerte, en menos de un mes estarían listas, y Lawrence se las presentaría a Daniels.

Estaba segura de que aquel hombre las aceptaría sin rechistar, pues estaban ejecutadas de forma magistral por el guitarrista, y ella había puesto todo su empeño en que quedaran perfectas.

No sabía cuán equivocada estaba.

Daniels

—Esto es una basura, Lawrence. ¿En serio que esto es todo lo que has sido capaz de hacer en todos estos meses?

El guitarrista se encontraba en el despacho de John Daniels, y le había estado mostrando las grabaciones que habían hecho. Como había planificado, primero le había mostrado las versiones instrumentales, que le habían dejado ciertamente frío. A continuación, le enseñó la versión con Janet, que tampoco le entusiasmó mucho que digamos.

—Si quieres, podemos cambiar a la cantante —probó—. Conozco a un vocalista de sesión que...

—No es cuestión de la cantante, Lawrence. Puedes poner al mejor del mundo, y te seguiría diciendo lo mismo. Estas canciones no valen nada.

El guitarrista miró al suelo, y comenzó a respirar de forma agitada, intentando contener las lágrimas. El hombre al otro lado de la mesa se lo notó, e intentó consolarme de alguna manera.

—Vamos, Lawrence, perdona si he sido demasiado brusco. Eres un buen guitarrista, quizás uno de los mejores. Pero me temo que tienes que resignarse a trabajar para otros. A tocar los temas de otros, me refiero. Vamos, como has hecho siempre.

El hombre se descompuso un poco y miró hacia Daniels. No le dijo nada que él no supiera, aunque tenía esperanzas de que no fuera así, de que aquellas canciones mostraran algo de un talento compositor que en realidad no tenía. Ni siquiera las canciones "mejoradas" por Janet tuvieron mejor suerte.

—Deberías buscarte una banda en la que integrarte, o bien convertirte en un músico de sesión, Lawrence.

—O sea, que me retire.

—Yo no he dicho eso.

—No lo has dicho, pero como si lo hubieras hecho. Llevo mucho tiempo buscando una banda en condiciones, y cada día que pasa estoy más lejos de conseguirlo.

—Sí, ya lo sé, pero...

—Y lo de músico de sesión, eso es como no decir nada, ya lo sabes. Los músicos de sesión tenían sentido antes, cuando la falta de la tecnología hacía necesaria su existencia. Pero ahora, ya lo ves. Yo mismo he preparado estas maquetas en las que aparecen cinco instrumentos diferentes, sin saber tocar más que la guitarra. Salvo los cantantes, ya nadie puede ser músico de sesión. Y apuesto a que dentro de poco también estos serán sustituidos por programas informáticos.

—Siempre puedes integrarse en una orquesta, en un conjunto que…

—Si claro, para tocar en las fiestas de los pueblos. Yo creo que todavía puedo servir para algo más, ¿no te parece?

—Ya, pero no sé con quien, Lawrence. Yo al menos no sabría decirte. Deberías hablar con algún mánager, supongo.

—De ahí vengo, John. He estado con Terry Andrews, y no he conseguido sacarle nada.

—Deberías probar con otros, quizás.

—Estoy un poco harto de ellos, sinceramente; son todos iguales. Por eso he acudido a ti.

El hombre se le quedó mirando, sin saber qué más decir. Para romper el silencio, añadió:

—Verás, las canciones que has hecho… eh… no están mal… en el sentido del esfuerzo que has hecho en su elaboración. Eso es algo que se nota. Pero, no tienen fuerza. Si fueras un músico consagrado…

—Soy un músico consagrado.

—No en solitario, Lawrence. Déjame que te explique. Si fueras un músico consagrado, que hubiera hecho otros álbumes buenos, este podría pasar y salir al mercado. Siempre sería considerado como un bache en tu carrera, pero nada más, al estar arropado por otros que te definan. Pero no puedo invertir un dinero en algo malo de por sí, sin perspectivas de que mejore en el futuro. No sé si me explico.

—Perfectamente, Daniels —cambió ahora al apellido.

—Alguna expectación se generaría, desde luego, por ver cómo te desenvuelves en solitario. Pero no creo que fuera mucha. Ya no se venden discos, ya lo sabes, y la gente se habrá descargado tus canciones antes de ir al concierto. Pero como no son… buenas, permíteme que te diga, no generarán expectación y la gente no irá a verte. Es así de triste.

—Antes… —siguió—, quiero decir, antes de Internet… hubiéramos probado. No eres el único músico que se ha puesto en solitario, ya lo sabes, ni el único fracaso. Eres conocido, y la gente hubiera pagado por comprar el disco. Eso sí, no hubieran comprado los siguientes, pero con este primero ya habríamos ganado dinero.

—Las cosas han cambiado.

—Pues sí. Esta industria ya no es lo que era, me temo, y el negocio solo está en los conciertos. Si tuvieras algún derecho sobre las canciones de Hazelnut, con ese gancho podrías atraer a gente, pero… creo que todas están a nombre de Helmut. ¿No es así?

—Así es. No pudo tocar nada en público sin su consentimiento.

—Y, ¿no podrías hablar con él?

—No, John —volvió al nombre de pila—. Eso no puede ser, sin pagar royalties. Yo he interpretado las mejores de sus canciones desde que se fue Ruddy de la banda, y la gente las asocia conmigo. Pero ahora tienen un nuevo guitarrista y también ellos necesitan vivir de sus éxitos. Si yo las tocara con mi grupo… gratis… tendrían una fuga de ingresos y, aunque con Helmut no quedé mal del todo, los demás no lo consentirían.

—Ya, como es natural.

—Pues eso. En fin, muchas gracias de todas maneras.

Se levantó para irse, pero, recuperándose un poco del chasco se acordó de Janet y le preguntó:

—Oye, John, y respecto a la chica, ¿qué te ha parecido? ¿No podrías hacer algo por ella?

—¿La cantante?

—Sí, no me negarás que tiene buena voz…

—La tiene, desde luego. Pero no sabría donde encajarla. No es lo normal en una banda de rock que haya…

—Chicas negras.

—Es algo chocante, no me lo negarás. No es algo habitual en música para blancos. No conozco una sola banda de rock relevante que…

—Olvídate del color por un momento.

—Aun así, Lawrence. No canta mal, ya te lo he dicho, pero no es difícil encontrar voces buenas hoy en día; hay miles de concursos en la televisión que sacan a puñados de ellas todas las semanas.

El guitarrista se le quedó mirando, como esperando algo más y el hombre siguió:

—No te negaré que tiene proyección. Le pone ganas y entusiasmo, y convenientemente trabajada podría dar mucho más de sí, creo. Pero, —siguió— yo no puedo invertir en eso. Yo soy un promotor, y trabajo sobre gente ya rodada.

—Lo siento mucho, Lawrence —concluyó, tras ver que el hombre recogía sus cosas para marcharse mientras se dirigía hacia la puerta del despacho, cabizbajo.

Al salir volvió a mirar hacia Daniels, y con un simple movimiento de cabeza se despidió, encaminándose hacia la salida del edificio.

Al llegar a la calle fue hacia el aparcamiento donde había dejado su coche, pero antes de llegar atravesó un parque. La mañana estaba radiante, y no hacía mucho calor, así que se detuvo en un banco para intentar reflexionar. Para intentar pensar en cuáles iban a ser sus siguientes pasos, si es que daba alguno, y también, en qué le diría a Janet. Casi lo sentía más por ella que por él, pues la muchacha había depositado una

enorme ilusión en aquel proyecto. Él, por el contrario, ya se estaba comenzando a acostumbrar a los fracasos, aunque era cierto que este mazazo no se lo esperaba.

Descargas

—¿Qué tal van esas descargas, Lawrie?

—No van mal, querida, aunque con el dinero que estamos sacando de esto… no podremos pagar ni el alquiler.

Habían pasado algunos meses desde el encuentro con Daniels, y habían optado por el único camino que les quedaba, tras haber vuelto a ser rechazas las maquetas por un promotor alternativo, quién alegó lo mismo que le dijo aquel. Lawrence ya había asimilado que era un mal compositor, pero esperaba recaudar algún dinero por haber subido sus canciones a las plataformas digitales.

—La gente tiene curiosidad por ver lo que hago —siguió—, y algunos fans pagan por las descargas. Es de donde vienen la mayor parte de los ingresos, ya sabes, pues las cuotas por tener los archivos MP3 en las plataformas no son altas. Funcionan por descargas y por escuchas, y como las críticas no han sido buenas…

—Hiciste bien en no pagarles. Si llegamos a darles algo…

—¿Te refieres a los chicos?

—Pues claro. ¿A quiénes va a ser?

«Los chicos», fueron los músicos que colaboraron en la grabación del álbum. Como maqueta, estaba bien trabajar con pistas sintetizadas, pero para exponerlo públicamente, se necesitaban músicos de verdad. Daphne era partidaria de contratar a músicos profesionales, pues creía que con eso se daría mayor proyección al disco. Pero el dinero se les estaba acabando, y Lawrence creía con razón que eso no solucionaría mucho. Así que tiró de lo que tenía, es decir, de Janet y de Leslie, con la ayuda de un bajista recomendado por esta, que, aunque no era de Chicago, había trabajado en alguna ocasión en el bar. Por último, se sustituyó el teclado de las maquetas por otra guitarra, que tocó el mismo Lawrence en pistas independientes.

Su idea era no decirle a su mujer quiénes eran los músicos, pero no tuvo más remedio. Además de las canciones, se grabaron vídeos de las actuaciones que, aunque eran en el estudio, intentaron resultar lo más vistosas posible. No era para menos, pues ya que lo hacían gratis, al menos se promocionaban al aparecer junto a Lawrence como compañeros. Y en efecto, los videos que se subieron a YouTube tuvieron miles de visitas, con diferentes comentarios tanto positivos como negativos.

Pero el guitarrista tuvo que pagar un alto precio por ello, pues el bajista tuvo un comportamiento bastante errático e irregular, al parecer por ser adicto a las drogas. Algo que Leslie no conocía, y se disculpó con gran pesar ante su tío. Pero el problema principal fue ella. Daphne no perdonó a su marido por haber tenido tratos con aquella «degenerada», y de hecho estuvo varias semanas prácticamente sin hablarle. Solo consiguió aceptarle de nuevo en el dormitorio gracias a la consideración de que las otras alternativas no se las podían permitir.

Aun así, su mujer no sabía que él les pasaba una parte de los ingresos que obtenía por parte de las plataformas de música en «streaming», pues se sentía moralmente obligado a ello al haber colaborado con él. Algo que, aunque no era mucho, servía para ayudarles en sus gastos.

—¿De verdad que no te ha llamado nadie, Lawrie?

—No —dijo, con cara de preocupación—. Creo que me he precipitado en sacar estas canciones, Daph. Me parece que me están cerrando más puertas que antes.

—Qué tontería…

—No es ninguna tontería, querida. Los comentarios que estoy recibiendo y las críticas de los medios especializados no son precisamente buenas.

—Te minusvaloras, demasiado, Lawrie. Es algo que he aprendido de la psicóloga. Hay que fijarse en la parte buena de las cosas, y no ser siempre negativo. Tienes críticas buenas y algunas malas. Deberías fijarte solo en esas. Hay que ver la botella medio llena, y no medio vacía.

—Eso está bien para tener un pensamiento positivo, y para tener una visión óptima de la vida, Daphne. Pero aquí no va de esto. Yo no puedo ver la botella medio llena cuando casi todo el mundo me dice que las canciones son malas, y que sólo «mi buen hacer con la guitarra» las salva de ser una auténtica ruina. Y nunca mejor dicho, querida, pues el dinero se nos está acabando.

—Ya te saldrá algo, Lawrie —le consoló. Se notaba que la mujer estaba pasando por una racha «buena», y no lo veía todo negro como solía acostumbrar.

—Mi única esperanza es que Janet consiga alguna cosa con esto. Al menos habrá servido para algo. Su actuación es de lo mejor que ha salido, y espero que lo aproveche.

—¿Sabes si le ha llamado alguien?

—No, que yo sepa.

—¿Qué tú sepas?

—Sí, no nos hemos vuelto a ver desde entonces.

—¿Ni una llamada?

—Solo un par de veces.

—¿Para qué?

—Para qué, ¿qué?

—Para qué os habéis llamado.

—Pues… no lo sé… para comentar algo, supongo —el guitarrista miró hacia otro lado.

—¿Quién llamó a quién?

—Pues… no sabría decirte… —siguió, sin dejar de mirar hacia el lado contrario al que estaba su mujer.

En realidad, fue él quien llamó a Janet para informarla de que le iba a pasar parte de los ingresos por las descargas, aunque eso era algo que no quería que su mujer supiera. Pero Daphne, que ya estaba celosa desde antes, interpretó, y con razón que le ocultaba algo, pues no se le escapó aquella actitud huidiza:

—¿Qué me estás ocultando, Lawrence?

—Nada. ¿Qué te iba a ocultar? —respondió, esta vez mirándola a los ojos.

—¿De verdad que no recuerdas de lo que habéis hablado en esas dos ocasiones?

—Pues… en realidad no sé si fueron dos veces o solo una. Yo creo que me llamó ella, para saber si tenía alguna novedad. Alguna novedad respecto a si se había puesto en contacto conmigo algún promotor, ya sabes.

—Y… ¿te llamó, o te escribió un mensaje?

—Me llamó.

—Qué raro…

—¿Por qué?

—Los jóvenes no usan los teléfonos para llamar. Solo escriben mensajes de texto. ¿Estás seguro de que te llamó?

—Daphne, ¿a qué viene todo esto? ¿Qué más da que me llamara o que me escribiera un mensaje?

—Y… ¿te llamaron los demás, o solo ella?

—¿Te refieres a Leslie, y al bajista?

—Sí, claro.

—No. Ellos no me han llamado —mintió. Ya tenía un frente abierto con esos celos respecto a Janet, y no quería ahora abrir otro con la sobrina. No quería volver a discutir sobre ese asunto, otra vez.

—No tengo tratos con ellos, Daph. Solo quedamos en que yo les avisaría si salía algo, o si alguien se interesaba por alguno de ellos.

—Si quedasteis en eso, ¿por qué te llamó Janet?

Lawrence suspiró. Estaba caminando sobre el filo del abismo, y cualquier error podría ser interpretado de la peor forma.

—La chica tenía mucha ilusión, y se llevó una gran decepción cuando le dije que Daniels nos rechazó. Fue un verdadero mazazo para ella, y yo creo que sigue albergando alguna esperanza.

—Esperanza… ¿de qué?

—Ah, Daphne, pues, ¿de qué va a ser? De que alguien nos llame y nos quiera contratar. Para esa chica, cantar lo es todo en la vida, y ya se veía siendo famosa.

—¿Famosa? ¿Contigo?

—Bueno… no necesariamente. Los videos son públicos y cualquier mánager o promotor puede verlos. Si no quieren saber nada de mí, quizás les guste ella y la contraten para una banda, o como cantante solista… ¡Yo qué sé!

Daphne se le quedó mirando con mucha suspicacia, mientras él procuraba no ponerse nervioso. Siguió chequeando como si nada las estadísticas de descargas y visualizaciones en las distintas plataformas, aunque sin perder de vista a su mujer a quién miraba de reojo de vez en cuando. Ella tenía ese rictus tan característico suyo del que se podía esperar cualquier cosa: podría salir por peteneras de un momento a otro y ponerse a gritar como una loca, o bien abrazarle y besarle y hacer el amor allí mismo. Cualquiera de las dos cosas era igual de posible en aquella rubia venida a menos que era su mujer.

Ella permaneció un rato más a su lado sin decir nada, mientras se mesaba su larga cabellera de pelo largo y liso que mostraba ya muchas canas, ocultas sin embargo por los tintes y los caros tratamientos a los que se sometía.

Al cabo de un rato, no pasó ninguna de las dos cosas, y Daphne se retiró hacia el dormitorio sin decir nada más, para respiro de Lawrence. Ya tocaba, se dijo, volver a tener una buena bronca, pues desde la última ya había pasado un tiempo y no eran normales tantos días de tranquilidad. Su mujer era un volcán y podía explotar en cualquier momento, y lo que es peor, sin aviso previo alguno.

Un pálpito

—¿Qué te ha dicho el jefe, Jan?

—Te lo puedes imaginar.

—Has estado casi media hora en la oficina…

—Yo pensaba que me iba a despedir, Leslie.

—¿En serio?

—Y tanto. Que si soy muy arisca con los clientes, que si ya no pongo tantas ganas en las canciones como antes...

—En eso último tiene razón, me temo.

—Ya lo sé. Pero es que no tengo ganas de nada, de verdad. He pasado de estar en lo más alto, a estar en lo más bajo. Me refiero a las ilusiones, claro.

Las dos mujeres caminaban despacio, de vuelta a casa tras el trabajo en el bar. Janet estaba cansada, y Leslie no quería molestarla demasiado. Cada vez la veía más alicaída, y la baterista comenzaba a preocuparse.

—Oye, ¿qué pasó con el tipo ese? El que te contactó por las redes sociales.

—Vio nuestros videos y le gustaron. Al menos eso dice. Pero no me fio, Leslie.

—¿Por qué?

—Me huelo que sea otro engaño. Otro aprovechado que me ilusione, para al final nada.

—Pero… ¿es un promotor? ¿O un mánager?

—No lo sé. Prefiero no preguntar, para no llevarme otro chasco.

—Pues deberías, Jan. No hay otra forma de recibir contactos, hoy en día.

—No sé si, como insinúa, podría hacer algo por mí, o bien solo busca lo que buscan todos, ya sabes.

Leslie calló, y al poco fue su amiga quien continuó:

—De verdad, a veces pienso en darme de baja de todas ellas. Borrar todos los perfiles en las redes sociales y dedicarme a otra cosa.

—¿Y renunciar a cantar? ¡Ja! Eso no lo verán mis ojos.

—Cantaré en mi casa, o contigo y tu tío, si algún día le viene la inspiración. O compondré mis propias canciones y cantaré para mí.

—¿Qué tal sigues con esas clases de solfeo?

—Se me da bastante bien, la verdad. En eso me gasto las comisiones que me pasa tu tío, ya lo ves. Al menos sirvió para algo.

—Pues me alegro. Yo con eso estoy pagando algunas deudas, y dándome algún capricho. Eso de ahorrar no va conmigo.

—¡Ahorrar! Yo vivo al día, Leslie. Si el jefe me echa, me parece que me tendrás tú que mantener, pues no tengo a nadie en el mundo.

—¡Ah! Qué tierno, Jan…

—Me tendría que ir a vivir a tu casa, y encima sin darte nada a cambio, ya me entiendes.

—Eso no va a ocurrir, ¡ya lo verás! No sé por qué, pero tengo el pálpito de que nuestra suerte va a cambiar… y pronto.

Guerra de egos

Terry Andrews no daba crédito a lo que acababa de oír. En un mundo cada vez más dominado por las redes sociales y la comunicación vía Internet, que alguien usara el teléfono era extraño. Y más si se trataba de una persona relativamente joven como Kai Costa, que solo tenía 35 años.

Pero el caso es que era así. El líder de Thertonball, la banda más importante del momento, había sido expulsado de su grupo por quien se creía que era el líder, el arrogante guitarrista Ruddy Norfolk, y el mánager de la banda se había aliado con este último.

Al parecer, y era algo que ya se rumoreaba en la prensa especializada, había habido una «guerra de egos» en el seno del conjunto londinense, y el bajista y compositor del grupo se había llevado la peor parte.

Y entonces Kai Costa se había puesto en contacto con Terry, mánager de Hazelnut, y le había pedido el teléfono de Lawrence Ayers.

—Lamento lo que ha pasado, Kai —le dijo el representante—. En nuestro grupo pasó lo mismo, ya lo sabes. Ruddy se enemistó con Helmut, pero yo supe elegir quién era la persona más adecuada para continuar en el grupo.

—Y nos endosaste a Ruddy, ¿no es así?

—Bueno, más bien fue él quien os buscó a vosotros a través de Peter Cornerstone.

—Ya lo sé, Terry —bromeó—. Nuestro mánager aceptó el encargo y formó Thertonball en torno a él. Pero el proyecto ha llegado a su fin, ya lo ves.

—Si te soy franco, habéis durado más de lo que yo pensaba.

—Doce años.

—Yo no hubiera apostado por más de cinco. Y eso teniendo en cuenta que todos erais unos músicos sin experiencia y teníais que aguantar para hacer carrera. ¿Qué fue lo que pasó? Me refiero, ¿cuál fue la gota que colmó el vaso?

—Fue un cúmulo de gotas, como tú bien dices. Yo le he soportado como he podido durante todos estos años, hasta que al final la cosa se nos fue de las manos, y nunca mejor dicho. Se metió con Rose, tuvimos una pelea… Ya te puedes imaginar.

—Me imagino, desde luego. Aquí los puños no llegaron a darse, entre otras cosas porque Helmut le hubiera dejado K.O. desde el primer momento. Sus dos metros de estatura y ciento veinte kilos habrían sido demoledores contra Ruddy.

—La pelea es lo de menos, Terry. Lo peor es lo insufrible que es. Todo el día protestando por todo, incluso por las cosas que teóricamente le gustan. Siempre yendo a remolque, y claudicando en cosas que perjudicaban al grupo. Eso ha sido lo peor.

—Y, ¿los demás?

—Los demás estaban conmigo, naturalmente, pero él tiene un ascendente especial con Peter, y al final este ha tomado partido por él.

—Sinceramente, no sé cómo no te has impuesto antes. Tu talento como compositor, tu maestría con el bajo, tu buen hacer en la producción, tu carisma con el resto del grupo…

—Un guitarrista lo es todo en una banda de rock, ya lo sabes. Y Ruddy, a pesar de sus defectos, es uno de los mejores. A mí no me duelen prendas en reconocerlo.

—El grupo no hubiera llegado a ninguna parte sin tus canciones, Kai. Por muy bueno que sea él con la guitarra —que lo es—, una banda no puede sobrevivir solo con una serie de alardes guitarreros.

—También Adam tiene mucho que ver, Terry. Nuestro cantante es también uno de los mejores, y hablando de carisma, él tiene más que yo.

—No lo dudo, pero tú eres el alma del grupo... Quiero decir, eras, lamentablemente. De verdad, —siguió—, creo que ahora se va a producir un declive, y la banda dentro de unos años no será ni la sombra de lo que fue.

—Yo también creo lo mismo, y no es porque yo sea tan indispensable como dices. Los demás tampoco están nada contentos, y…

—Tu modestia es digna de elogio, Kai. Y esa es, creo, la razón por la que el grupo no haya saltado antes por los aires. En Hazelnut no aguantamos ni tres años, ya lo sabes.

—Es posible —concedió el músico, y tras lo cual se hizo un silencio en la línea.

—Supongo que nuestro bajista, Dasley, se marchará con ellos ahora.

—¿Tú sabes algo? Richard ya intentó estar con Thertonball en sus inicios, y es muy probable que Ruddy le intente atraer para sustituirme a mí. No es que me importe demasiado, pues ya no es mi grupo, pero Adam, Rose, en fin, mis amigos, siguen allí, y Dasley es una persona que no se lleva bien con ellos.

—Oficialmente no sé nada. Él no me ha dicho nada, y en teoría sigue con nosotros. Pero yo apuesto a que se irá. Vamos, estoy seguro. Y aunque no se vaya, desde luego Kai, si tú quieres venir aquí, yo estaría encantado. Le pongo de patitas en la calle en cuanto me hagas una insinuación.

—Jajá, no eres el primero que se interesa.

—Ya me imagino. Supongo que ahora que estás libre, todas las bandas estarán detrás de ti. Pero nosotros no somos cualquier banda, Kai. Hazelnut era el mejor grupo del mundo antes de que aparecierais vosotros, y aun así, a fecha de hoy seguimos siendo un referente en el rock melódico. Además, estoy seguro de que con Helmut harías un tándem fantástico. Sé que no te llevas mal con él, y…

—Gracias por el ofrecimiento, de verdad, pero ahora mismo tengo otros planes en la cabeza.

—Y, ¿cuáles son esos planes, si no es indiscreción?

—Mi idea es sacar unas cuantas canciones al mercado, con gente nueva.

—O sea, lo mismo que hizo Ruddy, hace doce años.

—Algo parecido. Como te digo, tengo algunas ideas que no he querido sacar para Thertonball porque sabía que Ruddy se iba a oponer de plano. Pero son temas buenos que no me resisto a que se queden sin publicar. Un grupo nuevo, con gente nueva, que no me discutan cada nota, ni cada estrofa del pentagrama.

—¿No admites correcciones? Quiero decir… sé que no te equivocas, me refiero a alguna variación, ya me entiendes.

—¡Oh, claro que sí! Admito sugerencias, y casi siempre las acepto. Pero una cosa es, como tú dices, una variación, y otra cosa es defenestrar una canción. Y con Ruddy es lo que pasaba últimamente. Con nuestro último álbum he tenido que claudicar a menudo, y solo la oposición cerrada del resto del grupo ha impedido que arruinara por completo el disco. De verdad, no sé qué es lo que pretende.

—Dicen que Carla se está entrometiendo demasiado en la vida del grupo.

—Yo apenas he visto a esa mujer, Terry. Sé que son novios, y se rumorea que es una mala influencia, pero… no sabría decirte. En cualquier caso, eso se acabó para mí. Vida nueva, grupo nuevo y proyectos nuevos.

—Y… ¿has pensado en alguien, concretamente?

—He pensado en Lawrence, y por eso te llamaba. De hecho, en el grupo ya pensamos en él para sustituir a Ruddy. Pero claro, ahora Peter se ha puesto de su parte, y el que hace las maletas soy yo.

—Lawrence Ayers…

—Sí. Es un gran guitarrista, y por lo poco que le conozco creo que íbamos a formar un buen tándem, como tú dices. Tiene una personalidad que es similar a la mía, y…

—Es curioso. Pensaba que ibas a buscar a un joven guitarrista… más espectacular.

—Como habéis hecho en Hazelnut.

—Sí, es lo que está de moda, Kai. Jóvenes genios, virtuosos de la guitarra eléctrica. Es lo que ahora da más dinero.

—Yo no estoy en el mundo de la música por el dinero, Terry.

—Desde luego. Eso es más que obvio —se retractó—. Pues de otra manera ya habrías salido de Thertonball hace años. Sigues teniendo una participación pequeña, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Eso es algo que nunca he llegado a entender de ti, Kai. De acuerdo que, cuando llegaste al grupo eras un desconocido. Pero ahora… Bueno, no solo ahora, al poco de

arrancar ya se vio claramente que ibas a ser el motor de la banda. Nunca me he explicado cómo no has reclamado una mayor participación.

El portugués pareció suspirar a través de la línea, y tras unos segundos de silencio dijo:

—Mi intención era ser productor, Terry. Estudié ingeniería de sonido, y esos eran mis proyectos desde muy joven. Fue Adam, nuestro cantante, quien me reclutó para Thertonball, y desde entonces… me he dejado llevar.

—Pues hubiera sido un gran desperdicio, sinceramente. Quiero decir… no me interpretes mal. Eres un gran productor, y los discos de Thertonball tienen tu sello en ese sentido, indudablemente… bueno, y en los otros sentidos también, pero no me negarás que, como músico, eres también genial.

—Sí, puede ser, pero ya te digo que lo que me mueve no es el dinero. De hecho, a raíz de la disputa con Ruddy pensé dedicarme solamente a la producción. Pero no me resisto a que se queden sin publicar estos trabajos que tengo, y otros que son solo bocetos. Y Lawrence creo que encajaría como un guante en ese proyecto.

—Ya veo.

—Tú eres su mánager ¿no?

—Bueno… en realidad… yo solo soy el mánager de Hazelnut. Él… acudió a mí, sí, para buscar algo, pero… —el hombre dudaba entre si mediar en aquel asunto o simplemente darle el teléfono al portugués. Se podría llevar un buen dinero por representar al guitarrista, y máxime con las perspectivas de quien tenía a la vista. Al final se le ocurrió algo aparentemente mejor:

—No soy su mánager, pero te puedo dar su teléfono. Aunque, antes de nada, ¿quién os va a llevar, Kai?

—¿A qué te refieres?

—Pues si ya tienes decidido quién va a ser vuestro mánager. Entiendo que no querrás seguir con Peter Cornerstone, y en ese sentido yo os podría representar… con mucho gusto.

—Agradezco tu interés, Terry, pero sinceramente, estoy un poco harto de todo esto. No me lo tomes a mal, no tengo nada en contra tuya, más bien todo lo contrario. Pero he decidido que yo voy a ser mi propio mánager, y del grupo que formemos.

—Y estoy seguro de que lo harás muy bien, desde luego, pero —insistió, viendo que el negocio se le escapaba—, yo tengo mis contactos y mis influencias… conozco a los organizadores de los conciertos, sé moverme muy bien con los promotores…

—De momento lo voy a intentar yo, como te digo. Pero no me cierro, Terry, y si las cosas no salen como espero, tú serías el primero en saberlo.

Una oportunidad

Terry Andrews había perdido la oportunidad de representar aquel nuevo proyecto, pero quiso apuntarse el tanto, en cualquier caso. No estaba todo perdido, si sabía jugar bien las cartas que le quedaban.

—Hola, Lawrence, soy Terry.

—Hola, Terry —contestó, de forma lacónica. Suponía que le iba a proponer otro trabajo en otra de esas bandas de tercera o cuarta fila. Pero la situación con Daphne comenzaba a ser ya un poco desesperada, y estaba pensando en aceptar cualquier cosa.

—¿Estarías dispuesto a irte a Londres? —le soltó el mánager, sin irse por las ramas.

—¿A Londres?

—Sí, o a Lisboa. En realidad, no sé muy bien donde quiere que forméis el grupo.

—No entiendo.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado con Kai Costa?

—Sí, hasta donde yo sé, ha pasado lo que ocurrió entre Helmut y Ruddy hace ya… ni me acuerdo. Se han peleado y… pero, ¿me estás queriendo decir que…?

—Exactamente.

—¿Te ha llamado Kai?

—Me ha llamado.

—¡Oh, Terry! —exclamó, totalmente emocionado, y se le notó claramente a través de la línea. El mánager no dijo nada durante unos instantes y dejó que el guitarrista asimilara la noticia. Finalmente, fue este último, quien, tras unos segundos, preguntó:

—¿Vas a ser tú su mánager?

—Desgraciadamente, no. Pero creo que te debo una, Lawrence, y he conseguido que se fije en ti.

—¿En serio?

—Bueno, en realidad, fue él quien me llamó. Ya tenía interés contigo, al parecer. No te voy a engañar. Podría haber intermediado en este asunto, pero ya ves, en el fondo soy un sentimental y sigo pensando que eres un gran guitarrista.

—Muchas gracias, Terry. No sé cómo podría…

—Pues ahora te digo cómo, Lawrence. Déjame que te cuente, antes de nada. Verás —siguió—. Como puedes suponer, Kai quiere formar una banda en solitario, es decir, con él como líder, y está buscando músicos. Él pensó en ti, ya te digo, y le voy a

dar tu teléfono para que os pongáis en contacto. Siempre y cuando no tengas inconveniente, claro está, que veo que no lo tienes.

—No, ¡desde luego que no!

—Sí, es lógico. Una oportunidad como esta no sale todos los días. Verás, él me ha dicho que no quiere que nadie le represente, es decir, que va a ir por ahí sin mánager, y claro, como tú puedes comprender eso es una insensatez.

El guitarrista guardó silencio. Ya conocía a Terry, y estaba seguro de que guardaba un as en la manga. El hombre siguió:

—Es una insensatez, porque solo un mánager de primera clase puede garantizar las mejores perspectivas económicas y comerciales, los mejores contratos en lo referente a las discográficas y sobre todo en lo referente a conciertos y actuaciones en directo, que como bien sabes es lo que da dinero hoy por hoy.

—Bueno, supongo que él tendrá sus contactos y…

—Sí, claro, supongo que él conocerá a mucha gente, Lawrence, como tú también conoces a mucha gente. Pero los músicos no sois expertos en la materia, permíteme que te diga. Por muchos contactos que tenga —que no sé si los tendrá—, no me puedes negar que tener a un buen mánager al frente de una banda… Pues es estar en otro nivel.

—Creo que no te falta razón, Terry, pero no sé por dónde vas. Si él ha decidido «ir por libre», no sé dónde encajo yo en este juego.

—Pues en que quiero que le convenzas, Lawrence, de que yo sea vuestro mánager.

—No sé si yo estaré en disposición de exigirle nada. Si como dices, yo solo voy a ser un músico a sueldo, poco puedo decirle respecto a eso.

—Hay que ver lo bajo que has caído, querido amigo —dijo, tras unos segundos de silencio.

—¿Cómo dices?

—No sé si es por el tiempo que llevas en «el dique seco», o porqué, pero ese no es el Lawrence que yo conocí.

—No sé a qué te refieres.

—Pues es más que obvio. En ningún momento yo te he dicho que te requiera para ser un músico a sueldo, y tú ya estás asumiendo ese papel. De verdad, has perdido toda ambición, y sólo te conformas con migajas.

—Entonces… ¿va a repartir beneficios conmigo?

—No lo sé. No hemos hablado de nada de eso. Pero pudiera ser que forméis una sociedad. Eso supongo que te lo tendrá que proponer él, o tú exigirlo. Te aconsejo esto último… ¡Hazte de valer, Lawrence!

—Sí, desde luego, pero, para que tú seas nuestro mánager…

—Tendrías más fuerza si fueras un socio, y no un asalariado.

—Claro, pero, si él no quiere saber nada de ti en ese sentido…

—Es por tu sobrina, Lawrence.

—¿Mi sobrina? ¿Qué tiene que ver ella en este asunto? —preguntó, con cautela.

—Sé que toca la batería. Y que tiene una… «amiga» —esto último lo pronunció despacio—, que canta. Yo podría hacer algo por ellas.

—¿Tú? Pero… ¿cómo sabes qué…?

—Yo sé muchas cosas, Lawrence, pues mi trabajo me exige estar al día en todo lo referente al panorama musical. Tengo mis informadores, y persigo a las jóvenes promesas para adelantarme a mis competidores, si hay alguna estrella susceptible de que genere dinero, como puedes comprender.

—Mi sobrina es muy buena baterista, y su amiga canta muy bien.

—Bueno, eso es relativo… y opinable. Y también es lo de menos. Todo depende de la promoción que se les dé, y por supuesto de quién les recomiende. La cuestión es, Lawrence, que si tú consigues convencer a Kai para que yo sea vuestro representante, ten por seguro que yo conseguiré algo para ellas.

—¿En nuestro grupo?

El mánager esbozó una ligera sonrisa y pronunció algo, esbozando una mueca sarcástica:

—«Sí, claro, para traer los cafés» —pareció decir.

—¿Cómo?

—Yo podría conseguirles un par de buenos contratos, Lawrence. Tanto Leslie como la negrita podrían encajar muy bien en unas bandas de música *indie* que se están formando en Los Ángeles, y con las que yo tengo alguna relación. No te puedo prometer nada, pero ten por seguro que antes de que leáis el borrador de mi contrato, las dos chicas estarán actuando en un escenario ante gente respetable. ¡Ante gente respetable, Lawrence! Aficionados y aficionadas que pagarán una entrada para verlas tocar y cantar en los grupos en los que encajen, y no ante borrachos babosos en un bar de mala muerte en los bajos fondos de Chicago. Depende de ti, amigo.

Dos gigantes

Lawrence no se pudo contener y enseguida le contó a todo el mundo aquella noticia. Después, lógicamente, de haber hablado con Kai, y de conocer de primera mano cuáles eran sus proyectos. Había hablado con él solo un par de veces, y este le había hecho llegar las partituras de las canciones que había preparado desde su casa de Lisboa; después habían intercambiado una serie de mensajes comentando las mismas.

Y su sobrina no tardó en enterarse de aquel bombazo, pues el guitarrista no pudo ocultárselo al hablar con ella. Entonces, sin que lo supiera Daphne, se citó con Leslie en una cafetería, entre otras cosas porque le apetecía verla.

—Pero, ¿a ti te ha dicho algo? ¿Habéis hablado de quienes van a ser los otros músicos?

—No hemos hablado de nada de eso. De momento solo estamos él y yo. Nos faltaría un cantante, un baterista, y un teclista.

—Pues entonces…

—Mira, Leslie —la cortó—, a mí me encantaría que Janet y tú estuvierais conmigo. ¡Cómo no! Pero este es un proyecto de envergadura, y Kai Costa no es un músico cualquiera. Es el bajista de Thertonball y además su compositor principal, por no decir el único. ¡Es el alma del grupo! Y Thertonball es la mejor banda de rock del mundo, al menos según las listas de éxitos. No —siguió, tras pensar un momento—. No hemos hablado de músicos, pero estoy seguro de que no aceptará integrar a personas desconocidas, por muy buenas que sean.

—¿No crees que Janet y yo estaríamos a la altura?

—Tú eres muy buena baterista, y Janet tiene una voz fantástica. Pero esto es otro nivel, Leslie. Kai está acostumbrado a tocar con Adam White y con Billy Drake ¡nada menos! ¿Tú sabes cómo canta Adam y como toca la batería Drake?

—¡Claro que lo sé! ¡Billy Drake es mi ídolo! Siempre lo ha sido, desde que le escuché por primera vez cuando yo solo era una niña.

—¿Y tú crees que él se conformará con vosotras dos para sustituir a esos dos gigantes?

La muchacha calló y miró al suelo. Su tío tenía razón. La familiaridad que tenía con él le había llevado a sugerir que ellas dos podrían formar parte de su nuevo grupo, pero, a decir verdad, tanto ella como su amiga perdían mucho en la comparación con aquellos con quienes el músico portugués estaba acostumbrado a tocar. Aun así, hizo un último intento:

—Pero tío, tú has dicho que las canciones que él ha compuesto para vuestro grupo son fantásticas, y que con ellas vais a llegar muy lejos. ¿Acaso crees que no llegaríais

tan lejos si Janet y yo estuviéramos en el grupo? ¿O es que crees que no seríamos capaces de interpretarlas?

Lawrence miró a su sobrina con condescendencia. De momento no se atrevía a decirle nada respecto a lo que Terry le había propuesto, pues podía no prosperar. Así que, tras unos segundos de vacilación esbozó una ligera sonrisa para acabar finalmente diciendo:

—Las dos cosas.

Pensando

Lawrence se dio media vuelta en la cama e intentó dormir. Se había despertado al poco rato de quedarse dormido, pues aquella idea no se le iba de la cabeza.

Se le cruzó un pensamiento malicioso durante unos segundos y eso le hizo esbozar una mueca mientras recordaba la conversación que había tenido con su sobrina aquella tarde. Miró a Daphne, que dormía plácidamente a su lado, y se preguntó si estaría igual si le hubiera dicho lo que había hablado con ella, o los pensamientos que ahora mismo albergaba sobre el asunto.

«No. Desde luego que no», se dijo. La mujer tenía un odio visceral e injustificado contra su sobrina, y solo mencionarla era suficiente para que se pusiera en guardia. Mejor no decirle nada, pensó, si no era necesario.

Porque lo cierto es que las posibilidades de que esas dos chicas formaran parte del grupo eran remotas. Cierto era, como le había dicho a Leslie, que en las dos conversaciones que habían mantenido desde que el portugués le llamó, no habían hablado nada de los otros músicos que formarían la banda. Y entonces se preguntó por qué.

Durante su trayectoria profesional había hablado con Kai en contadas ocasiones. La vez que más lo hicieron fue en el transcurso de un festival multitudinario denominado «California Jam», que se celebró en el circuito de Ontario en el estado americano del mismo nombre. En aquella ocasión, su banda, Hazelnut, y la del portugués, Thertonball, coincidieron junto con otras en aquel recinto, en el que se dieron cita cientos de miles de espectadores. Ambas bandas tocaron seguidas, y eso les hizo coincidir en los camerinos, donde entablaron conversación unos con otros a pesar de ser grupos rivales.

Aquel día, la fortuna hizo que los dos estuvieran próximos, y mientras los otros miembros del grupo conversaban con quienes tenían al lado, él lo hizo con ese portugués.

Kai Costa era un hombre alto, casi metro noventa —demasiado alto para la gente de esa nacionalidad, pensó, siendo su propia estatura algo inferior—, y de conversación muy agradable. Tenía unos profundos ojos verdes y un talante sereno y pausado. Llevaba quince años viviendo en Londres, y apenas guardaba ya nada del acento portugués que probablemente tuviera cuando llegó al país británico.

Como todo el mundo sabía, Kai entró en el grupo en el último momento, cuando Richard Dasley renunció a tocar en la banda por unos problemas contractuales que le hicieron quedarse en Hazelnut. Pero lo que a todas luces iba a ser una sustitución temporal, pronto se convirtió en definitiva al mostrar el gran talento musical y creativo que tenía aquel hombre.

De hecho, cuando Dasley intentó volver con su amigo, el guitarrista Ruddy Norfolk, el todopoderoso mánager de Thertonball Peter Cornerstone le negó la entrada. «Tu puesto ya está ocupado por una persona que es mejor que tú», fue lo que le dijeron, y no le faltaba razón. Kai Costa era considerado por la prensa especializada como

uno de los músicos más completos del momento, pues además de buen bajista y buen guitarrista, era también el mejor creador de temas musicales del panorama rockero internacional.

«¿Por qué no me habló nada acerca de los músicos que piensa reclutar? —se preguntó—. Igual que se puso en contacto conmigo para pedirme entrar en su nuevo grupo, ¿lo habrá hecho también con otros? ¿Tendrá ya elegidos un cantante, un teclista y un baterista?».

No parecía desprenderse nada de eso de las conversaciones que tuvieron en los últimos días. En esencia, esas conversaciones se limitaron a intercambiar opiniones sobres las canciones que el portugués había compuesto, y cuyas partituras Lawrence ya había recibido y estudiado. En ningún momento habló de la parte vocal, ni de la intrincada sucesión de ritmos que el baterista elegido, fuera quien fuese, se vería obligado a tocar, a la luz de aquellas complejas partituras. Unos ritmos cuya sobrina, por muy buena que era, no podría ejecutar tal y como estaban escritas, se dijo. «Apropiadas para Billy Drake, el baterista de Thertonball, pero no para Leslie…»

Sea como fuere, se resolvió a preguntarle algo sobre el asunto, en la próxima conversación que tuvieran, que sería dentro de unos días. «Sí —se dijo—. Lo más seguro es que ya tenga pensados o contactados a quienes serán nuestros compañeros. Si Janet y Leslie quieren tener una oportunidad, tendré que intentar convencerle de que Terry sea nuestro mánager».

Solo a través de él podría conseguir algo para las chicas, y entonces recordó alguna de las palabras que el mánager le dijo: *«todo depende de la promoción que se dé al artista, y por supuesto de quién les recomiende».*

La frase resonaba en su mente de forma repetida, y la verdad, es que era cierta. Siempre había habido que tener «padrino» para triunfar en cualquier disciplina artística, y en realidad, la calidad era lo de menos. Una calidad mínima, no obstante, siempre era requerida, pero la mente se le llenaba de cantantes o de músicos mediocres que vendieron millones de discos solo gracias a la promoción adecuada, mientras que otros, mucho mejores, apenas eran conocidos más allá de su barrio o de su esfera más íntima. Sólo los mejores, los fuera de serie, brillaban con luz propia, se dijo, y subían al olimpo de los dioses del rock sin necesidad de promoción.

Aquel fue el caso de Kai Costa, recordó. Un músico que apenas había tocado en alguna banda significativa, y que de repente es descubierto por el cantante de Thertonball en una tienda de reparación de instrumentos musicales. Y de ahí al estrellato. Un intérprete que fue elegido a última hora para completar una banda a quién le faltaba un bajista, se convierte en poquísimo tiempo y por méritos propios en el líder y motor principal de la mejor banda de rock de los últimos tiempos. De ahí la envidia, como no podía ser de otra manera, de aquel alrededor quién se formó aquella banda, es decir, del guitarrista Ruddy Norfolk.

Pero casos como ese eran raros. Sobre todo, porque la genialidad y talento de alguien así no se suele prodigar. Lo normal es que algún magnate de la industria, algún promotor, algún «padrino», en definitiva, sea quien eleva a un artista, independientemente de su calidad.

Ese fue el caso de Joe Chris, el cantante de la que fue su primera banda, Homestead. El chaval tuvo la inmensa suerte de ser hijo de un directivo de la EMI, en los tiempos en los que las discográficas eran poderosas y la venta de discos era la principal fuente de ingresos. Si ese chico hubiera nacido unas décadas más tarde, cuando estas perdieron su relevancia por la piratería y la erupción de las nuevas plataformas digitales, no hubiera tenido nada que hacer y hubiera acabado sus días probablemente en la cárcel, o quizás muerto por una sobredosis de heroína.

Pero no fue así. Aquel macarra de medio pelo fue aupado al estrellato gracias a su desparpajo sobre el escenario, su voz chillona y a sus provocadoras canciones. Y por supuesto, por ser hijo de quien era, lógicamente. Y él, Lawrence Ayers, tuvo la suerte de ser compañero de instituto del chaval, y quién este tenía más a mano cuando se puso a buscar un guitarrista para su grupo, puesto que la calidad era lo de menos.

Ahí fue la suerte quien le favoreció. Estar en el momento adecuado y en el momento preciso, al lado de quien te puede apoyar. El guitarrista comenzó en aquella banda con pocos conocimientos, pero estos fueron llegando con el tiempo. Su trabajo meticuloso y concienzudo con el instrumento le hicieron superar sus carencias iniciales y se convirtió en un músico sólido, eficaz, y sobre todo confiable. Un contrapunto necesario para que la banda no descarrilara del todo ante los frecuentes desvaríos de su cantante.

Hasta que, como no podía ser de otra manera, la vida llena de excesos de Joe Chris le pasó factura y falleció por un ataque al corazón mientras experimentaba con no se sabe qué sustancia, en medio de una orgía. Sin su icónico cantante, el grupo Homestead se rompió, y entonces vino la desbandada, nunca mejor dicho.

Pero Lawrence volvió a tener suerte, y para entonces ya era un guitarrista consagrado. Una progresión memorable que le hizo acreedor de ocupar el puesto nada menos que de Ruddy Norfolk en Hazelnut, cuando este se marchó para fundar Thertonball.

Y la suerte le volvía a sonreír ahora, al final de su carrera, cuando ya todo parecía perdido. Ahora era Kai Costa quien se acordaba de él para formar un grupo prometedor, a falta solo de saber quiénes serían los otros músicos que los acompañarían.

Una suerte que precisamente no acompañaba a su sobrina ni su amiga, y entonces volvió a pensar en Terry Andrews. El mánager podría conseguirles algo, desde luego. Tenía suficiente poder e influencias para recomendarlas, y eso era algo que él no tenía. Podría hacer eso, y estaba claro que lo haría si conseguía su representación para el grupo. La calidad era lo de menos, lo sabía de sobra, aunque precisamente calidad no les faltaba a las dos. Un mánager puede lanzar al estrellato a todos aquellos artistas que ofrezcan unas posibilidades económicas reales, y desde luego Janet las ofrece. También Leslie, desde luego, aunque la batería es un instrumento que

pasa más desapercibido. O incluso sin ofrecer esas posibilidades, sobre todo, en el caso de las chicas la calidad era más secundaria, si se ofrecían otros valores como el atractivo físico, el desparpajo, o el saberse mover.

Una pena que este mundo sea tan machista, pensó, y que ellas tengan que trabajar el doble para llegar al mismo sitio. Y muchas veces a cambio de determinados «favores».

Al pensar eso sintió una punzada de repugnancia, y volvió a considerar el caso de Terry. No le constaba que ese hombre fuera dado a exigir esos favores, que desde luego Leslie no iba a proporcionar, pero se los podría exigir a Janet. Terry tenía fama de ser en cierta medida «profesional», y solo apadrinaba a aquellos artistas de quién podía obtener unos buenos réditos comerciales y por ende lucrativos. Y estaba claro que promocionar a las chicas solo iba a ser una compensación por haberle conseguido como intermediario en la banda que iba a formar con el portugués, sin a priori, exigir nada más.

Pero las cosas podrían cambiar, claro está, y aquel hombre también. Pero eso sería el futuro; de momento, la oportunidad para ellas estaba con ese mánager, y así de alguna manera podría librarse de dar explicaciones a Daphne si intentaba un mayor acercamiento. Ya vería como se lo vendía, si llegaba a enterarse, cosa que tampoco era fácil, pues ella jamás le preguntaba ni quería saber nada sobre aquella «oveja descarriada».

El criterio

No fueron pocas las veces en las que Lawrence se había preguntado cómo era posible que aquel hombre no hubiera reclamado una mayor participación en su grupo. No solo era el compositor y productor de los temas de la banda, además de ser su bajista, sino que muchas veces asumía las funciones de mánager. En no pocas ocasiones era el responsable de la organización de los eventos, la elección de los recintos, la supervisión de los equipos... Pareciera que el grupo era de su exclusiva propiedad, cuando en realidad solo tenía una exigua participación en los beneficios. Unos beneficios que se llevaban a manos llenas los demás miembros del grupo, especialmente el guitarrista Ruddy Norfolk y singularmente el mánager de Thertonball, el inglés Peter Cornerstone.

Pero así era aquel portugués. ¿Serían así de generosos todos de aquella nacionalidad?, se preguntó. Desde luego fue el propio Costa quien le ofreció a él una participación del 50 por ciento en su nuevo grupo, sin ni siquiera esperar a que él mencionara el asunto, y cuando hubiera estado dispuesto a aceptar cualquier ofrecimiento que aquél le hiciese.

Estaba claro que no se movía por dinero, y se decía que era un personaje extraño. Un excéntrico, como todos los genios. Siempre llevaba una casaca roja con dos filas de botones dorados paralelos sobre el pecho, y la vestía invariablemente en todos los conciertos. También se decía que arrastraba un trauma sobre un suceso familiar ocurrido en el pasado, que le condicionaba la existencia de alguna manera. Y también se decía, y eso parecía ser verdad, que mantenía una relación con una de las cantantes auxiliares de Thertonball, la hermana del cantante principal. Una mujer menuda y pálida, sin apenas atractivos, que tan solo destacaba por su voz. Una voz eso sí, prodigiosa, sobre todo en los registros más agudos, y que brillaba con luz propia al interpretar los coros.

Desde luego, si ese fuera el caso, aquella mujer sería sin lugar a dudas la cantante de su nuevo grupo, con lo que Janet tendría poco que hacer en aquel proyecto. Pero no así Leslie, desde luego.

Había pensado en mil maneras de abordar aquel asunto, y finalmente se decidió por lo más fácil. Le intentaría convencer de contratar a Terry, y así se lo dijo en la siguiente conversación que mantuvieron. Sin embargo, el portugués no parecía muy dispuesto:

—No tengo nada en contra de él, Lawrence, pero me sorprende que tú le defiendas de esa manera. Al fin y al cabo, él fue el responsable de que te echaran de Hazelnut.

—Sí, pero hay que ser pragmáticos, Kai. Con sus influencias podemos llegar mucho más lejos. Podemos acceder a las mejores giras, y los mejores promotores estarán de nuestro lado.

—Yo también conozco a esos promotores, y ya he hablado con algunos. Sinceramente, no sé qué puede aportarnos Terry.

—A ver… Yo comprendo que tú hayas tenido una mala experiencia con Peter Cornerstone, pero eso no significa nada. No me negarás que…

—No es por eso. Mira, ya he acabado un poco harto de los mánagers. En mi caso no ocurrió como en el tuyo, pues Peter se quería quedar conmigo a toda costa. Fue el ultimátum de Ruddy lo que hizo inclinar la balanza, y él tomó la decisión más fácil, o menos mala, como él me dijo. Sus razones tendrá, pues este no da puntadas sin hilo. Pero yo he aprendido mucho en todos los años que he estado en Thertonball, y en la práctica he ejercido de mánager en muchas ocasiones. Sinceramente no necesitamos a ninguno, pues en muchos casos no hacen más que estorbar.

—Ya, pero…

—No los necesitamos, Lawrence; aunque si tú no quieres que yo lo sea, puedes tú mismo ejercer esa labor. No tengo inconveniente.

—Está bien —se resignó. Quizás más adelante pudiera convencerle, así que abordó el siguiente asunto—. Y… —tragó saliva— …respecto a los otros músicos que formarán el grupo con nosotros…

—De eso te quería hablar. Antes me has preguntado acerca de dónde íbamos a grabar, y ya te he dicho que no puede ser en Lisboa. Yo estoy ahora mismo viviendo aquí, pero no he trabajado nunca en mi ciudad ni conozco a nadie por experiencia propia. Comencé mi carrera en Londres, y es allí donde me desenvuelvo bien. Pero el caso es que he decidido poner tierra de por medio, y no quiero estar en el mismo sitio donde estén mis excompañeros.

—Pero ellos son tus amigos… quiero decir, todos menos Ruddy, claro.

—Sí que lo son, y son amigos muy queridos. Pero tengo mis razones, Lawrence, que algún día te contaré. El caso es que he decidido irme a Chicago contigo, si tú no tienes inconveniente. Seguro que tú te desenvuelves muy bien en la que siempre ha sido tu ciudad.

—Desde luego. Aquí me muevo como pez en el agua.

—Pues por eso. Y por lo mismo, decide tú mismo quienes serán los músicos que nos acompañen.

—¿Todos?

—Sí, claro. Un cantante, un baterista y un teclista. Con eso es suficiente.

—Y… ¿qué pasa con Rose?

—¿Con Rose?

—Sí, la corista de Thertonball. ¿No la traes contigo?

—No. Ella tiene un contrato en vigor que tiene que cumplir. Si te soy franco —continuó—, yo pensé grabar el disco yo solo. Puedo tocar todos los instrumentos por mí mismo, excepto la parte vocal donde no destaco precisamente, y en la que pensé en

ella. Pero como te digo, tiene un contrato que cumplir y hemos acordado que se quede.

—Entiendo.

—Pero he pensado que es mejor grabar el álbum con los músicos que nos acompañen en la gira de presentación del disco. Así nos aseguramos de una mayor fidelidad en los directos, que no existiría si yo fuera el intérprete de todas las pistas.

—Claro, eso es cierto.

—Pues eso. Seguro que tú conoces a buenos músicos, Lawrence. Confío en tu criterio.

El dilema

Hubiera preferido mil veces que el portugués se hubiera traído sus músicos, o bien le hubiera exigido contratar a este o a aquel. De haber sido así, ahora no tendría el dilema que tenía.

Las emociones de los últimos días habían vuelto a renacer el insomnio que le había acompañado durante su juventud, y llevaba ya varias noches durmiendo regular, por no decir mal.

«Seguro que tú conoces a buenos músicos», le había dicho Kai, y la verdad es que era cierto. Llevaba ya varias décadas sobre los escenarios y había conocido a muchos. Unos buenos, otros malos, y otros regulares. Y en su ciudad también conocía a un buen elenco de ellos. Ahora que el dinero no importaba, no habría problema en contratar a los mejores.

¿Realmente no importaba el dinero?, se preguntó. Tras pensar un momento se respondió que no. Cualquier músico daría lo que fuera por formar un grupo con Kai Costa. El dinero vendría por sí solo, pues el éxito estaba garantizado. Su prestigio internacional, su calidad como músico… Lawrence ya había visto las canciones que había preparado, y comparadas con las suyas, no había parangón. Y aun sin ellas, siempre podrían tocar las canciones de Thertonball, el mejor grupo del momento, de las que el portugués era su autor. Y es que era el compositor de la inmensa mayoría de aquellas canciones, y de todas las que le habían dado la gran popularidad que tenía aquella banda londinense. Algo que Lawrence no podía hacer con las canciones de Hazelnut, precisamente.

No, no importaba el dinero. Cualquier mánager, cualquier promotor estaría encantado de promocionar a un grupo en el que ese hombre estuviera, sin ni siquiera dudarlo por un instante.

Y para completarlo, se podría contratar a Ronald Haggen como vocalista, pues era de sobra conocido que no se llevaba bien con el resto de su grupo. No le apreciaban lo suficiente, según decía la prensa, y había tanteado ya a varias bandas. Además, su voz se parecía en cierto modo a la de Adam White, el cantante de Thertonball, y Kai se sentiría como en casa.

Para la batería el candidato idóneo era Samuel Tims, un reputadísimo músico que estaba comenzando, pero que podría ser el equivalente a Lee Mardsen en su instrumento. Lee Mardsen, precisamente la joven promesa que le había arrebatado a él su puesto en Hazelnut…

Tanto Ronald como Samuel eran jóvenes —no llegaban a los treinta años, quizás ni siquiera a los veinticinco—, y por tanto eran dóciles. No es que él o el portugués fueran difíciles de tratar, ni mucho menos, pero la edad era un factor idóneo cuando se trata de formar un grupo nuevo, con gente nueva, y así despertar expectación en la prensa. Por supuesto, la calidad era también importante, y esos dos la tenían de sobra, y además demostrada.

Y para los teclados… Bernard Shark, desde luego. Había sido su compañero en Homestead, muchos años atrás, y tenía una edad parecida a la suya. Algo menos, quizás, pero el hombre se encontraba también en el dique seco. Era un teclista fantástico, con experiencia, y además muy conocido.

Sí, se dijo, con esos tres y nosotros dos, podríamos llegar muy lejos. Kai solo tiene treinta y cinco años, y al menos le quedan otros quince de trayectoria de alto nivel. Y yo… —pensó—, puedo terminar mi carrera con un reconocimiento a nivel internacional que...

En ese momento se interrumpió en sus pensamientos, al saber lo que venía después: «… que complacería a Daphne».

Daphne… siempre Daphne. Su mujer estaría encantada con lo que acababa de pensar, desde luego, y quizás con la vuelta a la fama y al éxito, mejorara en su depresión. Volverían los viejos tiempos…

Los viejos tiempos… fue entonces cuando recordó aquella época fantástica, cuando todavía estaba en Homestead. Daphne era una explosiva y exuberante aficionada rubia que seguía al grupo allá donde fuera, pues tenía una amiga que estaba enamorada de su compañero y cantante, el gamberro Joe Chris. Pero Daphne le prefería a él, y se enamoraron también. Y gracias a ella pudo salir a tiempo del círculo de desenfreno en el que estaba sumido junto con aquel, y que finalmente le costó la vida.

Después llegó Hazelnut, su época dorada, y junto a Daphne visitaron el ancho mundo dando conciertos de ciudad en ciudad. Y allí estaba siempre ella, a su lado, ya casados, compartiendo y viviendo una eterna luna de miel.

Hasta que apareció ese dichoso crío —Lee Mardsen—, y todo se vino al traste. No es que la depresión de Daphne tuviera esa causa, pues ya venía de atrás, pero todo ese tiempo que estuvo sin grupo la agravó, sin lugar a dudas.

Y ahora tenía otra vez la oportunidad de revivir aquella época, y eso podría ayudar mucho a su mujer. A ella se lo debía todo. Le debía eso y mucho más, pues gracias a ella, ahora era cristiano. No era un fanático, desde luego, pero iba junto con ella regularmente a misa en aquella iglesia episcopaliana, de donde había sacado muchos frutos. Una mujer a quien seguía queriendo mucho, a pesar de lo mal que le trataba.

Pero también estaba la otra alternativa, es decir, contratar a Leslie y a Janet.

Solo de pensarlo sintió un escalofrío, al imaginar lo que le haría su esposa cuando se enterase. Desde luego, era una apuesta muy arriesgada: ya tuvo una buena bronca con Daphne por haber contado con su sobrina para aquellas grabaciones. Volver a contar con ella podría ser dar la puntilla a su relación, desde luego, y no sabría cómo escapar esta vez de una situación así.

Y respecto a Janet… tampoco le gustaba a su mujer, y puso muchas pegas para grabar con ella. Estaba celosa, desde luego, y eso había surgido ahora, pues nunca tuvo celos cuando estuvo con el grupo. Pero el problema no era ese. El problema podría ser el

propio Kai, pues incorporar a una mujer como vocalista principal era algo diametralmente opuesto a lo que se llevaba en el mundo del rock en esta época. En otros tipos de música o en otros tipos de bandas no era un problema, pero aquí y ahora sí.

Y eso que, en su grupo, es decir, en Thertonball, o mejor dicho, en su ex grupo, había mujeres que cantaban. Estaba Louise White, la esposa del cantante, y también su hermana Rose, la que se decía que era novia de Kai. Pero también era cierto que no pasaban de ser meras coristas, que hasta el momento no habían interpretado ninguna canción como solistas.

En definitiva, era una apuesta muy arriesgada que podría salir mal, y quizás el portugués no estaba dispuesto a asumir ese riesgo.

Un riesgo que no necesitaba asumir, pues tanto él como Lawrence ya tenían un estilo que garantizaba el éxito.

Pero el caso es que él era la única oportunidad que esas dos chicas tenían para salir de aquel asqueroso bar y probar el éxito. Un éxito que se merecían, sin lugar a dudas. Aunque empezar así, desde tan alto… podría ser incluso contraproducente para ellas. No tanto para Leslie, que era más dura y más equilibrada mentalmente, pero la otra podría «endiosarse», como solía decirse, al ser aupada al olimpo de una forma tan meteórica. No era la primera vez que ocurría eso con otros artistas, que acababan frustrados al primer revés de la popularidad. Y la chica no tenía buenos antecedentes desde el punto de vista de fortaleza moral, por todo lo que le pasó en su adolescencia, y que él conocía.

Había tomado mucho aprecio a Janet al trabajar juntos durante tantas horas, y tanto a ella como a su sobrina las consideraba casi como a unas hijas. Las hijas que nunca tuvo porque su mujer nunca quiso tenerlos, ya que «se deformaría horriblemente mi figura», según le dijo. Una figura que ya estaba totalmente deformada a pesar de todo, pues el sedentarismo, los malos hábitos, y también la edad, que, aunque algo menor que Lawrence ya pasaba de los cuarenta, habían acabado con el tipazo de aquella escultural rubia.

Entonces fue cuando se decidió. Fue precisamente Daphne quién le inculcó aquellos valores cristianos, y esos mismos valores y su conciencia, le decían que no podía dejar a esas dos muchachas en la estacada. Que era ahora o nunca, y no podría perdonarse en el futuro si no contaba con ellas. Era cierto que tenían algunas carencias, pero no eran demasiadas. Había bandas del mismo nivel cuyos músicos no eran tan buenos como la fama que los acompañaba.

Y en cualquier caso, el portugués siempre tendría la última palabra como no podría ser de otra manera, pues él no podría exigirle nada. No estaba en condiciones de hacerlo, pues Kai era en realidad el líder de aquel proyecto, por mucho que la sociedad estuviera al cincuenta por ciento.

Así que él propondría a Bernard, a Janet y a Leslie, y si el otro no estaba de acuerdo… pues sería porque Dios lo habría dispuesto así.

La visita a Chicago

Daphne se deshacía en halagos y en agasajos a su invitado, y no paraba de mostrarse lo más simpática que podía. Se había puesto una ropa bonita y elegante, se diría que incluso atrevida, que no por ello lograba ocultar su rampante obesidad. Estaba constantemente pendiente de ofrecer todo tipo de comidas y bebidas, hasta el punto de que su marido le tuvo que detener con un suave «basta, Daphne, ya te ha dicho que no le apetece más».

—¿Habías estado alguna vez en Chicago? —le preguntó.

—Oh, sí, muchas veces. Con Thertonball visitábamos la ciudad cada vez que actuábamos en Estados Unidos.

Kai Costa estaba sentado en uno de los extremos del sofá de piel que sus anfitriones todavía no habían vendido, mientras que Lawrence lo hacía en el otro extremo y su mujer se acomodaba frente al portugués en una butaca a juego con el sofá.

Aunque ya le había visto en algún concierto, ahora, al tenerle sentado en su casa, pudo admirarle de cerca, y se maravilló de su compostura.

Era un hombre en la plenitud de la madurez, alto, con unos profundos ojos verdes o pardos, y a diferencia de las veces que le había visto actuar, se había cortado el pelo y ya no lucía aquella melena típica de los rockeros. Su atuendo era sencillo, y se limitaba a unos pantalones oscuros y una camiseta roja, además de una cazadora granate que se había quitado y dejado sobre un aparador al lado del sofá. Su forma de hablar era pausada, y no dejaba traslucir nada de un hipotético acento portugués que se suponía que debería tener. Por el contrario, sus palabras eran educadas y su inglés muy correcto, y se articulaba con un estricto acento británico.

—No pensaba que fueras tan alto, Kai. Yo creía que los portugueses erais bajitos, morenos, con ojos oscuros…

—Hay de todo, como en todas partes. Mi padre era alto y de pelo oscuro, como yo, pero en lo demás me parezco a mi madre. Ella es gallega, y los gallegos son un poco parecidos a los irlandeses.

—¿Gallega?

—Sí, Galicia es una región en el noroeste de España. Se dice que allí recalaron muchos irlandeses que huían de la persecución que les hacían los ingleses, hace muchos siglos.

—¡Ah! No lo sabía… De todas formas, tu acento es totalmente británico. ¿Llevas mucho tiempo viviendo allí?

—Pues casi quince años, aunque los últimos doce he estado prácticamente más fuera que en Londres. Ya sabes, las giras internacionales, y todo eso. Pero claro, mis compañeros y la gente que rodea al grupo son todos ingleses, y por eso es.

—Pero, ¿cómo llegaste allí? Quiero decir, a Inglaterra. ¿Por qué te fuiste de Portugal?

El hombre suspiró un tanto y se tomó unos segundos antes de contestar. Finalmente dijo:

—Mis padres se separaron, y yo me quedé con mi madre. Se fue a vivir con una amiga que vivía en Londres, y yo terminé la carrera allí.

—La carrera…

—Soy ingeniero de sonido, Daphne.

—Además del mejor bajista y compositor del mundo, querida —intervino Lawrence.

—Bueno, eso dicen. Yo no tengo ese concepto de mí mismo, pues creo que lo que mejor se me da es la producción musical. Pero es cierto que me gusta crear canciones, y eso sí se me da bien.

—Pero —insistió la mujer—, ahora vives en Lisboa, ¿no es así?

—Así es. Mi padre falleció y he vuelto a la que fue mi casa. Cuando discutí con Ruddy quise poner tierra de por medio y por eso estoy allí ahora. Aunque va a ser temporal, lógicamente. En cuanto volvamos a la vorágine de los conciertos, va a pasar lo de siempre, es decir, uno vive más tiempo en los hoteles que en su casa.

—No me pienso perder ni uno, de verdad. Yo creo que Lawrence y tú vais a formar un equipo fantástico. ¿Habéis pensado ya en quienes os van a acompañar?

—Vamos a grabar el disco aquí, en Chicago, y será él quien decida cuáles serán nuestros compañeros de viaje.

—Estoy segura de que elegirá a los mejores, Kai. Mi marido tiene muy buen ojo con eso, y además mucho rodaje sobre los escenarios. Apuesto a que Ronald Haggen o Samuel Tims son algunos de los nombres que ya está considerando. ¿Verdad, querido? —preguntó, mirándole ligeramente de reojo, adivinando el cantante y el baterista que ya había considerado.

—Puede ser…

—Pero, —interrumpió, dirigiéndose al otro, como si el marido no estuviera presente—, dime una cosa, ¿tienes ya pensado el nombre del grupo?

Entonces intervino Lawrence:

—No vamos a ponerle ningún nombre de momento. Simplemente va a figurar su nombre como reclamo publicitario.

—Bueno, el mío y el de Lawrence. Se llamará “Kai Costa & Lawrence Ayers”.

—¡Ah!, pero eso… no es muy elegante, Kai. Yo creo que necesitáis un nombre, que deberíais usar desde el principio. Es para establecer una marca distintiva, y que os asocien con ella.

—Puede que tengas razón —concedió el portugués.

—Yo he hecho varios cursos de agente comercial, y es algo que se nos dice desde el principio, es decir, que hay que establecer una «identidad de marca», y que conste en todos los sitios donde se hable de vosotros, o donde estéis.

Los dos hombres se quedaron mirando a Daphne, que miró hacia un lado, como si estuviera pensando algo. Finalmente dijo:

—Y sin renunciar a vuestros nombres, podríais hacer un acrónimo, por ejemplo.

—¿Un acrónimo?

—Se podría llamar KCR —dijo Lawrence—, que es el nombre del álbum que Kai ha compuesto.

—¿KCR? —preguntó Daphne.

—Sí, son mis iniciales. Kai Costa Roa. Roa es el apellido de mi madre.

—¿El apellido de soltera?

—Sí, y de casada. Las españolas no pierden nunca su apellido, aun estando casadas. De hecho, este pasa a los hijos como segundo apellido.

—¡Ah! ¡Qué curioso! Eso es feminismo, y no lo que se da en los países anglosajones —afirmó, mirando por primera vez a su marido—. De todas formas —apercibió—, yo pensaba que Kai Costa era solo tu nombre… «artístico», y que en realidad te llamas de otra forma, como... João, o algo así.

—Jajá, João precisamente se llamaba mi padre. Pero no, yo me llamo así.

—¿Kai es un nombre portugués?

—¡Oh, no! No lo es. De hecho, que yo sepa no es un nombre occidental.

Daphne se le quedó mirando, como esperando que siguiera, y él continuó:

—Mis padres estuvieron de luna de miel en unas islas de Indonesia que se llaman «Islas Kai». No sé si las conoces. Son unas islas paradisíacas —siguió, tras un gesto negativo de la mujer—, y la verdad es que pasaron una experiencia inolvidable. De ahí el nombre. Yo creo que fui concebido allí, pues nací justo a los nueve meses de la boda.

—Vaya, ¡qué curioso! Pues tendremos que pasar por esas islas, o acercarnos en una escapada cuando demos… quiero decir, deis, un concierto por la zona. Están cerca de China, ¿no es así?

—Bueno… más o menos —respondió el portugués, mientras Lawrence movía la cabeza hacia los lados.

—Pero es que KCR… —siguió Daphne, volviendo con el asunto del nombre del grupo—, KCR no son siglas que se recuerden fácilmente. La gente tenderá a decir KRC, o cualquier otra cosa. No —observó, negando con la cabeza—. Deberíais tener un nombre sencillo... o compuesto, pero que os defina realmente. Por ejemplo…

—Querida, eso es algo que tendremos que decidir entre él y yo.

—Por ejemplo… «Costa-Ayers» … —continuó, ignorando al marido—, o mejor... «Costayers». Si, «The Costayers». ¿Qué te parece, Kai?

—Pues… sí, no está mal, pero…

—Pues entonces ya está decidido. Os llamaréis «The Costayers».

SEGUNDA PARTE

Nervios

La tarde era fría y desapacible, y un viento fresco soplaba intermitentemente con unas ráfagas que levantaban las primeras hojas del otoño. Nubarrones morados cubrían el sol, y por debajo de ellos se desplomaba la luz, cerrando el horizonte como un telón de oro pálido.

El astro rey continuaba bajando hasta encontrarse con el horizonte, mientras esa enorme oblea roja lanzaba horizontales agujas doradas que obligaban a taparse los ojos. Las colinas del fondo y las torres de la ciudad iban tomando un tinte sonrosado, y las nubecillas que bogaban por el cielo se coloreaban como madejas de seda carmesí.

Media hora después, por fin se ocultó el sol por detrás del escenario en el Huntington Bank Pavilion de Chicago, y eso hacía que el frío fuera todavía más intenso, aunque la temperatura en realidad no era tan baja. Entonces fue cuando llegó el momento de la verdad, la hora en la que debía salir a escena.

Un frío agravado por los nervios, sin lugar a dudas. «Otra vez los dichosos nervios…», pensó, y a su mente volvieron las escenas del primer concierto de la banda, tan solo unos cuantos días atrás en Nueva York.

Kai había decidido que se estrenaran en la ciudad de los rascacielos, la capital del mundo, porque según él, habría más cantidad de medios especializados que presenciarían el concierto, además de mayor afluencia de público.

Y no se equivocó. La expectación desatada por ver como se desenvolvía el portugués con su nueva banda era máxima, y se contaron los espectadores por decenas de miles.

Y allí estaba ella, una novata, al frente de aquellos experimentados músicos, y acaparando todas las miradas.

Podía ver en las primeras filas a mucha gente conocida, así como a sus vecinas y amigas de la infancia, que no se habían querido perder el debut de quién había compartido con ellas muchos momentos duros en el Bronx. Un barrio ubicado a apenas unos kilómetros de Brooklyn, donde tuvo lugar el concierto.

También aquel día hacía frio, o al menos ella lo sentía. Se había vestido con unas ajustadísimas mallas negras brillantes cuyos destellos se expandían en todas direcciones a la luz de los focos, y que hacían si cabe más estrecha su cintura de avispa; y con un «top» de color fucsia que apenas cubría lo estrictamente necesario. Su largo cabello ensortijado en rastas se disponía formando un espectacular cardado que le daba un aspecto elegante a la vez que agresivo, muy propio del mundo del rock.

«¡Estás guapísima, Jan!», le había dicho Leslie en el camerino, tras abrazarla fuertemente y darle un beso. «¡Verás como lo vas a hacer de maravilla!».

La sobrina de Lawrence, a diferencia de ella, nunca tenía frío y sus nervios eran de acero. Aquel día en Chicago, igual que la vez anterior en Nueva York, vestía con unos

pantalones vaqueros azules, unas deportivas, y una vulgar camiseta de tirantes; la misma indumentaria que solía llevar en el bar. Pero si hubiera podido le hubiera gustado quitarse hasta eso, como hacían algunos de sus compañeros masculinos, pues nada más comenzar las canciones se ponía a sudar profusamente. No era para menos, con los rápidos y exigentes ritmos con los que Kai dotaba a todas las canciones que componía.

Janet temía que le volviera a ocurrir otra vez lo mismo que en su ciudad natal, es decir, que le temblara la voz.

Eso fue lo que ocurrió aquella vez, nada más comenzar la primera canción del primer concierto serio de su vida.

El espectáculo se abría con una canción titulada «Night Wanderer» —vagabundo nocturno—, que era el primer tema del disco KCR. Era la historia de un hombre expulsado de su tribu en una sociedad post-apocalíptica, muy en referencia a la propia experiencia de Kai Costa en Thertonball. Según le dijo, solía tener pesadillas con parajes desolados y desérticos por donde él transitaba en soledad por las noches.

Aquel vagabundo nocturno visitaba el exterior de lugares donde la gente reía y bailaba, mientras que a él no le dejaban entrar en ninguno. Una historia muy parecida a la propia experiencia errática de Janet, cuando huyó de su casa años atrás, huyendo de los golpes y de los abusos.

La canción comenzaba con un redoble de batería de Leslie durante unos segundos, para dar paso a una bronca y afilada guitarra eléctrica que, en forma de acordes, Lawrence tocaba rápidamente mientras el bajo de Kai le exigía una cada vez mayor velocidad. Paralelamente, el teclado de Bernard interpretaba una melodía, que ella debía secundar tan solo veinte segundos después.

Veinte segundos de espera donde el corazón le latía a toda velocidad, al ritmo casi de la guitarra, es decir, a ciento sesenta pulsaciones por minuto. Veinte segundos esperando que sus cuerdas vocales articulasen las primeras palabras de aquella letra, cuando se produjera el segundo redoble de Leslie.

Y entonces le tembló la voz. Le tembló la voz y Kai la miró, y tuvo que improvisar una modulación que había aprendido de su maestra, la sin par Linda McRae, para momentos de extrema necesidad. El portugués, que se había situado cerca de una mesa de control auxiliar, estuvo a punto de manejar los controles con su mano izquierda sin parar de tocar el bajo, para que el sonido que venía del micrófono se redujera, y cambiara a una frecuencia que disimulara aquella modulación. Pero en el último momento se contuvo, al ver que recuperaba la entonación inicial y seguía con la canción tal y como se había ensayado en múltiples ocasiones antes del concierto.

Un concierto que no dio tregua, y los espectadores vieron cómo se sucedían una tras otra las principales canciones del álbum, para terminar con uno de los temas icónicas de Thertonball, y que todos estaban esperando.

La canción se llamaba «Tournament», y había sido compuesta para que la cantase Adam White, su vocalista. Un hombre con un gran número de registros incluyendo un quiebro agudo que se producía al final de la canción, y que Janet no acababa de manejar bien. En los ensayos lo había conseguido con alguna dificultad, y temía que en el concierto no pudiera realizarlo. Era el momento más difícil, además del principio, y con los nervios que seguía teniendo y el desgaste de su voz por la modulación, pensaba que no iba a poder con ello.

Era la prueba definitiva, donde se decidiría la nota que le pondrían los periodistas y la prensa especializada. El momento cumbre del concierto sin lugar a duda, y justo antes de comenzar la canción le comenzaron a temblar las piernas. Lawrence se lo notó, y le hizo una señal a Kai para que cambiaran la canción por otra, también de Thertonball, pero que no tenía ese quiebro y que también habían ensayado.

Eso le salvó, y salvó el concierto, que tuvo una buena acogida de crítica, en general, aunque también tuvo opiniones desfavorables.

Y ahora estaban de nuevo en otro concierto, esta vez en Chicago, en un recinto algo más pequeño, pero al que habían acudido la mayoría de sus conocidos en la ciudad, y también los de Lawrence y Leslie.

Y esta vez se había propuesto no fallar, y le había exigido a Kai que se interpretase *Tournament*, sin admitir sustituciones.

El concierto comenzó de nuevo con «Night Wanderer», y otra vez los nervios volvieron a atenazar a su cantante. Al comenzar la primera estrofa volvió el temblor de la voz y tuvo que recurrir otra vez a la modulación. Solo que esta vez no la cambió. Miró a su derecha y allí estaba Kai, quién le dijo, mediante un gesto con su cabeza, que continuara. Que siguiera así durante toda la canción, sin volver al tono original de la misma, que era el que se había grabado y comercializado.

Finalmente, mientras Lawrence ejecutaba el espectacular solo de guitarra de mediados de la canción, Janet se volvió hacia Leslie y esta le mostró su dedo pulgar apuntando hacia arriba, mientras que con los labios parecía emitir un beso. La canción fue modulada de la misma manera hasta el final, y cuando entró la siguiente, el tono de voz ya era el habitual y los nervios habían desaparecido.

Una hora después, se produjo un receso de cinco minutos donde los músicos desaparecieron del escenario para volver al camerino, siendo Janet la última que lo abandonó.

Cuando llegó, fue recibida por Leslie que la abrazó y le dijo simplemente:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Lo has hecho muy bien!

Pero Janet no las tenía todas consigo, sobre todo porque Kai todavía no le había dado su aprobación. Este estaba discutiendo algo con Bernard y con Lawrence, que ella no llegó a entender, hasta que por fin se volvió hacia ella:

—Quiero que cantes siempre *Night Wanderer* de esa manera. Le confiere un matiz… «tenebroso» yo diría, y que… ¡me encanta! Lawrence también opina lo mismo —afirmó, mientras el aludido asentía—. Y respecto a *Tournament*...

—No quiero que la sustituyas por «March Out», como hicimos en Nueva York —le dijo, con determinación.

—¿Estás segura de que podrás?

—Estoy segura.

Esas fueron las palabras, y cuando las dijo se sentía segura. Pero cuando llegó el momento de cantar no las tenía todas consigo. Es más, temía que, según se fuese acercando el momento del famoso quiebro, su voz volviera a temblar y tuviera que hacer otra vez esa modulación. Solo que esta vez ya no podría pasar como «una forma original de interpretar la canción del vagabundo nocturno», sino como «un defecto que le sale cuando tiene que demostrar lo que vale». Ya veía los comentarios de la crítica, apuntando en esa dirección.

Pero le había dicho a Kai que no la sustituyera, y no podía fallar. No podía fallar, pues se la jugaba, y se jugaba también el prestigio de la formación.

Se acordó en ese momento del debut de Rose White, la chica que decían que era la novia de Kai y que se había quedado en Londres con Thertonball. La muchacha debutó con una edad parecida a la suya, solo que en aquel grupo no hacía más que de corista junto a la mujer de su hermano, que era soprano profesional. Cuando llegó el momento de cantar por primera vez, no le salió la voz y su cuñada tuvo que suplirla con un mayor esfuerzo de sus cuerdas vocales, para que pareciera que no había una sino dos voces.

Pero ese no podía ser el caso de Janet, pues en su grupo la única que cantaba era ella. Ni siquiera los otros miembros de la banda hacían coros, y cualquier acierto o error sería atribuido solamente a ella. A ella y a nadie más. La gloria o el fracaso, no había otra opción, en el que era el momento culminante de su vida.

Y entonces eligió la gloria. No podía defraudar toda la confianza que habían depositado en ella, y en ese momento Janet Arley sacó toda la rabia contenida de su vida, toda la lucha denodada que le había llevado finalmente a actuar con aquellos grandes músicos, y su determinación férrea le hizo estar a la altura de las circunstancias.

Cuando llegó el momento de la verdad, interpretó el famoso quiebro y también el pasaje que le antecedía y el que lo seguía de una forma totalmente magistral, mejor incluso que en la canción original que hizo famoso al anterior grupo de su jefe en aquella banda.

El registro vocal fue mejorado e incluso ampliado, y sus compañeros se miraron con asombro mientras que el público aplaudía a rabiar al tiempo que Leslie finalizaba la canción con el redoble que lo culminaba.

Se hizo el silencio, y en ese momento explotó. Había cantado como nunca y había dado la talla, cumpliendo con lo que se esperaba de ella. Los nervios seguían ahí,

pero una emoción tremenda se apoderó de ella, y su corazón le latía como si le fuera a salir por la boca.

Tournament era la última canción de la noche, y tras el saludo preceptivo a la multitud, los cinco miembros del grupo dejaban los instrumentos y se iban a abrazar a su cantante, que no paraba de llorar con un sentimiento que casi le impedía respirar, a la vez que expulsaba toda la tensión y la emoción contenida durante aquella actuación.

En el que fue el día más feliz de su vida, los cinco músicos la abrazaron y se abrazaron unos a otros formando una fila de cara al público, el cual no paraba de aplaudir y de jalear el nombre de los miembros del grupo, entre los que se podía entender claramente: ¡Janet!, ¡Janet!, ¡Janet!

El concierto había terminado, y aquello no, no había sido un sueño, sino una esperanza hecha realidad.

Homilía

—Hermanos, la liturgia del Viernes de Pascua nos invita a aceptar la cruz de Jesucristo. Una cruz que es escándalo para unos, pero sabiduría para otros. Pero es la parte central de la doctrina cristiana, la piedra angular sobre la que se deposita el edificio regio de la salvación del género humano. Recordemos el pasaje de la primera carta a los corintios del Apóstol Pablo, que acabamos de leer:

«Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo que es fuerza y sabiduría de Dios».

—Y aun hoy en día, hermanos, —siguió el sacerdote—, la cruz sigue siendo un escándalo y una necedad para una gran parte, no solo de la población, sino incluso de los propios cristianos.

«Pero, igual que Cristo tuvo que pasar por su Cruz para posteriormente resucitar al tercer día, nosotros sus seguidores tenemos que correr la misma suerte, pues, como ya nos demostró el Maestro, sin cruz no hay salvación».

«Aunque no, hermanos, no hemos de caer en el extremo, como hacen algunos católicos, de recibir un castigo físico auto infringido. Todos hemos visto por televisión, y estoy seguro que muchos de vosotros también habéis asistido como turistas, a esas procesiones de lo que ellos llaman "Semana Santa", que se nutren de penitentes que se flagelan la espalda: ¿verdad que sí? Bien, pues todo eso no es necesario, hermanos. La vida ofrece multitud de ocasiones donde un cristiano tiene la oportunidad de abrazar la cruz. No es necesario ir a buscarla, aunque si alguno lo hace para ayudar a los demás, tiene su recompensa garantizada».

«No es necesario, hermanos, porque la vida ya ofrece de por sí muchas oportunidades de imitar al Maestro, sin que en muchas ocasiones tengamos opción alguna de rechazarla. Quién esté libre de pecado que tire la primera piedra, nos dijo el Señor. Pero yo os digo, «quién esté libre de cruz, ¡que alce la primera copa!».

«Queramos o no queramos, nadie está libre de cruz, y la diferencia radica en cómo la aceptemos, y cómo la llevemos. Una cruz que, por cierto, si se recibe convenientemente, no es tal cruz y es gozosa. Pero es que rechazarla no es una opción, hermanos, cuando el Señor así nos lo exige. Podemos citar muchos ejemplos, aunque solo me detendré en algunos. La madre que tiene un hijo disminuido es un caso paradigmático: abrazar la cruz, aquí significa atender y amar a ese hijo, y no abandonarlo. Atenderlo y amarlo, hermanos, y aceptarlo como una oportunidad de abrazar la cruz de Cristo, que nos la da a besar. ¡Aceptarlo y no abortarlo, hermanos y hermanas! Pues no hay crimen más horrendo que asesinar a aquellos que son los más desvalidos, precisamente por esa razón».

«Pero hay muchas otras oportunidades de santificación, que el Señor nos ofrece de forma habitual y cotidiana: el hombre o la mujer que nacen con tendencias homosexuales, reciben también de Dios su propia cruz. Una cruz que ellos no han buscado, probablemente, pero que se la encuentran en su camino».

«La sociedad de hoy nos exige la aceptación de estos colectivos, y la Iglesia es la primera que lo hace. Es la primera que lo hace porque son personas que sufren. Que sufren demasiado en muchas ocasiones, y el Señor está del lado de los que sufren. Pero aceptación no significa necesariamente que aprobemos las conductas de algunas de esas personas. Si un hombre, por ejemplo, no desea tener relaciones sexuales con una mujer, no desea casarse, le da repugnancia, o lo que sea, no está por esa razón legitimado a hacer lo propio con otro hombre. Porque esto no es como el menú de un restaurante, donde uno elige aquello que más le apetece».

«No, hermanos. Ese hombre está recibiendo de Dios una oportunidad de santificación que le obliga a ser casto, y de esa forma recibir su premio en la Eternidad. La Eternidad a la que todos tendemos, la Eternidad a la que todos llegaremos, para recibir nuestro premio o nuestro castigo».

«O qué decir, por ejemplo, del marido que tiene una mujer arisca. Una mujer que se ha vuelto "vieja y fea", y que ya no le atrae. Una mujer que "ya no le llena", una mujer a la que ya no quiere. Pues bien, la sociedad moderna le dice a ese nombre que, ¡no hay problema! Solo es cuestión de divorciarse y buscarse otra: tan sencillo como eso. Se cambia de esposa como se cambia de coche si este ya está viejo y nos genera muchos gastos, o simplemente porque ya nos hemos cansado de ese modelo».

«Esa es la libertad hedonista que nos ofrece la sociedad de consumo, la sociedad que solo piensa en la satisfacción momentánea y pasajera, sin buscar los valores eternos. Los valores cristianos que son los que realmente llenan al hombre, y no la satisfacción de los bajos instintos que a la larga nos hace más infelices. Y por eso, paradójicamente, es el cristianismo quién nos ofrece la verdadera libertad. La verdadera libertad que nos hace hombres y mujeres libres, y no esclavos de los vicios. Algo que, lamentablemente, no entiende la sociedad de hoy».

«Esa es la sociedad que pretende extender los valores democráticos a todas las esferas, esferas donde no existe tal posibilidad. Valores que son óptimos e idóneos para el gobierno de una nación, desde luego, pero que no sirven para todo. Porque nadie puede cambiar su orientación sexual sino aceptarla y santificarla, porque ningún casado puede cambiar su estado civil sino aceptarlo y santificarlo, y porque nadie puede cambiar de religión, sino aceptar aquella que es la auténtica y la verdadera».

«Pues es que, si la Iglesia a la que pertenezco no me acepta tal y como soy… pues me cambio de Iglesia, dicen muchos. Y sí, hermanos, hoy en día es posible encontrar una Iglesia que se adapte como anillo al dedo a las "tendencias" o a los "gustos" de cualquiera. El "New Age", las religiones orientales… ¡incluso dentro del cristianismo! Pero yerran, hermanos, ¡yerran! Los que así buscan a Dios. Porque no se puede cambiar de dios como si fuera un partido político cuyos miembros son corruptos y ya no merecen nuestro voto. Dios no es eso, hermanos, y el hombre tiene que cambiar de

religión solo si ha encontrado la religión verdadera… aunque duela. Fijaos bien, hermanos, ¡aunque duela!»

«Y no os dejéis engañar por aquellos que confunden veracidad con comodidad. Si una religión es más "cómoda", no quiere decir que sea "más cierta", como si ambos conceptos fueran equivalente o intercambiables. La Cruz de Cristo nos demuestra que eso no es así. Porque la Cruz de Cristo duele, sin lugar a dudas, pero es la única que ofrece y garantiza la vida eterna. Es la única religión, hermanos, la que nos muestra al Dios único, el único que hay».

Metropolitan Church

—¿Qué te ha parecido el nuevo cura, Daphne?

—Pues me ha encantado, la verdad. Lástima que no haya más como él, Susan. No tiene escrúpulos en decir a las claras lo que muchos otros callan por miedo a no ser aceptados.

Las dos amigas acababan de salir de la iglesia metropolitana donde habían acudido a misa aquel día, y se disponían a ir hacía la casa de una de ellas para posteriormente almorzar.

—Ya lo creo. Te vi cómo asentías con la cabeza un buen número de veces. Por ejemplo, cuando habló de los homosexuales, o de los adúlteros.

La mujer de Lawrence Ayers miró a su amiga de reojo y esgrimió una ligera sonrisa irónica mientras pensaba: «bien pendiente que estabas tú de ello… ¡tú!, que has sido una adúltera hasta hace bien poco…»

—Pues sí, Susan, me tocó la fibra sensible en esos dos asuntos. No te lo voy a negar.

—Por cierto, ¿sabes algo de tu marido?

—Nada —se apresuró a responder—. No sé nada. Ni siquiera sé lo que se dice de él y de su socio. Ya no miro la prensa, y prefiero no saber.

—Yo esta mañana busqué en Internet sobre él… por curiosidad. Parece que les va bastante bien. Todo el mundo les elogia y hablan muy bien de la cantante… ¿cómo se llama?

—A esa ni me la nombres. La muy guarra… liarse con alguien se podría ser su padre…

—Pero… ¿estás segura de que están juntos?

—¡Pues claro! La muy zorra... Estaba dispuesta a dar lo que hiciera falta para ser famosa. Se arrimó a Lawrence para que se fijara en ella, pues sabía que sin él no hubiera podido salir del antro ese donde cantaba. Y como su socio es un trozo de pan, pues aceptó lo que este golfo le propuso sin rechistar. Una negra… desde luego…

—¿Pero a tu marido le gustan…?

—¿Las negras? Pues no lo creo, pero claro, iba provocándole, y claro, él no es de piedra. Tenías que haber visto cómo acudía a los ensayos, cuando intentó sacar un disco… antes de asociarse con el portugués.

—¿Tú estabas allí?

—Alguna vez fui, y también vi las grabaciones. Porque ya me dirás, querida, ¿qué necesidad tenía de vestir así, si solo estaban ensayando?

—Para provocarle, probablemente.

—¿Probablemente? Querrás decir «seguramente», pues sino no se explica. Y luego está lo de la sobrina, porque eso es ya el colmo, Susan. Tener tratos con una pervertida… ¿sabías que sus padres la echaron de casa?

—¿Los padres de tu sobrina?

—No es mi sobrina.

—Bueno, es tu sobrina… política.

—No es de mi sangre, Susan, y basta ya. Y él tampoco es mi marido ya.

—Bueno, Daphne, no te pongas así…

—Pues sí, la echaron de casa, como no podía ser de otra manera. Y luego va este marido mío —cuando todavía lo era— y la contrata, como si no hubiera nadie mejor en el mundo.

—Sigue siendo tu marido, querida.

—La tiene que contratar precisamente a ella… —siguió Daphne, sin haber oído el comentario anterior—. No me explico cómo están teniendo éxito, con esa caterva de degenerados.

—¡Ah! Pero, ¿ya sabías que estaban triunfando?

—No… ¡qué va! No sabía nada… Ya te dije que me importa un bledo. Eres tú quién me lo acaba de informar.

—Oye, pero, te estará pasando algo de ese dinero que está ganando, ¿no?

—¡Solo faltaría! Me lo está pasando todo.

—¿Todo?

—Sí, todo. Después de lo que me ha hecho… no es para menos. ¿No te parece?

—Pero, ¿cómo lo sabes?

—¡Ay! Querida, yo soy la administradora de su sociedad con el portugués.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Estos músicos no se las apañan bien con los asuntos económicos, y yo entiendo de eso, ya sabes.

—Ya veo. Pero, entonces él, si te lo pasa todo… ¿de qué vive?

—No tengo ni idea. Le estará manteniendo la negra esa, supongo. En el fondo siempre ha sido un golfo, y se habrá acostado con… ¡yo qué sé cuántas mujeres! Todos los rockeros son iguales.

—Pero, estando contigo también…

—No. Estando conmigo, no, querida. ¡Ya le tenía yo bien vigilado! Le tenía atado en corto, ya te digo, y no me despegaba de él ni un momento. A la salida de los conciertos, en los hoteles, allí estaban siempre un enjambre de zorras dispuestas a atraparle. Vamos, a él y a todos los del grupo, no te digo más. Pero yo me pegaba como una lapa y le espantaba a todas. ¡Solo faltaría!, que lo hiciera en mi cara. Eso era antes, Susan, —siguió—. Antes de que yo le rescatara de toda aquella perversión, sobre todo en los tiempos de Homestead. No se perdía una sola de las orgías que preparaba su jefe, ese macarra de Joe. Hasta que le saqué de todo aquello y le llevé por el camino de Dios.

—Hasta hoy.

—Efectivamente, hasta hoy. Me descuidé, Susan. Me descuidé y no le vigilé lo suficiente cuando iba por aquel infausto estudio de grabación con la negra esa. Y con la sobrina, que también la llevó por allí.

—Pero, ¿con ella también…?

—¡No! Con ella no, ¡por Dios! Vamos, que yo sepa… Ella es invertida, ya sabes. Aunque con ese talante y el vicio que tiene la otra… cualquiera sabe. Pero no quiero ni pensarlo, Susan, porque además de adulterio hubiera sido también incesto, lógicamente.

—Lógicamente.

—El infierno le aguarda a ese canalla. ¡El infierno! Por sus malos actos, y por el daño que me ha hecho. Lo tendrá bien merecido.

Hotel Shangri-La

Tras más de veinte conciertos a lo largo y ancho de Estados Unidos, habían comenzado la segunda parte de la gira de presentación del álbum KCR, esta vez por Europa. En el viejo continente se encontraban ahora, donde ya habían dado algunos conciertos en unas cuantas ciudades.

Janet se secaba el pelo mientras contemplaba Londres a través del enorme ventanal de su habitación en la planta 49 del edificio Shard. Allí, en el hotel Shangri-La de la capital del Támesis, un hotel de lujo, hacía memoria de los meses que llevaba viviendo una vida de ensueño. Allí, sobre la que había sido la capital del mundo hasta que Nueva York la desbancara, se situaba ella, una negra del Bronx, con la ciudad a sus pies.

Y no era precisamente una metáfora, pues la ciudad se le había rendido literalmente cuando solo unas horas antes habían actuado en el Royal Albert Hall nada menos, el lugar emblemático donde habían tocado todas las grandes bandas que habían pisado Londres desde que se inventó el rock.

Los aplausos de la multitud, el público coreando junto a ella los estribillos de las canciones, la amistad y la camaradería entre todos los miembros del grupo… era algo sencillamente impensable solo un año antes, cuando se le iba la vida cantando de mala gana y sirviendo copas en el Charly's, aquel repugnante bar de Chicago.

Aunque en el fondo seguía siendo la misma… ¿Lo seguía siendo de veras?, se preguntó, o ¿quizás estaba comenzando a cambiar? Se le vino a la cabeza una escena que había vivido solo unos días atrás cuando actuaron en Liverpool, en el estadio del equipo de futbol del mismo nombre. Allí se hospedaron en un hotel de la ciudad, y se irritó sobremanera cuando fue a lavarse el pelo y descubrió que faltaba el bote de champú. Al parecer, entre los accesorios de cortesía había dos botecitos de gel en lugar de uno de gel y otro de champú. Recordó las malas formas que usó con el servicio de habitaciones cuando llamó para solicitar el remplazo, aunque en seguida se arrepintió y volvió a llamar para pedir disculpas.

Sí, estaba comenzando a cambiar, se dijo, pues a partir de entonces llevaba su propio champú, uno de los caros, pues no podía usar algo menos que eso la ya afamada cantante de *The Costayers.* Y no solo por eso. Conformarse con usar aquellos botes de cortesía era una paletada, y solo faltaba llevarse el neceser a su casa, como le decían que hacían los turistas. Y pensar que solo unos meses antes, no solo no usaba champú, sino que se hacía las rastas para lavárselo menos, al no poder permitirse ni siquiera eso.

No como ahora, que se había alisado el pelo en un exclusivo centro de belleza, y donde en lugares como ese se hacía tratamientos si la vorágine de conciertos que daban de ciudad en ciudad se lo permitía.

Se excusó, no obstante, diciéndose a sí misma que todo eso era necesario para mantener una buena imagen. Una gran imagen, de acuerdo con la gran calidad que tenía

el grupo, y teniendo en cuenta los sitios tan importantes en los que actuaban y el dinero que se movía en todo aquel tinglado. Efectivamente, se dijo, ¡no puedo ir de cualquier manera!, «y no solo por mí, sino para mantener vivo el prestigio de la banda, claro está».

En cualquier caso, todo aquello podría tener los días contados, si, como le decía Leslie, aquella mujer había venido para llevársele, y no solo para visitarle al pasar por su ciudad. Esa mujer, Rose, era un peligro para el futuro de la banda, no cabía la menor duda, y sin él, la banda estaría terminada.

Dejó de mirar el incesante devenir de las luces de los coches allá en la lejanía del suelo a través de aquel inmenso ventanal, y se dio la vuelta para agarrar el teléfono móvil y leer las críticas que ya estarían circulando sobre el concierto. «Todas buenas, seguramente», se dijo, y no se equivocó. Entonces lo apagó, dispuesta a meterse en la cama, y abrió la puerta del servicio para dejar la toalla y lavarse los dientes. Entonces descubrió, para su desgracia, que allí en la bañera se agolpaba la ropa que había lucido durante el concierto, y que ella misma tendría que lavar. Eso le devolvió a la realidad, y entonces volvió a ser la chica de antes, la chica negra que había salido del Bronx, aunque eso sí, para comerse el mundo.

Inquietud

—No me gusta nada esa mujer, Jan.

—Pues a mí me parece de lo más inofensivo, la verdad.

—Solo hay que ver cómo nos mira, especialmente a ti y a mí.

—Tendrá celos, Leslie. Eso es lo que pasa.

—No lo sé. Es posible. Pero yo creo que se lo quiere llevar de vuelta a Thertonball.

—¿A su grupo anterior? No…

—Sí, ya sé que se peleó con Ruddy y todo eso. Pero ya ha pasado mucho tiempo, y los hombres no son como las mujeres, que son más rencorosas. Ellos perdonan antes y…

—Él está a gusto con nosotros, Leslie, solo hay que verle. Yo no creo que vaya a volverse con ellos, con la popularidad que tiene ahora la banda.

Habían terminado de recoger sus cosas, y se disponían a pasar la última noche en aquel lujoso hotel, esperando un vuelo que les llevaría al día siguiente hacia Chequia. Y allí fue cuando vieron a Rose, la corista de Thertonball que se había pasado a visitar a Kai, pues su banda había hecho un receso en sus actuaciones.

La mujer las había mirado con suspicacia, y aunque se mostraba cordial, se notaba claramente que recelaba de las dos.

—Está componiendo un nuevo álbum, ya lo sabes, y hay rumores en la prensa que apuntan a que lo grabará con Thertonball.

—¿La prensa? ¿Cómo lo saben? ¿Cómo lo pueden saber ellos, e ignorarlo nosotros? No puede ser, Leslie.

—Alguien de esa banda habrá filtrado algo en alguna red social o… ¡yo qué sé! Quizás incluso intencionadamente, aunque sea mentira, para que él lo considere.

—Y ese alguien sería... Rose.

—Pues sí.

Janet se dio la vuelta y giró la cabeza con los brazos apoyados sobre las caderas. Realmente estaba comenzando a preocuparse. Finalmente, volvió a mirar a su amiga y dijo:

—Mira, no puede ser. Thertonball ha sacado un álbum sin Kai, y han caído al puesto 27 en las listas del Billboard. La calidad es mala, y la crítica se ha ensañado con ellos sin piedad. Y nosotros…

—Nosotros estamos en el número cinco, ya lo sé.

—Pues eso. No está nada mal para una banda que está empezando.

—Ya, pero quizás precisamente por eso.

—Precisamente… ¿por qué?

—Precisamente porque están en el puesto 27, necesitan que Kai vuelva a la banda y los devuelva al número uno. ¡Por eso es! ¿No te das cuenta?

Janet calló por unos momentos y volvió a considerar todo aquello. Desde luego, tenía sentido y también ella había oído ya algo al respecto.

—Yo creo, Leslie, que esa mujer no tiene tanta influencia sobre él como tú dices.

—Es su novia, Janet.

—Sí, ya lo sé, pero entonces ¿por qué no se ha ido a su casa con ella? ¿No vivían juntos? ¿Por qué se ha quedado aquí con nosotros, y ella se ha marchado sola? Londres es grande, pero no creo que en taxi se tarde mucho.

—No lo sé, Jan. Kai es un misterio en muchos sentidos, ya lo sabes. Y la relación que tiene con ella es… como mínimo peculiar. No pegan nada el uno con el otro. Él es alto, guapo, apuesto…, vamos… no es que me guste, como tú comprenderás, pero es una realidad. ¿Tú qué opinas?

—¡Ay!, Leslie… yo no puedo opinar sobre él de otra manera que no sea admirarle como músico… ¡es que ni se me pasa por la cabeza!

—Ya, te entiendo, pero, olvídate por un momento de que es tu jefe.

—Pues… sí —lo consideró—, supongo que sí, que es como tú dices. Es un hombre atractivo.

—Claro. Y ahora, fíjate en ella. ¿No te has llevado una decepción? Yo desde luego que sí. Cuando canta con su grupo, en el escenario, con el maquillaje, con los tacones y con las luces parece otra cosa. Pero al verla ahora de cerca… ¡vaya chasco! Una mujer tan pálida… ¡parece que está enferma! Y bajita. No creo que pase de cinco pies. No tiene ningún atractivo como mujer, y de eso entiendo yo más que tú.

—Vale, y ¿qué me quieres decir con eso?

—Pues que no lo entiendo, Jan. No entiendo cómo esos dos pueden estar juntos.

—Quizás no lo están. Yo no los he visto hacer nada raro.

—Yo tampoco, pero solo hay que verlos de cerca para darse cuenta. La forma como ella le mira, la familiaridad con la que él la trata, la complicidad que existe entre los dos… Y si a eso unes que recela de nosotras, pues ya lo tienes.

—¿El qué tengo?

—Pues está claro. Que ella no está cómoda con él fuera de su banda, y que se lo quiere traer de vuelta.

—Pero eso… los demás tendrán que decir algo, ¿no? Me refiero, los demás miembros de Thertonball. Sobre todo, Ruddy. No creo que Rose tenga mucho poder en esa banda, por no decir ninguno.

—Quizás tiene más poder de lo que pensamos. O, aunque no fuera así, quizás no lo tenga sobre ellos, pero está claro que lo tiene sobre Kai. Y él sí que tiene influencia sobre el grupo. Además —concluyó—, ya sabes el dicho: cuando el río suena, agua lleva.

—Pues se lo preguntamos mañana, y salimos de dudas. Kai no es de mentir, y si esos son sus planes, yo creo que nos lo dirá. De verdad, Leslie —siguió—, en esta conversación parece que los papeles están cambiados. Tú sueles ser la mujer segura, con nervios de acero, mientras que yo soy la chica frágil e insegura. Y ahora parece que es al revés.

La mujer blanca sonrió, y entonces volvió a mostrar su semblante seguro, casi masculino, que ella conocía:

—Quizás sea por ti, Jan.

—¿Por mí?

—Un poco también por mí, claro, pero creo que más por ti. Si este proyecto terminase, casi lo sentiría más por ti, que por mí.

—No, Leslie, si este proyecto se terminase, creo que hemos llegado muy lejos y ya nada sería como antes. Ahora entraríamos fácilmente en cualquier banda, o incluso seguiríamos todos sin él. Tu tío contrataría a un nuevo bajista y…

—Sí, claro, pero, ¿quién compondría las canciones? Nos pasará lo que a Thertonball. Caeremos al puesto 27, o al 50 o…, yo qué sé.

Esa afirmación le desconcertó, y miró para otro lado. Los temas que Kai creaba eran sencillamente fantásticos, y garantizaban el mayor de los éxitos. Además, su talante y maneras como líder de aquella banda hacían que todos dieran lo mejor de sí mismos, a pesar de la muy alta exigencia a la que estaban sometidos. Desde luego, sin él nada sería lo mismo, aunque también era cierto que cualquier otra banda les contrataría. Ya nada era como antes, como había dicho. ¿O sí?

Volvió a pensar por un momento, y se acordó de Lawrence, también un músico consagrado, que había estado varios años en «el dique seco» a pesar de su calidad. Aunque la edad no era la misma, desde luego.

—No lo sé, Leslie. De momento no quiero pensarlo. Vamos a aprovechar el momento, y a fijarnos bien en todo. Solo así podremos recordarlo bien, cuando el día de mañana se lo contemos a nuestros nietos.

Rose

—¿Qué te han parecido los chicos?

—Bueno… chicos, chicos, precisamente no son ninguno de los dos.

—Venga, Rose, no te hagas la interesante, ya sabes a qué me refiero.

—Si lo dices por utilizar el genérico, podrías decir «chicas», que ahora está más de moda, y además no dirías nada incorrecto, pues jóvenes son.

La chica —y esta vez no era impropio decirlo, pues no llegaba a los treinta años—, había estado presenciando el concierto muy de cerca, tan cerca que hasta el propio Kai le ofreció cantar una de las canciones de Thertonball que se iban a interpretar durante el mismo, algo que ella rehusó.

Era una mujer bajita, muy delgada y sin apenas formas; sin pecho alguno y con el pelo muy corto: tan solo una delgada trenza rubia de unos quince centímetros se descolgaba sin demasiadas pretensiones sobre su lado izquierdo. Vista por detrás hubiera parecido un chaval de unos trece o catorce años, excepto cuando se daba la vuelta y ahí su rostro era claramente femenino. Tenía unos ojos azules casi traslucidos que le conferían algo más de vistosidad dentro de su simplicidad, y cuando sonreía su boca se torcía ligeramente hacia abajo por el lado derecho.

La pareja se encontraba en la habitación de Kai, en el hotel Shangri-La. Acababan de llegar del concierto, y él todavía llevaba puesta su característica casaca roja de tela de lona con dos filas de botones dorados paralelos sobre el pecho y con hombreras estilo militar de borlas y flecos también dorados.

Ella por su parte vestía unas zapatillas blancas tipo «converse», y unos pantalones vaqueros que hacían juego con una chaqueta del mismo material. La chaqueta se la quitó nada más pasar, y se quedó con una sencilla camiseta blanca con las mangas recortadas.

—Oye *pelusilla* —le dijo, utilizando el apodo con el que la trataba habitualmente, agarrándola de un brazo y atrayéndola hacia sí—. Te veo muy irónica hoy, ¿eh? Sigues resentida por haberte dejado aquí, ¿o qué?

—¡Oh, Kai! —exclamó, nada más tocarla, y entonces su actitud cambió por completo. Le abrazó fuertemente por la cintura, y apoyó su cabeza contra su pecho.

—Te he echado mucho de menos, ¿sabes? —susurró, sin despegarse de él.

—Venga, Rose, si nos hemos visto hace poco en Lisboa.

—Ya, pero yo necesito verte a diario, Kai. Eres mi vida y mi alimento, amor mío, y sin ti no soy nada.

Él sonrió, la separó de sí y le dijo: —también nos vemos por videoconferencia casi todos los días, *pelusilla*.

—Ya, pero eso no es suficiente, Kai. Yo necesito tenerte cerca. Y... ¿por qué no nos vamos a casa? ¿Piensas quedarte aquí en este hotel?

—Pues sí, la habitación ya está pagada.

—Y, ¿no me puedo yo quedar contigo, en esta cama? —señaló a una de las dos amplias camas que había en la habitación, justo la que no estaba cerca de la ventana, que era la que seguramente él no ocuparía.

—No empecemos otra vez con eso. ¿Vale?

—Vaaaale —se resignó, no sin antes mirarle con ojos de deseo.

—Y entonces, qué, ¿me vas a decir lo que te han parecido, o no?

—¿Los chicos? Muy majos y muy simpáticos. Y las chicas... sí, también.

—No te veo muy convencida, *pelusilla*.

—No, en serio, también me han caído muy bien. Un poco pelotas conmigo, pero bueno.

—¿Pelotas contigo? ¡Venga ya!

—Pues sí, se deben creer que yo tengo alguna influencia sobre ti, cuando en realidad tú siempre haces lo que te da la gana.

—Hago lo que más nos conviene a todos, ya lo sabes.

—Ya, ya... —dijo, con suspicacia—. Si hubieras hecho un dúo conmigo, también eso nos hubiera convenido a todos.

—Necesitaba saber cómo era Lawrence, *pelusilla*, por si le cambiábamos por Ruddy.

—Claro, pero eso no afecta a que yo sea tu cantante. ¿No es así?

—¿Otra vez con eso, Rose? —se enfadó, y ella lo notó al dejar de utilizar el apodo.

—Perdona…

—Tú tenías un contrato en vigor, y… —se interrumpió ligeramente al ver la cara que ponía la chica—, sí, ya sé que eso era lo de menos, pero ya te lo dijimos, Rose. Te lo dijo tu hermano. La cuestión era que todo siguiera igual, exactamente igual, para que se dieran cuenta de la diferencia que hay entre el grupo conmigo y el grupo sin mí.

—Que, por cierto, ya se han dado cuenta. ¡Vaya que si se la han dado! Hemos caído muy bajo, Kai.

—Ya lo sé. Y… por cierto, ¿qué dice Peter?

—¿Peter Cornerstone?

—Sí, nuestro mánager. Quiero decir, el vuestro.

—Claro. Pues… hay por ahí ciertos rumores…

—¿Qué tipo de rumores?

—Dicen que dudó hasta el último momento sobre de cuál de los dos prescindir. Ruddy y tú erais incompatibles, y se tenía que quedar con uno de los dos.

—Lo sé.

—Su primera opción era quedarse contigo, aunque no quería deshacerse de ninguno de los dos. Pero creyó que si echaba a Ruddy, nosotros contrataríamos a otro guitarrista, probablemente Ayers, y entonces el otro ya no volvería jamás. Sin embargo, al echarte a ti, el grupo sufriría un bache y el propio Ruddy sería quién iría a buscarte, para pedirte que volvieras. De esa forma, todo volvería a ser como antes, y Peter se saldría con la suya, que era teneros a los dos.

—Viejo zorro… —se detuvo un instante a considerarlo—. Pero eso es una apuesta muy arriesgada, *pelusilla*.

—¿Por qué? ¿No eran acaso esos nuestros planes?

—No, exactamente. Nuestro plan, te recuerdo, era terminar el año de contrato que teníamos con la discográfica y con el mánager, y después echarlos a los dos; a Ruddy y a Peter. Y mientras tanto yo iba conociendo a Lawrence, por si le traíamos como guitarrista sustituto.

—Bueno, eso es más o menos lo mismo.

—No, no es lo mismo, Rose.

—¡Para mí es lo mismo, Kai! El caso es tenerte de nuevo junto a mí, que es lo que realmente me importa. ¡A saber con cuántas chicas te habrás acostado, desde que yo no te vigilo!

—No tantas como tú crees.

—¡Es que no tenían que ser ninguna…! ¡Para eso ya me tienes a mí!

—¿A ti?

—¡Sí, a mí! —exclamó—. ¡Oh, Kai…! Yo te deseo, amor mío, ¡No sabes cuánto te deseo! —le abrazó con fuerza.

—Vale ya, *pelusilla*. ¡Que me cortas la respiración!

—Tenías que respirar solo por mi boca, mi vida…

—Venga Rose, que te veo muy poética… —le frotó la parte superior de su cabeza, donde el pelo era tan corto que parecían las cerdas de un cepillo; y justo entonces le soltó lo que ella no quería oír: —pero quizás deberías ensayar una poesía más dramática.

La chica se separó y se le quedó mirando con la boca abierta, como esperando una explicación. Él siguió:

—El caso es que... puede que tanto Peter como tú, os llevéis un chasco —la separó un poco más.

—¿Por qué?

—Porque puede que yo no vuelva a Thertonball nunca más.

—¡Amor mío! No me digas eso… ¡ni en broma! ¿Qué tienen estos que no tengamos nosotros? ¿Eh?

—En primer lugar, no me discuten cada nota que compongo, como hacía Ruddy casi constantemente. Y encima este lo hacía para empeorar los temas y nunca para mejorarlos.

—No, perdona —se irritó—, tú mismo me dijiste que aquí modificaste algunas canciones rápidas para que «tus nuevos amigos» pudieran tocarlas. ¡Me lo dijiste! ¿Por qué tuviste que dejar que Lawrence escogiera a los músicos?

—Bueno, él conoce a la gente de aquí mejor que yo y… —la chica negaba con la cabeza, como no sintiéndose satisfecha con la explicación—. Y… además, se suponía que tenía que escoger bien, pues no olvides que él también es socio. Se juega sus ganancias, Rose.

—Pues vaya negocio que ha hecho.

—No estoy de acuerdo. Estos chicos tienen mucho potencial. Están dando lo mejor de sí mismos, y van mejorando poco a poco. Dentro de nada serán tan buenos como vosotros y… —se interrumpió, viendo que la chica comenzaba a llorar.

—Oh, vamos, *pelusilla*… —la abrazó—. Que yo me quede con ellos no quiere decir que tú y yo no nos volvamos a ver.

—Pero, —insistió—, ¿no puedes traerte a Lawrence? Ese era el plan, ¿no? Echamos a Ruddy y traemos a Ayers.

—Sí, ese era el plan, pero…

—Por eso escogiste a un guitarrista en declive; para humillar a Ruddy... Para demostrar que, si las canciones son buenas, el triunfo está asegurado; para que nadie dijera que el éxito se debe al guitarrista. Y eso es algo que has conseguido, por cierto, pues habéis quedado bastante por encima de nosotros en las listas —le miró, sonriendo de forma irónica—. ¿No era ese el plan que teníamos también en nuestro grupo, restar protagonismo a esa figura?

—Es que yo no estoy tan seguro de que eso ocurra, Rose.

—De que ocurra, ¿el qué?

—Eso que dices de traerme a Lawrence. No creo que él se viniera con nosotros.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Él está aquí con su sobrina, y con Janet, que es como una hija para él. No creo que quiera separarse de ellas, y en Thertonball sus puestos ya están ocupados. Si nos vamos él y yo y dejamos a los otros tres… no sé qué sería de la banda. Han luchado mucho para llegar hasta aquí, y están muy ilusionados. Sobre todo, Janet y Leslie.

Ella dejó caer sus brazos sobre los costados y miró hacia el suelo, con una cara que era todo un poema.

—Y la ilusión que tengo yo, ¿qué? Y la ilusión que tenemos todos en el grupo, ¿qué? ¿Nos vas a dejar tirados otra vez?

—¿Otra vez? ¿Cuál ha sido la primera?

—La primera es esta, Kai.

—Yo no os he dejado tirados. Me echaron del grupo.

—Pues por eso, amor mío. ¡Por eso! En junio se acaba ese contrato y podremos deshacernos de Peter y de Ruddy; y también de Dasley, su escudero, que como bajista no te llega ni a la suela de los zapatos. ¿No era ese el plan? Y si no es Ayers, pues será otro guitarrista. ¿Por qué me dices ahora que no? ¿Qué te hemos hecho?

—No me habéis hecho nada, Rose, pero estos tampoco me han hecho nada, y les tengo cariño.

—¿Cariño?

—Sí, estoy muy cómodo con ellos, esa es la verdad. Lawrence me cae fenomenal y las chicas...

—Las chicas… ¿qué?

—También me caen muy bien.

—Ya veo... —se dio la vuelta, para que no le viera la cara—. ¡Que decepción, Kai! ¡Que decepción! —exclamó, poniéndose a llorar a continuación de forma más intensa.

—Vamos, *pelusilla*, todavía no he decidido nada… Anda, no llores —la consoló, sentándose con ella en la cama y extendiéndole unos pañuelos de papel. Ella los tomó y se secó las lágrimas, y permanecieron un rato los dos juntos, con él abrazándola por los hombros mientras se los frotaba dulcemente. Después de un rato ella le dijo:

—¿Te vendrás con nosotros, entonces, en junio?

Kai se separó de ella, se levantó y se fue hacia la ventana, mientras la chica no le perdía de vista. Allí permaneció unos instantes mirando hacia la calle, y al final dijo, casi susurrando:

—Ya veremos.

En el bar

—¿Qué haremos después de la gira, Kai? Se lo he dicho a mi tío y no me ha sabido responder —le preguntó, apoyando sus dos brazos cruzados sobre su hombro derecho. El portugués no era muy dado a expresar sus sentimientos, a pesar de que, al ser latino, se suponía que debía ser menos frío que los anglosajones. Sin embargo, no ponía ningún reparo a que tanto ella como Janet se mostraran más efusivas.

—Hola, Leslie, pues supongo que… ¡haremos otra gira!

Estaban en Praga, donde habían dado un concierto el día anterior. Era un domingo por la mañana, y estaban haciendo tiempo esperando a que un *transfer* les llevara al aeropuerto. Kai estaba sentado en uno de los sillones del *lounge* del hotel, revisando unas partituras que se mostraban en la pantalla de un ordenador portátil.

—¿Otra gira? ¿Por Asia, tal vez?

—Me temo que no. Solo pude conseguir de mis contactos la organización de conciertos en USA y en Europa. Pero podríamos ir al resto de América. Respecto a Asia… lo veo más difícil.

—¿Cuáles son esas canciones? No me suenan que sean las nuestras —le preguntó, apuntando con un dedo hacia la pantalla.

—Son nuevas. Bueno… en realidad no son tan nuevas. Las compuse cuando tenía diecisiete o dieciocho años, aunque las redescubrí cuando volví a mi casa el año pasado.

—¿No habías vuelto… desde entonces?

—Dejé mi casa cuando tenía veinte, y no, no volví a ir por allí hasta que mi padre murió.

Leslie sabía que ese era un asunto escabroso de su pasado, y que le incomodaba hablar de ello. Tenía que ver con la separación de sus padres, y ella sabía más o menos la historia, aunque le faltaba conocer algunos detalles clave. Le picaba mucho la curiosidad, pues se decía que aquel suceso tenía mucho que ver con su carácter, un tanto introvertido y por momentos extraño. Aun así, prefirió no seguir con el asunto.

—Y, ¿las vamos a sacar… ahora?

—Tengo que trabajar más sobre ellas. Yo creo que las dejé un poco por imposibles, porque me llevaban a un callejón sin salida.

—No entiendo…

—Es una idea muy buena, una melodía… casi perfecta, con un ritmo que va subiendo poco a poco… Pero le falta algo. Estoy intentando probar algunas cosas, pero no consigo encontrar lo que le falta. ¿Quieres oírlo?

La chica asintió con la cabeza, y Kai le dejó sus auriculares. Entonces apartó ligeramente el cabello que le cubría las orejas, y se los colocó. Durante un par de minutos

estuvo siguiendo aquel ritmo con la cabeza, a la vez que mostraba una cierta expresión de asombro. Cuando aquella melodía sintetizada terminó, se los devolvió y miró hacia el resto de sus compañeros, que estaban terminando de tomar algo en el bar.

—¿Qué te ha parecido?

—Espectacular. No tengo palabras, Kai, sinceramente.

—Pues no es para tanto. Tiene potencial, sí, pero ya te digo que las estrofas se interrumpen de forma demasiado brusca, y tengo que buscar un enlace para que encajen bien unas con otras.

—A mí me parece que está bien, pero… si tú lo dices… —le respondió, viendo que él negaba firmemente con la cabeza—. ¿Se lo has comentado a mi tío?

—¿El qué?

—Cómo solucionar ese problema que dices que tienen.

—Sí, pero tampoco me ha sabido responder.

—Y, ¿qué le han parecido?

—Pues, lo mismo que a ti.

La muchacha volvió a mirar a sus compañeros, que comenzaban a marchar hacia ellos. Se ve que el *transfer* había aparecido, y venían a apremiarles.

—Cuando termines de pulir esos detalles, Kai, ¿tocarás con nosotros esas canciones? ¿Eh?

El portugués ajustó una nota que había dejado sin colocar, y enseguida contestó:

—Pues claro, Leslie, ¿con quién si no? —respondió, casi sin dudarlo, aunque sin mirarla a los ojos. Entonces cerró el ordenador y se levantó, pues el minibús se encontraba ya en la puerta de la recepción del hotel.

Iria

Eran las tres de la mañana, y no podía conciliar el sueño. Habían llegado del concierto hacía poco más de una hora, y la verdad es que estaba muy cansada. Lo había dado todo, como era habitual, y eso significaba que había hecho un esfuerzo ímprobo para estar a la altura de lo que se esperaba de ella. Casi dos horas de concierto significaban miles de golpes de batería entre cajas, bombos y platillos. Nada comparado con los ritmos que tocaba en el bar, mucho más pausados. Allí podía estar horas y horas, y nunca terminaba tan cansada como dos horas de gran exigencia en un concierto de rock de alto nivel.

La incertidumbre sobre el futuro del grupo y el posible abandono de Kai era una de las causas de aquel insomnio, pero es que además había otro factor que le impedía echarse en brazos de Morfeo: Iria Da Silva.

La había conocido hacía solo unos días, cuando Kai se la presentó. Era una muchacha de poco más de veinte años, como ella, y además «oriental». Alta, delgada, grácil, delicada… parecía una geisha. Era la hija adoptiva de unos vecinos de la casa de su jefe en Lisboa, con los que la familia tenía más que confianza. Para Kai eran casi como sus tíos, y de hecho, él le llamaba a ella «prima», de forma afectuosa.

El caso es que la chica era, como no podía ser de otra manera, una fan acérrima de Kai, por el que sentía algo más que admiración como músico. En realidad, le amaba desde que era niña, a pesar de haberle visto en contadas ocasiones, pues el portugués no había vuelto recalar por la que había sido su casa a raíz de la separación de sus padres, cuando ella era pequeña.

Iria era una consumada pianista; su padre era músico y fue quién le enseñó, y de hecho, fue también el maestro del propio Kai. En la academia donde ejercía de profesora era bien conocida por su virtuosismo, y dejaba perplejos a sus alumnos haciendo exhibiciones de digitación a toda velocidad.

El caso es que cuando Kai volvió a la que había sido su casa, pudo conocer los progresos de aquella «niña» que había olvidado casi por completo, y se quedó maravillado de su calidad como pianista y organista. Ella le confesó su admiración y le mostró cómo tocaba, casi con los ojos cerrados, las canciones más famosas de Thertonball.

Y entonces fue cuando la invitó. La invitó a tocar en el concierto de Madrid, y a hacer una aparición estelar al final del mismo. Fueron solo un par de canciones, y para ello tuvo que ensayar con el resto del grupo para ver cómo se adaptaba a él.

Y ahí fue cuando se conocieron las dos, y las miradas que se prodigaron la una a la otra dejaron bien a las claras sus sentimientos.

Después de dar la enésima vuelta en la cama, se vistió, y se marchó al bar de Recepción, con la esperanza, con el pálpito de encontrarla allí, y no se equivocó.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—Ha sido un día de fuertes emociones, Leslie.

—¿Era la primera vez que actuabas sobre un escenario?

—Sí, primera vez. Otras fueron con menos gente —intentaba hablar un inglés lo más correcto que podía—. En academia de mi padre, tenemos un salón. Allí hacemos conciertos, a veces. Pero no cabe mucha gente. Nunca había sentido esto.

—¿Qué es lo que has sentido?

—Mucha emoción. Por eso no puedo dormir. Todavía estoy… como en una nube.

—Eres muy buena teclista, Iria. La improvisación que has hecho al final del concierto ha sido… sencillamente espectacular. Incluso Bernard se ha quedado pasmado.

—Me hubiera gustado estar con vosotros… desde principio.

—Ya. Pues no entiendo por qué Kai no te seleccionó para el grupo.

En ese momento la chica puso una cara triste, y bajó la mirada. Después de unos instantes dijo:

—Fue culpa mía.

—¿Culpa tuya?

—Sí, yo no se lo pedí. Y no sabes cuánto me arrepiento.

—¿Por qué no se lo pediste? Y, ¿por qué él no te lo ofreció?

—Para mí Kai era… como un ser extraterrestre. Alguien tan superior… que no me atreví. Y también creo que él pensaba que a mí no me interesaba. Yo era feliz siendo profesora.

—¿Y ahora?

—Ahora me muero por estar en una banda, Leslie.

—Una pena que ya tengamos a Bernard para las teclas.

—Es un buen tecladista.

—Tú eres mejor.

—No lo sé. Él es muy bueno —suspiró—. Pero creo que tendré que seguir siendo profesora. Ese es uno de mis problemas. Que cambio mucho de gustos.

—¿Cuáles son los otros? Me refiero, tus otros problemas.

—Supongo que los mismos que los tuyos. ¿No es así?

—Supones bien —respondió la americana, mirándola de reojo—. De todas maneras, yo pensaba que a ti te gustaba Kai.

—Y me gusta. Pero una cosa no quita la otra. Además, él está con Rose.

—¿Está con ella?

—Es más que obvio. ¿Tú la conoces?

—Sí, la vimos en Londres. No me lo explico.

—Yo tampoco. Me llevé una decepción cuando lo supe.

—¿Te lo dijo él?

—No. Él no habla de esas cosas —respondió—. Oye, ¿te apetece tomar algo?

—Pues… no tengo el estómago a estas horas para tomar nada, que haya en este bar. Pero en mi habitación guardo unas infusiones de sabores que están muy ricas. Si quieres te invito a una. Podemos tomarla en el balcón. Tiene unas vistas preciosas de la ciudad a estas horas.

—¡Ah! Pues que suerte… la mía da a la calle de atrás, y solo se ve el edificio de enfrente.

Las dos chicas subieron a la habitación de Leslie y ella preparó las infusiones prometidas mientras la otra esperaba en la terraza. Al poco tiempo, la anfitriona salió con las dos tazas y empezaron a charlar. Después de hablar un rato sobre temas musicales, la conversación giró sobre la propia Iria:

—Mi madre y la madre de Kai son amigas de toda la vida. Se conocieron en la universidad de Vigo, cuando estudiaban la carrera de Historia.

—¿Dónde está Vigo?

—En España.

—¿En España? Pero… vosotros vivís en Portugal…

—Sí, ellas dos se casaron con portugueses. Mi padre y el padre de Kai son también amigos, y socios. Bueno, era, porque él ya murió.

—¿Tu padre?

—¡No! El de Kai.

—¡Ah! Ya te iba a preguntar quién era entonces el tipo ese que estaba con tu madre en la primera fila del concierto.

—Pues sí, mi padre.

—Un hombre muy apuesto, desde luego.

—Ya está un poco mayor, pero de joven era muy guapo, igual que mi madre. Mira, esta es una foto de las dos parejas, cuando eran jóvenes —le mostró el teléfono móvil, donde se mostraba una retrospectiva—. Esta es mi madre, este es mi padre, este el padre de Kai, a su lado está Cecilia —su madre—, y esa chinita que está en los brazos de vuestro jefe, soy yo.

—¿Qué edad tenías ahí?

—Unos cinco años; él me saca quince. Yo acababa de venir de China. Eran los tiempos del hijo único, y no se permitía tener más de uno. Y menos una niña. Cientos de miles de chicas como yo acabamos en orfanatos, y solo unas pocas tuvieron la suerte que yo tuve.

—De ser acogidas por una familia occidental.

—Eso es. Y con unos padres buenos como son los míos.

Leslie suspiró y se calló por unos instantes.

—Me das envidia, Iria. Mis padres no son buenos, precisamente.

La portuguesa la miró, esperando que continuara, y entonces le dijo:

—Son fanáticos religiosos, y cuando se enteraron de mi condición sexual me echaron de casa.

—¿En serio?

—Como lo oyes.

—No puedo creerlo. Precisamente si son religiosos deberían comportarse como personas bondadosas. Una cosa es que se preocupen, y otra que te echen de casa.

— Ya. ¿A ti te ha pasado? Quiero decir, ¿se han preocupado?

—No lo saben. Creen que soy *hetero*, por un novio que tuve.

—¿Y qué pasó?

—Pues que cambié de fase, y entonces me dejó de gustar.

—¿De fase?

—Sí, es lo que te dije. Mi bisexualidad es un poco extraña, y va por fases. Si estoy en fase «mujer», me gustan los hombres, y viceversa. No sé si lo entiendes…

—Pues no, la verdad. Yo estoy siempre en fase «hombre», y siempre me gustan las mujeres —sonrió.

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Tú y Janet…?

—No —contestó rápido—. Ella es *hetero*. Es mi mejor amiga, pero algún defecto tenía que tener —volvió a sonreír, e Iria hizo lo propio, quedándose las dos mirándose fijamente.

—Entonces, sobre lo tuyo… —comenzó Iria, deshaciendo el hechizo— ¿lo sabe Lawrence? Es tu tío, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sabe. Y es tan cristiano o más que mis padres. Pero no es un fanático.

—¿Tú crees que es cuestión de fanatismo?

Leslie tomo su taza de té y bebió un sorbo mientras pensaba. Finalmente dijo:

—Pues mira, antes pensaba que sí. Pensaba que cuanto más cristiana era una persona, menos aceptaba la homosexualidad. Por eso yo me desligué de esa religión. Pero tras conocer a mi tío más a fondo, me he dado cuenta de que no tiene nada que ver. Él es incluso más devoto, más ferviente, más creyente que mis padres, y ya ves, me quiere tal y como soy.

—Es que no entiendo por qué la Iglesia nos tiene tanta manía. En realidad, no hacemos daño a nadie. No me extraña que todos huyamos de la religión.

—Yo antes pensaba como tú, pero el ejemplo de mi tío me está llevando a cambiar de opinión.

—Claro, porque él no piensa igual que los curas, y te acepta tal y como eres.

—No, no te confundas. Que me quiera y que me haya dado la oportunidad de vivir el sueño de mi vida no significa que él piense que lo que hago está bien.

—¿Ah no? Yo pensaba qué…

—Para mi tío, que yo tenga relaciones con mujeres es pecaminoso.

—¿Sí?

—Sí, pero según él no lo es más que otros pecados que la sociedad acepta como normales, como la promiscuidad, la pornografía o el adulterio. El propio Lawrence precisamente estuvo con muchas mujeres cuando era joven, y por eso me dice que él con mi edad no era mejor que yo.

—¿Cuando estaba en Hazelnut?

—No, antes, cuando estaba en Homestead. Después conoció a Daphne y las cosas cambiaron. Ella fue quien le llevo por el "buen camino", hasta hoy.

—¿Hasta hoy?

—Bueno, hasta hace unos meses, porque se han dejado.

—¿Y eso?

Leslie sopesó la pregunta y respondió:

—Él dice que es porque tenían diferencias. Pero yo pienso que es por mi culpa; porque ella no aprobó que se fuera conmigo. Es otra fanática, como mis padres. Mejor dicho, no fanática, sino intolerante. El fanático es un cristiano muy comprometido, y los cristianos son buenos por definición. Los que no aman no pueden ser buenos cristianos.

—Eso mismo creo yo. Con el rechazo y con la intolerancia no van a conseguir que les hagamos caso.

—Desde luego. El cristianismo se propagó por el mundo gracias al ejemplo que dieron los primeros cristianos. Ejemplo de amor, y no de imposición. Así consiguieron convertir a la gente, y quizás así nos podrían convertir también a nosotros. Y quién sabe si hasta quizás podríamos dejar de hacer lo que hacemos.

—Te veo muy convencida, Leslie. ¿Vas a dejar de ser lesbiana?

—Eso no depende de mí, me temo.

—Pero sí puedes evitar tener relaciones.

—Podría, pero la carne es débil, ya sabes —le dijo con una amplia sonrisa, agarrándole de la mano—. Oye, comienza a refrescar un poco. ¿quieres que pasemos dentro?

—Me voy a marchar, Leslie. Mis padres están en la habitación de al lado de la mía, y no me gustaría tener que dar ciertas explicaciones si por casualidad llamaran a la puerta, o se dieran cuenta de que no estoy.

—Siempre puedes decir que estabas en el bar; lo cual es cierto.

—Sí —sonrió—. Pero es una media verdad. Estaba en el bar… dependiendo de la hora a la que llamen —se levantó, y agarró el monedero que había dejado sobre una cómoda, dispuesta a marcharse.

—No quiero presionarte, Iria. Si quieres, cuando vayamos a Lisboa… volverás a tocar allí, ¿verdad?

—Sí. Kai me dijo que eran dos conciertos. Este de Madrid y luego el de Lisboa. Si se lo hubiera dicho antes… hubiera sido «estrella invitada» durante más tiempo. Pero no pienso olvidarte, Leslie. Si no es en Lisboa —mis padres también estarán cerca— ya buscaremos otra ocasión.

—Espero que cuando la encontremos… no hayas cambiado de fase —sonrió, y ella le devolvió la sonrisa con una caricia, dándose la vuelta para salir. La baterista la siguió y la acompañó hasta la puerta, y una vez allí se despidió:

—Nos vemos en unos días en Lisboa, ¿verdad?

—Sí, y mañana vamos todos al aeropuerto. Creo que los jefes han contratado un *transfer* para el traslado.

—Me muero por volver a verte a solas, Iria —susurró, totalmente embelesada.

La portuguesa volvió a sonreír, y tras mirar hacia ambos lados del pasillo, le dio un beso en los labios y se marchó.

Lisboa

El de Lisboa iba a ser el último concierto antes de volver a Chicago; después se decidiría sobre los siguientes pasos que daría la banda, que probablemente consistirían en iniciar una nueva gira por Iberoamérica, o bien grabar el nuevo álbum que estaba componiendo Kai. Este ya tenía perfilada algunas de sus canciones, y había decidido que una de ellas se tocara esa noche.

Era un tema difícil para la mayoría de los miembros de la banda, pero especialmente para Leslie, pues llevaba un ritmo endiabladamente frenético en algunos pasajes, y en general demasiado complejo para ella.

La formación del grupo sobre el escenario siempre era la misma. De izquierda a derecha estaba primero Bernard, que solía tocar de pie rodeado de cinco o seis teclados formando una U. Después estaba Kai, con el bajo; luego en el centro, Janet. A la izquierda de la cantante, Lawrence, y después Leslie, al final, en una especie de segunda fila para permitirle una mayor movilidad a su tío.

Pero ese día se habían alternado las posiciones con Lawrence, y Kai se había situado cerca de la baterista para poder controlarla mejor y poder sustituir con su bajo las partes más duras en caso de necesidad. No quedaría igual de bien que los toques reales de batería, pero al menos le daría la sonoridad que él buscaba.

Para Leslie, era todo un espectáculo verle tocar el bajo. Se decía que era el mejor del mundo con ese instrumento, y eso que también era un consumado guitarrista además de un buen tecladista.

Usaba un bajo eléctrico de cinco cuerdas que había sido construido especialmente para él y que dotaba al instrumento de una sonoridad especial capaz de reproducir casi cualquier sonido. Su destreza y su velocidad de vértigo le hacían capaz de emular los golpes que dejara de tocar ella, sin dejar por ello de interpretar su parte en la canción, que era ya de por sí difícil.

Y el hecho de tenerle a él a su lado en lugar de su tío era un motivo de mayor tensión para ella, dadas las circunstancias, y los rumores cada vez mayores acerca de su vuelta a Thertonball.

La afluencia al concierto había sido masiva. Nunca en todos los recitales que habían dado se había juntado tal cantidad de personas como aquella noche. Kai estaba en su país de origen, donde era todo un ídolo, y además la expectación causada por lo que se esperaba de Iria —otra portuguesa—, tras el evento de Madrid, era máxima.

El concierto comenzó como siempre y se desarrolló con normalidad. Tanto Janet como Leslie ya se conocían a la perfección las canciones del disco KCR, e incluso habían mejorado en su ejecución incorporando algunas cosas que Kai tuvo que cambiar al principio al ser demasiado técnicas. El problema vino al final, antes de que apareciera Iria, cuando debían interpretar el tema «Zero Truce», uno de los que compondrían el nuevo disco.

—Vamos, Leslie, estoy seguro de que podrás con ello —le dijo Kai—. Este no es de los más *cañeros* de «Apocalypse» —el nuevo álbum—. Además, yo estaré cerca de ti para ayudarte en lo que sea.

Aquellas palabras eran una carga, más que un consuelo. Aunque a él no solía escapársele nada, el hecho de tenerle cerca y estar más pendiente de ella que de los demás, le inducía una presión mayor si cabe que la que ya tenía encima.

La canción comenzó con un impresionante solo de guitarra, que Lawrence ejecutó casi a la perfección, mientras Kai le seguía sin quitarle ojo a Leslie. Después, a los dos minutos, llegó el momento de la verdad, la parte más difícil de todas. Sus pies pisaban los pedales que golpeaban los bombos rápidamente, y sus manos movían a toda velocidad las baquetas que tocaban las cajas. Pero no era suficiente.

Hasta entonces había conseguido aguantar el tipo, más o menos, pero en aquella sección no pudo más y tuvo que omitir casi la mitad de los golpes. Solo consiguió ejecutar los toques primarios, desechando los secundarios para no defenestrar del todo la canción.

Fue entonces cuando se maldijo a sí misma interiormente, y se mordió con fuerza el labio inferior hasta hacerse sangre. Por si fuera poco, se le escaparon un par de veces las baquetas, y eso era señal inequívoca de que algo no iba bien. Que se escurran de las manos es relativamente frecuente, y un buen baterista siempre tiene cerca baquetas de repuesto para cubrir esa eventualidad. Pero dos veces…

Y es que en parte había tenido ella la culpa, por haber dormido poco la noche anterior. Un concierto de una banda de rock de primera línea exige estar al cien por cien como mínimo, y ella apenas llegaba al cincuenta aquella noche.

Se preguntó si a Iria le pasaría lo mismo cuando llegara su actuación, que sería al terminar aquella canción. Al menos ella solo tendría que rendir al máximo en tres canciones, cuando Leslie ya llevaba más de hora y media dándolo todo.

Pero el caso es que no pudo, o mejor dicho no quiso desaprovechar el único momento que tenía para estar con esa chica a la que no se podía quitar de la cabeza desde que la conoció unos días antes en Madrid. Su encuentro con ella en Lisboa la noche anterior se prolongó más de la cuenta, y eso le estaba pasando factura justo ahora.

Pero como si fuera el ancestral sabor de la sangre el que llama a la lucha, aquel sabor metálico que tenía en la boca —su propia sangre—, le hizo sacar fuerzas de donde ya no había, y consiguió terminar la canción sin que su jefe tuviera que cubrirla más. Aunque era cierto que la parte final era la más "sencilla" dentro de lo que cabe, no por ello el esfuerzo fue menor, y Kai se lo reconoció cuando terminaron, guiñándole un ojo.

Lo peor ya había pasado, y solo quedaba la parte de Iria, la gran actuación que todos estaban esperando.

El plan era que se interpretara *Tournament*, el tema clásico de Thertonball. Una canción que ya se conocían todos a la perfección, y donde Iria sustituiría a Bernard en los teclados. Era lo que había ocurrido en Madrid, y allí había quedado bastante bien. Después se interpretaría «Enlightenment», otro tema de aquella banda, solo que ahí únicamente actuarán Iria, Kai y Lawrence, con presencia testimonial de Janet y Leslie. Era una versión que la pianista portuguesa había arreglado por su cuenta, donde había sustituido el fuerte ritmo de rock reemplazándolo por un aire "clásico". Para terminar, al igual que en Lisboa, Iria realizaría una improvisación de piano.

Afortunadamente, esa última parte del concierto se produjo tras un receso, que Leslie aprovechó para tomarse una bebida isotónica, pues estaba totalmente deshidratada de todo lo que había sudado.

Así pues, estaba muy recuperada, y ejecutó Tournament como siempre solía hacerlo, es decir, perfectamente.

Pero cuando comenzó *Enlightenment*, todo cambió. A pesar de que la habían ensayado varias veces, aquel aire clásico que tenía la canción le despistó, y cometió varios errores casi de principiante, que esta vez Kai no pudo cubrir.

Afortunadamente, no se notó demasiado, pues aquella versión clásica no era muy conocida más allá de los fans de las redes sociales de la portuguesa. Además, la gran improvisación de Iria que daba colofón al concierto, hizo olvidar todo lo que había pasado.

Pero ella no se sentía a gusto, y así se lo confesó a Janet cuando acabó. En lugar de felicitar a Iria por su gran actuación, fue directamente a ver a su amiga en busca de consuelo, y se llevó una pequeña sorpresa.

Celos

—Yo no he notado nada de eso que dices, Leslie. Por el contrario, creo que lo has hecho muy bien.

—¿Me lo dices como amiga o me lo dices de verdad?

Las dos se encontraban detrás del escenario, en el momento en que las luces ya se habían apagado y el público se estaba marchando. El resto del grupo estaba próximo a ellas, aunque se centraban principalmente en felicitar a Iria.

—Te lo digo totalmente en serio —afirmó, mirándola a los ojos. Pero ella no parecía contenta. Janet le puso las palmas de sus manos sobre sus carrillos y le dijo:

—¡Mírame! Te digo que lo has hecho muy bien. Lo que ocurre es que eres muy exigente contigo misma, y no toleras el más mínimo error.

—No sé si Kai opinará lo mismo.

—Y, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Me cubrió, Janet. ¡Me cubrió! Pero lo hizo tan bien que nadie se dio cuenta. Nadie lo sabe excepto él y yo, claro.

Su amiga sopesó lo que acaba de oír, y tras pensar un instante le dijo:

—No te preocupes. Es la primera vez que se toca esta canción. Nadie puede compararla con una versión en el estudio ni con otro directo anterior. Nadie la conoce excepto nosotros. Estoy segura de que Kai la querrá grabar así, cuando lo hagamos, para no dejarte mal.

—Ya, y ¿qué me dices de *Enlightenment*? Ahí también he fallado.

—Lo que hemos interpretado es un "refrito" de la canción original de Thertonball, que Iria ha preparado. Nadie está comparando nada.

—Ya, pero por mi culpa ha habido disonancias. La canción no ha salido bien y lo que es peor, he dejado a Iria en mal lugar.

—Olvídalo, ¿quieres? Todo el mundo comete errores, y ese no ha sido tan importante. Has hecho un concierto fabuloso, como siempre. ¿Vale? ¿OK?

—Sí —asintió, y en ese momento llegó Lawrence y dijo:

—Pero, ¿qué hacéis aquí todavía? Venga, ¡vamos a celebrarlo! Kai nos va a llevar a un restaurante que él conoce donde nos van a tratar a cuerpo de rey. Yo creo que nos lo merecemos, después de todo lo que hemos trabajado esta temporada. Sobre todo, vosotras dos. Enhorabuena, chicas, por vuestro gran trabajo —les dijo, mirando a ambas, mientras las tomaba de los brazos para llevarlas junto al resto del grupo, donde Bernard las felicitó igual que había hecho él tan solo unos instantes atrás.

Pero Kai se mostraba menos efusivo; estaba volcado con Iria, a quien no paraba de congratular. La muchacha había hecho una actuación magistral que había levantado al público de sus asientos, y estaba totalmente emocionada.

Eso fue lo peor que le pudo pasar a Leslie. De nada sirvieron los elogios de su tío, que sí, le consolaron un tanto, pero no lo suficiente. Las alabanzas que buscaba eran las de Kai, y este solo las tenía para Iria.

Y ahí sintió un ataque de celos que la devoró. Celos de que su jefe solo enalteciera a la pianista, y no a ella. Celos de que, quién había sido su amante hacía solo unas horas, se mostrara tan efusiva con Kai, a quién correspondía con abrazos igual de intensos que los que él le prodigaba. Porque a fin de cuentas Leslie no se creía del todo aquello de «las fases sexuales» por las que presuntamente atravesaba, sabiendo como sabía que el portugués siempre había sido para ella algo más que el hijo de sus vecinos.

Y entonces fue cuando vio hacia su izquierda a alguien que también tenía celos. Muchos más si cabe que los que tenía ella. En efecto, allí estaba Rose, la presunta novia de Kai, presenciando también aquella escena. La chica había venido volando desde Estocolmo —nunca mejor dicho— porque sabía que la pianista era una rival de primera categoría para ella. Tras finalizar un concierto de Thertonball en la capital sueca, el avión había tenido algo de retraso y no pudo estar en Lisboa para presenciar el recital. Acaba de llegar allí, y puesto que el concierto ya había terminado, no le dejaron pasar a la zona VIP donde había reservado un espacio que le daba acceso a los músicos. Se tuvo que conformar con verlo todo desde la valla, junto con las decenas de aficionados que se morían por pedir un autógrafo o hacerse una foto con sus ídolos.

La cara de la muchacha lo decía todo, y eso de alguna manera reconfortó a Leslie: ella no era la única que buscaba las atenciones de Kai, y él optó por dárselas a quién quiso hacerlo.

Solo le quedaba Janet, a su lado, quién comprendía perfectamente lo que sentía su amiga, y le dio el abrazo que tanto necesitaba.

Sam

La gira por Europa había terminado, y el grupo había vuelto a Chicago. Kai se había retirado de nuevo a su casa de Lisboa, donde iba a terminar de componer el que sería el nuevo disco.

Después de casi un año de actividad frenética y de visitar decenas de países, todos los miembros de la banda se tomaron un merecido descanso en espera de retomar la actividad ya en el verano.

Sin embargo, para Janet, no fueron precisamente placenteras aquellas vacaciones, pues nada más llegar recibió una visita inesperada.

Había vuelto a su apartamento, el mismo que usaba antes de unirse a la banda. Un sitio barato, en una de las peores zonas de la ciudad, cuando no podía permitirse otra cosa. Su intención era, ahora que podía, buscarse algo mejor, aunque mientras tanto se alojaría en el lugar que ya conocía, pues la casera le había dicho que seguía libre.

El caso es que se disponía a salir para quedar con Leslie, cuando nada más ir a cerrar la puerta una sombra se abalanzó sobre ella y la volvió a introducir en el interior de la vivienda.

—¡Sam! —gritó, llena de miedo—. ¿Cómo me has localizado? ¿Cómo sabes que vivo aquí?

—Tengo mis formas de enterarme, nena, deberías saberlo —le dijo mientras la mantenía sujeta contra la pared con su antebrazo oprimiéndola el cuello.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Que qué quiero? Pues te lo puedes imaginar. Una participación en los beneficios, como en los viejos tiempos. ¿Ya no te acuerdas?

La chica abrió los ojos, totalmente aterrorizada. Él siguió:

—Sé que estáis ganando mucho dinero, tu grupo y tú. ¿Cuánto sacáis de cada concierto? ¿Dos mil dólares? ¿Cinco mil? ¿Tal vez diez mil? Oh, vamos, díselo a tu papi.

—Yo no gano nada de eso, ni tengo participación en los beneficios. ¡Deberías saberlo! ¿No te lo han dicho? Solo soy una cantante a sueldo.

—Claro nena, eso ya lo sé, pero tu sueldo es muy alto, ¿verdad? ¿Cuánto ganas, pequeña?

—Lo suficiente para mantenerme… ¡Mira en la casa que vivo!

—Jajá… no engañas a nadie, nena. Quiero cien mil dólares, Janet. ¿Lo has oído? Cien mil, de momento. Luego, ya veremos.

—¡Yo no tengo tanto! ¡Ni lo tendré nunca! Solo soy una cantante a sueldo. ¡Ya te lo he dicho!

Sus ojos se clavaban en los del hombre, y el miedo se apoderó de ella de tal forma, que estuvo a punto de desmayarse de puro pánico.

—Escúchame, pequeña —masculló, apretando los dientes mientras se ponía detrás de ella, y le retorcía un brazo—. Si no lo tienes, se lo pides a tus jefes. Ellos te lo darán, si se lo pides bien. Y creo que tú sabes muy bien cómo pedírselo, mi pequeña zorra —siguió, sin dejar de sujetarle el brazo, mientras que con la otra mano le retorcía uno de sus pechos.

Entonces ella gritó, y él la soltó a la vez que la daba un fuerte bofetón. Después la arrojó contra el suelo y se colocó encima de ella apretándole fuertemente la boca.

—No me jodas, zorra. ¡No me jodas!... O este será tu último grito. ¿Acaso quieres malograr tu voz, o tu bonita cara? ¿Crees que tus fans te querrán igual con una cicatriz atravesando tu jeta?

Janet se calló, y continuó mirándole, totalmente aterrorizada. Entonces él, viendo que la tenía a su merced, le quitó la mano de la boca y se creció. Después se levantó despacio y se dirigió hacia la puerta, con la intención de salir. Pero antes de hacerlo, se volvió y le dijo:

—Cien mil dólares, nena, ¡cien mil! Y los quiero ya… o tu culito volverá a ser mío. Hoy no tengo ganas de darme un anticipo, pero dentro de una semana volveré para cobrar... ¡Oh!, y no trates de esconderte. Ahora eres famosa, y todo el mundo sabe dónde hacéis el próximo concierto. Te estaré esperando, pequeña —concluyó, para abandonar el apartamento a continuación, no sin antes mirar a su alrededor y cerrar con cuidado.

Una larga noche

—¡Ay, Leslie! ¡Qué desgraciada soy!

La muchacha no se había atrevido a salir de su casa, y había llamado a su amiga para que viniera ella en su lugar. Cuando llegó, le contó lo que había pasado, y esta le preguntó:

—Entonces, ¿ese Sam es tu padrastro?

—Sí, nunca se llegó a casar con mi madre, y tres de mis hermanos son hijos suyos.

—No puedo creer que exista gente así.

—Mi madre estaba aterrorizada, y pasó un infierno mientras vivía.

—¿Que le ocurrió?

—La mató, Leslie, ¡él la mató!

—¿En serio?

—Sí. Oficialmente fue un accidente doméstico, pero yo sé que no es así. Y me hubiera matado a mí también de haber estado allí. O quizás no, y la hubiera podido salvar. Me escapé a tiempo, pues ya no aguantaba más.

—Y, ¿eso que dice, de compartir beneficios?

—Prefiero no hablar de eso, Leslie —dijo, poniéndose de nuevo a llorar.

—Entiendo.

—Por eso me fui de nueva York y aparecí en Chicago. Pero yo sé que no ha parado de buscarme, y ahora estoy segura de que es él quien quería contactarme por las redes sociales cuando se hizo público el álbum que grabé con Lawrence. Menos mal que le ignoré.

—Pero, ¿cómo ha sabido dónde vives?

—No lo sé, pero nuestra vida ahora es pública, ya lo sabes. No me extrañaría nada que nos hubiera seguido desde el aeropuerto —se puso de nuevo a llorar.

—No te preocupes, Jan. Te vendrás a vivir a mi casa. Nadie sabe dónde vivo. No te dejare sola ni un momento, y en los hoteles dormiremos juntas.

—Pero entonces pensaran... Ya lo piensan, de hecho...

—Me da igual lo que piensen. ¡Me da igual!

—Pero, Leslie, solo somos dos mujeres, si él viene…

—No estaremos solas. De hecho, yo nunca duermo sola. Tenemos también a este —respondió, sacando de su bolso un revólver.

—¡Leslie!

—No me fio de nadie, Jan, y menos viniendo a verte a este barrio. Si ese cerdo tiene valor de entrar en mi casa y hacerte algo, me lo cargo —constató, con semblante serio—. Afortunadamente en este país, la defensa propia en el domicilio no está penalizada.

Después de unos minutos, le ayudó a recomponerse y habilitaron una bolsa de viaje donde Janet introdujo lo necesario para vivir fuera. No le había dado tiempo a comprar todavía casi nada, y su ajuar era básicamente el que tenía cuando viajaron por el resto del país y por Europa.

Al salir a la calle, tomaron un taxi y se marcharon a una estación de autobuses interurbanos, donde compraron un ticket para una ciudad cercana. Sin embargo, no llegaron tan lejos y se bajaron en una parada a medio camino, siempre mirando hacia todos lados por si las seguían. Después tomaron otro taxi que las llevó a otra estación, y desde allí otro distinto tras salir por otra de las puertas, para al final llegar a la casa de Leslie, donde las dos se dispusieron a pasar la noche. Una larga noche para Janet, que volvió a rememorar los fantasmas de su pasado.

Propósito de enmienda

Janet no fue la única que volvió a su casa tras la gira. También Lawrence venía con la idea de intentar reconducir la relación con su mujer, y al igual que su compañera en el grupo, se encontró con que no fue bien recibido.

—¡Adultero! ¡Fornicario! ¡Cómo tienes el valor de mancillar mi casa con tu presencia…!

Era la primera vez en mucho tiempo que volvía a Chicago, y, aunque la relación con Daphne seguía siendo fría, por no decir inexistente, tenía la esperanza de que al verle cambiaran algo las cosas. Aunque solo fuera por la pequeña probabilidad de pillarla en un «buen momento».

—Ya veo que no has cambiado la cerradura, de mi casa —respondió, recalcando el «mi»—. Y, por cierto, yo no soy nada de eso que me has dicho.

—¡Y además cínico! ¿A qué has venido?

—A recoger algunas cosas, ya que, por lo que parece, no quieres que me quede.

—¡Solo faltaría! Vete con tu negra, con quien has estado todos estos meses.

—Daphne, entre Janet y yo no hay nada, y nunca lo ha habido. Todo son imaginaciones tuyas. Y, por cierto, ¿cómo vas con el tratamiento?

—¡Imaginaciones mías! Claro, y por eso traías a esa pobre chica medio desnuda a los ensayos, ¿verdad?

—¿Medio desnuda?

—¡Sí! ¿Serás capaz de negarlo? ¡Yo mismo lo vi!

—Ella venia así porque quería. Yo nunca le dije nada. Grabábamos las actuaciones para subirlas a las redes y promocionarnos, y supongo que querría tener una imagen atractiva. Tú también vestías de forma similar, en tus viejos tiempos.

—¡Degenerado! Márchate de mi casa… ¡ahora mismo!

—Lo haré en cuanto recoja lo que he venido a buscar.

—Aquí ya no hay nada tuyo, ¡cerdo!

—Has tenido el valor de...

—¡Sí! Lo tiré todo a la basura. Así que, ya te puedes ir largando. Aquí no hay nada que puedas conseguir, como ves.

—Está bien, Daphne. Tenía alguna esperanza de que hubieras cambiado, pero ya veo que sigues igual.

—¡Tú eres quien ha cambiado! —dijo con rabia—. Tú fuiste quien tuvo tratos con la degenerada de tu sobrina, y quien cometió adulterio. ¡Tú!

—Daphne, te digo que Janet y yo nunca hemos...

—¡No mientas más!

—¿Qué puedo hacer para demostrártelo?

—¿Qué puedes hacer? Pues dejar a las dos. ¡Despídelas! —gritó—. Despídelas y búscate otros músicos. Si lo haces, quizás te perdone. Es de cristianos perdonar, pero tiene que haber propósito de enmienda, ya lo sabes.

—Daphne, yo no puedo hacer eso.

—¡Sí que puedes! ¡Mentiroso! Las contrataste para un año, y el año se está acabando. ¡Despídelas!

—Yo no puedo despedirlas sin contar con Kai.

—¡Con Kai! Seguro que él estará encantado. Yo sé que él no está contento con esas dos inútiles. ¿No te lo ha dicho ya? ¿No te ha propuesto contratar a otros?

—Pero, ¿tú qué sabes?

—Yo sé que él las quiere largar por inútiles. Todo el mundo lo sabe.

—Daphne, te estás imaginando cosas que no son reales. Tú no puedes saber cosas que yo ignoro.

—¡Despídelas! ¿No me has oído? Hasta que lo hagas, no se te ocurra volver por esta casa, ni volver a dirigirme la palabra. ¡Ni se te ocurra! ¿Me oyes? ¡Ni se te ocurra!

—Daphne…

—¡Adúltero! ¡Fornicario! ¿No has oído que no quiero que me dirijas la palabra? Eres un degenerado, ¿sabes? Y encima lo haces con una negra, para humillarme más… Con lo que yo te he dado… Vergüenza debería de darte, si tienes algo de lo que los hombres tienen que tener —sus ojos echaban fuego—. Pero tú no sabes el significado de esa palabra, pues sino tampoco tendrías tratos con la degenerada de tu sobrina, con la que seguro que también tienes algo.

El hombre la miraba totalmente estupefacto. No solo no había cambiado, sino que se había vuelto todavía más paranoica y radical. Ante esa tesitura, no sabía si contestarle algo, si largarse, si razonar para intentar convencerla… Pero pronto salió de dudas, pues ella mismo le dijo lo que tenía que hacer:

—¡Vete de mi casa ahora mismo! No quiero que las plantas de tus sucios pies pisen este suelo. El hogar en el que un día vivió un matrimonio cristiano… que tú has destrozado… ¡Vete!... Cada segundo que permaneces aquí es una tortura para mí. ¡Vete!

Una tenue luz azulada

El verano hacía valer su cercanía, y aquella noche abrieron la ventana para que la brisa fresca del lago enfriase un tanto la temperatura que había tenido la habitación al haberle dado el sol durante toda la tarde. Los visillos bailaban al son caprichoso de las eventuales ráfagas de viento, que a modo de caricia aliviaban el calor de las dos chicas, mientras una tenue luz azulada inundaba el recinto.

Era noche cerrada, y las dos dormían profundamente, aunque un golpe seco sonó en las inmediaciones. Janet abrió un ojo, y enseguida se dio la vuelta para seguir durmiendo, no sin antes echar un vistazo a su compañera. Y allí la vio, dormida, sin aparentemente haber percibido nada. No era su caso, a la vista estaba, a pesar del sopor ficticio al que inducen los ansiolíticos. «Habrá sido algún vecino, que llegará tarde a su casa», se dijo.

Habían pasado ya algunas semanas desde que se habían alojado en su casa, y Janet estaba algo más tranquila. O al menos lo parecía, y lo demostraba cuando se habían reunido con los otros para ensayar y probar algunas cosas nuevas.

Pero entonces, sonó otro golpe aún más fuerte, que le hizo sobresaltarse y mirar a la ventana. Efectivamente, allí vio la sombra de un hombre que acababa de entrar y que se dirigía hacia ella, mientras que otro hacía lo propio siguiendo al primero.

Entonces gritó, pero su grito fue ahogado por una fuerte mano que cerró su boca con un golpe tapándola con gran presión.

—¡Cállate, zorra!

—¡Sam!

En ese momento se despertó Leslie, y saltó como un gato hacia la mesilla de noche, donde guardaba la pistola. Sin embargo, nada más extraerla del cajón, el hombre que había entrado detrás de Sam le dio una fuerte patada en la muñeca que le hizo gritar también a ella por el dolor.

—¡Vengo a cobrar lo que me debes! ¡Zorra!

—¡Suéltala, hijo de puta! —gritó Leslie, quien no tardó en abalanzarse sobre el agresor de su compañera, sin sentir ya nada del dolor por el golpe que acababa de recibir.

Sin embargo, el otro hombre la separó violentamente y la dio un fuerte puñetazo en la cara que le hizo perder el conocimiento y caer sobre la cama.

—¡Bollera de mierda! Yo te voy a enseñar lo que es un hombre…

La baterista yacía con los ojos en blanco, totalmente conmocionada, mientras su agresor comenzaba a desabrocharse los pantalones con la intención clara de violarla.

Por su parte, Janet intentó gritar cuando percibió que su padrastro aflojaba algo la presión de su mano, pero para su sorpresa, no le salió la voz. Sam se dio cuenta de

ello, y entonces comenzó a desvestirla rápidamente, desgarrando su pijama con brusquedad. Entonces ella, totalmente desesperada, le comenzó a dar puñetazos y patadas para desembarazarse de él, pero eso hizo que este le propinara un golpe similar al que había recibido Leslie, y, al igual que ella, quedó seminconsciente, tendida sobre la cama. No podía moverse, pero era plenamente consciente, y entonces fue cuando su agresor comenzó a bajarse los pantalones:

—Vamos a repetir experiencias del pasado, pequeña. ¿Te dije que había aprendido cosas nuevas? Sí, creo que te lo dije. Y ahora te las voy a demostrar. Tenemos toda la noche, y así es como me voy a cobrar lo que me debes… ¡zorra! —gritó, dándola al mismo tiempo un fuerte bofetón.

Ella seguía totalmente inmóvil, totalmente aterrorizada, y fruto del pánico más exacerbado. Intentaba luchar, intentaba retorcerse, intentaba moverse… pero no podía.

En su desesperación, consiguió por fin modular la voz, y comenzó a gritar de forma desaforada, en un intento de que alguien, quizás algún vecino, acudiera a su ayuda.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Maldita zorra! —exclamó él, poniendo otra vez su fuerte mano sobre la boca de la chica. Pero no consiguió nada: sus gritos eran cada vez más fuertes, y ni si quiera con la boca tapada conseguía silenciarlos.

Entonces Sam comenzó a estrangularla fuertemente, como si con ese gesto deseara que aquella garganta se callara, aunque fuera de forma definitiva. Janet sentía que perdía el aire por momentos, comenzó a sentir un ahogo en el pecho, y entonces, paradójicamente, sus gritos se hicieron más fuertes y más intensos.

Hasta que, por fin, aquellas fuertes manos dejaron de apretar y entonces dejó de sentir dolor y angustia. Ahora, otras manos acariciaban su mejilla izquierda mientras le decían:

—Calma, Jan, cálmate. Todo ha sido un sueño. Yo estoy aquí, contigo. No pasa nada…

—Oh, Leslie… ¡Ha sido horrible! —respondió, todavía aturdida, incorporándose, mientras abrazaba fuertemente a su compañera y comenzaba a llorar.

—No es la primera vez que te oigo gritar, pero esta vez ha sido… como tú dices… horrible.

La muchacha dejó que su compañera se desahogara, y se quedó a su lado durante un buen rato. Después, procedió a traerle de la cocina un vaso de leche y otro ansiolítico, y se lo hizo tomar, juntando su cama con la suya y agarrándola fuertemente de la mano, hasta que por fin se durmió.

Aquella noche siguió siendo inquieta para Janet, y no se quedó dormida profundamente hasta cerca del amanecer.

Cuando se despertó, vio a su compañera ya incorporada y vestida, consultando algo en su teléfono móvil. Estaba todavía aturdida por el efecto de los tranquilizantes, pero su compañera le dio una noticia que le descargó varias dosis de adrenalina, como si se hubiera tomado varios cafés cargados de golpe.

Un nuevo compositor

Había vuelto a Estados Unidos para finiquitar algunos asuntos con la discográfica y rematar unos contratos, y se alojó en el hotel habitual que usaba cuando estaba en Chicago. Sin mediar palabra, sin llamar a la puerta, entró como un tornado en su habitación, y le dijo:

—¿Por qué nos haces esto, Kai?

—¡Janet! Porqué os hago, ¿el qué?

—Dejarnos tirados. ¡Nos estás dejando en la estacada! ¿O es que es mentira lo que nos ha dicho Lawrence? ¿Por qué no has tenido el valor de decírnoslo tú en persona?

—Os lo pensaba decir —se disculpó—. Para eso he venido, entre otras cosas. No quería decíroslo por teléfono.

—Pero a él sí que se lo has dicho, ¿verdad?

—Es mi socio. En cuanto se confirmó mi vuelta a Thertonball, me vi obligado a decírselo. Pero también le dije que no os dijera nada hasta que yo…

—Pero ¡cómo iba a ocultarnos una cosa así!

—Ya veo. Quizás fui demasiado ingenuo.

—Pero no le culpes a él. Leslie se lo sacó, ¿sabes? Es su sobrina y le conoce bien. Le dejaste destrozado, y…

—No era mi intención, te lo aseguro.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué te vuelves? ¿Qué te hemos hecho?

—No me habéis hecho nada, Janet. Todo lo contrario.

—Entonces, ¿por qué?

—Son mis amigos, Jan.

—También nosotros lo somos.

—A ellos los conozco desde hace más tiempo.

—¿Ruddy también es tu amigo?

—En cierto modo, sí.

—Entonces, habéis hecho las paces…

El portugués no contestó de inmediato, y se quedó mirándola fijamente. Al cabo de unos segundos le dijo:

—Creo que pasó por un bache en su vida, y terceras personas le hicieron daño poniéndole en contra mía. Pero eso ya pasó.

—¿Te refieres a Carla Watts? Todo el mundo habla de ello. Menuda la que ha armado esa mujer, y lo mal que ha terminado, por cierto.

—El caso es que parece que vuelve a ser el de antes, Jan, y me han pedido que vuelva.

—Dicen que es porque no quieres que nosotros toquemos contigo el nuevo álbum que has compuesto.

—Eso es verdad, pero solo parcialmente.

—Pero, ¿por qué? A Leslie le dijiste que lo harías con nosotros. ¿Es que no somos lo suficientemente buenos?

—Lo suficientemente… no —respondió, y nada más decirlo pensó que se tenía que haber mordido la lengua.

—O sea, que es verdad… —las lágrimas empezaban a salir de sus ojos.

Entonces se sentó sobre la cama y ya no pudo aguantar más. Se puso a llorar, y Kai tuvo que proporcionarle pañuelos de papel. Se sentó a su lado, la abrazó, y en ese momento recordó una escena casi idéntica que había tenido lugar semanas atrás, solo que en ese caso fue Rose quién la protagonizó. Dos mujeres muy distintas, y no solo físicamente, pero que coincidían en lo mismo: no querían que se fuera de su lado, aunque las razones de una y otra eran diferentes.

—Vamos, Jan… perdóname. No quise decir eso.

—¡Pero lo has dicho!

—No era mi intención, de verdad.

—A ver, ¡cuéntame! —se encaró— ¿por qué no somos lo suficientemente buenos?

Kai se levantó de la cama y se marchó hacia la ventana, mientras se mordía ligeramente la uña del dedo pulgar. Después de unos instantes se volvió hacia ella y le dijo:

—Verás, cuando Lawrence me habló de vosotras para integrar el grupo, yo no puse ningún inconveniente. No os conocía de nada, pero confié en él, pues fui yo quien le encargué la selección de los músicos. Pero luego, cuando ensayamos las primeras canciones, me llevé en cierto modo una decepción.

Janet se secó las lágrimas, y le miró fijamente. Él siguió:

—Recordarás que tuve que ajustar algunas canciones para que Leslie pudiera tocarlas. Tuve que bajar el tempo de algunos temas porque eran demasiado rápidos ¿recuerdas? —preguntó, y la chica asintió—. Por no hablar de las canciones de Thertonball. Mi intención era tocar con vosotros alguno de los temas más rápidos, pero tuve que elegir otros, en los cuales vosotros os adaptabais mejor. De verdad, creo que otro os hubiera dicho que no dabais la talla y os hubiera reemplazado —se sinceró.

—No estoy de acuerdo, Kai. Yo canté el quiebro final de Tournament de forma magistral. ¡Tú mismo me lo dijiste! Lo canté mejor que Adam White…

—No tengo ninguna queja de ti, Janet. Al principio sí, pero ahora no.

—Entonces, ¿quién es el que no da la talla? ¿Es Leslie? ¿Es Lawrence? ¿Es Bernard?

—Leslie es una baterista fantástica. Creo que puede llegar muy lejos, pero todavía no está preparada para tocar los ritmos más exigentes.

—¿Los que tiene tu nuevo disco? —preguntó, aunque más que una pregunta era una afirmación, que el otro confirmó con un gesto de su cabeza.

—¿Y Lawrence? ¿Tampoco él es lo suficientemente bueno?

—Él es un guitarrista magistral como pocos, y en este último año nos hemos hecho muy buenos amigos. Pero yo estoy acostumbrado a Ruddy, y cuando compongo suelo pensar en él. Este nuevo álbum tiene pasajes muy complejos, Janet. He tenido que ingeniármelas para subsanar algunas dificultades con las que me encontré, y la solución ha pasado por crear unos *fraseos* que… quizás pueda tocar Lawrence, pero no quiero arriesgarme.

—Y Ruddy es una apuesta segura —completó la chica.

—Me temo que sí —se hizo un silencio, y luego siguió—: de todas maneras, ya veremos. Este álbum es una cosa muy especial. Es algo que… tengo que sacar con ellos, y no solo porque ellos pueden y vosotros no.

—Te lo ha pedido Rose, ¿verdad?

—Después de la gira de ese disco —siguió, ignorando la pregunta anterior—, no sé lo que haré. Quizás Ruddy siga siendo el mismo y vuelvan las disputas y entonces seré yo quien se vaya… definitivamente. Si vosotros me admitís, pues bien, y si no, quizás me cambie de trabajo y me dedique a la producción musical. Ya veremos.

Los dos callaron y se produjo un tenso y denso silencio, que ninguno de los dos parecía querer interrumpir. Finalmente, ella preguntó:

—Y, ¿qué vamos a hacer ahora nosotros, sin ti?

—Podéis seguir con la gira. La gira por Iberoamérica. El verano ya está encima y es el momento propicio. Con un nuevo bajista y…

—¡Con qué canciones! —la chica estaba comenzando a desesperarse.

—Con las nuestras, Janet, ¡cálmate! Ya he hablado con Lawrence. ¿No te lo ha dicho? Tenéis mi permiso para tocar todas las del disco KCR. Todas los que hemos estado tocando durante todos estos meses. Otra cosa son las canciones que compuse para Thertonball y que hemos tocado ocasionalmente. Esas no, pues yo ya estaré con ellos, pero sí las nuestras.

—Las nuestras… Siempre han sido tuyas, Kai.

—Ya te he dicho que os cedo el usufructo. No tendría por qué hacerlo, ¿sabes? ¿Qué más quieres que haga? —replicó, con un cierto aire de enfado.

—Pues que no te vayas… Eso es lo que quiero que hagas. Porque, después de la gira, ¿qué? ¿Vamos a estar siempre tocando lo mismo? ¿Quién va a crearnos las canciones ahora? ¿Eh? ¡Contesta! —la chica estaba totalmente fuera de sí.

—Tú —replicó sin dudarlo, mirándola fijamente a los ojos—. Tú las crearás.

—¿Yo?

—Sí, tú. Sé reconocer a un buen compositor en cuanto le veo.

—Yo apenas he creado nada.

—Llevamos casi un año juntos, Janet, y he visto tus progresos. Me has preguntado algunas cosas, y por eso lo sé. ¿Recuerdas aquel tema que me enseñaste el mes pasado? ¿Recuerdas lo que te dije?

—Sigue así, Janet, y llegarás muy lejos.

—Pues eso. Ahora te lo vuelvo a decir. Tienes un talento que está a punto de salir, en cuanto que tú te lo creas y te pongas con ello.

Reunión

Habían quedado para reunirse los cuatro en el estudio donde solían ensayar. Bernard había llegado el primero y estaba tocando en su teclado la melodía de la canción «Evening Moon», una de las canciones principales del disco KCR, que, junto con la del vagabundo nocturno era la que más gustaba y la que había tenido el mayor número de descargas en todas las plataformas.

Fue entonces cuando llegaron Janet y Leslie, con la cara y el ánimo por los suelos.

—Hola, Bern.

—Hola, Leslie, Jan —saludó el tecladista. Era un hombre de la edad de Lawrence, quizás algo más joven. Llevaba el pelo relativamente largo, y recogido en una coleta que le llegaba al cuello de una camisa a cuadros con varios bolsillos.

—Pensábamos que ya estaría aquí mi tío.

—Me ha llamado diciendo que se retrasaría un poco. Está haciendo algunos trámites para finiquitar su sociedad con Kai. Pensaba que te había llamado a ti también.

—Sí, ahora que lo veo, tengo una llamada perdida.

—Claro, por eso me ha llamado a mí, a continuación.

—En el metro no hay cobertura, ya sabes.

—¿Ahora venís en metro? Creo recordar que me dijiste que no te gustaban las aglomeraciones.

—Ahora sí nos gusta, Bern —respondió Janet—. Estamos más a gusto rodeadas de gente.

El teclista miró a su compañera sin comprender demasiado, aunque sí apercibió la cara tan triste que traían las dos, sobre todo Janet.

—¿Sigues dolida, Jan? —preguntó.

—Todavía no acabo de asimilar la marcha de Kai. Es una faena lo que nos ha hecho.

—No deberías verlo así. Ni tampoco tenerle en mala estima. Es una pena que se marche, sí, pero no deberías olvidar todo lo que le debemos.

—Bern tiene razón, Janet. De no haber sido por él, todavía estaríamos actuando en nuestro «querido» bar.

—Tienes razón, Leslie. Tenéis razón los dos. Pero es que… —se detuvo, sin saber cómo continuar, mientras sus dos compañeros se miraban y miraban hacia sus instrumentos musicales.

El tecladista siguió tocando «Evening Moon», mientras Leslie por su parte se sentó en la batería y comenzó a dar algunos toques para acompañarla, como si todo siguiera igual. Como si Kai fuera a aparecer de un momento a otro y corregir o probar

esto o aquello. Pero quien apareció fue Lawrence. El guitarrista entró deprisa, y se disculpó.

—Perdonad por haberos hecho esperar, pero la burocracia no es lo mío. Mi mujer se ha negado a ayudarme, y he tenido que hacer yo todos los trámites.

—¿No te ayudó Kai?

—Él no entiende las normas americanas, y por eso fue algo que me confió a mí. Y yo siempre he confiado estas cosas a Daphne, así que…

—Entonces, ¿ya no sois socios? —preguntó Janet.

—Legalmente no. Pero él me dijo que estaba disponible para lo que necesitáramos.

—Y, entonces, ¿cómo va eso del usufructo? ¿Hasta dónde podemos llegar con sus canciones? —siguió la chica.

—Hasta donde queramos. Las descargas por Internet y las ventas de discos y MP3 seguirán como hasta ahora, es decir los beneficios se repartirán entre él y yo, más su porcentaje por los derechos de autor. Pero él no cobrará nada por la representación pública, es decir, todo lo que saquemos de los conciertos será para nosotros.

—¿Para nosotros?

—Sí, para los cuatro. Veréis, y esto es algo que quería hablar con todos, mi intención es que formemos a partir de ahora una sociedad a partes iguales. Nos repartiremos a partes iguales todo lo que saquemos por los conciertos… y por el futuro y futuros álbumes que se publiquen.

Todos se quedaron callados durante unos instantes, y sin dejar de mirarle. Él siguió:

—No es ningún secreto que yo no soy un buen compositor, y por eso, si queremos que este barco siga navegando, necesitaremos dentro de poco sacar un nuevo disco. Y ahí todos tenemos que arrimar el hombro. Todos.

—Podríamos seguir como hasta ahora —siguió—, y es algo que me planteé. Es decir, vosotros tener un sueldo fijo mientras toquemos los temas de Kai, y cuando ya saquemos el álbum, entonces hacer esto que os digo. Pero he pensado que es mejor comenzar ya con esa forma de repartir los ingresos… si no os parece mal.

—Es muy generoso por tu parte, Lawrence —apuntó Bernard, tras un silencio de todos.

—No sé si es generosidad o necesidad —susurró—. Veréis —continuó, tras unos segundos—, tengo algunas deudas, pues mi mujer se queda todo lo que gano. Si seguimos como hasta ahora, tendría que continuar endeudándome y cediéndole a ella los beneficios, pues es quien administra el patrimonio resultante de la sociedad. Por eso creo que lo mejor es empezar algo nuevo, y desligarme de ella, aunque salga perdiendo.

—En realidad sales ganando, tío, pues, aunque sea un menor porcentaje, te lo quedarás tú todo.

—Todo no, porque algo le tendré que seguir pasando. Pero al menos lo decidiré yo, y lo administraré yo, o mejor dicho, tú.

—¿Yo?

—Sí, Leslie. Vamos, si los demás no tienen inconveniente. Yo soy un desastre con las finanzas y a ti eso se te da bien.

—A mí me es indiferente quién sea el administrador —añadió el teclista.

—Leslie es muy seria con esas cosas, y yo no quiero tener esa complicación ahora —dijo Janet—. Bastante tengo ya.

—¿Cómo? —preguntó el guitarrista.

—No, nada, cosas mías. Que sí, que sea Leslie.

—Vaya, pues me temo que no tienes elección, mi querida sobrina.

La chica sonrió de forma ligera, viendo que aquello le podría traer más complicaciones que beneficios, aunque agradeció la confianza que le otorgaba su tío. Este siguió:

—Y respecto al nombre del grupo, obviamente ya no será «Kai Costa & Lawrence Ayers». ¿Alguien sugiere algo?

—The Costayers —respondió inmediatamente Janet, sin dejar que los otros dijeran nada—. El nombre se filtró a la prensa, y muchos críticos nos llaman así. De hecho, creo que está registrado, ¿no es así?

—Sí, lo registro Kai en Londres, y Daphne lo hizo aquí. La idea era usarlo, pero al final cambiamos de opinión, pues creímos que era mejor utilizar nuestros propios nombres por razones promocionales.

—Entonces, ¿podremos usarlo? —dijo Bernard. A mí también me gusta.

—Pues, entiendo que sí. No creo que Kai tenga inconveniente, pero de todos modos le pediré permiso.

—Te lo dará, sin duda —añadió Leslie—. Pero, ¿Daphne podría recibir derechos por estar a su nombre?

—Para Europa y resto del mundo desde luego que no, pues el registro de Londres abarca todo excepto Estados Unidos. Y para USA… no, creo que no, pues lo registró a nombre mío y de Kai.

—Perfecto.

—Bueno, ahora vamos con otro tema. ¿Quién sustituirá a Kai como bajista? ¿Alguna idea?

De nuevo un silencio, que rompió Bernard:

—Uf, pues será difícil, Lawrence. Encontrar a alguien que esté a su altura….

—Alguien de su calidad no se conformará con un sueldo, desde luego. Querrá también participar en los beneficios —añadió Leslie—. Mientras no tengamos temas nuestros, tendremos que seguir tocando el disco KCR, y la parte de bajo de ese álbum es…

—Endiabladamente compleja.

—Pues sí. Lo podríamos modificar y hacerlo más sencillo, pero eso dirá poco de nosotros, y menos del bajista.

—Por eso tenemos que contratar a alguien bueno, y entonces querrá una parte de los beneficios.

—Bueno, eso se podría negociar. ¿Pero quién? ¿Alguna sugerencia?

Todos miraron para otro lado, como intentando pensar, y Janet comentó algo con Leslie que los otros no pudieron oír. Finalmente dijo:

—Lorraine Sussex. ¿Os acordáis de ella? Era la bajista de aquel grupo que actuó junto a nosotros en Liverpool. ¿Cómo se llamaba…?

—Sí, me acuerdo —contestó su tío. —Y me parece muy buena elección. Otra cosa es que quiera venirse con nosotros.

—¿Bromeas? Se vendrá con toda seguridad. Creo que Kai siempre fue su ídolo. De hecho, toca el bajo igual que él, con ese estilo puntillista tan característico.

—Bien, pues entonces se lo propondremos —confirmó el guitarrista—. Y en espera de que llegue, voy a intentar ultimar la gira por Iberoamérica que habíamos planeado. Aunque ya no está Kai, no creo que nos la cancelen. Ah, y otra cosa. Me gustaría que acudiéramos al estudio con regularidad, para intentar hacer algo nuestro. Estoy seguro de que, entre todos, sacaremos algo bueno.

Prisión

—Hola Will.

—Hola, hermanita, ¿qué tal estás? Me han dicho que te has hecho famosa.

Janet había ido a visitar a William Arley, su hermano, que estaba en la Metropolitan Correctional Center de Chicago, es decir, en la cárcel. Era hermano de padre y madre, el único que tenía, pues sus otros hermanos lo eran solo de madre. El muchacho solía cometer delitos de trapicheo, y visitaba el presidio con relativa frecuencia.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Andreas.

—¿Nuestro hermano? ¿Ha estado por aquí?

—Sí, estuvo, pero ya se ha ido. No he vuelto a saber más de él, como tú comprenderás.

Efectivamente, aquellos dos hermanos no se llevaban nada bien con el resto de la familia. Sus hermanastros habían salido casi todos al padre, y habían perdido la pista de la mayoría de ellos.

—Ese cerdo… siempre fue el preferido de Sam. Seguro que fue él quien se lo dijo.

—¿Quién le dijo el qué? ¿A quién?

—A Sam. Él sabe lo mío. Seguro que se lo dijo él.

—También podría ser al revés —observó—. Y también me lo podías haber dicho tú, Janet, y no enterarme por medio de Andreas. Vale que ya no me pagues las fianzas, pero creía que había confianza entre nosotros.

—La había, Will, tú lo has dicho. Siempre decías que sería la última vez, y siempre me mentías. Y tampoco se me olvida que no movías un dedo cuando ese asqueroso abusaba de mí.

—Te he pedido perdón muchas veces.

—Pedir perdón no es suficiente. Siempre has sido un cobarde…

—Bueno, ¿qué? ¿Has venido aquí a insultarme? —dijo, levantándose de la silla, y golpeando el auricular del teléfono contra el metacrilato de la mampara que les separaba. La chica le miró con una mezcla de odio y compasión, y el chico se volvió a sentar.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo, después de un rato. Janet se tomó su tiempo en contestar, y se quedó durante un tiempo mirando al suelo. Finalmente, se incorporó y dijo:

—Perdóname. No tenía que haberte dicho eso.

—No tiene importancia. Es la verdad. Venga, cuéntame qué te ha traído por aquí.

—Me ha pedido dinero, Will. Se presentó en mi casa y me pidió mucho dinero. Dinero que no tengo, por cierto. Me amenazó con volver a tocarme, con desfigurarme la cara… —se detuvo, comenzando a llorar.

—Hijo de puta…

—Yo no sé qué hacer, Will. No sé si denunciarle, si esconderme, si dar la cara…

—De momento no deberías preocuparte demasiado.

—¿Por qué?

El muchacho se reclinó hacia atrás en la silla y esgrimió una media sonrisa:

—Está en la Old Wayne.

—¿En la cárcel de Detroit? ¿Quién te lo dijo?

—Andreas.

—¿Por qué le detuvieron?

—No tengo ni idea. Me lo dijo de pasada, y no le pregunté más. Me da igual, como te puedes imaginar.

—Y, ¿cuánto tiempo lleva allí? ¿Cuándo saldrá?

—No lo sé. No tengo ni idea.

Janet miró hacia un lado, y se quedó pensando durante unos instantes. Luego preguntó:

—¿Cómo podría enterarme?

El chico movió la cabeza hacia los lados y dijo finalmente:

—No tienes forma de hacerlo, Janet. ¿Conoces a alguien de confianza en Prisiones? Quiero decir, en las oficinas. Lo suponía —siguió, viendo que la chica negaba con un gesto—. Ahora las cosas están jodidas, hermanita. Ya no puedes llegar allí y preguntar esas cosas. La dichosa ley de protección de datos… Pero yo no me preocuparía demasiado.

—¿Por qué?

—¿Cuándo vino a verte?

—Hace un mes, más o menos.

—Pues eso. En la Old Wayne no se está por estancias cortas. Tiene para varios meses, como mínimo.

Janet suspiró, y mostró un cierto gesto de alivio que su hermano notó claramente. Tras unos instantes, este preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Comenzamos una gira por Iberoamérica. Estaremos todo el verano.

—Pues vete tranquila y pásatelo bien. Ese cerdo no te molestará, de momento.

—Gracias, Will.

—Y, oye, ¡pásame algo de pasta! Que estoy tieso, y aquí se necesita mucha tela si no quieres pasarlo mal. Ya se pasó el plazo de la fianza, pero algo de dinero no me vendría mal. Pero… ¡no me mires así! —añadió, al ver la cara que ponía la chica—. Si quieres hacerlo, vaya, y… no te preocupes, que yo no te desfiguraré la cara, aunque no me des nada —concluyó, con un guiño y una mueca risueña.

Janet también sonrió ligeramente y se levantó dispuesta a marcharse. Antes de colgar el teléfono y llamar al guardia, le dijo:

—Muchas gracias, Will. Te mandaré algo, no te preocupes.

La hora del té

—¿Tú te crees, Susan? El otro día llegó a mi casa con la intención de cohabitar conmigo. ¿Qué te parece?

—¿En serio? Tendrá cara…

Daphne había ido a visitar a su amiga, a casa de esta última. Habían quedado para tomar el té, y le estaba refiriendo los acontecimientos de los últimos días. Una cita que se hizo de rogar, pues Susan parecía darle largas últimamente. Como si no quisiera tener tratos con ella.

—Y encima se había traído a su negra, que le esperaba abajo. Yo creo que, a una señal suya, hubiera subido para hacer un trío.

La anfitriona miró a su amiga con cara de incredulidad. Ya estaba acostumbrada a sus exageraciones, pero aquello era ir demasiado lejos.

—¿De verdad que tenía a su amiga abajo? ¿Llegaste a verla?

—¡Pues claro! Nada más irse miré por la ventana, y allí la vi. Estaba esperándole en el coche, y pareció contrariada cuando le vio aparecer tan pronto.

Volvió a mirarla otra vez, y se asustó un tanto al ver la cara de loca que mostraba: la mandíbula sacada, los dientes apretados, los ojos llenos de odio…

De no haber sido por su insistencia, le hubiera dicho que no podía quedar, con cualquier excusa. Daphne estaba totalmente desquiciada, y ya no disfrutaba con su compañía; más bien todo lo contrario. Pero el caso es que no sabía cómo librarse de ella, y se limitó a seguirle la corriente.

—Encima, ha disuelto la sociedad con el portugués, y ya no me pasa dinero. No sé de qué voy a vivir, Susan.

—Mujer, si te falta algo…

—No, si tengo ahorros. Ya le exprimí bien, cuando administraba su negocio. Pero ahora tengo que comprar algunas cosas caras, y necesito liquidez.

—¿Qué es lo que vas a comprar?

—Le voy a espiar, Susan. ¡Le voy a espiar! Le voy a llevar a los tribunales por abandono de hogar, y voy a reunir pruebas para que le procesen por ocultarme sus ingresos.

—Pero, si ha roto la sociedad, ya no eres la administradora, y…

—Claro, por eso tengo que enterarme de lo que gana, y exigirle mi parte… ¡Ja! —exclamó, soltando una carcajada—. Se cree que yo soy tonta… ¡Pero soy más lista que él! ¡Soy más lista que él!

—Oye, hablando de otra cosa —intentó cambiar la conversación, pues no estaba nada cómoda—. ¿Sabes quién ha venido a vivir a la casa donde estabais antes?

—Le voy a hundir, Susan, ¡le voy a hundir! —estaba claro que no pensaba en otro asunto que no fuera en su marido—. Voy a grabarle en la cama con esa negra, y voy a subir el video a las redes para que todos sus aficionados vean qué tipo de hombre es.

—¿En serio que vas a hacer eso?

—Lo estoy pensando seriamente, querida, aunque también estoy pensando otra alternativa.

—¿Cuál?

—Matarle —afirmó, con total seriedad—. A él, y a las dos zorras con las que cohabita. No sé cuál de las dos cosas llevaré a cabo.

—Eso… no lo dirás en serio, ¿verdad?

La mujer de Lawrence miró a su amiga de reojo, y al ver la cara que ponía bajó al mundo real:

—No… no, claro. Eso sería pecado, a pesar de todo. A pesar de que se lo merecen...

—Oye, Daphne —interrumpió—. ¿Qué tal vas con el tratamiento de los nervios? ¿Qué te dijo el doctor Hammer? Fuiste a verle la semana pasada, ¿no?

—Sí, fui a verle. Me subió la dosis de las pastillas. Esa mierda de pastillas... Lo único que hacen es engordarme. Si supiera que hace meses que ya no las tomo…

Un pirómano

—Le debieron atrapar antes de que se cumpliera el plazo que te dio, Janet.

—¿Te refieres a la semana esa que me dio para reunir el dinero?

—Eso es. Por eso no hemos vuelto a saber nada más de él. ¿Por qué le habrán detenido?

—No lo sé, Leslie —replicó.

Siempre había rehuido la conversación sobre su padrastro; sobre lo que era y lo que había sido. Le daba vergüenza contarlo. Pero esta vez no pudo seguir ocultándolo, y menos a su amiga.

—Ese hombre ha estado en la cárcel más tiempo que fuera. La primera vez fue cuando tenía veinte años, y estuvo cerca de diez. Fue por un homicidio, durante un atraco.

—¿Solo diez años por un homicidio?

—Eran varios los atracadores, y no se pudo demostrar quién disparó. A él le cargaron una paliza que le dieron al dependiente de la gasolinera, que casi le mata.

—Vaya tipo, Janet. ¡Vaya tipo! —replicó, y esta asintió con la cabeza.

—Después fue cuando apareció por mi casa, y mi madre se lio con él.

—¿Cómo se hizo con ella?

—En casa lo estábamos pasando francamente mal. Mi padre nos abandonó y estábamos en la miseria. Él recibía algo de desempleo, y al menos eso era un ingreso fijo. En poco tiempo nacieron mis tres hermanos.

—Pero, el desempleo no dura eternamente…

—No, claro, luego se dedicó a «los negocios», como él decía, que básicamente era extorsionar a comerciantes y seguir con los atracos.

—¿Nunca tuvo un empleo, «normal»?

—Fue taxista durante un tiempo, pero perdió el taxi.

—¿Cómo?

—Creo que fue en una apuesta, en alguna partida de póker. Aunque mi hermano siempre decía que se lo habían destrozado en una encerrona que le dieron algunos rivales.

—¿Rivales?

—Sí, alguno con el que se disputaba el territorio. Solía ir con otros dos, que ya murieron o están en la perpetua.

—¡Madre mía, Jan! ¡Madre mía!

—Luego le dio por el fuego. Quemaba los negocios de los comerciantes que no le pagaban, y en una de esas volvió a pisar la cárcel por algunos años. El pobre acosado no llegó a salir a tiempo de la tienda y sufrió quemaduras graves que casi lo matan.

—¡Menuda pieza!

—Por no decir todo lo que me hacía a mí, claro.

—¿Nunca le denunciaste?

—¿Para qué? No hubiera servido de nada.

—No estoy de acuerdo, Jan, las denuncias siempre sirven de algo. Al menos la policía tiene esos antecedentes, tiene constancia, y en caso de reincidencia o si se pasa de la raya, entonces…

—¡Tenía miedo, Leslie! ¡Tenía miedo! ¿Es que no lo comprendes? ¡Mi madre y yo teníamos miedo!

La baterista miró con ojos compasivos a su amiga y la abrazó, viendo que esta comenzaba a llorar, mientras la acariciaba el pelo suavemente.

—No todas somos tan valientes como tú…

—Tranquila, ahora deberías relajarte y pensar en lo que te ha dicho tu hermano. Nos esperan unos días maravillosos en Iberoamérica, así que, no pienses más en ello. ¿De acuerdo?

Janet la miró e hizo un gesto afirmativo con la cabeza a la vez que esbozó una ligera sonrisa, aunque todavía con lágrimas en los ojos.

—De acuerdo, Leslie. Lo intentaré.

Rolling Stone

Revista musical Rolling Stone, 25 de julio de 2018

Ayer asistimos al concierto que The Costayers dio en Ciudad de México, en el que fue el primer recital de esta banda en su gira iberoamericana. Teníamos muchas dudas sobre cómo se desarrollaría el grupo, una vez que su jefe y fundador Kai Costa hubiera abandonado a su suerte al resto de los músicos. Recordemos que el portugués renunció a seguir con la que había sido su banda en el último año para volver a integrarse en su grupo de siempre, es decir en Thertonball, donde por cierto, ha sacado un álbum que ha pulverizado todos los récords de ventas y se ha aupado al número uno en todas las listas. Ya hablamos de Apocalypse *en nuestra edición de junio, y por tanto no nos vamos a reiterar en eso.*

Pero, volviendo a The Costayers, su ausencia ha sido compensada con una bajista inglesa de nombre Lorraine Sussex, que francamente no nos ha hecho añorar demasiado al portugués. Nos ha sorprendido gratamente su buen hacer con el bajo, un instrumento que domina casi a la perfección, y que ha interpretado con un estilo similar al del propio Costa. Una nueva integrante femenina, con lo que ahora las chicas ya son mayoría en la banda.

Por lo demás, el grupo ha demostrado su madurez y su buen hacer sobre el escenario, habiendo dejado atrás esas vacilaciones iniciales que mostraron algunos de sus miembros más jóvenes. Nos estamos refiriendo, como nuestros lectores habrán ya imaginado, a la cantante, la neoyorquina Janet Arley.

La chica ha mejorado sus registros vocales y ha ampliado su cadencia para reivindicarse como una solista de primera clase, sin envidiar a ninguno de sus competidores más directos. Pero lo más destacable sobre ella no son quizás esos avances, sino su emergencia como quizás futura compositora y líder del grupo, para cuando se retire Lawrence Ayers.

En efecto, además de las canciones típicas de la banda, las del anterior álbum KCR, se nos han ofrecido también dos perlas, dos avances de lo que será el próximo álbum que la banda espera grabar este invierno. Se trata de las canciones tituladas «Terrible Night» y «Extreme Passion», donde la banda abandona un tanto el rock digamos suave de su anterior disco, para adentrarse en los terrenos próximos al heavy metal, aunque sin renunciar a sus orígenes melódicos.

Lo más reseñable de estas dos canciones es que son obra de la propia Janet Arley, quien intenta hacerse un hueco como compositora de la banda. Y la verdad es que no le han quedado nada mal. Son dos canciones con fuerza, con garra, donde la vocalista grita y se deja la piel con una rabia desmedida que enfervoriza al público y le hace sentir lo que ella siente: un desahogo de las rutinas y pesares cotidianos, como si quisiera expulsar algo que le atenaza interiormente. Todo un alarde de potencia vocal que nos hace recordar lo que en esencia es el rock: pura adrenalina.

No se pierdan, queridos lectores, los próximos conciertos de esta gran banda, que, aun sin estar a la altura de las grandes consagradas como la que ahora dirige su anterior líder, estamos seguros de que nos deparará muy gratas sorpresas en el futuro.

São Paulo

El paso del grupo por Brasil iba a contar con dos conciertos. El primero, en Rio de Janeiro, ya se había realizado, y había contado con gran afluencia de público. En el gran país sudamericano, Kai Costa también había sido considerado como un ídolo, al igual que en Portugal, y cuando actuaba por allí se conseguían llenar los estadios. Y, aunque ahora ya no estaba, nadie se quería perder a *The Costayers*, el grupo que él había fundado y que seguía tocando sus canciones.

La banda había llegado ahora a São Paulo, en el sur del país, donde se concluiría la estancia en Brasil antes de pasar a Argentina. Y allí había quedado precisamente con Iria, pues su padre tuvo allí una fábrica de instrumentos musicales y todavía conservaba muchos clientes. La chica se ofreció a visitarles en lugar de ir él, y así aprovechar para ver a Leslie.

Nada más verse en la habitación de la baterista, ambas se dieron un apasionado beso, y pasaron la noche juntas, mientras Janet dormía en la habitación de al lado.

—Al menos mañana no tienes que volver a tocar —le dijo la portuguesa, mientras se vestía.

—Tranquila. Ya aprendí la lección. Nada de noches de pasión en la víspera de un concierto.

—¿Tú crees que eso tuvo que ver en la decisión de Kai?

—No lo sé. He pensado mucho sobre eso, y la verdad es que no lo tengo claro. Pero estoy segura de que tuvo su peso. Las canciones de *Apocalypse* quizás sean demasiado técnicas para nosotros, y los miembros de Thertonball están más experimentados.

—Y son mejores, Leslie —opinó, mientras la otra le miraba de reojo—. Yo creo que sí. Perdona que te lo diga, pero es así.

—No lo pongo en duda —admitió—. Pero Kai no le da tanta importancia a eso. De haberlo hecho, hubiera rechazado la propuesta de mi tío de incorporar a dos novatas como éramos Janet y yo.

—Entonces, ¿qué crees que fue lo que le hizo decidirse?

—Ya te digo que no lo sé. Supongo que Rose tuvo mucho que ver, por no decir muchísimo. Por cierto, ¿ha vuelto a ir por Lisboa?

—No. Al menos no por su casa. Ha vuelto a vivir con ella, pero en su casa de Londres.

—O sea, que es cierto que son novios…

—Es una relación… peculiar la que tienen esos dos. Viven juntos, pero hasta donde yo sé, duermen en habitaciones separadas.

—Eso no hay quien se lo crea. ¿Por qué harán ese teatro?

—Ni idea. Kai es un misterio en muchos aspectos. Tú has estado con él casi más que yo, y lo habrás comprobado.

—Sí, desde luego. Todos los genios son un poco raros, en cierto sentido.

La pianista había terminado de vestirse y Leslie salió de la cama para abrazarla. Entonces le dijo:

—¡Cómo me gustaría que tú estuvieras con nosotras en lugar de Bernard…! Así podría verte todos los días.

—¿No te cae bien vuestro tecladista?

—¡Oh, sí, desde luego! Pero tú me caes mejor —le dio un beso.

—Leslie… —se puso seria, separándose—. Verás…

—¿Qué ocurre? —preguntó, temiéndose algo malo.

—Tú también me caes muy bien… ¡me caes fenomenal! Y me lo he pasado muy bien contigo. Pero creo que nuestra relación… no debería ir mucho más allá.

—Pero, ¿qué estás diciendo, Iria? —su cara pasó de la alegría a la oscuridad en solo un instante—. ¿Es una broma?

—Me parecía muy frío decírtelo por teléfono. Y, además, por qué no decirlo, quería volverte a ver y estar contigo. Pero temo hacerte daño —la pianista intentó besarla, pero ella se separó. Iria siguió:

—Sé que estás colada por mí, y eso no es bueno. No lo es porque yo no soy constante, y como te digo, temo hacerte daño si esto sigue su curso, como parece.

—Pero, ¿qué es lo que te ocurre? ¿Es que has cambiado de fase? —le espetó, casi como un insulto.

—No, no es eso. Es que... yo me conozco y… prefiero….

—¿Hay alguien más?

—Verás, hace poco hablé con Kai. Me invitó a colaborar con Thertonball.

—¿Con Thertonball? Pero… allí está ya Arthur. Arthur Feather, Su teclista de toda la vida. ¿Es que se va?

—No, no se va, pero *Apocalypse* tiene cierta complejidad sonora, ya lo sabes, y han decidido reproducir en directo todos los elementos de sonido que suenan en el álbum; y para eso convendría tener a un segundo tecladista. Ya sabes que a Kai no le gusta que en sus conciertos suene nada «enlatado», es decir, como parte de una grabación.

—Vale, y, ¿qué tiene que ver eso para que tú y yo no nos podamos seguir viendo?

—Es lo que te digo. Dentro de nada me voy a incorporar a la gira con ellos, y ya será muy difícil vernos. Quizás pasen meses, y entonces…

—Entonces ya no sabes si te apetecerá verme. ¿No es así?

—Leslie, yo no quiero que esto sea una despedida. Como amiga, vas a seguir siéndolo para siempre. ¿Es que no lo entiendes?

—No, no lo entiendo, Iria. Es más, yo lo que creo es que tú vas a ir a por él. A por Kai, me refiero. Y si es así, prepárate. Prepárate porque vas a tener a Rose enfrente, y va a luchar con uñas y dientes para que no se lo quites.

—Leslie…

—¡Déjame! —gritó—. Déjame, por favor.

—De verdad que yo no…

—Déjame, Iria. Necesito asimilar esto, y si quieres que sigamos siendo amigas, es mejor que te vayas.

La pianista levantó ligeramente los brazos con las palmas hacia arriba y después procedió a hacer lo que le indicaba. Se desplazó hacia la puerta, la abrió, y antes de cruzarla volvió a mirar a Leslie, quién no quiso ni siquiera hacer lo propio con ella.

La llama

Después de tocar en Argentina y Uruguay, la gira terminó y los miembros del grupo se tomaron un descanso. Lorraine regresó a su tierra, a Inglaterra y Bernard se fue con su mujer a Hawái, a pasar unas merecidas vacaciones. Por su parte, los otros tres miembros se habían quedado en Chicago para planificar la grabación del álbum, que tendría lugar a lo largo de los meses siguientes.

Las dos chicas se habían reunido con Lawrence en una cafetería céntrica, y allí habían estado discutiendo los pormenores de aquel disco durante toda la tarde. Finalmente, ya casi de noche, Lawrence se marchó al apartamento donde vivía y las chicas regresaron a su casa.

Leslie ya había comenzado a asimilar el desplante de Iria, y se había volcado con el trabajo de su compañera en la composición de ese disco, y así intentar olvidar lo que había pasado en Brasil.

Las dos venían charlando animadamente, y sobre todo Janet muy entusiasmada con el proyecto de grabación que habían planificado. Era la tercera vez que grababa un álbum, y comparando con las anteriores, era diferente. La primera lo había grabado sola con Lawrence y Leslie, en aquel disco del guitarrista que fracasó estrepitosamente. La segunda, ya con Kai, en el que fue su debut real en el mundo de la música. Y ahora, junto a Lorraine, una mujer de la que se había hecho muy amiga, y que había colaborado codo con codo con ella para la composición del nuevo trabajo. Un trabajo que casi había sido compuesto entre las dos, con alguna participación esporádica de Bernard.

Llegaron a casa —la casa de Leslie— y Janet entró primero, dirigiéndose hacia el salón, y quedándose su amiga más atrás para cerrar la puerta con llave como solía hacer habitualmente. Entonces alguien salió de detrás de la puerta de entrada, y propinó un fuerte golpe a Leslie que le hizo perder el conocimiento, sin que llegara a terminar de cerrar. Janet miró hacia atrás y pudo ver al hombre que salía de aquel recodo entre la puerta y el acceso al salón, y gritó:

—¡Sam!

Efectivamente, su padrastro había dado con ella. Había forzado la cerradura y sin romper el bombín había entrado y se había apostado en aquel hueco, esperando que llegaran. Y entonces allí, una vez Leslie estaba fuera de combate, ya tenía a Janet a su disposición.

—Creías que nunca daría contigo, ¿eh?

—En ese momento la chica gritó, y el hombre se abalanzó sobre ella rodeándola el cuello con el brazo izquierdo, mientras que con la derecha le mostraba una navaja.

—Un grito más, nena, y el filo de esta hoja atravesará tu bonito cuello. Y después el de tu novia, no te quepa duda. Que, por cierto, no sabía que te habías vuelto de su bando.

Janet se calló, y miró con ojos de terror a su padrastro, al que apenas pudo reconocer. En los meses que transcurrieron desde aquella infausta ocasión, el hombre había adelgazado y tenía varias cicatrices en las manos y en el rostro, señal inequívoca de que había estado a la cárcel. Su pelo ensortijado, típico de la gente de color, estaba casi rasurado al cero, y sus ojos llenos de sangre le hacían presagiar cualquier atrocidad.

Así, con su brazo rodeando su cuello, la condujo hacia el dormitorio y allí le dijo:

—Vengo a reclamar mi dinero, nena. Más los intereses, naturalmente, que ahora asciende a doscientos mil dólares, pequeña.

—¡Yo no tengo ese dinero!

—Oh, sí, estoy seguro de que tienes eso y mucho más —contestó, casi susurrando— Y ahora, túmbate en la cama.

—¡Qué vas a hacer!

—¡Túmbate en la cama! —ordenó, blandiendo la navaja.

—Janet obedeció, y entonces él procedió a atar sus manos y sus pies con cinta adhesiva al cabecero y a las patas.

—¡Me haces daño!

—Más te voy a hacer como no me des el dinero... ¡zorra! —exclamó, dándole un fuerte bofetón.

En ese momento se fue la luz de la casa, y por unos instantes se quedaron a oscuras. Pero la cortina estaba plegada, y por la ventana entraba la suficiente claridad proveniente de las farolas de la calle.

—Ahora voy a amordazar a tu novia, y mañana irás con papi al banco, a sacar todo el dinero. Y mientras tanto, ¡tenemos toda la noche para divertirnos!

—No conseguirás nada de mí, ¡cerdo! —gritó, en un arranque de rabia—. ¡No te daré nada! Me puedes matar ahora mismo, si quieres. ¡Jamás te daré nada! —le espetó, y después le escupió en la cara.

Sam se quedó atónito al presenciar aquella reacción, que desde luego no esperaba de quién se había comportado siempre con él de forma mansa. Cuando era más joven el miedo la bloqueaba, pero ahora había aprendido de Leslie que a los matones hay que plantarlos cara. Y entonces no lo dudó, sustituyendo la defensa por el ataque.

Pero eso irritó si cabe todavía más a su agresor, que se limpió la cara con la manga con un gesto de absoluto desprecio. Entonces la golpeó varias veces con furia y luego le dijo:

—Muy bien. ¡Tú lo has querido!

En ese momento, procedió a amordazarle la boca para que no pudiera gritar, y se desplazó hacia la cómoda donde había depositado previamente un pequeño bidón con gasolina, y se lo roció por el cuerpo, ante la mirada de terror de la chica.

Después pasó al hall de la entrada, donde permanecía Leslie, todavía inconsciente, y procedió a amordazarla igualmente y a atarla firmemente al radiador de la pared.

Cuando volvió, Janet había conseguido liberarse una mano, y estaba intentando abrir el cajón de la mesita de noche, donde guardaban la pistola. Pero no le dio tiempo.

—¿Que guardas ahí? ¿Alguna cosita que yo no deba ver? —le preguntó, mientras le volvía a atar la mano— ¿Alguno de los juguetitos que usas con tu amiga? ¡Oh! Bonito revólver —dijo cuando lo vio—. ¿Pensabas hacer daño a papi con esto?

Entonces, le destapó la mordaza, y le introdujo la pistola en la boca, diciendo:

—Atrévete a gritar ahora, ¡zorra! ¡Atrévete! Di una sola palabra y te reviendo los sesos. ¡Puta!

Ahí ya, se quedó totalmente inmóvil, y abrió los ojos como platos, totalmente aterrorizada.

—¿Me darás el dinero ahora? —siguió—. ¿O me obligarás a usar este mechero? —le susurró, apretando los dientes.

Sam había sacado un encendedor del bolsillo, y…

Y eso fue lo último que hizo en su vida. Nada más encender la llama, un disparo le atravesó el cráneo, y cayó fulminado, inerte, desplomándose justo encima de su hijastra.

Janet miró hacia su izquierda, al lugar de donde provenía el disparo, y apenas vio nada. En esa zona, la habitación estaba pobremente iluminada por la luz de la calle, y solo pudo atisbar una figura que se daba la vuelta y desaparecía apresuradamente.

TERCERA PARTE

El picapleitos

—¡Holly! Ya sabía yo que un picapleitos como tú no iba a tardar en meter sus narices en esto.

—Hola Davis, pues sí, ya lo ves.

—Hueles la pasta a distancia, ¡eh!

—Bueno, toda persona tiene derecho a ser resarcida de los agravios, y la justicia tiene que imponerse.

—Oye, oye, ¡que yo no soy ningún juez! Ahórrate tu palabrería, y no me cuentes historias, que yo sé muy bien quién eres.

Anthony Holly era un abogado de Chicago, famoso por haber defendido a todo tipo de criminales, incluidos algunos jefes de bandas mafiosas. A sus cuarenta y cinco años, ahora se encontraba en horas bajas, y no desaprovechaba cualquier oportunidad para sacar algo de dinero. Había ido a visitar al teniente Davis, el oficial de la policía a quién se le había encargado el caso. Se encontraba en el despacho de este, un hombre blanco y corpulento, algo mayor que él, que vestía siempre de uniforme, aunque por su cargo no estaba obligado a ello.

—Venga, Davis, cuéntame lo que tenéis. Todavía no se ha levantado el secreto del sumario, ¿verdad?

—Aún no. Pero se hará de un momento a otro.

—Pues entonces, venga, no tenemos tiempo que perder.

—No tendría por qué contarte nada, ¡picapleitos del demonio!

—Me debes mucho, Davis, y no te quiero recordar algunas cosas… escabrosas que has tenido dentro de la policía. He salvado tu culo varias veces y...

—Eres un maldito chantajista, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé, pero es lo que tiene esta profesión. Venga, cuéntame.

El policía se reclinó ligeramente hacia atrás en su sillón de cuero negro, y contempló con desdén al tipo que tenía delante de sí. Un hombre también blanco, muy delgado, con el pelo corto y unas entradas galopantes que se mezclaban con la calva que ya tenía en la coronilla. El abogado miraba al teniente con gesto serio a través de unos ojos oscuros penetrantes, que, junto con una boca pequeña y un estrecho bigote, le hacían parecer un personaje siniestro sacado del siglo XIX.

—¿Qué es lo que sabes? —dijo Davis, con cautela.

—Aparte de lo que se dice en los teletipos, poco más. ¿Quién descubrió el pastel?

—La vecina. Bueno, en realidad lo descubrimos nosotros, pero fue ella quién nos llamó. Había oído el disparo, y luego los gritos… Las dos chicas estaban atadas y amordazadas, pero una de ellas se había podido quitar la servilleta que cubría su boca. Se puso a gritar pidiendo auxilio y entonces nos llamó.

Holly se quedó mirando, esperando que siguiera. Davis captó el gesto, y continuó:

—Cuando llegamos, echamos la puerta abajo y nos encontramos el pastel.

—Cuéntame de qué era la tarta.

—Samuel Corby. Varón, negro, de cincuenta años. Muerto por herida de bala en el cráneo. Estaba tumbado encima de la cama, donde estaba la chica que gritó. Al parecer es su hijastra.

—Su hijastra... ¿Hay más ingredientes?

—Gasolina. La chica estaba rociada de gasolina, y había una pistola en el suelo, que no fue la que lo mató.

—¿De quién es?

—Es de la otra chica, la que también estaba atada, pero en la entrada del apartamento. No llegó a usarse esa noche, aunque tiene huellas del muerto.

—Y, ¿el arma homicida?

—No estaba en la casa.

—Vaya… ¿Quiénes son?

—¿Las chicas? Dos rockeras. Una canta y la otra toca la batería. La que canta es negra y la otra blanca.

—¿Tienen dinero?

—Algo tienen. Es un grupo nuevo que está comenzando.

—Qué curioso… Y, ¿la declaración?

—Holly, yo no puedo decirte eso sin incurrir en…

—Vamos, Davis, hoy por ti y mañana por mí.

—Eres un cerdo y un hijo de puta —susurró el policía.

—Davis…

El hombre se levantó con genio, y se puso a mirar por la ventana con las manos en los bolsillos. El abogado esperaba pacientemente que volviera, cosa que hizo al cabo de unos instantes.

—Me la estoy jugando con esto. ¿Sabes?

—Si consigo ser abogado de la parte perjudicada tendré acceso al sumario. Tú solo habrás adelantado unos días esa información. No sé dónde ves el problema.

El policía suspiró y se volvió a sentar. Aquel hombre era peligroso y podría arruinar su carrera si destapaba algunos asuntos turbios en los que le había ayudado en el pasado.

—Venga, dime lo que han dicho.

—Pues te puedes imaginar. Las chicas echan balones fuera. Dicen que un intruso se presentó en la casa y que disparó al negro.

—Y luego se fue por el mismo sitio por donde había venido, y no le vieron ni la cara. ¿No es así?

—Así es. Sin romper la cerradura ni nada.

—Vamos, que fueron ellas quienes se lo cargaron.

—Sí, parece bastante claro.

—¿Quién es el muerto?

—Un antiguo «cliente» nuestro. Había cumplido condena por asesinato, por extorsión, por violación, por daños graves con quemaduras de primer grado... había salido de la Old Wayne hacía unos días, precisamente por eso, por incendiar una casa.

—Un pirómano...

—Un desgraciado. Desde luego, se merecía morir.

—¿A qué había venido?

—A pedirle dinero a la hija. Le exigía 200.000 dólares, según dice ella.

—¿Tiene ella ese dinero?

—Aún no hemos comprobado las cuentas, pero no lo parece. Como te digo, la banda está empezando y ella hasta ahora solo había sido una cantante a sueldo.

—Ya veo. ¿Algún arma más?

—Una navaja que tenía el muerto. Tampoco se usó.

El abogado se reclinó sobre el asiento y miró al suelo, intentando juntar todas aquellas piezas.

—Es todo muy raro, Davis, y solo veo dos opciones. La primera, quizás la más plausible es que ese tipo quería sacarles la pasta a las dos, y ellas se defendieron y le mataron. Podrían alegar defensa propia y librarse de casi todo. ¿Por qué no lo han hecho? ¿Por qué han tenido que inventarse ese cuento del intruso?

—No te creas. El muerto no es precisamente un ladrón que entra para robar. Es su padrastro, es decir, un familiar. No cuela que le mataran como si fuera un asaltante externo. Además, la cerradura no estaba forzada.

—Es cierto —admitió el abogado.

—Te he dado una lección de leyes, ¡eh picapleitos! —le dijo, sonriendo con gran satisfacción—. Y luego está la otra hipótesis, ¿no? Que el pobre Samuel había ido allí de visita, y la chica se vengó de él por haberle hecho algo en el pasado, ¿no es así?

—Eso me lo tienes que decir tú, Davis. ¿Tiene denuncias por violencia de género o algo así?

—No las tiene con esa familia. Ni con la hija ni con la madre. Tiene denuncias por agresión a prostitutas, y luego la condena por violación que te he dicho.

—¿Qué dice la madre? ¿La habéis interrogado?

—Murió hace años. Teóricamente, por un accidente.

—Bueno, que no tenga denuncias no quiere decir nada.

—Desde luego.

—Está claro que lo mataron y luego se deshicieron del arma. Después se ataron la una a la otra, y fingieron todo eso. Supongo que habréis buscado bien el arma, ¿no es así?

—Holly…

—Sí, ya sé que sois profesionales, pero…

—Somos profesionales —afirmó rotundo el teniente—. Pero esa pistola no pudo ir muy lejos. El fiambre estaba reciente y no les dio tiempo a llevársela a ninguna parte.

—A no ser que hubiera una tercera persona en juego…

—Que las ayudara.

—¿La vecina?

—Lo dudo. Estaba aterrorizada. Es una vieja chocha que se hubiera meado en las bragas en cuanto la hubiera interrogado.

—O sea, que no la habéis interrogado…

—¡No ha dado tiempo! Pero te lo advierto, Holly. No lo hagas tú. No hasta que lo hayamos hecho nosotros. Por esto no voy a pasar, ¿me oyes?

—De acuerdo, de acuerdo. Pero a cambio me tienes que hablar de los familiares.

—Viejo zorro… ya sabía yo que tú ibas por ahí.

—Es como me gano la vida, ya lo sabes. Y date prisa, que no quiero que se me adelanten.

—No puedo decirte nada por protección de datos.

—Davis, que ya nos conocemos. Me puedo enterar por otros medios, ya lo sabes, y entonces no te deberé una.

—Eres un desgraciado y un hijo de puta.

—Sí, ya lo sé, pero, ¡dime quiénes son los familiares! —gritó el abogado, y el otro se amilanó rápidamente:

—Cuatro hijos. Tres son hermanastros de la chica: Andreas, Marcello y Simón. El primero no tiene residencia conocida, pero le tuvimos entre rejas hasta hace poco. En los bajos fondos de los muelles le encontrarás con toda seguridad. El segundo está en Leavenworth y del otro no sabemos nada en absoluto.

—¿Y el otro hermano?

—William. Trabaja de repartidor de pizzas en la Hesse Clown. También estuvo en la cárcel hace poco.

—Este es hermano también de padre, ¿no?

—En efecto.

—¿Qué sabemos de él?

—También trapichea, pero por delitos de menor calado.

—Yo me refería al padre. Al padre de ese, y de la chica.

—Nada. Es como si se le hubiera tragado la tierra. Hace casi veinte años que no da señales de vida. Ni un empleo, ni una cuenta corriente, ni una tarjeta de crédito… Nada.

—¿Tú crees que puede ser la tercera persona?

—Lo dudo. Era otro haragán, delincuente de poca monta. Seguramente alguien se lo cargó hace años, y lo enterraron en cualquier sitio. O lo tiraron al lago. Vete tú a saber.

El abogado volvió a mirar al suelo y pensó por unos instantes. Después murmuró:

—No creo que saque nada del repartidor. Pero sí quizás de los otros.

Entonces sonrió, y se levantó, dispuesto a marcharse. Antes de salir se volvió y dijo:

—Voy a buscar a mis clientes, Davis. Por favor, mantenme informado.

—¡Lo haré si me da la gana! —gritó el otro.

—Lo harás, si me da la gana a mí —susurró el picapleitos para sus adentros.

Andreas

—¿Señor Corby? Mi nombre es Anthony Holly.

—¿Quién diablos es usted?

No le costó demasiado encontrar a Andreas. Como bien le dijo el teniente, se encontraba en los muelles de Chicago, lugar infausto donde habitaba el hampa. Sólo tuvo que preguntar un par de veces, y soltar algún dinero para dar con él.

—Soy abogado, señor Corby. Supongo que sabe lo que le ha pasado a su padre. ¿No es así?

—Sí, claro, tuve que ir a reconocer el cadáver. ¿Qué diablos quiere de mí? ¿Acaso me acusan de algo?

—No, que yo sepa. ¿Se llevaba bien con su padre?

—¡Y usted qué le importa! ¡Lárguese de aquí!

—Señor Corby… Puedo hacerle ganar mucho dinero.

Aquellas fueron las palabras mágicas que abrieron la puerta. A partir de entonces, el muchacho suavizó ostensiblemente su comportamiento, y se mostró más receptivo. Todavía seguía sin decir demasiado, pero Holly ya sabía que estaba en sus manos.

—Basta con que usted me contrate como abogado de la acusación. Normalmente, en los casos de asesinato se suele exigir una indemnización por daños y perjuicios a los familiares, que estos cobran de los condenados. Por supuesto —siguió— yo me llevaría una comisión, lógicamente.

—¿Por qué ha acudido a mí? —preguntó con cautela—. Tengo más hermanos. ¿Lo sabía?

—Sí, lo sé. Pero Marcello está en Leavenworth, Simón está desaparecido y respecto a William…

—De ese no conseguirá nada. Siempre defenderá a Janet.

—Por eso he acudido a usted. Pero también puedo ir a ver a Marcello. A pesar de estar en prisión… supongo que le vendrá muy bien el dinero.

—El dinero nos viene bien a todos, señor…

—Holly. Anthony Holly.

—Holly. Bien, ¿Qué tengo que hacer? ¿Declarar contra mi hermana?

—No, desde luego que no. Sólo tiene que contratarme como parte perjudicada, para que yo pueda ser el abogado de la acusación. De no hacerlo, la acusación será el Estado, y… no pondrá tanto empeño en… esclarecer los hechos. No sé si me explico.

—Pero, para eso está el fiscal, ¿no?

—En el estado de Illinois una cosa no excluye a la otra.

—Entiendo.

—Solo tiene que firmar… aquí —dijo, extrayendo un documento del bolsillo interior de su chaqueta.

—Yo no voy a firmar nada sin leerlo primero.

—Lo comprendo. Tómese su tiempo, señor Corby.

El chico comenzó a leer aquello, pero de haberlo hecho en su totalidad hubieran estado toda la mañana. Tras unos instantes preguntó:

—¿Cuál es el importe de su comisión?

—El cincuenta por ciento.

—Estará de broma, ¿no?

—En absoluto. Pero usted no tendrá que pagar nada por mis honorarios. Yo solo cobraré… si usted también cobra.

—Pero, ¿cuánto puede ser ese dinero?

—Dependerá del juez, desde luego. Y también de los ingresos que pueda tener el asesino. No es lo mismo un asesino rico, que otro pobre.

Andreas sonrió, pensando que su hermana ahora era rica. Tras unos segundos de vacilación, firmó donde el abogado le indicaba, y los dos se despidieron estrechándose la mano.

Sanders

—¿Qué te ha dicho la vieja, Sanders?

—Que no vio ni oyó nada. Está un poco sorda, me parece a mí.

El teniente Davis estaba hablando con su subordinado, el sargento Sanders. Este último venía de interrogar a la vecina de Leslie, la señora que llamó a la policía.

—Me ha vuelto a decir lo mismo que nos dijo aquella noche. Que oyó el disparo, pero creyó que era un tubo de escape, o algo así. No distingue bien los sonidos fuertes, pues su tímpano se satura o algo así.

—Vaya…

—Oyó los gritos de la chica porque, como es cantante, según ella usa muy bien los agudos, y esos sí que los oye bien.

—¡Qué tontería! No me puedo creer que no gritara antes, cuando el padre la amenazó.

—Sí, claro, pero quizás no lo suficiente para que la vieja lo oyera.

—¿No lo suficiente?

—Estaba viendo la televisión. Una película del oeste en la CNN —he comprobado que es verdad, era de John Wayne—. La tenía a todo volumen, como te puedes imaginar, y se creyó que la discusión era parte de la escena que estaba viendo.

—¡Pues vaya suerte que tenemos! ¿Has encontrado algo más en el cuarto de contadores? Te dije que lo miraras otra vez.

—Nada. El corte del cable lo pudo hacer cualquiera. Alguna de las chicas, sin ir más lejos.

—Ya, pero si lo que querían era simplemente que el otro se perdiera por la casa hubieran desconectado el interruptor principal de acceso a la vivienda, ¿no te parece? El muerto no tendría por qué saber dónde estaba para volver a establecer el suministro.

—Es como si le estuvieran esperando, ¿no? El tipo entra en la casa, y entre las dos planean cargársele. Cuando ya está dentro, una corta la luz y el hombre se desorienta. Entonces una sale por detrás y le dispara.

—Ya veo por donde vas. Luego accionan el interruptor del suministro, pero una de ellas va al cuarto de contadores y corta el cable, para así dar más credibilidad a la idea del intruso.

—Eso es.

—Pues que analicen las huellas que haya en el tirador de la portezuela. A ver si con un poco de suerte encontramos alguna de alguien que no viva allí, ni que sea el empleado de la compañía eléctrica.

—Ya las he mandado a analizar, teniente.

—Así me gusta. Dentro de poco, cuando me jubile, me quitarás el puesto. Y, ¿qué hay de las chicas? ¿Han dicho algo más?

—Nada. Siguen incomunicadas. No pueden hablar con nadie, ni comunicarse entre ellas.

—Lógicamente. Tendremos que volver, y apretarlas un poco. A ver si conseguimos que se contradigan una con la otra, o con lo que han dicho antes.

—Tendremos que darnos prisa, teniente. Sin tener el arma homicida, el juez las soltará en cualquier momento a la espera del juicio. No creo que haya riesgo de fuga, y...

—¿Me lo dices, o me lo cuentas?

—Se lo digo.

—Pues eso.

Interrogatorio

—No puedo creerme que no viera nada, señorita Ayers.

El teniente Davis bajó de nuevo a las celdas de la comisaría donde mantenían detenidas a Janet y Leslie, no sin antes llamar al abogado de las chicas, una abogada de oficio de nombre Carol Dyer. Era una mujer blanca de mediana edad, una rubia teñida que se había incorporado a la abogacía tras más de una década de excedencia para ejercer su maternidad. En su día había pertenecido a un importante bufete donde coincidió con Holly, hasta que se casó y decidió dedicarse a su familia. Ahora tenía una posición acomodada, y se reintegró al ejercicio de la abogacía para salir de la rutina.

—Ya se lo dije, teniente. El golpe me hizo perder el conocimiento. Tengo cinco puntos de sutura en la cabeza. ¿Quiere que se los enseñe?

—No hace falta. ¿Cuándo lo recobró?

—Cuando oí el ruido de la puerta, al cerrarse. Cuando esa persona se fue. Justo entonces comenzó a gritar Janet, y yo me vi atada al radiador. Luego vino la policía, me desataron, y entré a ver a mi compañera. Tuvo que recibir asistencia psicológica, como puede usted comprender.

—Sí, todo eso ya lo sé, pero quiero que me diga lo que usted oculta.

—Teniente, —intervino la abogada—. Está usted presionando a la detenida.

—No estoy presionando a nadie. Solo estoy preguntando.

—Está presuponiendo que se le oculta algo. Debería limitarse a hacer preguntas concretas.

—Está bien. Volvamos al principio. En su declaración consta que no vio al señor Corby en ningún momento. ¿Lo ratifica?

—Sí. Solo sentí un fuerte golpe en la cabeza, y perdí el conocimiento. Me lo debió dar ese hombre.

—¿Qué hombre?

—Sam.

—¿Lo vio usted?

—No, no lo vi.

—Entonces, ¿cómo sabe que se lo dio él?

—Bueno… quizás fue el intruso. Quizás estaba en la casa, con Sam.

—¿Sam estaba ya en la casa cuando ustedes entraron? ¿Cómo lo sabe?

—Teniente…

—Abogada, estoy haciendo preguntas concretas. ¿No es eso lo que quería?

—Está confundiendo a la detenida.

—Esa es su opinión, letrada. Yo estoy haciendo preguntas concretas, y quiero respuestas concretas. ¿Me oye, señorita?

—Le oigo, teniente. Y respecto a su pregunta, efectivamente, tiene usted razón. No puedo saber nada de eso por experiencia propia. No vi a nadie antes del golpe, y después del mismo solo pude ver el cadáver de Sam, encima de mi compañera. No sé cuándo entró ese hombre, ni si estaba ya en la casa antes de que nosotros entráramos. Pero sí le digo que oí la puerta cerrarse, y, puesto que Sam ya estaba muerto, deduzco que tuvo que salir otra persona de la casa.

—Pues deduce usted mal, señorita. Si la puerta se cerró, como usted dice, pudo ser alguien quien la cerrara, ¿no le parece? Pudo ser usted, por ejemplo.

—Yo estaba atada, teniente. No pude hacerlo —Leslie respondía con total serenidad, como solía corresponder a sus «nervios de acero».

—Lo que le quiero decir, señorita Ayers, es que, en el caso de que sea cierto eso de la puerta que me dice, eso no quiere decir que saliera alguien de su casa. Podría ser, por ejemplo, que algún vecino pasara por el corredor y viera la puerta abierta, y entonces, procediera a cerrarla. ¿No le parece?

—Sí, pude ser, pero entonces, ya me dirá quién mató a Sam.

—Lo pudo matar usted, por ejemplo. O su amiga. ¿Quién de las dos lo hizo?

—¡Teniente! —saltó la abogada—. Voy a tener que informar a sus superiores. Esto ya está llegando demasiado lejos.

Davis se dio la vuelta y se marchó hacia el cristal espejo donde estaban mirando Sanders y su capitán. Se quedó unos instantes con los ojos fijos y con las manos en los bolsillos, imaginando lo que le estarían diciendo sus compañeros. Tras unos instantes más, se volvió y preguntó:

—Está bien. Supongamos que hubo un intruso. ¿Tiene alguna idea de quién pudo ser?

—No —respondió, mirando al suelo.

—¿A quién está protegiendo, señorita Ayers?

—Teniente…

—A nadie. No estoy protegiendo a nadie —contestó, esta vez mirándole a los ojos.

—Pero, podría sugerirme a alguien, ¿no le parece? Algún compañero del grupo, su tío, sus padres, algún hermano de su amiga… Alguien que les aprecie, y que, sabiendo que ese hombre les acosaba, pues estuviera de alguna manera cerca de ustedes, para protegerlas…

—Teniente, ese hombre acosaba a Janet, no a mí.

—Sí, ya lo sé, pero ustedes dos vivían juntas, y cualquier intento de agresión por su parte… quiero decir, usted corría un peligro estando a su lado.

—Desde luego. Un riesgo que yo asumí con gusto.

—Para protegerla.

—Para estar a su lado por si me necesitaba. Supuse que estando junto a ella podría disuadir a ese hombre de alguna manera. O al menos que lo tuviera más difícil. Ya vi que estaba equivocada.

—Bien, volvamos al supuesto intruso, suponiendo que exista. ¿Vieron a alguien al subir? ¿Alguien que les siguió desde la cafetería donde estuvieron por la tarde…?

—No vi a nadie, teniente. No me fijé. Quizás había alguien que nos siguió… no lo sé.

—Está bien. Ya veo que es inútil —se resignó—. Sólo le digo, señorita, que la hipótesis del intruso no se sostiene. Y eso ya no es una táctica de interrogatorio —dijo, mirando al abogado—. El jurado no se creerá nada de eso, pues nadie vio nada, ni existe prueba alguna de que nadie distinto de ustedes matara a ese hombre. Su única posibilidad —la única— es que no hemos encontrado el arma del crimen. Pero les aconsejo que no se aferren a esa escapatoria. Tarde o temprano la encontraremos, y llegaremos a dar con la persona que apretó el gatillo.

—Nosotras no fuimos, teniente.

—¿Nosotras?

—¿Cómo sabe que su amiga no lo hizo? Usted no recuerda nada, ¿no es cierto?

—Ella no sería capaz de hacer una cosa así.

—¿Ah, no? ¿Ni siquiera si su vida corriera peligro?

—No. Se quedaría paralizada, como pasó la otra vez.

—¿Cuándo?

—Cuando la visitó por primera vez.

—¿Estaba usted allí?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe que se quedó paralizada?

—Ella me lo contó.

—Y usted se fía de ella, ¿no es así?

—Así es.

—Pero, señorita Ayers, nadie sabe lo que es capaz de hacer alguien cuando su vida corre peligro. Yo sí lo sé, porque es mi profesión. Se asombraría de lo que los más mansos son capaces de hacer. Ni uno mismo sabe cuáles son sus límites, si se juega

la vida en un instante. Su amiga estaba rociada de gasolina que, según ella, su padrastro utilizó para amenazarla y hacerle entregar el dinero. Ella podría haber tomado una pistola y matarle, por muy mansa que sea.

—No había pistolas en la casa más que la mía.

—¿Cómo lo sabe? —gritó, irritado. ¿Controlaba usted todas las pertenencias de su amiga?

—No, pero…

—Pues entonces, pudo ella tenerla escondida, ¿no le parece?

—¿Para qué? Ya teníamos otra pistola en la mesilla…

—Pues entonces tuvo que ser un cómplice, señorita, ¡Un cómplice! Un cómplice que les ayudara a esconder el arma, o bien un sicario que usted o su amiga contrataran y que fue quién lo asesinó. No cabe otra opción.

Davis se detuvo, pues la actitud de la chica le hacía pensar que efectivamente ocultaba a alguien. Sus muchos años en la profesión así se lo decían, y no se equivocaba. Durante unos instantes esperó a que se derrumbara y confesara, pero no lo consiguió. Tras unos instantes en los que le aguantó la mirada, finalmente dijo el policía:

—De acuerdo, señorita Ayers. Que tenga suerte con el jurado. La va a necesitar.

Paranoia

Aquellas pastillas la engordaban, desde luego, pero también contribuían de forma eficaz a paliar la paranoia delirante que sufría.

En los últimos meses, al poco de echar a su marido de casa, su vida cambió. Dejó de comer compulsivamente, y ahora se consumía en pensamientos y razonamientos que le llevaron a perder varias tallas. Adelgazó tras dejar los antipsicóticos, aunque engordaba fácilmente cuando las crisis de ansiedad le llevaban a atiborrarse de comida de forma desordenada. Algo que no ocurría cuando vivía con Lawrence, pues este la controlaba de alguna manera.

Como si se tratase de don Quijote, veía fantasmas por todos lados, y se imaginaba todo tipo de situaciones y de cosas sobre su marido. Y para confirmar sus sospechas montó todo aquel tinglado del espionaje, como su fuera un agente secreto de la CIA.

Se pasaba el día buscando información en Internet y viendo vídeos sobre cómo abrir y reventar puertas, y leyó multitud de blogs y manuales destinados tanto a ladrones como a detectives privados, llegando a montar un sofisticado dispositivo de seguimiento.

Aquella noche, allí estaba ella embutida en un ajustado traje de color negro, con el que parecía resemblar la mujer atractiva que en su día fue. Por si fuera poco, se había colocado aquellas gafas de visión nocturna que le hacían distinguir la radiación infrarroja que emiten los cuerpos en la oscuridad, para así poder ver sin ser vista. Unas gafas que llamaron la atención de no pocos viandantes con los que se cruzó.

Le fue difícil seguir a Lawrence, pero no así a Janet. Su larga melena, sus rastas, y el color de su piel, le hacían ser un objetivo fácil de localizar entre la multitud. Además, siempre iba pegada a la otra, lo que confirmaba sus otras sospechas: aquellas dos también estaban liadas.

Todo comenzó cuando supo que la banda volvía a Chicago. No sabía la dirección de ninguno de los miembros del grupo, y solo tenía cierta idea del lugar donde se alojaba su marido. Pero sí sabía dónde vivía la sobrina. Allí, en las inmediaciones de su casa, permaneció apostada durante horas, hasta que las vio aparecer, esperando también ver a Lawrence, algo que no consiguió. Pero no perdía de vista ninguno de sus movimientos, y, como si fuera un detective privado, su única misión era saber. Saber y descubrir a su marido, «in fraganti».

Janet y su sombra, es decir, Leslie, se habían reunido con Lawrence en una cafetería, para debatir aquellas partituras sobre las que había estado trabajando. Después de un rato se marcharon, y con su dispositivo de audición a distancia le pareció oír que luego volverían a verse. Perdió a su marido entre la multitud, pero siguió a las dos chicas, con la certeza de que se reuniría con ellas algo después.

Era la ocasión que esperaba, y lo único que tenía que hacer era esperarle allí. Después entraría en tromba y mataría a Lawrence. Sólo a él, pues gracias a la poca cordura que le quedaba, ya había descartado la posibilidad de matar a las dos chicas.

No hubiera podido justificar su asesinato, más allá del crimen pasional y hubiera sido más difícil librarse quizás de la pena de muerte.

Porque su plan inicial era solo grabar las escenas de cama que se suponía que tenían que desarrollarse allí, tal y como le había comentado a Susan. Para ello, tendría que abrir la puerta del piso de Leslie, y camuflar allí las cámaras y micrófonos que había comprado. De hecho, mientras el grupo estuvo en el extranjero, consiguió entrar en la vivienda y estuvo haciendo una prospección de los sitios más óptimos para instalar todo aquello. Pero el apartamento era de lo más minimalista; nada femenino, y la decoración y los muebles casi brillaban por su ausencia. Las cámaras serían descubiertas, y finalmente desistió, optando por el «plan B». Consiguió, eso sí, instalar unos pequeñísimos sensores de infrarrojos que pudo camuflar entre los rieles de las cortinas, y con eso se conformó para confirmar lo que se hacía allí.

Se hizo con un equipamiento bastante sofisticado: los sensores transmitían por radiofrecuencia las variaciones de temperatura de cada habitación, y ella recibía en su teléfono móvil las imágenes termográficas que correspondían a los cuerpos de las personas. El entorno era percibido de color azul o gris, y los cuerpos en rojo, naranja o amarillo, dependiendo de la temperatura.

Al principio le preocupó no poder distinguir las siluetas, pero enseguida se hizo con ellas. Leslie era algo más alta y sus movimientos más lentos, y Janet algo más baja y rápida. Por otra parte, su marido sería fácilmente distinguible, por su alta estatura.

Aquel día vio como las chicas entraban en el portal de aquel bloque de pisos, y cuando abrió la aplicación en el celular para ver cómo entraban en la vivienda, se llevó una grata sorpresa: allí ya había un hombre en el interior.

«Claro», se dijo. Había perdido a Lawrence entre la multitud, pero él había llegado por otro lado y había entrado antes de que llegaran ellas. Con lo que, pensó, su marido tenía una llave del piso, y eso la encolerizó todavía más.

Por el micrófono que tenía instalado en el dormitorio oyó algunos gritos que no supo identificar, y se lamentó de no haber colocado alguno en el recibidor o en la cocina. Vio eso sí, claramente, cómo el hombre golpeaba a Leslie y esta quedada tumbada en el suelo; era algo que no esperaba y le causó cierta sorpresa, pero no demasiada. Ya se esperaba cualquier cosa de aquel «malvado pervertido».

Pero en cuanto el hombre entró en el dormitorio y se echó encima de Janet, no esperó más y pasó a la acción. Si se hubiera detenido a escuchar lo que le decía, y los gritos de la chica, hubiera comprendido que, ni era la voz de su marido, ni aquello era una relación amorosa. Pero ella ya no oía ni veía cosa alguna, y no reparó en nada de eso. Es más, su mente calenturienta imaginó escenas de sadomasoquismo que le repugnaron todavía más, y salió del coche totalmente ofuscada con la idea de acabar enseguida con aquella criatura tan vil.

Así las cosas, entró en el portal y accedió rápidamente al cuarto de contadores y cortó un cable, lo cual hizo que la electricidad y las luces del piso se apagaran inme-

diatamente. A continuación, subió a la primera planta, que era donde estaba la vivienda, y entonces tuvo que desconectar los auriculares. La proximidad del receptor con los micrófonos hizo que el sonido se saturara y comenzó a recibir un pitido que le obligó a apagar el audio. Entonces, introdujo un plástico flexible para comprobar si estaba echada la llave, y para su sorpresa observó que no. Efectivamente a Leslie no le dio tiempo a hacerlo, y tan solo tenía que mover el resbalón para abrir aquella puerta. Era algo que había hecho muchas veces y siempre lo conseguía con mayor o menor rapidez. Pero aquella vez no se dio tan bien, y estuvo intentándolo durante más tiempo del que le hubiera gustado. Aunque, desde luego, mucho menos que si hubiera tenido que sacar su juego de ganzúas. Entonces conectó el modo de visión nocturna de sus gafas, y ahora podía ver las imágenes de infrarrojos sin usar el celular.

Cuando entró en el dormitorio apuntó con la pistola a quién creía que era su marido, aunque pudo ver algo de su silueta con la luz exterior que entraba por la ventana, a través del borde exterior de sus gafas, donde no estaban las imágenes térmicas. Ahí se dio cuenta de que no era Lawrence, pero el fogonazo que produjo el mechero en sus ojos cuando este se encendió, hizo que se saturara de luz la totalidad de las lentes, y se cegó. Y con el susto, la pistola se le disparó matando a Sam.

Entonces se quitó las gafas y se dispuso a huir rápidamente, pero en el camino de vuelta hacia el corredor de la escalera se topó con Leslie que, aunque aturdida, intentaba deshacerse de las ataduras. Allí, a pesar de estar con la luz apagada, la chica reconoció a su tía con la luz que entraba a través de la ventana del salón.

La reconoció a pesar de su cambio de aspecto, de su delgada figura y de su pelo estilo militar, rasurado al uno. Sus grandes ojos azules eran inconfundibles, y solo pudo exclamar:

—¡Daphne!

Entre la espada y la pared

Su abogada le había dicho que sin el arma homicida no las podían condenar, pero después del interrogatorio no lo tenía tan claro. Carol podría estar equivocada, y no era descartable que eso ocurriera. Ciertamente, aunque no había pruebas, la lógica les apuntaba a ellas sin lugar a dudas, y un hábil fiscal podría convencer al jurado de que no pudieron ser otras las asesinas.

A no ser que dijera quién era el intruso, lógicamente. A no ser que denunciara a Daphne.

Por momentos estaba dispuesta a hacerlo y acabar con aquello de una vez, aunque solo fuera por Janet. Le constaba por Carol, la abogada, que su amiga lo estaba pasando francamente mal con todo aquello. La chica no pudo ver a la mujer, pero ella sí la vio. ¿Por qué lo habría hecho?, se preguntó. Una pregunta que se repetía una y otra vez, sin encontrar respuesta.

Porque su tío nunca le había dicho el motivo de su separación. Sólo le había dicho que estaba harto de discutir con Daphne por todo tipo de cuestiones, y que la relación se había vuelto insoportable. Que había tenido toda la paciencia del mundo intentando comprender su depresión, pero que ya no había aguantado más y se había largado a raíz de la enésima discusión que tuvieron.

El bueno de Lawrence nunca quiso decirles la verdad, más que nada por no sembrar una semilla de discordia en el grupo, o un malestar innecesario. Y también, por qué no decirlo, porque esperaba que con el tiempo se le pasara a ella esa obsesión y llegara al convencimiento de que no había nada entre Janet y él.

Leslie sabía que ella no era querida por su tía. Lo sabía de sobra, pero también sabía que era una fanática religiosa. Desde luego, de alguna manera se había enterado de lo que pasaba entre Janet y Sam, y se había tomado la justicia por su mano, se dijo. Pero, ¿cómo se había enterado? Ellas no se lo habían contado a nadie…

«Si pudiera hablar con Lawrence...», se dijo. Quizás él pudiera explicarle algunas cosas sobre Daphne que desconocía. No se la imaginaba teniendo esa actitud ni por asomo. Siempre pensó que era una mujer simple, hedonista, una mujer sin cabeza que cautivó a su tío por su atractivo físico, y que ahora, cuando este ya no existía, él seguía enamorado de ella. Porque a pesar de sus aparentes tiranteces, estaba claro que él la seguía queriendo, y nunca terminó de creerse que él la dejó porque estaba harto de discutir con ella. Siempre sospechó que había algo más, y que fue ella quien le dejó a él. Pero, ¿por qué? «Si pudiera hablar con Lawrence...», volvió a decirse. Pero eso era imposible en su situación de incomunicación con el mundo exterior.

Ahora se situaba en la tesitura de arriesgarse a una muy probable condena por asesinato compartida con Janet, o bien delatar a su tía. Pero con eso haría un flaco favor a quien les había ayudado a deshacerse de aquel rufián.

Y también tenía que pensar en su amiga, claro está. Ella podría sacrificarse por Daphne y así pagarle el favor que les había hecho. Quizás la condena no fuera muy

larga sin haberse encontrado el arma que las incriminara, y así podría salvar a su tía. Pero Janet… En el fondo era una mujer frágil y probablemente no soportaría bien estar una temporada entre rejas.

Entonces fue cuando se decidió. Si Daphne había tenido el valor de hacer una cosa como esa, no le importaría demasiado ir a la cárcel. Seguro que asumió el riesgo de alguna manera. Además, era probable que tuviera algún atenuante por haber hecho aquel acto de justicia. Al haber actuado como lo hizo en esa situación tan desesperada. Cualquier persona lo hubiera hecho, de haber tenido la ocasión.

Maniobra de distracción

Una mujer policía acudió a su celda y abrió la puerta, mientras otra se quedaba fuera. La primera mujer le puso las esposas y salió de la estancia hacia el exterior, momento en que se unió la otra agente.

Por el camino pasó por la celda de Janet, y consiguió verla y que ella le viera. Pero solo fue un instante, pues una de las policías la apremió a que siguiera adelante. Aun así, le dio tiempo a hacerle un gesto afirmativo con la cabeza, un gesto que decía mucho. Un gesto de alivio, de solidaridad, como diciendo que ya les quedaba poco para salir de aquella pesadilla.

Subieron por las escaleras y se cruzaron con el personal de la comisaría, quienes no le hicieron el menor caso. Se veía que estaban acostumbradas al trasiego de detenidos, y no repararon en una chica corriente como ella. O quizás esa era su excepcionalidad. Las chicas que compartían con ella los calabozos no eran exactamente chicas corrientes. Eran chicas marginales, la mayoría negras, detenidas por una pelea, por haber dañado a un cliente en la prostitución, por haber traficado con drogas… No. No eran chicas como ella, a pesar de que compartieran con Leslie el tipo de vestimenta… y el haber participado de alguna manera en un tiroteo.

Por fin llegaron al despacho del teniente, y tuvieron que esperar un rato a que este llegara. Cuando lo hizo, las dos policías salieron de allí y ella procedió a contarle lo que vio, aunque Davis no estaba muy convencido:

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Lo he recordado ahora.

—¡Qué casualidad! ¡Justo ahora! ¡Justo cuando ayer le puse contra las cuerdas!

—Tenía una conmoción, teniente. Es cierto que, cuando ella se iba me pareció ver algo, pero no me atrevía a incriminarla. Estaba todavía ofuscada por el golpe. Pero esta noche lo he recordado. Creo que fue ella.

—¿Sólo lo cree?

—Sí, solo lo creo. Supongo que por ahí tendrán un hilo del que tirar.

—Pero, ¿por qué lo hizo? ¿Qué relación tenían con ella?

—Hasta donde yo sé, Janet solo la había visto una o dos veces. Fue a ver a su marido y a mi compañera a un local de ensayos, antes de que se formara el grupo.

—¿Y usted?

—Yo apenas tenía relación con ella. Hacía años que no nos veíamos.

—Entonces, ¿cómo iba a saber que estaban ustedes en ese apuro, precisamente en ese momento?

—No tengo ni idea.

—Mire, si hubiera dicho que fue su tío, me lo hubiera creído más. Pero esto… no se sostiene. ¡No se sostiene!

—Hablen con ella.

—¡Claro que hablaremos! Pero le aseguro que esta maniobra de distracción no nos llevará a ninguna parte. Es más, le perjudicará en el juicio.

Hale Crown

—¿Dónde estuvo usted el día doce de octubre, señor Ayers?

Lawrence había recibido la visita del teniente Davis y del sargento Sanders, quienes habían acudido a su apartamento para interrogarle.

—Estuve con mi sobrina y con Janet Arley. Estuvimos en una cafetería del centro, la Hale Crown. No sé si la conocen.

—Sí, la conocemos. ¿Hasta qué hora estuvieron en esa cafetería?

—Hasta las ocho y media de la tarde, más o menos. Luego ellas dos se fueron a su casa y yo a la mía.

—¿Estuvo en su casa a las nueve?

—Sí, creo que sí. Más o menos debí de tardar una hora desde allí hasta aquí.

—Y, ¿qué hizo cuando llegó?

—Repasar unas partituras. Las dos chicas y yo estuvimos intercambiando unas ideas para el próximo disco, y me dediqué a pasarlas al ordenador.

—¿Estuvo con alguien aquí, o le vio alguien llegar? ¿Habló con alguien?

—El portero. Me saludó cuando llegué.

—¿Nadie más?

—Vivo solo, teniente. Si está buscando una coartada, me temo que no podré proporcionársela.

—¿Habló con alguien por teléfono?

—Lamentablemente, no.

—¿Por qué dice, «lamentablemente»?

—Supongo que me lo habrán preguntado por si consta alguna conversación en los registros de la operadora.

—En efecto. Aunque también le digo que ese tipo de comprobaciones no dicen mucho, si no se interroga al interlocutor.

Lawrence se quedó mirando con cara de circunstancia. El teniente siguió:

—Según consta en los registros, usted está casado, ¿no es así?

—Sí, así es. Pero llevo ya más de un año separado.

—¿Por qué se separó de su mujer? —preguntó Sanders.

—¿Eso viene al caso, sargento?

—Es posible.

—Discutimos —contestó, después de pensarlo durante unos instantes—. Ella está en tratamiento psiquiátrico y… la convivencia era difícil.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Antes de la gira que hicimos por Iberoamérica. Hará unos… cuatro o cinco meses.

—¿Ha hablado con ella desde entonces?

—No. Pero… ¿a qué viene tanto interés por Daphne?

—Limítese a responder a nuestras preguntas, señor Ayers, si no quiere tener que hacerlo en comisaría.

—¿Me van a detener? ¿Acaso piensan que yo he tenido algo que ver con la muerte de ese hombre?

—Nosotros no pensamos nada, de momento. Pero dígame. ¿Dónde podemos localizar a su mujer?

—En su casa, supongo. Vamos, en mi casa, pues todavía sigue siendo mía.

—No me puedo creer que en todos estos meses no se haya puesto en contacto con ella. Ni si quiera por un asunto doméstico.

—Pues así es. Cuando la vi antes de la gira, la visité con afán conciliador, pero ella seguía en sus trece. No me perdonó la discusión que tuvimos.

—¿Por qué fue esa discusión?

—Celos —contestó, casi sin pensarlo. No le gustaba nada contar cosas personales y menos de Daphne.

—¿Celos? ¿Respecto a quién?

Ahora sí que pensó. Quizás había metido la pata. Si decía que los celos eran respecto a Janet, podrían pensar que realmente tenía una relación con ella, y que el asesino de Sam podría haber sido él. Un peligro real, y máxime sin tener coartada.

—Respecto a todo el mundo, teniente. Mi mujer estaba mal de la cabeza. Ya le digo que estaba en tratamiento. Pero eso era solo una parte. Discutimos por multitud de cosas. Ya le digo que no nos llevábamos bien. Tenía un trastorno bipolar. ¿Sabe usted lo difícil que es convivir con una persona así?

—Sí, me lo imagino. Bueno, pues ya es suficiente por el momento. Le ruego que no se mueva de la ciudad, señor Ayers —dijo el teniente, levantándose.

—No me quedará más remedio, me temo. Con medio grupo en prisión, ya me dirá usted qué conciertos vamos a hacer…

—Esperemos que todo termine pronto —replicó Sanders.

—Dios le oiga, sargento.

Los dos policías salieron del apartamento, y al bajar se encontraron al portero. No desaprovecharon la ocasión de preguntarle.

—Buenos días. ¿Es usted el portero de esta finca?

—Sí señor. ¿Quiénes son ustedes?

—Somos de la policía —replicó el teniente, que ese día no iba de uniforme. Después enseñaron la placa. Mi nombre es Davis, y este es el sargento Sanders.

—¡Ah! ¿Qué desean?

—Queríamos hacerle unas preguntas sobre el señor Ayers.

—¿Sobre Lawrence? ¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Estuvo usted aquí en la portería el pasado doce de octubre? Sobre las nueve de la noche.

—Ese día fue…

—Viernes.

—Sí, claro. Trabajo hasta las diez, de lunes a viernes.

—¿Vio usted al señor Ayers a esa hora?

El hombre miró hacia un lado, como intentando recordar. Finalmente dijo:

—La verdad, no lo recuerdo.

—¿No lo recuerda?

—No, sargento. El señor Ayers no tiene horarios fijos. Es músico, ¿sabe? Y suele ir a ensayar por las mañanas, pero sin horarios fijos. Por las tardes no suele salir mucho.

—¿Nunca sale por las tardes?

—Yo no he dicho eso. Solo he dicho que sale menos. Y ese día, si le vi… pues no lo recuerdo. Este edificio tiene muchos vecinos, y no recuerdo cuando entra y sale todo el mundo. No llevo un registro, como ustedes comprenderán.

—Lo entendemos señor…

—Harley. Edward Harley.

—Bien, señor Harley. Solo una cosa más. ¿Notó algo extraño en el señor Ayers en esas fechas?

—No, que yo recuerde. Bueno… últimamente no sale mucho, ni por las mañanas.

—¿No sale mucho? ¿sabe la razón?

—No. Él y yo solo tenemos un trato… cordial. No es alguien «parlanchín», como pueden ser otros vecinos. Pero… ¿Cuál es el problema? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Buenos días, señor Harley. Aquí le dejo una tarjeta —se despidió Davis—. Por si tuviera algo que contarnos.

—¿Contarles? ¿Sobre qué?

—Buenos días —se despidió igualmente Sanders, y los dos accedieron a la calle. Una vez allí se dirigió el teniente a su subordinado:

—¿Qué te ha parecido?

—No parece que vayamos a ninguna parte por este camino. Si Ayers fue el intruso, no tenemos forma de comprobarlo. Aunque no tenga coartada.

—Lo mismo creo yo. No se encontraron huellas de él ni de su mujer en el piso y Ayers no salió desde el asesinato, porque le faltaban las dos chicas y no podían continuar con las actuaciones. O con los ensayos, o lo que hagan.

El sargento asintió con la cabeza, y entonces recibió una llamada de la comisaría. Tras atenderla, colgó y le dijo a Sanders:

—Malas noticias. Daphne no aparece por ninguna parte. Encárgate de conseguir una orden judicial para registrar su casa.

Perspicacia

—Estamos perdiendo el tiempo, señor Holly. La vivienda ha sido ya «peinada» por nosotros.

El sargento Sanders había accedido de mala gana a mostrar el piso al abogado. No le apetecía en absoluto gastar más esfuerzos en algo que había sido escudriñado a fondo.

—Estoy en mi derecho, sargento. Como abogado de la acusación…

—Sí, ya sé que está en su derecho. Pero le ruego brevedad. Tengo muchas cosas que hacer y ya llevamos aquí un buen rato. No sé lo que está buscando, realmente.

Holly no quería dar pistas al policía. No se fiaba de ellos, pues en muchas ocasiones habían minusvalorado pistas relevantes o las habían ocultado adrede con tal de acabar con la investigación.

Una investigación que se podía saldar sin condena por falta de pruebas, y eso era precisamente lo que pretendía evitar.

Estuvo mucho tiempo en la habitación donde ocurrieron los hechos, en el salón, en el recibidor, miró con lupa y nunca mejor dicho la cinta adhesiva con la que las chicas estuvieron atadas, la navaja, la pistola… y también se detuvo en cosas tan nimias como los enchufes, los interruptores, los tiradores de los cajones… Hasta que por fin lo vio.

—¿Qué son esos burletes que cuelgan de los rieles?

—¿El qué?

—Eso —señaló hacia arriba—. Un pequeño bulto, allí, al final. Detrás de la cortina. Hay uno a la derecha, y otro a la izquierda. ¿Lo ve?

—Son los remates del embellecedor, supongo.

—¿Puedo verlo?

—Sí, pero póngase los guantes, por favor.

El abogado agarró una banqueta de la cocina, y se subió hacia la zona donde había visto aquello. Estaba muy bien oculto con la propia terminación de la cortina, y no resaltaba nada. Parecía, como había dicho el sargento, un embellecedor. Entonces lo tocó con un dedo, y se desprendió solo.

—Es un imán… está adherido magnéticamente al propio riel.

—A ver… —dijo Sanders, quién lo tomó en su mano. Sacó un pequeño destornillador del bolsillo, y efectivamente era magnético. Parecía un botón o una semiesfera, de no ser porque en la parte de detrás tenía una pequeñísima apertura. Con el mismo destornillador apalancó ligeramente… y salió una pila.

—Es un micrófono… o quizás un sensor de algo. No estoy seguro. Vamos a ver el otro.

El otro era exactamente igual, solo que estaba apuntando a otra zona, casi cerca del pasillo que comunicaba todas las habitaciones.

—Vamos a mirar en los otros rieles. Quizás haya más —dijo Holly, yendo hacia el salón, y efectivamente allí descubrió otros dos, y otros dos también en la cocina.

—Esto no es normal, sargento. Y, por cierto, se les pasó en su «peinado».

El hombre se calló, y siguieron buscando, esta vez con mayor atención, pero no descubrieron nada más. Entonces Holly pasó a escudriñar las paredes, con suma atención. Eran paredes tapizadas con tela gris, con franjas verticales como si fueran de pana.

—Por favor, enfoque esa luz hacia aquí… me parece haber visto algo.

—¿Se refiere a ese granito? Es un pequeño ovillo de tela. Hay muchos más. Quizás se formen como la lana de algunos suéteres, se hacen pequeñas bolitas por el desgaste, ya me entiende.

—Sí, pero esa es algo mayor de lo normal —el sargento se maravilló de lo perspicaz que era el abogado.

Entonces la tocó con un dedo, y era como la cabeza de un alfiler. Con un cortaúñas la intentó abrir, y el núcleo era duro. Y también tenía una especie de «pelo», que la sujetaba a la franja de tela a la que estaba adherida.

—Holly, eso es un micrófono. No me cabe la menor duda. Un micrófono muy sofisticado, y con la pelusa se ha camuflado perfectamente. Quien haya colocado todo esto es un profesional del espionaje, desde luego.

—Entonces lo que hemos encontrado antes son cámaras. Si esto son micrófonos, lo otro son cámaras. No pueden ser otra cosa.

—No tienen lente, ni objetivo. No pueden serlo.

Holly miró detenidamente otra vez aquellos dispositivos, y entonces, por eliminación de posibilidades, comprendió lo que eran:

—Son sensores de infrarrojos, Sanders. Supongo que para ver si la vivienda está ocupada. Y me juego mi carrera a que transmiten la información a distancia.

Los dispositivos

—Son dispositivos muy sofisticados, Davis. Quien los haya puesto, se ha tenido que gastar un buen dinero.

—¿Son difíciles de adquirir?

—Lo eran. Se usaban por la CIA hace relativamente poco. Pero ahora... se pueden comprar fácilmente por Internet, como casi todo.

—¿Cómo funcionan?

—Se encienden mediante radio frecuencia, a través de un transmisor externo. Entonces captan las imágenes térmicas y los sonidos, y los transmiten a un servidor de Internet donde se graban.

—¿Se puede acceder a ese servidor?

—No. Sin tener ese transmisor, imposible.

El policía se quedó contrariado, y miró al sargento, que puso una cara similar. Entonces el perito de la policía dijo:

—Es como una radio, para que os hagáis una idea. Alguien puede tener conectada una radio, por ejemplo, de FM y escuchar una emisora. E incluso puede grabar lo que escucha en otro aparato. Pero una vez que la apaga, nadie sabe lo que ha escuchado, ni donde lo ha grabado.

—Pero el dispositivo transmite la información a alguna parte, ¿no? —preguntó Sanders.

—Sí, claro, mediante radio frecuencia, pero, a no ser que estuviera encendido en ese momento y pudiéramos hacer un rastreo de la señal, no podemos saber a dónde apuntó.

—Y ahora está apagado, ¿no?

—Sí. Su minúscula pila no dura mucho. De no haber sido desconectado, se hubiera gastado hace tiempo.

—Vamos, que no hay forma de saber nada —se lamentó Davis.

—Sin tener el transmisor que lo enciende, me temo que no. Él da las órdenes y establece la dirección IP del servidor de Internet.

—¿Es complicado montar todo esto? —preguntó el sargento.

—No demasiado. Lo más difícil es configurar la frecuencia de transmisión y habilitar el servidor de Internet. Pero estoy seguro que en el «pack» de venta vienen instrucciones detalladas de cómo hacerlo. Cualquiera, con unos mínimos conocimientos de informática, lo haría sin demasiados problemas.

—¿Pudieron hacerlo las chicas?

—Seguramente. Son jóvenes y se manejan bien con la tecnología. ¿Qué es lo que os han dicho?

—Que no tenían ni idea de que eso estaba en su casa.

—Alguien lo tuvo que haber puesto, entonces. ¿Qué tipo de cerradura tienen?

—Una de seguridad. Pero no de alta seguridad.

—¿Con llave de puntos?

—Sí, parecida a esta —dijo Davis, enseñando la suya propia.

—Esas cerraduras se abren de forma relativamente sencilla. Es la técnica «bumping» ¿La habéis oído?

—Henry… que somos policías… Sé perfectamente lo que es la técnica *bumping*. Consiste en introducir una llave cualquiera similar a esta, y dar pequeños golpecitos hasta que saltan los muelles internos. En ese momento se gira la llave y se consigue abrir.

—Pues sí. Requiere algo de habilidad porque los muelles vuelven a su posición inmediatamente. Pero con un poco de práctica se consigue. Hay muchos videos en Internet donde se explica con detalle.

—Dichosa web… —se quejó Davis—. Nos está complicando la vida a todos. Antes este tipo de cosas las hacían solo unos pocos, que ya conocíamos. Pero ahora… cualquier imbécil te mete un gol.

El vecino del quinto

—Señoría, la vista no puede retrasarse más. Esa mujer podría aparecer mañana, o dentro de un año, o nunca. Y ya estamos casi fuera del plazo del procedimiento administrativo.

Los abogados de la defensa y de la acusación se habían reunido con el juez asignado al caso, y estaban discutiendo la fecha de celebración del juicio. Junto a Holly, se encontraba también Carol Dyer, la abogada de las chicas. Fue esta quien habló a continuación:

—Es una pieza clave de todo el procedimiento, señoría. Sin haber dado con ella, sin su testimonio, nos podemos precipitar al juzgar a dos inocentes que…

—Vamos a ver, Carol —saltó el abogado—. ¿Y cuál crees que será su testimonio, en el caso de que la policía dé con ella? ¿Va a confesar su crimen y va a salvar a las chicas? ¡Desde luego que no! ¿Qué nos aportaría dar con ella? En caso, lógicamente, de que ella haya tenido algo que ver, que lo dudo.

—Anthony, el hecho de que esté desaparecida es más que significativo, ¿no te parece?

—Bueno, tengamos la fiesta en paz —medió el juez—. Es cierto que su testimonio podría no aportar nada. Pero la policía ha investigado a fondo sobre ella, y a priori no parece que tenga nada que ver.

—Pero entonces ¿por qué ha desaparecido? Y justo ahora…

—Se podría haber suicidado. Tiene depresión, discutía con un marido al que ya no ve… ¡cualquiera sabe! Esto es muy habitual, Carol, en esta época del año. Yo mantengo contacto estrecho con la policía, y te asombrarías del número de suicidios que hay en otoño, solo en nuestra ciudad. Lo mismo se arrojó al lago por la orilla este y las corrientes se la han llevado al río San Lorenzo. Si es así, hasta el verano no se encontrará el cuerpo, si es que se encuentra.

—Es alucinante, señoría, la imaginación que tiene este hombre. Ya está dando por hecho que Daphne se ha suicidado, y hasta aventura por dónde lo hizo.

—A ver —respondió el juez, tras dar un suspiro—. Tiene razón en lo referente a los plazos. Un juicio solo puede retrasarse si ha expirado el tiempo de instrucción, con una causa justificada. Y mantener a los acusados en prisión preventiva… puede volverse en contra nuestra, en contra del sistema judicial, me refiero.

—Yo creo que hay una causa justificada, señoría. Hay una persona clave que no ha aparecido y…

—Eso de que es una persona clave lo dices tú, Carol. Para mí no deja de ser un subterfugio, una maniobra de distracción de Leslie para ganar tiempo, o para poner el foco fuera de ellas dos. Mencionó a su tía, como podía haber mencionado al vecino del quinto.

—Eso tendrá que decirlo el juez, ¿no te parece?

Holly miró hacia otro lado, desairado, y los dos abogados miraron al susodicho, quién los observaba con una mezcla de complacencia y lástima. Tras unos instantes en los que se regocijó internamente, dijo:

—Y el juez decide que se celebre el juicio. Si algún día apareciera esa mujer y aportase algo importante, se podrían reconsiderar los hechos y rectificar lo que se haya decidido. No sería la primera vez.

—Claro, cuando ya no haya remedio…

—Esa es mi decisión, letrados. Hablen con el secretario judicial, quién les informará convenientemente de la fecha de la vista.

El honorable señor Simpson

—¡En pie! Se reanuda la sesión el juicio del estado de Illinois contra Janet Arley y Leslie Ayers. Preside la vista el honorable Matthew Simpson.

El honorable juez entró en la sala desde una de las puertas laterales de la misma. Era un hombre mayor, canoso, que caminaba despacio sin mirar hacia los lados. Subió el par de escalones que le conducían a su estrado, y una vez sentado dijo:

—Pueden sentarse. Tiene la palabra el abogado de la acusación.

—Señor juez, letrados, señores del jurado. En el día de ayer se presentaron los cargos contra las dos acusadas, e hicieron su declaración delante de ustedes. Tanto su abogada como yo mismo escuchamos en la sala las confabulaciones de…

—¡Protesto! —gritó la señora Dyer—. El abogado de la acusación no tiene derecho a calificar como «confabulaciones» las declaraciones de mis defendidas. Esa apreciación solo debería hacerla el jurado.

—Ha lugar —dijo el juez—. Secretario, retire del diario de sesiones esa palabra. Continúe, señor Holly.

—Con la venia, señoría. En el día de ayer escuchamos las… declaraciones... de las dos acusadas en referencia a lo que ocurrió en su vivienda el día de los hechos. Y también escuchamos el ardid, la estratagema de…

—¡Protesto! —gritó de nuevo.

—Señor Holly, limítese a exponer los hechos sin calificarlos.

—Con la venia. También escuchamos lo que dijo la señorita Ayers, para defenderse de las acusaciones. Como ustedes recordarán, dijo que había sido su tía, ¡su tía! quien había entrado en la vivienda y había asesinado al señor Samuel Corby. Una tía, que, por cierto, ha desaparecido convenientemente sin que haya rastro de ella por ninguna parte, ni desde luego, en la vivienda en la que sucedieron los hechos.

—¿Qué está sugiriendo con esa afirmación, señor letrado? —preguntó el juez.

—Señoría, lo que sugiero con esto que digo es que aquí solo hay tres posibilidades. La primera, la más obvia, es que el «invento», si me lo permite, de la tía solo es un subterfugio para librarse de ser ellas las asesinas y descargar la culpa en una tercera persona. La segunda, que, en caso de existir esa tercera persona, sea su tía o no lo sea, solo demuestra que es un cómplice de las acusadas, bien para librarse del arma, o bien como ejecutor del asesinato. Y la tercera, que la tía en cuestión no existe.

—¿No existe?

—No existe ya, señoría, porque fue convenientemente puesta fuera de juego por las acusadas.

—¿A qué se refiere?

—Señoría, la cerradura no estaba forzada, con lo cual la víctima no pudo entrar con la intención de hacer daño a la hija. Estas le debieron abrir la puerta voluntariamente, con lo cual no puede alegarse el legítimo derecho del propietario de una vivienda a defenderse de un agresor externo.

—Señoría, con la venia, la víctima era bien conocida por extorsión y robo, con lo cual es de suponer que sabía perfectamente cómo abrir una cerradura sin dejar huella —apuntó la abogada de las chicas.

—¡Es de suponer! —gritó Holly—. Aquí no estamos para suponer nada, señora Dyer. ¡Pruebas! Apórtenos pruebas. Y la única prueba que tenemos es que la cerradura no estaba forzada.

—Concrete, letrado —intervino el juez—, ¿a qué se refiere con que la señora Ayers fue «puesta fuera de juego convenientemente»?

—Se trata de una vieja estrategia puesta en marcha en muchas ocasiones por los criminales. Se trata de planear un asesinato… doble. ¡Qué fácil acusar a un muerto de cualquier cosa! ¿Es que no lo comprenden? Si me lo permite, me gustaría llamar a un testigo de la acusación.

—Proceda.

—¡Qué entre la señora Carpenter!

De nuevo volvió a abrirse la puerta y apareció la susodicha, escoltada por un policía. La acompañó hasta el banquillo de los testigos, le indicó que se sentara, y luego se quedó de pie, a su lado, para proceder al juramento:

—Levante la mano derecha. ¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad?

—Sí, juro.

—Comience el interrogatorio, señor Holly.

—Con la venia, señoría —se dirigió hacia la mujer, tras pronunciar las preceptivas y protocolarias palabras—. ¿Puede usted decirnos su nombre completo, señora Carpenter?

—Susan Carpenter, para servirle.

—Gracias. Señora Carpenter, ¿conoce usted a la señora Ayers? Daphne Ayers.

—Sí, señor.

—¿De qué la conoce?

—Éramos amigas.

—¿Éramos?

—Sí. Ella y su marido eran vecinos, cuando vivían en High Fields. Luego se mudaron a un piso en la ciudad, aunque ella y yo nos seguíamos viendo, de vez en cuando.

—Habla usted siempre en pasado. ¿Ya no es amiga suya?

—Verá, la relación se fue enfriando… poco a poco.

—¿Por qué?

—Verá… ella es una persona… tóxica, como se dice ahora, y últimamente ya no me gustaba quedar con ella.

—¿Le comentó ella, qué tipo de relación tenía con su sobrina? La señorita Ayers, aquí presente.

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—No la tragaba, señor.

—¿Puede ser más explícita, por favor?

—Que no la caía bien.

—¿Por alguna razón en especial?

—Porque era… es invertida, señor abogado —dijo finalmente, mirando al suelo.

—¿Invertida? ¿Se refiere a que es lesbiana?

—Sí, señor.

—¿Cómo sabía ese detalle la señora Ayers?

—¡Protesto, señoría! No sé qué tiene que ver eso con el asesinato del señor Corby. Pertenece a la esfera de intimidad de mi defendida, y no voy a tolerar que se digan en público ciertas cosas.

—Ha lugar —se pronunció el juez—. Se acepta la protesta de la letrada de la defensa. Retire la pregunta, señor Holly.

—Está bien —se resignó—. Volvamos con la relación entre la señora Ayers y su sobrina política. Señora Carpenter, ¿le dijo en alguna ocasión algo más sobre la señorita Ayers? Me refiero, ese… odio que le tenía, ¿se quedaba solo en eso, o bien iba más allá?

—Se refiere a lo que le comenté ayer respecto a…

—Lo diré de otro modo, señora Carpenter, para que el jurado lo entienda. ¿En algún momento le dijo la señora Ayers que pretendía matar a su sobrina?

En ese momento se produjo un murmullo en la sala, y entre la gente del público se miraron unos a otros. También miró Janet a Leslie, en el banquillo de los acusados, a pesar del policía que tenían sentado entre las dos.

—¡Conteste, señora Carpenter! —le azuzó, viendo que dudaba.

—Sí, señor.

—¿Podría hablar más alto, por favor?

—Sí, señor. Me llegó a decir que pensaba matar a la sobrina —dijo, elevando un poco el tono de voz, a la vez que se producían más murmullos.

—Pero también me dijo que quería matar a…

—¡Basta! —interrumpió Holly—. Limítese a responder a lo que se le pregunta, señora Carpenter, y no añada más cosas.

La mujer cerró la boca y se hundió si cabe más en la silla, en una posición casi agazapada con los hombros echados hacia adelante.

—No hay más preguntas, señoría —concluyó el abogado, y siguió:

—Señores del jurado: según acabamos de oír de la testigo, la señora Ayers no adoraba precisamente a su sobrina. Sí, es cierto que no está ella delante y no la podemos interrogar. Y por tanto, tampoco sabemos si ese deseo de darle muerte podía ser una expresión… como otras tantas se dicen. Pero lo que sí significa, y sin lugar a dudas, es que no le caía bien. Precisamente todo lo contrario. Y por tanto, señores del jurado, no puede ser que la señora Ayers se personase en la vivienda con el objeto de ayudar a su «querida sobrina» y a su amiga, a librarse del señor Corby. ¡No puede ser! No puede ser de ninguna manera, y por eso la estrategia de acusar a Daphne del asesinato de Samuel Corby por parte de la acusada, no se sostiene. No se sostiene de ninguna manera, señores del jurado. Y no es porque lo diga yo. Lo ha dicho la testigo. Es más, y eso es solo aventurar una hipótesis, no debemos descartar, como decía al principio, el doble asesinato, en este caso el de la señora Ayers. Como decía antes, es muy fácil acusar a un muerto de…

—¡Protesto! —gritó Carol—. El letrado no tiene ningún derecho a pronosticar ni siquiera a sugerir lo que parece que está queriendo asegurar. Que esas dos mujeres no se lleven bien, no quiere decir que mi defendida hubiera tramado cosa semejante.

—Ha lugar. El jurado no deberá tomar en consideración la última aseveración del letrado de la acusación.

—De acuerdo —concedió Holly—. De todas maneras, ya dije que eso era solo aventurar una hipótesis.

—Aquí no estamos para aventurar nada —intervino el juez—, ni mucho menos para sugerir hechos que no están siendo juzgados, letrado.

Holly asintió, aceptando lo que le habían dicho, y se sentó en su estrado, al lado de quién tenía que ser la parte perjudicada, es decir, los hijos de Sam. Pero allí no había nadie, y durante todo el juicio no se personó en ningún momento quien le había contratado, es decir, Andreas Corby. Solo faltaba, para aquel delincuente, acercarse a semejante sitio.

—La abogada de la defensa puede interrogar a la testigo —dijo el juez, a continuación.

En ese momento, Carol salió presta de su estrado y se dirigió rápidamente a las proximidades de aquella mujer. Y sin perder un instante, atacó con toda su artillería:

—Señora Carpenter. En esa conversación que nos ha referido hace unos instantes, ¿le dijo la señora Ayers que pretendía matar a alguien más?

—Sí, señora —esta vez no vaciló, pues se había quedado antes a medias—. Me dijo que también quería matar a su marido, y a Janet Arley.

De nuevo más murmullos en la sala. El público se lo estaba pasando en grande.

—Señores del jurado: esta declaración podría parecer que es algo en contra de mis defendidas, en la línea que ha seguido el abogado de la acusación, hace solo unos instantes. Ustedes podrían pensar que, si además de querer matar a su sobrina, también quería matar a la señorita Arley, no podía ser que la señora Ayers quisiera defender a ninguna de las dos, y por eso ayudarlas a librarse de Samuel Corby. Pero yo quiero ir más allá, porque fíjense bien que ha dicho que también quería matar al marido. Y ese es el quid de la cuestión, como ahora verán.

Entonces, se volvió hacia la testigo, y le dijo:

—Señora Carpenter, ¿por qué quería matar su amiga al señor Ayers?

—¡Protesto! —gritó esta vez Holly—. ¡La letrada está asumiendo que Daphne quería matar a su marido!

—Ha lugar. Señora Dyer, reformule la pregunta.

—Sí, señoría. Señora Carpenter, ¿le dijo su amiga porqué quería matar a su marido?

—¡Protesto! Ha formulado la pregunta de una manera similar.

—No ha lugar —dijo el juez—. En mi opinión, señor Holly, la letrada asumió anteriormente una determinación que todos hemos asumido, mientras que en su nueva pregunta simplemente quiere conocer el contenido de una conversación. Conteste a la pregunta, señora Carpenter.

—Daphne tenía celos de su marido —comenzó a decir—. Creía que estaba liado con Janet, y que también habría hecho algo con la otra —dijo, ya sin vergüenza, y con murmullos continuados en la sala.

—Entonces, señora Carpenter, ¿Todo era una cuestión de celos?

—Así lo creo, señora.

—¿Adónde quiere ir con esto, letrada? —preguntó el juez.

—Señoría, señores del jurado, esta declaración abre una nueva vía al posible comportamiento de Daphne Ayers. En concreto, ya no es que ella quisiera defender a las acusadas, sino que lo que deseaba era matar al marido. Matar al marido, pues pensaba que mantenía una relación amorosa, principalmente con la señorita Arley.

—Y esto encaja perfectamente —siguió—, con los aparatos de escucha que se han presentado ante el jurado como prueba número cuatro. Señora Carpenter —se volvió hacia la testigo—, ¿en algún momento le dijo la señora Ayers que quería espiar a su marido?

—Sí, señora. Me dijo que quería comprase algo… «algunas cosas caras», creo recordar que fueron sus palabras, para espiarle, sí.

—¿Con qué objeto? Quiero decir, ¿qué esperaba sacar de ese espionaje?

—Supongo que la certeza de que tenía una relación con la señorita Arley.

—Obviamente.

—¡Protesto! —gritó Holly—. Señoría, la letrada de la defensa está dando por hecho que esa «suposición» de la testigo es real. Una suposición no es un hecho, ni una prueba.

—Ha lugar —se pronunció el juez. Señora Dyer, corrija sus afirmaciones.

—De acuerdo. Señora Carpenter, ¿le dijo la señora Ayers algo más… concreto?

—Bueno, sí… me dijo que quería grabar las escenas de cama de esa relación, para subirlas a las redes sociales y así destruir la reputación de su marido.

—Gracias, señora Carpenter. Señoría, señores del jurado, aquí tenemos una prueba. Una prueba relevante, diría yo. Aunque no se han encontrado huellas en los dispositivos de espionaje, por ser demasiado pequeños, es seguro que la señora Ayers los colocara allí precisamente para espiar al marido y confirmar sus sospechas.

—¡Protesto! Eso de que es seguro, es una afirmación gratuita, señoría.

—Ha lugar.

—Es muy probable —corrigió—, que la señora Ayers los colocara allí para espiar a su marido. Y lo que ocurrió, sencillamente, es que cometió un error. Confundió al señor Ayers con el señor Corby. Cometió un error, pues en la oscuridad no pudo ver si quien estaba en la habitación era su marido o no lo era. Cortó los cables de la luz para asegurar su actuación, es decir, para poder ver sin ser vista, pues es más que probable que llevara algún dispositivo de visión termográfica. En definitiva, señores, fue ella quien asesinó al señor Corby, y no mis defendidas.

Más murmullos en la sala mientras la abogada se volvía a su asiento, para a continuación intervenir Holly:

—Señoría, señores de jurado, eso es totalmente inverosímil. Según los peritos de la policía, esos dispositivos son muy sofisticados y no están al alcance de cualquiera. Eso en primer lugar. En segundo lugar, nadie ha podido verificar su origen, igual que tampoco nadie vio entrar o salir a Daphne del edificio, ni el día de los hechos, ni algún día anterior en que se supuso que debió instalar esos aparatos. La testigo solo habló de que la señora Ayers tenía una intención de espiar, no de que había puesto ya esos

aparatos. Es más, las acusadas podían conocer esas intenciones e instalar ellas mismas los dispositivos para incriminar a esa mujer.

—Y en tercer lugar… —siguió—, confundir al señor Ayers, que es blanco, rubio, caucásico, con un corpulento hombre de raza negra… es ir demasiado lejos. Ni siquiera a través de una cámara termográfica. Y eso sin contar con que, supuestamente, la señora Ayers estaba oyendo toda la conversación que se decía en la vivienda, pues teóricamente recibía la información que le proporcionaban los micrófonos.

—No, señores de jurado —continuó—. El intento de la señora Dyer ha sido bueno, pero se ha quedado corto. Entre otras cosas, porque si Daphne hubiera querido matar a su marido, ¿No hubiera sido acaso más fácil hacerlo en su casa? Según consta en el atestado, el domicilio del señor Ayers era conocido por su esposa, y sin embargo nunca se presentó allí para matarle, suponiendo que sabía abrir cerraduras como la defensa aventura. Además, si los dispositivos de escucha eran para confirmar una relación, y eso nunca se produjo, ¿qué sentido tiene entonces matar a su marido? Su hipótesis, querida colega, hace aguas por todas partes. No hay más preguntas, señoría.

—Puede retirarse la testigo. Agente, acompáñela.

—Se levanta la sesión —concluyó el juez—. La vista se reanudará mañana a las nueve.

A continuación, el honorable dio un martillazo sobre el estrado, y procedió a retirarse.

Emplear las vísceras

—¡Mamá, me haces daño! ¡Me ahogas!

—Perdóname, cariño, estaba pensando en otra cosa. ¿Te he hecho mucha pupa? ¿Te duele?

—No —sonrió la niña— ¿puedo quedarme un poco más?

—De acuerdo, pero solo un ratito, ¿vale? Ya va siendo hora de cenar.

Carol Dyer estaba en su casa aquella tarde, bañando a su hija pequeña. No paraba de darle vueltas al caso, y se frustraba viendo cómo todos los intentos de sacar a las chicas del atolladero se estrellaban contra Holly. Cuando salió del baño, se estaba secando las manos con una toalla y su marido le dijo:

—Estás muy tensa, ¿verdad?

—Sí, Kevin. Este caso me está afectando un poco.

—No tenías que haber regresado tan pronto. Además, no tenías necesidad. Con el dinero que yo gano tenemos de sobra para mantenernos y darles una buena educación a las niñas. Podías haberte quedado en casa unos años más y…

—Y entonces desconectar del todo de mi profesión. No cariño, era ahora o nunca. De haber esperado más, no hubiera podido estar a la altura.

—Tu problema es que buscas enredarte siempre con las cosas más complicadas. Podías haber vuelto al bufete y llevar casos de empresas, de patentes, de licencias… algo que no sea tan… personal.

—Eso no me gusta, Kevin, ya lo sabes.

—¡La vida! Te gustan las cosas fuertes, las experiencias directas… por eso te has hecho abogada de oficio, nada menos.

—Para defender a quienes más lo necesitan.

—Pues eso. Así que ahora no te quejes. De todas maneras —siguió el marido—, esas chicas no son pobres del todo, ¿no? Quiero decir, tienen algo de dinero.

—Sí, acaban de empezar en el mundo del rock, y ya han ganado lo suficiente para contratar a un abogado privado.

—¿Entonces?

—Lo que les ha pasado les ha dejado tan conmocionadas, que no han sabido ni a quién acudir. Jamás habían tenido que hacer uso de ningún abogado para cosa alguna, ni sus conocidos tampoco.

—Ya, eran pobres hasta hace nada.

—Eso es. Y no se trata de buscar un abogado en la guía telefónica, porque lo mismo les da uno que otro.

—Pues han tenido suerte contigo, Carol. Les podía haber tocado cualquier de esos tipos que pasan de todo.

—Bueno... —se quejó algo dolida—. Todos intentamos hacerlo lo mejor posible, creo yo.

—Sí, pero seguro que la mayoría no se lleva el trabajo a su casa, como haces tú.

—Es que no paro de darle vueltas a cómo sacar a esas dos chicas del atolladero en que se encuentran. Si no hubiera estado Holly en su contra… Es alucinante cómo un caso relativamente sencillo, se está complicando tanto.

—¿Por qué es relativamente sencillo?

—Pues verás, un hombre con muchos antecedentes aparece muerto en el domicilio donde viven dos chicas sin antecedentes. ¿Parece fácil, no crees?

—Lo fácil sería exculpar a las chicas. Y más si no aparece el arma con la que le mataron.

—¡Exactamente! ¿No es acaso fácil? Pues Holly lo ha enrevesado todo. Se ha inventado una historia —plausible, eso sí—, y el jurado parece que se la está creyendo.

—Es más hábil que tú ese hombre, ¿verdad?

—Tiene más tablas, desde luego. Dejó caer, como si nada, que las chicas habían matado a Daphne porque había enemistad entre ellas, y luego aprovecharon para echarle la culpa del asesinato de Sam.

—¿Hay pruebas de eso?

—Ninguna. Yo protesté, desde luego, pero el mal ya estaba hecho y el jurado lo consideró, aunque se le dijo que no lo hiciera. Ese hombre es muy hábil con la dialéctica.

—¿En eso basa su estrategia?

—No solo con eso. Su estrategia es echar por tierra todo lo que yo digo desmontando mis argumentos. De esa manera, siempre parece que él tiene razón.

—Y no la tiene, claro.

—¡Claro que no!

—Pero, si ellas lo hicieron, ¿por qué no decirlo, sencillamente? No tendrían casi nada que perder, si es cierto.

—Sí, claro, las leyes federales asisten el derecho de una persona de defenderse de un intruso si este irrumpe en su casa. Defensa propia, y punto. Pero, ni la cerradura estaba forzada, ni el muerto era un intruso. Era el padrastro de una de las chicas.

—Vamos, que parece que ellas le abrieron, y luego le mataron.

—Eso es algo difícil de creer.

—¿Por qué?

—Porque esas dos tienen pinta de no haber matado a una mosca en su vida.

—¡Mamá! ¡Quiero salir!

—¡Ya voy, cariño!

Dejaron aparcada la conversación, y entre el padre y la madre sacaron a la niña de la bañera. Después la vistieron, y luego cenaron. Cuando la pequeña y la otra hija se acostaron, los esposos se quedaron en el salón tomando una copa.

—Carol, he estado pensando en eso que me dijiste antes.

—¿El qué?

—Tú estás convencida de que esas dos son inocentes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Bien, pues convence al jurado. Las mismas pruebas que tú tienes las tiene el jurado, y sin embargo tú estás convencida y ellos no.

—Así es.

—Pues emplea las vísceras, Carol, no creo que tengas otra salida.

—¿A qué te refieres?

—Mira, yo asesoro a políticos, ya lo sabes. Ayudo en las campañas electorales para gobernar el Estado y la alcaldía. Y a los electores no se les convence con hechos. Debería ser así, pero no lo es. Se les convence con los sentimientos. Así ha sido siempre, y así seguirá siendo. Si esas dos chicas son incapaces de matar a una mosca, convence al jurado de que eso es un hecho. Los hechos del juicio o del caso son irrelevantes. Lo importante es mover el corazón, y no la cabeza.

Los dos bebieron de sus respectivas copas, y él siguió:

—El corazón es el que manda siempre, Carol. No lo olvides nunca. Aunque sea el órgano más débil.

Murmullos

—¡En pie! Se reanuda la sesión del juicio del Estado de Illinois contra Janet Arley y Leslie Ayers. Preside la vista el honorable Matthew Simpson.

El honorable se desplazó pesadamente hacia su estrado y cuando se aposentó dijo:

—Proceda, señora Dyer.

—Llamo a declarar como testigo a Janet Arley —se pronunció—. Señorita, acuda al estrado, por favor.

Janet se levantó del banquillo de los acusados y se encaminó hacia el de los testigos, no sin antes dirigir una última mirada a Leslie, quien le hizo un gesto afirmativo esbozando una pequeña sonrisa de afecto. La muchacha llevaba un sencillo vestido largo de color crema con algunas flores estampadas, y una chaqueta a juego de color encarnado. Su pelo recogido en una coleta no tenía esta vez el brillo de las actuaciones, pero se mostraba digno, a pesar del tiempo que llevaba en prisión.

—Señorita Arley... Janet, ¿ha tenido o tiene usted alguna relación sentimental con Lawrence Ayers?

—Por supuesto que no. Él es… es mi mentor, mi jefe, mi compañero y mi amigo. Siempre le he considerado como un padre para mí. El padre que nunca tuve.

—Hablando de padres, ¿puede decirnos qué relación tenía con su padrastro?

—Ninguna. Hace años que me escapé de mi casa, y no he querido saber nada de él.

—Huyó usted de su casa entonces, ¿no es así?

—Así es. Me fui con dieciséis años. No podía aguantarlo más.

—¿Por qué?

—Mi padrastro abusaba de mí, señora.

—¿Podría darnos algún detalle, Janet?

—¡Protesto! —rugió Holly—. No sé qué tiene que ver esto con el asesinato del señor Corby. Son hechos del pasado que no incumben a…

—Son hechos del pasado que afectan a la acusada, y a la víctima. A mí me parece que son del todo relevantes, señoría.

—No ha lugar. Prosiga, señora Dyer.

—¿Podría decirnos en qué consistían esos abusos, Janet?

—Fue más o menos a partir de cumplir los trece años. Para entonces, yo ya era más o menos como soy ahora, y mi padre se fijó en mí. Se fijaba en mí cuando me vestía, cuando me desnudaba… En mi casa éramos cinco hermanos y la vivienda era pequeña. Yo soy la única chica y por eso tenía una habitación aparte. Yo cerraba la puerta, pero él la abría y me observaba…

Entonces se produjeron murmullos de asco y desaprobación en la sala y el juez tuvo que decir:

—Orden, ¡orden en la sala! Prosiga la testigo —conminó, cuando se hubieron aplacado un poco.

—Hasta que pasó… pasó sólo de mirar a entrar en la habitación.

—¿Entraba en la habitación entonces? Y, ¿qué le hacía?

—Al principio solo eran besos y abrazos, que me daba cuando yo estaba a medio vestir, o semidesnuda. Entraba y me decía lo mucho que me quería… Y eso era algo que me desconcertaba, pues él jamás me había hecho caso alguno. Apenas estaba en casa.

—Después… —siguió, con lágrimas que empezaban a brotar de sus ojos— después comenzaron los tocamientos y después… —entonces se detuvo, comenzando a llorar, ahora sí de forma desconsolada, mientras los murmullos creían en intensidad.

—Después, ¿qué, Janet?

—Después me violaba, señora —consiguió decir, mientras Carol le extendía un pañuelo, y le daba un tiempo para recomponerse.

—¿Cuántas veces ocurrió eso que nos ha contado, Janet?

—Muchas veces, señora. Yo intentaba apartarle de mí, pero él me amenazaba, o me golpeaba. Era horrible.

—¿Se lo dijo usted a alguien?

—Sí, a mi madre. Ella intentaba defenderme, pero él también la pegaba. En una ocasión le dio una paliza que… —se interrumpió, volviendo a llorar de forma intensa.

De nuevo Carol le dio unos instantes en los que no siguió preguntando, mientras no dejaban de oírse murmullos en el público.

—¿Fue entonces cuando usted se fue de casa? —siguió.

—No. Los abusos cesaron al poco tiempo, pues él estuvo en la cárcel. Pero dos años después volvió, y entonces otra vez. Otra vez volvieron las violaciones, y lo peor fue… —se interrumpió mirando a Carol, que con un gesto afirmativo le animó a continuar.

—… Y lo peor fue que…

—¿Qué, Janet?

—Que me prostituyó —dijo finalmente.

Los murmullos subieron en intensidad, y más que murmullos, ahora era un rugir del público que clamaba justicia.

—¡Orden! ¡Orden en la sala! ¡Orden! —se desgañitaba el juez—. ¡Orden… o les desalojo! —gritó, y fue solo entonces cuando se aplacaron un poco. Tras más de cinco minutos de jaleo, por fin pudieron continuar.

—Señoría —dijo Carol—, podría seguir interrogando a la testigo sobre los detalles de esa prostitución. Sobre quiénes eran aquellos «clientes». Pero no quiero hacerle más daño. Y máxime cuando esta sesión está siendo pública y retransmitida por algunos medios de comunicación. Solo añadiré, que su único consuelo fue que esa bestia dejó de golpearla, para no desfigurar y hacer menos atractivo a «su producto».

De nuevo murmullos del público, que la abogada de la defensa no quiso interrumpir con la reanudación del interrogatorio. Cuando estos hubieron disminuido un poco, entonces siguió:

—Janet, ¿cómo acabó todo aquello?

—Me fui de casa varias veces, señora, pero él me amenazaba con hacerle daño a mi madre, y no me quedaba más remedio que volver. Entonces un día, él la mató de una paliza y…

—¡Protesto, señoría! Ese hecho no está probado.

—Letrado, no tiene derecho a protestar respecto a las declaraciones de un testigo. Sólo puede hacerlo respecto a sus colegas.

—Lo sé, señoría, pero no quiero que el jurado tenga la certeza de que lo que acaba de decir la testigo es verídico. Oficialmente, esa muerte fue debida a un accidente doméstico.

—Yo sé que él la mató, abogado —interrumpió la chica— ¡Estoy segura! Aunque no lo vi, ¡estoy segura! —gritó Janet, y nadie se atrevió a decir nada. Carol siguió:

—¿Qué pasó cuando murió su madre, Janet?

—Qué me escapé. Ese mismo día me escapé. Ya no tenía sentido permanecer en esa casa, ya que mi madre, que era el rehén con quien me amenazaba, había desaparecido.

—¿Por qué no lo denunciaron antes?

—Por miedo, señora. Por miedo. Mi padre salía y entraba de la cárcel, y teníamos miedo de que, o bien no le condenaran al denunciarle, o que lo hicieran por poco tiempo y entonces al salir… al salir el infierno se desataría sobre mi madre y sobre mí, señora.

De nuevo murmullos entre el público, donde muchas personas asentían con la cabeza, mientras el juez tuvo que emplearse a fondo para aplacar el griterío.

—Gracias, Janet. Señoría, señores del jurado. Ya han escuchado a la testigo. Y no, no quiero que crean que esto es un ardid de la acusada que se está inventado esto para dar pena. Hay denuncias de proxenetismo por parte de otras desgraciadas sobre las que ese deleznable ser puso sus asquerosas manos. Un monstruo que fue incluso capaz de prostituir a su propia hija, además de satisfacer con ella sus más bajos instintos. Solo por esa conducta hubiera merecido la muerte a manos de quién en su día fue su víctima, sin que ella mereciera castigo alguno. Y sin embargo, jamás se ha confesado como su asesina.

—Señores del jurado —concluyó— ahora les toca a ustedes decidir sobre su suerte. Ya han oído las declaraciones de la acusada, y solo me queda decirles una cosa: que su conciencia les ilumine.

—No hay más preguntas, señoría —sentenció Carol, y se dirigió hacia el estrado, que compartía en su proximidad con el abogado de la acusación.

—Gracias, señora Dyer. Su testigo, señor Holly.

—No hay preguntas, señoría —dijo el letrado, comprendiendo que lo hubieran destrozado al salir, si en ese momento hubiera osado siquiera a poner ligeramente en duda todo aquello. Cuando se sentó, simplemente le dijo a su colega, musitando:

—Me has arrebatado una presa, Carol. Pero quién ríe el último, ríe mejor, no lo olvides.

Entonces fue el turno del juez, quien habló de esta manera:

—Se levanta la sesión. La vista se reanudará el próximo lunes, tras las deliberaciones del jurado.

El juez dio un golpe con su martillo y ahora sí, los murmullos ya no fueron tales sino conversaciones en alto de todo el público. El honorable recogió los papeles que tenía sobre la mesa, se levantó y procedió a abandonar la sala, parsimoniosamente.

Crecimiento exponencial

La prensa se hizo eco de aquel juicio, y todas las televisiones retransmitieron partes de la declaración de Janet, e incluso algunas, el juicio completo.

Inmediatamente, un fervor popular clamó por la excarcelación inmediata de las dos chicas, y ese fin de semana se celebraron todo tipo de manifestaciones y protestas ante los órganos judiciales de todo el país.

Y como efecto colateral, totalmente inesperado, las descargas de las canciones del grupo subieron de forma exponencial.

Incluso las del primer álbum, el que grabaron solos Lawrence, Janet y Leslie, vio como el número de visitas y descargas en todas las plataformas se multiplicaban por cien. Precisamente un disco que estuvieron a punto de eliminar por su baja calidad, para no desentonar con el álbum de Kai y con los prometedores que iban a venir después.

El día que se iba a pronunciar la sentencia, la entrada al palacio de justicia estaba repleta de curiosos y de activistas contra la violencia a las mujeres, así como de un sinfín de periodistas que hacían la entrada en el mismo harto difícil. Cuando llegaron las dos chicas escoltadas por la policía, decenas de cámaras y de micrófonos las estaban esperando, y quiénes los portaban les avasallaron de forma atropellada para hacer la tan deseada entrevista. Una entrevista que no pudieron realizar, y se tuvieron que conformar con que les dirigieran, aunque solo fuera un par de palabras.

Así las cosas, Janet y Leslie tardaron más de quince minutos en subir la escalinata que les conducía al interior.

Una vez allí, el juez y todos los miembros del jurado, los letrados y el público, que les estaban esperando, las recibieron y las miraron como quien recibe y mira a estrellas del cine, o del rock, nunca mejor dicho. Cuando se sentaron, y tras poner orden varias veces porque el público no cesaba de hablar, el juez se dirigió al jurado:

—Señores del jurado: ¿tienen ya el veredicto?

—Sí, señoría.

—Procedan a su lectura.

Entonces se levantó de su asiento un hombre mayor, delgado, vestido con un traje barato y peinado hacia atrás con gomina para disimular su más que probable pelo grasiento. Las ojeras delataban que probablemente no habría dormido nada en toda la noche, o quizás muy poco. Era el portavoz de los miembros del jurado, y procedió a extraer un papel del bolsillo de su chaqueta. Tras desdoblarlo, comenzó a leer:

—Respecto a la condena por asesinato de Samuel Corby por parte de Janet Arley, el veredicto es:

Se hizo un tenso silencio, pues el hombre se hizo de rogar en la mención de lo que iba a decir.

—Inocente.

Y en ese momento, todo el público se levantó al unísono, y comenzó a aplaudir a rabiar, mientras algunos espetaban insultos al abogado de la acusación, que no sabía dónde esconderse.

—¡Orden! ¡Orden! —se desgañitaba el juez, sin parar de golpear con su martillo el cilindro de madera sobre el que tañía—, ¡Orden! ¡Orden, o desalojo la sala!

El público se desentendía de lo que el juez decía, y no le prestaba la menor atención. Sin embargo, no hizo falta desalojar nada, pues enseguida el portavoz siguió con la lectura de la sentencia y los asistentes se callaron de inmediato.

—Respecto a la condena por asesinato de Samuel Corby por parte de Leslie Ayers, el veredicto es:

De nuevo el tenso silencio, que esta vez duró algo menos.

—Inocente, por falta de pruebas.

De nuevo aplausos de la multitud, aunque en menor grado que los anteriores. El juez, resignado, dejó pasar unos minutos, y cuando el murmullo subsiguiente parecía decrecer, dijo:

—En consecuencia, yo declaro a las acusadas, inocentes de los cargos formulados por la acusación. No obstante, y puesto que el asesinato que se ha juzgado no ha sido esclarecido, hasta la resolución final del caso las susodichas no podrán abandonar el Estado de Illinois.

—Señoría, con la venia —increpó Carol—. Mis defendidas son profesionales del espectáculo, y sus fuentes de ingresos provienen de los conciertos que realizan en diferentes ciudades e incluso en el extranjero. Si no pueden salir del Estado…

—Esa es mi sentencia, letrada —interrumpió—. Acátela.

—Sí, señor juez.

—Se levanta la sesión. Alguacil, proceda a poner en libertad a las acusadas.

Creatividad

Fueron casi dos meses lo que duró el tiempo que estuvieron detenidas, hasta que por fin ese día las pusieron en libertad condicional.

Durante ese tiempo, y pasados los primeros días en los que el shock le impedía pensar con claridad, la monotonía del encarcelamiento y los nervios que tenía Janet le hicieron desarrollar una creatividad sin precedentes.

Desde su primitiva evolución en las llanuras de África hace millones de años, el ser humano desarrolló el estrés como una respuesta ante las situaciones comprometidas, cuando la huida o la lucha hacían necesaria la supervivencia. Las descargas de adrenalina, la producción de cortisoles y la activación del sistema inmunitario, son factores que estimulan la creatividad, precisamente como una herramienta de protección del individuo, para ingeniar cualquier estrategia de escape ante los depredadores.

En aquellos dos meses, Janet compuso las canciones que faltaban para completar el álbum que habían iniciado, y que se tituló como la canción que ya habían interpretado; es decir «Extreme Passion».

En cuanto recobró la libertad, el grupo se puso en marcha y en tiempo récord grabaron todas esas canciones y publicaron un disco que pulverizó las ventas y que se aupó al número uno en las listas más importantes del país.

Sin embargo, no pudieron hacer la gira que pretendían a lo largo y ancho de Estados Unidos, pues Janet y Leslie no podían salir del Estado de Illinois. Se conformaron con hacer la gira por el propio estado, y entonces las ciudades de Chicago, San Luis, Springfield o Champaign se colapsaron para ver al grupo, para ver a Janet. Vinieron de los estados colindantes y de otros más alejados para ver actuar a la banda, y ella expulsó toda la rabia y la tensión acumulada durante todo ese tiempo consagrándose como una de las estrellas del rock más punteras del momento.

Como dice el refrán, no hay mal que por bien no venga, y Dios compensó todas las preocupaciones y sufrimientos que pasaron desde que aquel hombre se fijó en ella, y de forma sobrada.

Sin embargo, la dicha no era completa, y no pudieron aprovechar el tirón mediático que hubiera supuesto una gira a nivel global. Además, en cualquier momento podía aparecer Daphne, y de una mujer tan imprevisible se podía esperar cualquier cosa.

CUARTA PARTE

Huntley Union

—Buenos días, señora Carpenter. ¿Por dónde ha ido hoy?

—Buenos días, Julius. Por el Huntley Union, como siempre.

—¿Ha llegado muy lejos?

—Por favor, Julius, no me llames de usted. Llámame Susan, ¿de acuerdo? —dijo aquella impresionante mujer, mientras se recostaba enseñando todo el escote sobre el mostrador—. He llegado hasta Marengo, y luego he vuelto por el camino. Prefiero correr por tierra, que no por el pavimento.

—¡Buena elección, Susan! Es mucho mejor usar terreno blando. Las articulaciones y las rodillas sufren menos a largo plazo.

La mujer se incorporó un tanto y le prodigó una generosa sonrisa, mientras algunas gotas de sudor resbalaban por su frente y sus mejillas. Al llevar el cabello tan sumamente corto, la transpiración no tenía dónde posarse. Un detalle que no pasó inadvertido para el encargado de Recepción, que se apresuró a entregar a su huésped una toalla blanca.

—Eres muy amable.

—¿Cuántas millas son en total? Yo diría que siete, ¿no es así?

—Según mi pulsímetro son casi nueve. Tres y media hasta Marengo por el camino pavimentado, y luego cinco y pico por el camino de tierra.

—¡Caramba, Susan! No me extraña que luzca usted ese tipazo…

—Eres un adulador, Julius —le dijo, mientras le acariciaba ligeramente la mano que tenía más cerca. Aunque te pudo garantizar que he tenido tiempos mejores.

—Pues… ¡está usted fantástica! No me imagino cómo debieron ser esos tiempos…

—Maravillosos, Julius, ¡maravillosos! Algún día te enseñaré fotos —se insinuó, con una amplia sonrisa—. Ahora dame la llave de mi habitación. Me voy a dar una ducha y luego descansaré un poco.

—Se lo tiene merecido, desde luego. Aquí la tiene.

La mujer tomó la llave y se marchó hacia las escaleras, no sin antes prodigarle otra de aquellas sugerentes sonrisas, que el hombre correspondió igualmente.

Estaba claro que aquella mujer quería algo de él, que no eran precisamente sus servicios de hospedaje.

Cuando la vio por primera vez, le impresionó. Una mujer alta, algo más que él: una madurita «moderna», con el pelo rasurado, pero que aún conservaba las formas y las caderas de la juventud. Siempre llevaba unas ajustadas mallas de colores, unas deportivas, y un suéter de deportista que ese día había cambiado por una camiseta de tirantes.

Y ese había sido un error en cierto modo. Sí, de esa manera dejaba entrever su generoso pecho, pero también descubría ciertas flacideces en los brazos, señal de que antes no había sido tan delgada.

Había llegado allí muchos días atrás por la noche, y según le dijo, procedente de Chicago. Le enseñó su licencia de conducir, y con ese documento le hizo el registro en el hotel. No se parecía en nada a la mujer de la fotografía, pero claro, con ese corte de pelo estaba irreconocible.

Solía correr por las mañanas, durante varias horas. Luego llegaba y se encerraba en su habitación hasta la hora de comer, cuando encargaba comida que le traían «a domicilio». Era entonces cuando la volvía a ver, para sacar los restos de la misma y arrojarlos en un contenedor que había en la parte de atrás del hotel. En ese momento volvían a charlar, unos minutos, hasta que ella se volvía a subir y no salía hasta el día siguiente.

Entonces fue cuando se decidió. Cuando bajara a tirar la basura intentaría morder el anzuelo. Ella había estado arrojando la caña durante varios días, y él, pececillo que nada en la inmensidad del mar, sucumbiría a sus encantos.

El anzuelo

Su turno terminaba a las dos de la tarde, y a esas horas ya tenía que haber salido Susan a deshacerse de los desperdicios. Su plan era aprovechar la ocasión para citarse para la noche. La recogería en la puerta del hotel y después la llevaría a cenar a un coqueto sitio que conocía en Marengo, una localidad cercana. Después, la llevaría a su casa y allí consumarían su amor.

Pero el caso es que la mujer tardaba en salir, y su turno estaba al terminar. No tardaría en llegar Jack, un indio cherokee con quién compartía las labores de Recepción.

Cuando dieron las dos, su compañero todavía no había llegado, y eso era algo que normalmente le irritaba. Pero ese día no: ese día, aquel retraso le vino de perlas para esperar a la tal Susan, y citarse para la noche. Pero también ella se retrasaba.

Por fin, ya cerca de las tres recibió la llamada del indio.

—Perdona, Julius, me he quedado dormido.

—¿Dormido? ¿A estas horas?

—Sí, me hicieron hacer horas extras con el camión de la basura, y he llegado a mi casa, casi a las diez.

—Vaya… no te preocupes, sigue descansando. Yo te cubriré el turno hoy.

—¿De veras?

—Sí, hombre, hoy por ti, y mañana por mí.

—Vas a hacer muchas horas, Julius. Si quieres, me visto y voy para allá ahora mismo.

—Que no… venga, sigue durmiendo y descansa. Otro día que yo lo necesite, me cubres tú a mí. ¿Te parece?

—Eres muy generoso, amigo.

—Para eso somos compañeros, Jack. Solo te pido que estés aquí a las ocho, pues posiblemente tenga un compromiso. Esta noche no trabajas en la basura, ¿verdad?

—No, los fines de semana, ya sabes que libro.

—Pues por eso. Venga, descansa y esta noche te veo.

Nada más terminar la conversación, fue justo entonces cuando oyó la puerta del corredor del fondo, que inequívocamente era la de ella. Todavía tardaría unos diez o quince segundos en llegar ante él, y aprovechó para mirarse en la pantalla de su teléfono móvil: se ajustó la corbata y comprobó una vez más que no tenía migas ni manchas sobre su camisa, pues había terminado de comer un piscolabis hacía solo unos minutos. Poco más tenía que revisar, pues, al ser un hombre de color, llevaba el pelo cortísimo como suele ser habitual, por lo que no tenía necesidad de comprobar si estaba bien peinado o no. «Es una de las pocas ventajas de ser negro», pensó,

pues a diferencia de Jack, que siempre iba despeinado, él no tenía que preocuparse de eso.

Cuando llegó ante él, la mujer le prodigó una generosa sonrisa y salió del hotel con la bolsa de papel que contenía el envase en el que le habían servido la comida, así como los restos de fruta. Tras echarlos en el contenedor de la calle, volvió a entrar en el hotel.

—Caramba, Susan, ya pensaba que no ibas a salir esta tarde…

—¡Ay, Julius! Es que… ¡me he quedado dormida! Tantas millas como he hecho hoy, me han dejado exhausta. Tras ducharme sentí un sopor tal… que me quedé frita, no te digo más —le acarició la mano.

—Oye, pues te has resarcido bien. Vi llegar al chico de la comida a domicilio con dos buenas bolsas…

—Sí, me moría de hambre cuando desperté.

—¿Qué pediste?

—Lo de siempre. Arroz, algunas verduras, y fruta. Esta vez mucha fruta.

—¿Eres vegetariana?

—Sí. Los animales… son para habitar en el campo. Está feo comérselos, ¿no te parece?

—Me parece —afirmó, mintiendo—. Yo opino lo mismo que tú. No hay derecho a que los esclavicemos enjaulándolos, cebándolos y después matándolos. Deberían prohibir las macrogranjas.

La mujer le prodigó una generosa sonrisa y le volvió a acariciar la mano diciendo:

—Tú y yo tenemos muchas cosas en común, Julius —pronunció su nombre con mucha entonación y musicalidad.

—Oye, Susan —por fin se lanzó—. Yo conozco un restaurante vegano en Marengo… que la verdad, es muy bueno y se come muy bien. Me gustaría invitarte a cenar… esta noche.

—¡Oh, Julius! ¡Eso es algo que me encantaría!

—Pues no se hable más. Esta noche, si te parece, quedamos a las nueve. A las ocho acaba mi turno, y me iré a mi casa para ducharme y cambiarme. Después, vendré aquí y te recojo. ¿Qué me dices?

—Te estaré esperando, Julius… impaciente.

Derrapando

—¡Quítame tus sucias manos de encima! ¡Negro asqueroso!

—Pero… ¡Susan! Yo creía qué…

La mujer había bajado algunas bolsas al coche, y no le había dirigido ni la mirada. Tras dejar otro par de bolsos, se disponía a subir a la habitación con la intención de bajar más, cuando Julius la interceptó por detrás, la agarró de la cintura y la dio un beso en el cuello. Nunca se hubiera atrevido a hacer una cosa así en la entrada de aquel hotel de carretera, pero el establecimiento estaba vacío a esas horas de la mañana.

Desde luego, lo que no se esperaba era aquella reacción.

—¿Qué es lo que te creías tú? ¡Eh! ¿Crees acaso que se ha hecho la miel para la boca del asno?

—Bueno… anoche lo pasamos bien y…

—Yo no lo pasé bien.

—No me lo pareció…

—¡Cómo iba a pasarlo bien! —replicó, con una mirada glaciar—. Copulando con un negro… —sus grandes y gélidos ojos del color del hielo se clavaron en el hombre hasta el punto de que tuvo que bajar un tanto los suyos.

Julius no daba crédito a lo que estaba oyendo. Aquella era una persona totalmente distinta a la mujer que había conocido días atrás, y con la que se había acostado aquella noche.

—Y además he cometido pecado mortal, ¡negro de mierda! —le espetó, empujándole—. Tengo que ir a confesarme inmediatamente, si no quiero perder también mi alma. Ahora soy una adúltera, como él.

—Susan, yo…

—Y tú también deberías confesarte, pues, aunque eres negro, según dicen también tenéis alma los animales como tú. ¡Deberías confesarte! ¿Me oyes?

—¿Confesarme?

—¡Sí! ¡Confesarte! Si no quieres ir al infierno, claro. Porque has cometido pecado de fornicio. ¡A ver si te enteras! —le acusó con un dedo, que le hincaba repetidamente en el pecho— ¡Pecado de impudicia y de fornicio!

—Pecado de… ¿qué? —preguntó, confuso, con los ojos abiertos como platos. No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Qué te crees? ¿Eh? ¿Te crees que puedes ir por ahí acostándote libremente con la mujer de otro? ¡Eh! ¡Contesta!

—Susan, yo no sabía que tú estabas casada…

—¡Tú que ibas a saber! Y aunque lo hubieras sabido, lo hubieras hecho igual, ¡fornicario! ¡A que sí! ¿Acaso me lo preguntaste?

El hombre estaba totalmente apabullado y no sabía ni que decir, mientras ella lo perforaba con la mirada. Después de unos instantes, levantó los ojos y preguntó, con cuidado:

—Pero entonces, Susan, ¿por qué te acostaste conmigo?

—¡Ja! Pues para devolvérsela a ese desgraciado —replicó, apretando los dientes—. Ojo por ojo, diente por diente (libro del Éxodo 21,24). Él mancilló nuestro matrimonio cohabitando con una negra, pues no iba a hacer yo menos.

Entonces se volvió, subió a la habitación y agarró las dos últimas bolsas que le quedaban. Después bajó y las metió deprisa en el coche, donde se introdujo también a continuación. Julius observaba la escena totalmente absorto, sin saber cómo reaccionar ni qué decir. Cuando la mujer arrancó, entonces se dio cuenta.

—¡Eh! ¡Susan! ¡Susan! —gritó, corriendo detrás del vehículo. Ella lo vio por el retrovisor y se detuvo, bajando la ventanilla.

—¿Qué ocurre? ¿Me he dejado algo?

—No, es que… ¡no me has pagado! Han sido muchos días de estancia y…

—Te lo has cobrado en carne, ¡fornicario! Creo que ya te he pagado, ¡y de sobra! —exclamó, para a continuación acelerar y salir de allí, derrapando a toda velocidad.

Hotel Memphis

La idea inicial era ir a Canadá. Allí vivía una hermana, con la que no se hablaba desde hacía años por ser «una libertina». Pero su pareja la había abandonado recientemente, y la mujer estaba destrozada. Ella creía llegado el momento de hacerle «volver al redil», y convertirla en una pía y fervorosa cristiana.

Cuando salió aquella noche de la casa de su sobrina, tomó la ruta 176 con destino a Minneapolis, para después tomar la 94 y luego la 29 hasta la frontera. Desde allí llegaría a Winnipeg, la ciudad canadiense en la que vivía su hermana.

Pero al poco de salir le entró un ataque de sueño, pues llevaba sin dormir o durmiendo poco desde hacía varios días. Fue cuando encontró aquel hotelito al borde de la carretera, y no se lo pensó dos veces. Pasaría allí la noche, y a la mañana siguiente proseguiría su viaje.

Pero cuando iba a salir al amanecer, se encontró a Julius. Y en lugar de marcharse se quedó, con la intención de «vengarse» y devolverle a su marido la afrenta que se suponía le había hecho.

Cuando salió del hotel, al llegar a Minneapolis, paró a echar gasolina y entonces oyó en la radio noticias del suceso que había protagonizado la noche que mató a Sam. Fue algo totalmente fortuito, pues ella ya no veía la televisión ni oía la radio. Era fuente de ignominia, de impudicia y de corrupción mundana, según creía. Y entonces tuvo miedo de que la estuvieran buscando.

Ya habían pasado muchos días desde aquello, y que todavía se comentara no era normal. *«La pervertida de la sobrina me vio con la luz que entraba desde la calle, y lo más seguro es que se haya ido de la lengua, con el odio que me tiene»*, pensó.

Entonces cambió de planes. En lugar de ir a Canadá, se quedaría en otro hotel de los alrededores, y esperaría a que se pasara el asunto un poco más. Seguramente habría controles en la frontera, y era algo ciertamente arriesgado.

De esa forma pasó por el hotel Memphis, otro establecimiento similar al que estuvo anteriormente, y se quedó allí. Hacía las mismas rutinas que realizaba en el hotel de Julius, es decir, salía a correr por las mañanas, pedía comida «a domicilio», y luego se pasaba el resto del día leyendo la Biblia.

Así dejó transcurrir los días, hasta que en una ocasión oyó en la habitación de al lado algo que le llamó la atención. En efecto, allí estaba alojado un hombre, un telepredicador que dirigía junto con su hermano una peligrosa secta que captaba a gente vulnerable o que pasaba por situaciones difíciles.

Pero ella no fue consciente de nada de eso. Solo oyó que mantenía conversaciones «sobre Dios» a través del teléfono, y entonces le abordó en cuanto oyó que se abría la puerta de su habitación:

—Hola, padre, ¿es usted sacerdote episcopaliano?

El hombre miró a la mujer con cautela, pero en seguida se dio cuenta de que no había peligro. Le había reconocido por llevar el típico traje negro y gris con alzacuello blanco.

—Hola, ¿necesitas consuelo, hija?

—Oh, sí, padre, ¡soy muy desgraciada!

—Cuéntame… cuéntame qué es lo que te aflige... Si te parece podemos pasar a mi habitación.

—No quiero interrumpirle de sus obligaciones, padre. Seguro que es usted un hombre muy ocupado.

—Salgo para Oregón esta tarde, y estoy terminando de recoger el equipaje. Pero siempre tengo un hueco para escuchar a un alma que lo necesita.

—¡Oh, padre! ¡Qué amable es usted!

—Pasa, hija, pasa —dijo mientras volvía a abrir la puerta de su habitación.

Camino de Oregón

—¿En serio te dijo eso, Susan?

—En serio, padre. Ese desgraciado me llegó a decir que yo estaba vieja y gorda, y que la negra esa era un bombón que no podía desperdiciar.

El «padre» y su adepta recién captada marchaban en un coche a toda velocidad por la ruta 94, camino de Oregón. La mujer había encontrado algo más que un consuelo en aquel hombre, que no paraba de hacerla reír durante todo el viaje.

El susodicho tenía casi sesenta años, pero mantenía un aspecto saludable: un hombre atractivo, robusto, y sobre todo, con mucha labia. Su víctima le había confesado todos sus sinsabores y preocupaciones, todos sus desvelos y sufrimientos acontecidos en los últimos meses, excepto unos pocos relacionados con cierto suceso acaecido en casa de una sobrina, del que parecía no tener recuerdo alguno.

El hombre vio el cielo abierto, y nunca mejor dicho, cuando aquella mujer le dijo que no tenía adónde ir y que llevaba una maleta llena de dinero, pues había salido de su casa con la intención de no regresar jamás.

Un dinero que, por cierto, tampoco utilizó para pagar el hotel donde se hospedaba, pues salió con el predicador del establecimiento como si se fuera a dar un paseo, es decir, sin equipaje. Ya se había encargado él de llevar todas sus cosas al coche, por lo que el encargado de la recepción no sospechó nada.

—Pero, no me llames «padre», Susan. Para ti soy simplemente «Jimmy», ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Jimmy. Es un placer. Encantado de conocerte —replicó, soltando una carcajada.

—Yo sí que estoy encantado, mi pequeña aprendiz. Verás como tu vida cambia de forma radical en cuanto que lleguemos a nuestra Comunidad.

—Estoy deseándolo, padre… quiero decir, Jimmy. Llevo años buscando precisamente esto.

El hombre sonrió maliciosamente mientras el aire que entraba por las ventanillas le revolvía caprichosamente el pelo. Podía haber puesto la capota de su Cadillac, pero la tarde era cálida y a ella no le importó en absoluto que no lo hiciera.

—Oye, Jimmy, me tienes que contar más detenidamente cómo es el rito ese de iniciación. Estoy un poco asustada y…

—No tienes de qué preocuparte, Susan. Es una ceremonia muy especial, en la que te unirás en cuerpo y alma a nuestra comunidad, para siempre. Un rito iniciático que recordarás con sumo cariño durante toda tu vida.

—Estoy deseando empezar, Jimmy.

—Participarás junto con otras dos jóvenes, que llevan ya un tiempo preparándose para esa ceremonia tan querida.

—¡Ah! Pero… yo no he recibido ninguna preparación…

—En tu caso no es necesario, Susan. Tú eres una persona curtida y entrenada en los asuntos de la vida, mientras que ellas, no lo son.

—No me estarás llamando vieja, ¿verdad?

—¿Tú, vieja? —la miró, soltando una carcajada—. Te aseguro que hay veinteañeras en nuestra congregación que no son tan deseables como tú.

—¡Ay, Jimmy! ¡Eso es todo un halago! —contestó, mirándose por el espejo, y lamentándose de tener el pelo tan corto—. Tenías que haberme visto a mí con veinte años… Quedé finalista en varios concursos de belleza, ¿sabías?

—¿Sólo finalista? ¡Qué injusticia! ¡Deberías haber ganado todos! ¡Los podrías ganar ahora mismo si te animaras a presentarte! —exclamó, y los dos volvieron a reír, dándole ella un pequeño manotazo de cariño en el muslo derecho.

—Oye, Jimmy.

—Dime, pequeña aprendiz.

—¿Estás seguro de que puedo repudiar a mi marido sin incurrir en pecado?

—Desde luego, hija. La propia Biblia lo dice así: *«Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, y la despedirá de su casa. Una vez que salga de su casa, ella podrá casarse con otro hombre».* Deuteronomio, 24,1-2. ¿Te das cuenta?

—Pero, ¿eso vale para el hombre, o también para la mujer?

—Aquí la palabra hombre y mujer se usan indistintamente. Lo que pasa es que, en el antiguo Israel las mujeres eran muy casquivanas, y esos casos se daban con frecuencia en el sexo femenino. Por eso se emplea el masculino como el ofendido, y no al revés.

—¡Ah!... Entonces, ¿bastará con que yo le escriba una carta a mi marido? ¿No hace falta que me divorcie legalmente?

—Bastará. En nuestra comunidad no necesitamos documentos elaborados por los hombres para aceptar una situación. ¡Solo la ley de Dios nos sirve y nos guía, Susan! En el momento en que le escribas la carta, ya estarás divorciada y podrás casarte con quien quieras.

Susan

—Buenos días, señora. ¿Es usted Susan Carpenter?

—Sí, agente. ¿Ocurre algo?

—Me temo que va a tener que acompañarnos.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Se lo explicarán en comisaría. Por favor, deje lo que esté haciendo, y venga con nosotros.

La mujer había oído el timbre de la entrada y se había acercado a abrir. Llevaba puesto un delantal, y acudió a la puerta con una cuchara de madera con restos de comida. Totalmente perturbada, se vistió de forma más adecuada delante de los agentes y los acompañó, sintiendo una gran turbación e incertidumbre, pues aquellos hombres no le decían nada. Al llegar a la comisaría, y tras varias horas de espera, por fin se le permitió entrar en el despacho del comisario, y allí le informaron de la razón de su detención:

—Debe usted más de mil doscientos dólares al hotel Memphis, señora.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Estuvo alojada allí más de un mes, hace un par de semanas.

—Pero, ¿qué está usted diciendo? Yo no he estado nunca en ese hotel.

—Hotel Memphis en Minneapolis, señora, ¿no lo recuerda? Por favor…

—Comisario, le juro que yo nunca he estado en ese hotel. Ni siquiera he estado en esa ciudad en mi vida.

El comisario suspiró, y de forma parsimoniosa procedió a sacar un papel de una carpeta que tenía sobre la mesa, que parecía tener algo fotocopiado.

—Nos lo ha mandado el gerente del hotel. Es esta su licencia de conducir, ¿verdad?

—Sí, pero… —contestó, tras echar un vistazo a lo que le enseñaban.

—Usted entregó ese documento cuando se identificó al llegar a ese establecimiento. ¿Lo recuerda ahora, señora?

La mujer se quedó mirando al policía durante unos segundos, y tras pensar unos instantes, suspiró y dijo:

—Ese carnet lo perdí el otoño pasado. Alguien se ha estado haciendo pasar por mí, agente.

—¿No me diga? —insinuó, con incredulidad. Y, ¿por qué no denunció su extravío?

—Soy muy despistada, comisario, y pensé que lo había extraviado dentro de mi casa. Lo busqué por todas partes y al final me di por vencida, y me saqué un duplicado. Además, ¿hubiera servido de algo la denuncia?

—No, desde luego. Los caraduras se valen de esa estrategia. En cualquier caso, me temo que va a tener que permanecer en comisaría, hasta que lo aclaremos. —hizo un inciso—. ¡Charly!

—Sí, comisario —replicó alguien, en la habitación contigua.

—¿Has comprobado las declaraciones de los hoteles de los últimos meses?

—¡Sí, comisario!

—Por favor, Charly, ¿puedes venir aquí, y así nos ahorramos los gritos?

—¡Sí, comisario!

El subordinado se tomó su tiempo, y llegó al cabo de un rato con unos cuantos papeles. Cuando entró dijo:

—Buenos días, señora. Comisario. Susan Carpenter estuvo en el hotel Memphis como refiere la denuncia, y antes de eso también estuvo otra temporada en otro hotel de Marengo.

—Allí debió usted de pagar, señora, pues ese hotel no le ha denunciado.

—Yo no he estado en Marengo ni en Minneapolis, comisario, ya se lo he dicho. He estado en mi casa y en mi trabajo, en el hospital Central. Puede preguntar allí. Y también en mi parroquia: los martes y los jueves nos reunimos en el grupo de oración. Y por supuesto el domingo, en misa. Y tengo testigos, lógicamente.

Llegada a la Comunidad

La finca «El Edén» estaba ubicada en medio de la nada, en un bosque a muchas millas de la ciudad de Portland.

Se componía de un conjunto de edificios bajos, donde se distinguía un comedor, un bloque de dormitorios, un almacén, y otro grande en el centro donde se hacían las ceremonias religiosas. También había un gran descampado en la parte de atrás, destinado a realizar los «ritos iniciáticos».

—He dormido como nunca, Jimmy. No sé por qué será, pero aquí me siento de maravilla. ¡Hacía tiempo que no dormía de un tirón! ¿Qué me disteis en la cena?

—Nada, pequeña aprendiz. Es la energía que emana de Dios y que se comunica a través de los miembros de su Iglesia preferida. Este lugar rezuma paz y quietud, como anticipo al paraíso, y porque el Gran Hacedor habita en él.

—¡Ah! Jimmy, ¡te tenía que haber conocido antes! ¿Qué haremos hoy? Estoy deseando que me enseñes, maestro.

—Primero vamos a desayunar. Sin el necesario alimento, no podemos comenzar ninguna enseñanza. Pero no te alarmes, nuestra comida no es nada animal. Son solo hierbas y sustancias que nos harán conectar de forma más sencilla con la Divinidad.

—¿Con Jesús?

—Por supuesto, ¿con quién si no?

—Claro.

Entraron en el comedor y allí se dispusieron en un pequeño apartado, donde estaban solos. Allí conoció a Harry, el hermano de Jimmy, un hombre algo más joven que él, menos robusto, y algo más serio. Tras dirigirle algunas palabras amables, se dispuso en un lugar apartado y dejó que su hermano llevara la mayor parte de la conversación.

—¿Dónde está el resto de la comunidad?

—Están allí, al otro lado de la mampara. ¿No los oyes? —señaló, y ella afirmó con la cabeza—. Pero todavía no los puedes ver. No hasta que hayas pasado el Rito. Son seres de luz que tienen la Plena Visión Serena.

—¿Qué es eso?

—Es el estado de felicidad en el que vivían nuestros primeros padres antes de la Caída.

—¡Cómo me gustaría ser como ellos!

—Hoy tendremos la continuación de las charlas iniciáticas, de preparación para la ceremonia de iniciación. Participarás junto a toda la Fraternidad, en unión con las otras dos hermanas que te acompañarán en esa noche tan maravillosa.

—Estoy deseando conocerlas, Jimmy. ¿Quiénes son?

—Mira, por allí vienen —dijo, señalando a dos chicas que aparecían, entrando por una de las puertas laterales—. Son la hermana Glenda, y la hermana Karen.

—Pero… ¡Van medio desnudas! ¿Qué impudicia es esta? —porfió, de forma algo desaforada.

Efectivamente, las dos «hermanas» vestían con unas prendas similares a un bikini, que en el caso de la hermana Glenda dejaban traslucir claramente uno de sus pechos. Unas jóvenes adolescentes con una ropa demasiado «fresca» para la estación en la que estaban, en aquel estado del norte de Estados Unidos.

—Esto es el paraíso, Susan, ¿es que no te has dado cuenta? ¿Acaso Adán y Eva no iban desnudos? ¿Acaso Dios no los creó desnudos? La ropa se inventó como un remedio al pecado, ¡no lo olvides! «*Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales*» (Génesis 3 -7) ¿Lo recuerdas, pequeña aprendiz? —preguntó, y ella asintió—. Anoche, antes de acostarnos, lo estuvimos leyendo. Anda, tómate un poco más de esto.

—Sí, ya lo sé, pero… —dudó, mientras bebía algo más de aquel brebaje.

—Jesucristo murió para salvarnos del pecado, y por tanto el pecado ya ha sido purgado. El pecado originó que el hombre se vistiera; pero ahora, al no existir esa lacra, ¿qué sentido tiene ocultar lo que Dios creó? Con la redención, Cristo nos devolvió al estado primigenio, a ese existir prístino de nuestros primeros padres. Con la ropa, pequeña aprendiz, estamos ignorando aquel eximio don, aquella enorme gracia que el Señor nos concedió. Es la terquedad del hombre en regocijarse en el pecado, como hacen los Exteriores.

—¿Los Exteriores?

—Sí, pequeña aprendiz, Los Exteriores son los que no pertenecen a nuestra Comunidad.

—¿Yo soy Exterior?

—Lo eres, pero por poco tiempo. Por eso debes permanecer vestida. La hermana Glenda es casi ya una de las nuestras, y por tanto se le permite enseñar parte de su desnudez. Dentro de dos noches será luna llena, y entonces las tres seréis Interiores. Será cuando se realice el Rito, y ya serás una de las nuestras.

—El rito… luna llena, eso suena muy pagano, Jimmy.

—La palabra rito es un sinónimo de liturgia, mi pequeña aprendiz —intentó corregir, mientras casi le obligaba a beber aquella pócima, hasta que se la terminó—. Y la luna… la luna llena es maravillosa, Susan, ¿es que no te has dado cuenta? ¿Quién no se extasía ante una luna llena recién salida por el horizonte? ¿Quién no se maravilla ante esa circunferencia plateada que el Sumo Hacedor ha creado para nuestro de-

leite? Yo desde luego que sí, Susan, y es de personas agradecidas celebrar una ceremonia semejante dando gracias al Creador por semejante belleza, admirando una de sus más sublimes creaciones. ¿Es que no te das cuenta?

—Desde luego que sí, Jimmy, ahora lo comprendo perfectamente.

—Así me gusta, mi pequeña aprendiz. Veo que vas comprendiendo, y aprendiendo. Dentro de dos noches, podrás integrarte plenamente con nosotros, y entonces vivirás desnuda, como los ángeles, como los seres de luz, en este paraíso terrenal que Dios ha concedido a sus elegidos.

Julius

—Sí, señor agente. Esa mujer estuvo por aquí varios días —respondió, al ser interrogado el encargado del hotel.

—¿Podría describirla? —preguntó el policía, tomando un bloc de su bolsillo, dispuesto a tomar notas. Habían acudido a Marengo, por ser un pueblo que entraba en su jurisdicción al estar cerca de Chicago. Con lo que averiguaran, avisarían a la policía de Minneapolis.

—Era una mujer de… unos cuarenta años. Alta… Casi metro ochenta. Delgada, buena figura. El pelo muy corto y unos grandes ojos azules.

Charly miró a su compañero, giró la cabeza hacia los lados y le dijo:

—Me temo que no es la misma. La verdadera señora Carpenter no creo que pase del metro setenta, y el pelo… podría llevar peluca, pero no lo creo. Los ojos sí son azules, pero grandes… Yo no los describiría como grandes.

—¿Por qué no comprobó usted la identidad de la mujer? —se dirigió al gerente.

—¡Qué quiere que le diga! Con todas las mujeres pasa lo mismo. La foto del carnet es de años atrás, y el aspecto ya ha cambiado.

—¿Le dijo adónde iba? ¿Por qué estuvo aquí tanto tiempo? Este es un hotel de paso, ¿no es así?

—Sí, la gente no suele estar por aquí más de una o dos noches. Me dijo que había tenido una mala experiencia en el pasado, y que quería «reencontrarse». Le gustó el Huntley Union —ya sabe, el sendero que une el pueblo de Union con Marengo— y salía a correr por ahí todas las mañanas. Pero, —siguió Julius— ¿por qué me preguntan por ella? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Dejó una deuda de mil doscientos dólares en un hotel de Minneapolis. Usted tuvo suerte de que le pagara.

—¡Ja! —exclamó—. A mí también me dejó a deber casi quinientos.

—¿En serio? ¿Por qué no la denunció?

—Me lo cobré en carne —susurró.

—¿Cómo dice?

—Nada, cosas mías… Agente, esa mujer estaba como un cencerro. ¡Estaba loca de remate! Por un lado, me alegré de que se largase. No quería saber nada más de ella, y por eso no la denuncié.

Preparación para la ceremonia

Pasaron todo el día en el Gran Salón del Edén, rodeados de ángeles que cantaban, que recitaban la Biblia y que alababan a Dios, mientras que el Sumo Sacerdote del Dios Creador tocaba suavemente el piano y deleitaba a su pía audiencia con su aterciopelada voz.

Cuando algún ángel parecía dar alguna cabezada, hábiles serafines auxiliares abrían apropiadamente las ventanas para que entrara el aire del exterior, y limpiara de alguna manera aquella cargada atmósfera donde el «incienso» perfumaba la estancia.

—Oye, Jimmy, ¿por qué van vestidas todas las mujeres? ¿No me habías dicho que aquí se habita desnudos?

Habían terminado de cantar y se estaban sirviendo algunos canapés de jengibre, y los dos hermanos permanecían junto a la nueva aprendiz. La estaban instruyendo sobre todas las bondades del Jardín del Edén, y entonces ella comenzó a darse cuenta de algunas cosas.

—Es por ti, Susan. Mientras sigas siendo una Exterior, no puedes disfrutar plenamente de los placeres de nuestro jardín paradisíaco. La desnudez te ofendería. Una vez que hayas pasado el Rito, ya serás una de las nuestras y no habrá más barreras entre nosotros y tú.

—Ya comprendo. Y… ¿por qué no hay hombres?

—¡Claro que hay hombres! Estamos mi hermano y yo.

—Ya, pero, ¿por qué no hay más?

—No lo sé, pequeña aprendiz. Dios invita a todos sus hijos a beber la copa rebosante de la felicidad que se ofrece en el Jardín del Edén, pero su tozudez y su apego al pecado les hace rechazar ese inefable don. Solo las mujeres puras como tú parecen aceptarlo, y es algo que me entristece… ¡oh!, no sabes cómo me entristece…

—Pero, ¿cómo sabe la gente que Dios les llama a este lugar?

—Deberías beber más del supremo elixir, Susan. ¿Es que no te gusta? —intervino Harry, el hermano.

—¡Oh, sí! Sí me gusta… lo que pasa es que parece que… no sé… me adormece… no me hace pensar con claridad…

—Eso es porque todavía no eres *Interior*, pequeña. Cuando lo seas, te aseguro que te encantará, y no podrás comer ni beber otra cosa que no sea nuestro *maná*. Y respecto a tu pregunta —siguió—, ¡sólo Dios lo sabe! Él es quien destina a sus hijos e hijas a habitar en este lugar. Él es quién los elige y quién los pone en el camino de la felicidad, el camino que conduce hacia este jardín celestial.

—Como me condujo a mí…

—Así es, pequeña aprendiz. Aunque tú creas que fuiste tú quién me buscaste y yo quien te traje, en realidad fue Él quién te guio. Fue él quien se compadeció al ver tu corazón afligido, y te colocó en la senda de la salvación. Es Él, en definitiva, quien guía nuestros pasos, nuestras acciones, lo que comemos, lo que bebemos, lo que hacemos en todas las horas, y en todos los minutos de nuestra vida. Sólo Él es el responsable de nuestra existencia. Sólo Él es la causa y el fin último al que tendemos todos los bienaventurados, todos los Interiores. ¿Lo comprendes, Susan?

—Sí, Jimmy, lo comprendo perfectamente. ¡Cada vez lo veo todo más claro!

—Y más claro aún lo verás, mañana, pequeña aprendiz. Mañana ya serás de las nuestras, y tu felicidad será completa. Completa y grandiosa. Te extasiarás en nuestra compañía y te deleitarás con la copa del maná. Mañana… serás nuestra. Mañana, después de la ceremonia, el *maná* será tu único alimento.

Una mujer con ojos azules

—Parece que es verdad lo que nos dijo esta mañana, señora Carpenter. Hay una mujer que suplantó su identidad. Nos han dado la misma descripción en los dos hoteles en los que teóricamente estuvo usted, y también en una agencia de alquiler de coches. En la puerta del Memphis dejó aparcado un vehículo que había alquilado semanas atrás, y que tampoco pagó.

—Y, ¿quién es?

—Eso nos lo tendrá que decir usted —replicó el comisario.

—¿Yo?

—Sí. ¿Conoce a una mujer alta, delgada, de unos cuarenta años, con el pelo corto y los ojos azules?

La mujer comenzó a pensar y fue a decir algo, pero el comisario añadió:

—Parece ser que le gusta mucho el deporte. Corre durante varias horas todas las mañanas.

—Pues no, no la conozco. El carnet se me debió de perder estando por la calle. Quizás fui a sacar algo de la cartera, a pagar algo en algún comercio… No lo sé.

—Está bien, señora Carpenter. Lamentamos mucho haberla retenido aquí durante todo el día. La próxima vez, denuncie el extravío. Siempre puede servir de algo.

—De acuerdo, así lo haré.

—Y si recuerda algo, por favor, infórmenos.

La mujer se levantó, contrariada, con un gesto de cierto enfado por haberla tenido allí todo el día. Recogió su abrigo y el bolso del respaldo de la silla, y fue a salir del despacho, cuando se volvió:

—Comisario.

—¿Sí?

—He estado aquí muchas horas, y como usted comprenderá he tenido tiempo para pensar.

—¿Y bien?

—He estado haciendo un inventario de las personas con las que traté en los días previos a darme cuenta de que no tenía el carnet, y… bueno, por si le sirve, había pensado en varias. Todas son personas conocidas y de mi confianza, pero estuvieron cerca de mí de alguna manera. También le digo que no creo que ninguna de ellas tenga razones para hacer una cosa así, excepto una. Iba a dar su nombre, pero no me encaja con la descripción que me han dado.

—¿Quién es?

—Daphne Ayers.

—Y, ¿qué es lo que no le encaja? Por favor, siéntese.

La mujer se volvió a sentar y siguió:

—Era amiga mía, hasta que se separó del marido y su carácter cambió. Se volvió irascible, desconfiada… estaba un poco loca, la verdad.

—¿Cuándo la vio por última vez? —preguntó, mientras accedía a la información sobre Daphne en el ordenador.

—Un poco antes de perder el carnet. Estuvo en mi casa, y pudo ser que lo sacara de mi bolso mientras yo estaba en la cocina. No esperaba eso de ella, la verdad, pero se volvió una mujer muy rara, y…

—¿Daphne Ayers? Esta mujer estuvo involucrada en el caso de Janet Arley, hace unos meses —constató, leyendo su expediente—. De hecho, usted estuvo en el juicio y…

—Se me preguntó por ella, sí. Pero yo no he vuelto a saber nada de esa mujer desde ese día. Y nunca relacioné la pérdida de mi carnet con ella, la verdad.

—Una de las acusadas la señaló a ella como autora del crimen… pero nunca se demostró. Aquí está la fotografía de su pasaporte —dijo, viendo los archivos—. Esta mujer es rubia, ojos azules… Ha viajado muchísimo al extranjero.

—Sí, su marido es una estrella del rock y hacía conciertos alrededor del mundo. Ella siempre le acompañaba. Pero lo que no me encaja es que haga deporte, que esté delgada, que se haya cortado el pelo…

—Esas cosas pueden cambiar, desde luego. ¿Dice que estaba un poco loca?

—Estaba en tratamiento psiquiátrico, según me decía. La trataba el doctor Hammer, un psiquiatra que pasa consulta en el centro de Chicago.

—Comisario, es ella —dijo Charly—. Recuerde lo que nos dijo el gerente del hotel.

—Que estaba loca de remate.

—Eso es. Encaja con una persona que huye tras cometer un crimen. Adquiere una identidad falsa y no se vuelve a saber de ella.

—Pues sí, tiene toda la pinta. Habrá que avisar a los oficiales que llevaron su caso.

Miriam

—Ven, Susan, te quiero presentar a una persona muy especial para la comunidad. Esta es Miriam, mi mujer.

—Hola, Miriam, encantada de conocerte.

Habían terminado de comer y los serafines auxiliares estaban preparando la tan esperada ceremonia. Todo un conjunto de chicas jóvenes, mínimamente vestidas, iba de acá para allá llevando enseres y disponiendo todo tipo de adornos florales y motivos religiosos para que el Rito se celebrase de la forma prevista.

La mujer que le habían presentado se parecía de alguna manera a ella: una mujer delgada, con el pelo corto, y una sonrisa que parecía no abandonarla nunca, como si estuviera operada y no pudiera dejar de sonreír, aunque quisiera.

—Estoy seguro de que os vais a hacer grandes amigas, Susan. Quiero que le confíes a ella todas tus cosas externas. Te deberás desprender de todo lo material, ya lo sabes. Lo material es un lastre que impide ascender hacia la divinidad. No se puede entrar en el Edén con apegos mundanos, y todas tus pertenencias ahora serán de la Comunidad.

—Pero…

—¿Acaso no recuerdas lo que leímos ayer, pequeña aprendiz?

—El Evangelio de San Mateo.

En ese momento el hombre tomó su Biblia del bolsillo, la que siempre llevaba consigo, y la abrió por el lugar donde había leído la noche anterior:

—*«En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: -"Nadie puede estar al servicio de dos amos. Porque despreciará a uno y querrá al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero.*

Por eso os digo: No estéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer o beber, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad a los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues, si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados, pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los gentiles se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso.

Sobre todo, buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos".» (Mateo 6, 24-34)

—Yo no quiero tu dinero, Susan —siguió—. Solo quiero tu bienestar. Es Jesús quien te ordena que te desprendas de todo lo material… ¡incluso del vestido! ¿Es que no lo has oído? ¿No lo has visto con tus propios ojos, escrito en el Libro Sagrado?

—¡Oh, sí, Jimmy! Lo que ocurre es que estoy todavía apegada al Mundo y estoy ciega a lo espiritual…

—Veo que vas aprendiendo. Esta noche todo eso terminará, pequeña, y te fundirás de tal manera con nosotros que ya no serás más Susan Carpenter. Serás Edén, un ser que es la suma de muchos, donde no existe la individualidad; esa unión fraterna de todos los elegidos, donde todos disfrutamos como hermanos de la redención copiosa de Jesucristo.

—Así sea —respondió. Solo le faltó decir «amén».

—Así será.

Capitán Holder

—¿Capitán Holder? ¿Es usted el capitán Holder, de la policía de Portland?

—Al aparato.

—Encantado. Yo soy el teniente Davis, de la policía de Chicago.

—Hola, teniente, estaba esperando su llamada. ¿Qué es lo que han averiguado?

—Como le habrán informado, estuvimos llevando el caso de Janet Arley. Supongo que lo conocerá, pues fue bastante mediático.

—Sí, teniente, ahórrese los pormenores. Por lo que me han dicho, una de sus sospechosas ha aparecido y por lo que parece se ha juntado con un tipo al que estamos persiguiendo nosotros.

—En efecto. Fue denunciada por dejar a deber una importante suma de dinero en un hotel. El encargado de Recepción nos dijo que salió con otro huésped, un tal Jimmy Montana. Buscamos en los archivos y parece ser que está siendo buscado por ustedes.

—Pues sí. Es un hombre muy peligroso. Él y su hermano se hacen pasar por sacerdotes y captan a personas, fundamentalmente mujeres, que se encuentran en situaciones de vulnerabilidad. Gente que está al borde del suicidio, o que captan en los primeros cursos de la universidad tras un desengaño amoroso. Se les conoce por «la secta del Edén».

—Me suena haberla oído en alguna parte.

—Es una secta destructiva, que droga a sus miembros para conseguir el sometimiento de la voluntad. Como le digo, los dos hermanos captan a mujeres maduras, con problemas, pero también con dinero, y les obligan a donarles toda su fortuna. Y también a chicas adolescentes, justo recién cumplida la mayoría de edad, con el fin de obtener de ellas todo tipo de favores sexuales. La policía los busca desde hace tiempo, y aunque sabemos dónde tienen la finca, no tenemos todavía pruebas del trato que les están dando a esas mujeres.

—Supongo que las denuncias vienen de los familiares, ¿no es así?

—Supone bien. En varias ocasiones hemos acudido allí para interrogarlas, pero las víctimas están totalmente «abducidas», si me lo permite, y no conseguimos que quieran salir de allí y volver con sus familias.

—Entiendo. Y, ¿no se les puede echar mano con el asunto de las drogas?

—No les hemos conseguido pillar con eso de forma clara, y todavía ningún juez ha autorizado un registro para verificar lo que tienen. Pero es más que obvio que las usan y de forma masiva, por cierto.

—¿Dónde las consiguen?

—Viajan fuera del Estado y se hacen con pequeños traficantes que se las suministran. Siempre en pequeñas cantidades, para que no puedan acusarles de narcotráfico. También creemos que vienen ocultas en las furgonetas de suministros que les visitan regularmente. Eso es algo que hemos descubierto hace poco, y estamos intentando interceptar alguno de los envíos. Aparte claro está, todas las sustancias psicotrópicas legales que usan también con profusión.

—¿Cómo cuáles?

—Benzodiacepinas, barbitúricos, antidepresivos… todo tipo de sustancias «legales» que se prescriben con receta, y algunas que son más avanzadas como la escopolamina o la ayahuasca. Y por supuesto, también *éxtasis*.

—Vaya tela, capitán.

—Creemos que las noches de luna llena suelen hacer lo que ellos llaman «ceremonias de iniciación», y son momentos en que las consumen en abundancia. Precisamente ahora tenemos montado un dispositivo en las inmediaciones de la finca, para intentar sorprenderles, pues esta noche van a tener una fiesta. Hemos conseguido infiltrar a un «topo», y con eso esperamos obtener la tan deseada orden judicial.

—¿Cree usted que la presencia de Daphne Ayers entre ellos puede ser una oportunidad?

—Yo creo que sí, pues existe una orden de detención contra ella. Con esa excusa podemos entrar… hasta la cocina, si hace falta.

—Tengan cuidado, capitán. Esa mujer es sospechosa de asesinato, y además está mal de la cabeza. Si ahora se ha juntado con esa gente… puede ocurrir cualquier cosa.

—Lo sé, leí el expediente del caso que llevaron ustedes. ¿Saben algo nuevo de ella, aparte de lo que se dijo en el juicio?

—Poco más. Estamos intentando localizar a su psiquiatra, por si él nos puede dar alguna indicación sobre su estado mental. En cuanto sepamos algo, se lo haremos saber.

—Hágalo, por favor. Aunque solo sea para saber a qué atenernos.

Ayahuasca

—¿Casarme contigo, Jimmy?

—¡Por supuesto! ¿Acaso no lo deseas? Yo soy la cabeza de esta Comunidad, y solo uniéndote a mí podrás participar plenamente de ella. ¿No te lo dije? Es una unión en cuerpo y alma, Susan ¿No lo ves? ¡Mira el fuego!

Daphne miró al fuego, y allí vio figuras angelicales que bailaban alegremente alrededor de la hoguera. Vio un paraíso celeste cubierto de terciopelo blanco, donde los hombres y las mujeres miraban absortos hacia una figura resplandeciente que había más arriba y que era Jesucristo. El mismo Salvador les bendecía desde las alturas y decía una y otra vez: «paz y amor, hermanos… ¡paz y amor!».

Por su parte, Glenda y Karen estaban totalmente hipnotizadas y sus ojos abiertos como platos miraban hacia el infinito, como si estuvieran viendo a Dios en su resplandeciente gloria. Otro grupo de mujeres más allá, totalmente desnudas, coreaban canciones compuestas por el gran gurú de aquella secta, es decir, el inefable Jimmy Montana.

Sin embargo, la ayahuasca y el resto de las drogas todavía no habían hecho plenamente su efecto en la tal Susan, y entonces preguntó:

—Pero… tú ya estás casado… con Miriam.

—¡Claro! Con Miriam y con todas las demás, pequeña aprendiz. Ella es mi esposa más reciente, pero ahora lo serás tú.

—¡Eso es pecado, Jimmy! ¡Es poligamia…!

—¡Desde luego que no! —se irritó—. Salomón tuvo setecientas mujeres y trescientas concubinas (1Reyes 11 1:4) Y también Esaú: *«…y Esaú fue a Ismael, y tomó por mujer, además de las mujeres que ya tenía, a Mahalat, hija de Ismael».* Génesis 28:9. ¿Es que no lo recuerdas, Susan? ¡Hace un rato lo hemos leído en la Biblia…! Anda, toma un poco más de esto. La luna está a punto de salir.

La mujer obedeció, y sonrió, y poco tiempo después fue llevada a «la despensa», el lugar donde Miriam recogió sus pertenencias, incluida la pistola, y también firmó algunos papeles. A continuación, fue conducida al Gran Salón de la Luna, una estancia circular con una apertura en el techo por donde Selene bañaba con sus rayos plateados los cuerpos desnudos de todos los celebrantes. Allí, en presencia de todos, se leyeron algunos versículos de la Biblia, y las tres mujeres novicias fueron despojadas de sus túnicas blancas por sendas muchachas adolescentes que estaban también desnudas.

Y entonces… Entonces comenzó la orgía.

Doctor Hammer

—Buenas tardes, doctor Hammer. He de reconocer que es usted un médico muy ocupado. Pero no se preocupe, que no le molestaré demasiado.

El teniente Davis había acudido en persona a la consulta del psiquiatra de Daphne, pues le fue imposible poder hablar con él por teléfono. La secretaria le dijo que le llamaría en un hueco entre pacientes, pero no terminaba de hacerlo y entonces se decidió a ir en persona. La comisaría estaba cerca de su clínica, y también, pensó, estando él delante, con su corpulencia y su imponente uniforme azul, quizás se impresionase y no se amparase en el secreto profesional.

Y lo cierto es que no había tiempo que perder, pues sus compañeros de Portland estaban a punto de montar un dispositivo en el que cualquier información sobre Daphne era más que valorada.

Después de introducirle someramente los detalles del caso de Sam y de la secta en la que estaba ahora, el médico le dijo:

—Le tuve que subir las dosis de las pastillas, lo cual era extraño, pues ya eran dosis bastante altas. Yo creo que no se las estaba tomando.

—¿Qué era lo que le ocurría?

—Eso pertenece al secreto profesional, Davis. Solo con una orden judicial podría decírselo, y aun así, no podría entrar en ciertos detalles.

—Doctor, está en juego la vida de algunos compañeros, los que van a participar en el operativo. Cualquier información que ellos puedan saber para minimizar riesgos, será bienvenida… y necesaria.

—Que yo le diga lo que le ocurría a la señora Ayers no creo que sirva de mucho a sus compañeros, agente.

El teniente se echó hacia atrás en su silla, suspiró y tras unos segundos le dijo:

—Está bien. Entonces, sin entrar en detalles, me gustaría hacerle algunas preguntas «genéricas».

—Usted dirá.

—Es para conocer la reacción que pueda tener Daphne, o mejor dicho una persona como Daphne, en medio de una «fiesta» donde se consuman ciertas sustancias estupefacientes.

—¿Qué tipo de sustancias?

—Drogas como el éxtasis o la escopolamina. ¿Qué me puede decir de eso?

—La escopolamina es un fármaco capaz de doblegar la voluntad de las personas. Muchos delincuentes la utilizan para conseguir que sus víctimas les den dinero de

forma voluntari,a o bien que les revelen las claves de sus tarjetas de crédito. También la usan para…

—Sé lo que es la «burundanga», doctor —interrumpió—. Muchos degenerados la usan para conseguir que las chicas se dejen hacer de todo, sin que recuerden casi nada pasadas unas horas. Yo me refería al efecto que le puede hacer a Daphne, en su estado de tratamiento, es decir, como enferma psiquiátrica.

—Pues, si ha dejado de tomarse las pastillas como yo presumo, nada bueno desde luego.

—Y, ¿combinado con la ayahuasca?

—La ayahuasca es un potente alucinógeno y produce efectos psicóticos, al igual que el éxtasis. Es lo peor que se le puede dar a una persona como ella, que precisamente lo que necesita son antipsicóticos.

—¿Tiene una psicosis, entonces?

—Yo no he dicho tal cosa, Davis.

—De acuerdo, de acuerdo. Usted no ha dicho que Daphne tiene una psicosis. Pero dígame, doctor, una última pregunta…

—Dese prisa, por favor. Como ha podido comprobar, tengo la consulta llena de pacientes en la sala de espera, y ya voy bastante retrasado.

—Sí, desde luego. Pongamos por caso una persona como Daphne. Mejor dicho, y perdone —rectificó, cuidando las formas—, una persona que… sufre alucinaciones, que tiene ideas paranoicas... Si esa persona se expone al éxtasis, a la burundanga y a la ayahuasca… ¿Qué puede ocurrir?

—Puede ocurrir cualquier cosa, teniente. Darle algo así a una persona como esa es… es como intentar apagar un fuego con gasolina.

El Salón de la Luna

Ella fue la primera que se despertó. Su estado de agitación interna le había mantenido en una especie de duerme vela durante toda la noche, o mejor dicho, las cuatro horas que había durado aquello. Había visto, o creía haber visto todo tipo de cosas grotescas, irreales, fantásticas… y por supuesto, pecaminosas. Muy pecaminosas.

La luna había salido alrededor de la una de la madrugada, y ahora estaba al otro lado de la cúpula celeste dejando paso al astro rey que comenzaba a despuntar tímidamente por el horizonte.

La escopolamina había dejado de hacer su efecto primario, pero la combinación con las otras drogas había cortocircuitado las pocas neuronas de cordura que aún le quedaban. Cuando se despertó de aquella noche de desenfreno, no recordaba nada de lo que había ocurrido, pero se encontró totalmente desnuda, vestida solamente con sus zapatos y rodeada de más cuerpos también desnudos. Entre ellos estaban Glenda, Karen, las muchachas que les habían quitado las túnicas y otras mujeres que también le habían presentado y cuyos nombres no recordaba. Y por supuesto, también estaban Jimmy, Harry, y otro hombre que no supo identificar.

Y entonces su cabeza explotó por dentro, literalmente. Totalmente escandalizada, se marchó rápidamente hacia «la despensa», y de allí extrajo el revolver que unas horas antes había confiado a Miriam y que vio cómo guardaba en un cajón. No era la misma pistola con la que mató a Sam, pues ya se había deshecho de ella tiempo atrás, sino otra que compró después. A continuación, se encaminó de nuevo hacia el Salón de la Luna, y cuando llegó comentó a gritar:

—¡Pervertidos! ¡Fornicarios! ¡Hijos de Satán! ¡Esto es un antro de lenocinio! ¡Un lupanar de lujuria y perversión! ¡Os voy a matar a todos!

A continuación, se puso a disparar a diestro y siniestro sin parar de soltar los consabidos insultos, y otros que balbuceaba entre disparo y disparo. Las mujeres se despertaron de inmediato y comenzaron a gritar, mientras que Jimmy y Harry se afanaban por ocultarse detrás de algunas de ellas. Demasiado tarde. Varios tiros les atravesaron en una carnicería que no cesó hasta que se vació el cargador, e incluso después ella siguió disparando sin darse cuenta de que ya no había balas. A continuación, se marchó, entró en el Cadillac de Jimmy que estaba aparcado en las cercanías, y arrancó derrapando... sin parar de reír como una loca, y nunca mejor dicho.

La huida

—¡Alto! ¡Alto! ¡Policía! ¡Deténgase!

Nada más salir de la finca se encontró a los hombres del capitán Holder que estaban apostados en las puertas de la misma, dispuestos a arrestar al hombre que había entrado aquella tarde y que era el que portaba las drogas.

El plan era hacerlo en cuanto saliera, y de no hacerlo antes del amanecer, entrarían a arrestar a Daphne y de paso comprobar lo que sospechaban.

Pero cuando oyeron los disparos en el interior, inmediatamente intentaron contactar con la persona infiltrada que tenían dentro de la finca:

—¡Agente Gómez! ¡Agente Gómez! ¿Qué es lo que está pasando? ¡Conteste, agente!

El agente Gómez, de nombre Miriam, tardó en contestar, pero finalmente tomó su intercomunicador y dijo:

—¡Capitán! No sé lo que está ocurriendo… Estoy en otro lugar dentro de la finca, preparando los accesos para cuando ustedes entren.

Y fue en ese momento cuando apareció el Cadillac circulando a toda velocidad.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Policía! ¡Deténgase!

Pero Daphne no solo no se detuvo, sino que aceleró todavía más y uno de los policías estuvo a punto de ser atropellado. Después continuaron disparando al coche según se marchaba, hasta que al final llegó Miriam, que acababa de salir de la finca, también armada.

—Ha habido una carnicería ahí dentro, capitán —dijo, intentando recobrar el aliento—. Al menos dos muertos y un sinfín de heridos. Ha sido Daphne, desde luego.

—¡Ya lo sé! ¡Es quién acaba de huir en ese coche!

—¡Atención a todas las unidades! —gritó por la radio uno de los agentes—. Se busca un Cadillac rosa con matrícula del Oregón UR-456. Lo conduce una mujer blanca de unos cuarenta y cinco años, con el pelo corto, que va desnuda. Se dirige hacia el oeste desde la carretera 84, en dirección a Portland. ¡Tengan mucho cuidado! ¡Es extremadamente peligrosa!

—Esa mujer está totalmente fuera de control, capitán —dijo Miriam—. No es que le falte un tornillo, ¡es que los ha perdido todos! Debemos detenerla antes de que haga daño a más gente.

Colton

La carretera estaba mal asfaltada y los baches se dejaban notar de forma ostensible con la velocidad que llevaba. Había llovido bastante en los días anteriores, y los charcos llenaban los mismos sin poder saber su profundidad.

Esa fue la causa del reventón. Su rueda delantera derecha explotó al impactar con un socavón, y el coche basculó hacia ese lado, saliéndose de la carretera y yendo a parar colina abajo a un pequeño desfiladero donde por fin un grueso árbol detuvo el vehículo. El impacto fue considerable y recibió un fuerte golpe en la cabeza que la dejó inconsciente durante unos minutos.

Cuando se despertó, se había reseteado por completo. No se acordaba de nada, y se preguntó qué estaba haciendo en aquel coche que no era el suyo.

La mañana estaba fresca, y desnuda como estaba, sintió frio. Levantó la vista, y a no mucha distancia de allí pudo divisar un sendero que le recordó mucho al Huntley Union, el camino que había recorrido tantas veces cuando estuvo en el hotel de Julius. Justo a esas horas era cuando solía correr por allí, y se acordó también del frio que tenía en esos primeros minutos, hasta que con la carrera entraba en calor. Entonces algo se conectó en su cerebro, salió del coche y comenzó a correr.

Y corrió como si tal cosa por aquel camino, hasta que llego a la localidad cercana de Colton, donde siguió corriendo ante el asombro de toda la gente con la que se cruzaba; hasta que se encontró con un policía que la detuvo.

—Señora, ¿no se da cuenta de que va desnuda? —la increpó, sin saber quién era.

—¿Yo, desnuda? ¡Ya quisiera usted que yo fuera desnuda! ¡Degenerado! ¡Sátiro! Los hombres ven a una mujer atractiva y lo primero que hacen es imaginársela desnuda. ¡Qué asco! —dijo, dirigiéndose a una anciana que presenciaba la escena, y que no sabía si asentir o reprenderla.

El caso es que siguió su camino, pero enseguida llegó el compañero del agente que había entrado a comprar algo en la tienda de al lado, y ya salía.

—Bill, ¿no será esa mujer que están buscando los de Portland? Blanca, pelo corto, desnuda...

—¡Pues sí! —entonces cayó—. ¡Eh, señora! ¡Deténgase!

Los agentes corrieron en su busca, pero ella se dio cuenta y corrió todavía más. Por fin, unas manzanas más allá, la derribaron y la arrojaron al suelo.

—¡Queda usted detenida! ¡Por favor, no se mueva!

Pero ella se defendió como un gato, y comenzó a insultarles, a golpearles y a defenderse como podía:

—¡Suéltenme! ¡Degenerados! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Estos hombres quieren violarme! Socorro…

El caso es que en Colton se había celebrado el día anterior una protesta del conocido grupo activista «Femen», una organización feminista radical que en esa ocasión protestaron por la caza de focas en el ártico. Y lo hicieron, como suelen hacer todas sus protestas, desnudas. Muchas mujeres simpatizaron con ellas, y un grupo de chicas que presenciaban la escena de Daphne comenzaron a increpar a los guardias:

—No está haciendo nada, suéltenla…

—Señorita, no se meta donde no le llaman.

—Solo por defender a los animales… ¡Debería darles vergüenza! ¿No ve que está indefensa? ¡Suéltenla! ¡No tienen ningún derecho! —dijo otra, algo mayor.

—Señora, ¡esta mujer es sospechosa de asesinato!

—¿Pero que está diciendo? ¡Suéltenme! ¡Yo no he matado a nadie! Pero… no me toque el culo, ¡so guarro! ¡Degenerado! ¡Sátiro!

—Señora, solo intento ponerle las esposas…

Pero no llegó a ponérselas ni siquiera en una muñeca. El grupo de mujeres se abalanzó sobre los dos guardias, y comenzó una refriega que Daphne aprovechó para zafarse de ellos, de forma que en unos instantes dobló una esquina y los agentes la perdieron de vista.

Por si fuera poco, los coches que pasaban por la calle aminoraban la marcha para poder ver el acontecimiento, y uno de sus conductores, que estaba distraído, se chocó con el de delante formando un buen atasco.

Cuando los agentes por fin se quitaron de encima a las mujeres, llamaron por radio para informar del accidente, e intentaron buscar a la fugitiva. Corrieron por todos los lados, miraron en los portales, en las tiendas… Nada. Parecía que se la había tragado la tierra.

Confesión

—Buenos días, padre, necesito confesión. Esta es una iglesia episcopaliana, ¿no?

—No, hija, esta es una iglesia católica.

—¡Ah! Es que me pareció que lo era…

—A veces nos confunden, sí, pero no es el caso. Si eres protestante, antes de participar en este sacramento deberías…

—¡Padre! ¡Necesito confesarme! ¡Estoy en pecado mortal! Y en peligro de muerte… Unos hombres armados me persiguen…

—¿Te persiguen? ¿Quién te persigue?

—¡Padre! ¿Es que no puede escucharme?

—Claro, hija, para esos estamos —se resignó el sacerdote, después de mirar hacia la entrada y hacia los bancos. Desde luego, no había nadie por allí, y la iglesia permanecía vacía. Desde la rejilla solo podía ver la cara de la mujer que tenía a su derecha, y difusamente, a través del enrejado.

—Padre, he tenido relaciones deshonestas con un hombre que no es mi marido.

—¿Qué tipo de relaciones?

—Cópula, padre. Cópula, con derrama.

—¿Cuántas veces?

—Creo que una, pero no estoy segura.

—¿No estás segura?

—Es que no lo recuerdo bien… Fue hace tiempo, en un hotel… en Marengo, creo. Y me parece que volví a repetirlo ayer.

—¿No recuerdas lo que pasó ayer?

—No.

—¿Qué es lo que te ha pasado? —preguntó, dándose cuenta del chichón que tenía en la cabeza, rodeado de sangre seca—. ¿Te has dado un golpe?

—Sí, padre. Como le digo, unos hombres me persiguen. Me han tirado al suelo… pero al final me he escapado. Creo que no me han visto entrar aquí.

—¿Por qué te persiguen?

—Creo que me quieren violar.

El sacerdote iba a levantarse, pero Daphne siguió hablando y se sentó de nuevo:

—Tengo dudas, padre. Dudas sobre la Biblia.

También él dudó, si seguir o no con aquella extraña confesión, pero su ética le hizo continuar. Si era cierto que estaba en peligro de muerte, su obligación le exigía escucharla.

—¿Qué tipo de dudas?

—En mi iglesia, aquí en Chicago, oí un sermón que hablaba sobre la poligamia. Parecer ser que Salomón tuvo setecientas mujeres y trescientas concubinas. ¿Es eso posible?

—En el Antiguo Testamento hay muchas referencias a hombres que tuvieron más de una mujer. Pero ese no es el plan de Dios. En circunstancias especiales, como las que se daban en esa época, es posible que Dios consintiera algo así, como mal menor. Pero el Señor insistió en repetidas ocasiones a lo largo de los evangelios en que el hombre y la mujer no pueden casarse con nadie, mientras alguno de ellos viva. Por ejemplo, en el pasaje de…

—Pero… ¿el divorcio está permitido? Estoy confundida, padre. ¿No dice la Biblia que para divorciarse basta con remitir una carta a la mujer deshonesta? Me suena haberlo oído en aquel sermón.

—Creo que te refieres a un pasaje del libro del Deuteronomio. Pero ese pasaje fue rebatido por Jesús en el Evangelio de San Mateo, concretamente en el capítulo 19: *«Él les dijo: "Moisés les permitió divorciarse de su mujer, debido a la dureza de su corazón, pero al principio no era así. Por lo tanto, yo les digo: El que se divorcia de su mujer, a no ser en caso de unión ilegal, y se casa con otra, comete adulterio"».*

—Ya.

—No sé lo que habrás oído, hija, pero hay que tener cuidado con leer las sagradas escrituras sin la asistencia de la Iglesia. Muchas sectas protestantes la interpretan a su manera, sacadas de contexto, y sin tener en cuenta las circunstancias o los motivos que puede haber detrás. La Biblia, mal interpretada es capaz de justificar cualquier cosa. Solo la Iglesia puede…

En ese momento se oyeron ruidos en la puerta y Daphne se volvió girándose para ver quién entraba. Se incorporó ligeramente, y mostró algo de su pecho que el sacerdote pudo ver claramente a través de la rejilla; ahí se dio cuenta de que iba desnuda.

—¡Pero hija! ¡Qué te han hecho!

—¡Son ellos, padre! ¡Son ellos! —gritó al ver a los policías—. ¡Quieren aprovecharse de mí!

El sacerdote salió del confesionario y encaró a los hombres situándose delante de Daphne, que se puso detrás de él, como si quisiera protegerse.

—¿Qué quieren de esta mujer? —les preguntó.

—Padre, esta mujer es sospechosa de asesinato. Tenemos que detenerla. Por favor, apártese. No queremos sacar las armas en este lugar, pero lo haremos si nos vemos obligados.

—¡No me entregue a ellos, padre! —exclamó, agarrándose al cura.

El sacerdote estaba totalmente confuso y no sabía si hacer caso a los policías, o bien defender a la mujer. Finalmente, se decidió por lo segundo.

—No puedo hacerlo.

—Padre, le aconsejo que no se inmiscuya en esto. ¿Qué es lo que necesita para creernos?

—Pues… que alguno de sus superiores me lo confirme. El sargento Méndez, por ejemplo. Mientras tanto, esta mujer permanecerá aquí, bajo mi custodia.

—¡Esto es delirante! —dijo uno de ellos. Primero la confunden con una activista y ahora esto….

El sacerdote la llevó a la sacristía, y allí le proporcionó una casulla que tenía en el ropero para decir misa. Daphne se la puso, y esperaron a que les llamaran de la comisaría. Al cabo de unos minutos sonó el teléfono.

—Buenos días, padre. Soy el sargento Méndez.

—¡Sargento! Aquí hay dos personas que dicen ser de sus hombres, que quieren llevarse a una mujer a la que han desnudado y…

—No, padre. Esa mujer no ha sido desnudada por ellos. ¿Tiene un televisor a mano?

—Sí. ¿Por qué?

—Enchúfelo. En el canal 25, por favor.

El sacerdote procedió a hacer lo que le decían, y en ese momento vio la noticia que se estaba retransmitiendo por la emisora local. Unos periodistas ya habían llegado a la zona, y estaban emitiendo las primeras imágenes de lo que había sucedido en el Salón de la Luna. El cura y los dos policías estaban estupefactos, y entonces este le preguntó a Daphne:

—Hija, ¿tú has hecho eso?

—¡Desde luego que no! ¡Yo no he estado ahí en mi vida! No me he movido de Chicago en los últimos tres años… Vamos, desde que a mi marido le echaron de Hazelnut.

QUINTA PARTE

Obligaciones del gobernador

—Hola, Holly. Parece que volvemos a vernos las caras.

—Hola Carol, ya te dije que quién ríe el último, ríe mejor.

Los dos abogados se encontraban en la antesala del despacho del juez Mathew Simpson, esperando que les recibiera para darles instrucciones sobre el caso. Él había llegado primero, y se encontraba sentado, con una apariencia quizá más enjuta y delgada de la que había tenido meses atrás.

—¿Has conseguido que te contraten los familiares de esas chicas?

—Desde luego.

—Veo que no has perdido el tiempo…

—No lo he perdido, no. No he visto a los familiares de los hermanos; ya sabes, los dos muertos; ni a los del narcotraficante herido.

—Saliste escarmentado la vez anterior, ¿verdad?

—Fue culpa de la prensa, Carol. Si ese juicio no se hubiera hecho público, el jurado no hubiera estado tan presionado por los acontecimientos, y es posible que se hubieran atenido a los hechos.

—Ya veo. Temiste que esos dos se te echaran encima por lo mismo, y entonces has decidido defender a los heridos. ¿No es así?

—A las heridas, querrás decir. Son más de cinco chicas heridas por arma de fuego, y sus padres reclaman venganza.

—Sus padres ya las tienen en casa, que es lo que querían. Y, por cierto, ¿cómo están?

—Las dos últimas salieron del hospital la semana pasada. Pero les van a quedar secuelas. No tantas como al *narco*, desde luego, que sigue en coma.

—Y de ahí es de donde te vas a sacar tu sueldo, ¿no es así?

—De ahí y de los hijos del señor Corby. Ahora que ha aparecido Daphne, voy a intentar sacarla todo lo que pueda. Y de paso, me vendo a los padres de las chicas raptadas. Van a denunciar a los hermanos Montana por secuestro y violación, como te puedes imaginar.

—Se ocultaban bajo una empresa mercantil, ¿no es así?

—Así es. Una sociedad patrimonial que está forrada. Voy a intentar arañar todo lo que pueda para que las chicas se lleven una compensación.

—Deberías centrarte en esto y dejar a Daphne en paz.

—Eso no es seguro, Carol. Estando ellos dos muertos, el Estado podría quedarse con todo. Y a Daphne la tenemos aquí abajo —afirmó, señalando con un dedo hacia los

sótanos del palacio de justicia, donde estaban los calabozos—. Además, de no hacerlo yo, lo podría hacer cualquier otro, o el mismo fiscal. A mí por lo menos ya me conoces.

—Eso es lo malo, Holly, que a ti ya te conozco, y sé lo que eres.

—¿A qué te refieres?

—Me reservo mi derecho a no contestar a esa pregunta, letrado.

En ese momento salió el secretario del juez y les dijo que pasaran. Los dos abogados entraron y se sentaron enfrente del juez, quién les dijo:

—Buenos días, Holly, Dyer. Perdonen la espera. Estaba al habla con el gobernador, y como comprenderán, él tiene preferencia.

—Desde luego.

—Bien, nos han asignado otra vez el caso de Corby, al aparecer la señora Ayers. Yo intenté que no fuera así, porque esa mujer ha participado en lo de Portland, y según mi parecer debería juzgarse allí. Pero mis superiores no opinan lo mismo, y han decidido no celebrar dos juicios, aun tratándose de casos distintos. Al ser un único acusado para los dos casos, han creído conveniente refundirlo, y aquí estamos.

—Hay precedentes, señoría.

—Sí, ya lo sé, pero este caso me escama. Ya lo pasé mal el año pasado con toda la atención mediática que supuso, y me huelo que esta vez no va a ser menos. De hecho, Holly, yo pensé que usted renunciaría, con todo lo que ocurrió la otra vez.

—No voy a defender a esos dos rufianes, señoría. Este caso es diferente.

—Solo ligeramente, Holly. Solo ligeramente. Mientras tanto, procure que no sepan donde vive usted.

—No será necesario, si usted no hace públicas las sesiones.

—Eso delo por descontado. Ya escarmenté la otra vez. Pero la prensa es muy astuta, y se entera de todo, ya lo sabe.

—Y lo que no sabe, se lo inventa, con tal de conseguir audiencia y hacer sensacionalismo.

—Desde luego. Bueno, pues lo dicho. No quiero el revuelo que se causó la otra vez, y esto va por los dos. Los testigos tienen que ser relevantes, y que aporten hechos relevantes para el caso, y no para enternecer al jurado. Y esto va por usted, señora Dyer. Esto es un palacio de justicia, y no un plató de televisión. ¿Está claro?

—Sí, señor juez —dijeron los dos.

—Bien, pues ahora hablen con el secretario judicial. Él le dará las fechas de las sesiones, que no podrán ser antes de… al menos un mes.

—¿Tanto?

—Sí, señora Dyer. Esta vez parece claro que la acusada es la autora material, ¿no es así? Me refiero, no tenemos en la cárcel a dos inocentes, como la otra vez.

—Eso habría que verlo, señoría.

—Claro, habrá que verlo, pero no crea que el retraso es por gusto. Pídale cuentas al señor gobernador del Estado de Illinois, si le parece mal. Quizás él me exonere de ciertas obligaciones que me ha impuesto, hace un rato.

Presentación

—Buenos días, señora Ayers. Me llamo Carol Dyer, y soy la abogada que va a llevar su defensa.

—No me llamo «señora Ayers». Mi nombre es Susan. Susan Carpenter.

—Señora… a mí no tiene porqué mentirme. Yo estoy de su parte.

—¿De qué parte?

—De la suya.

—¿De la mía?

—Sí, señora Ayers. Yo voy a intentar que usted salga inocente de este juicio.

—¿De qué juicio?

—Señora Ayers…

—¡No me llame más señora Ayers! ¿Lo ha entendido? Mi nombre es Susan Carpenter. Es la última vez que se lo digo —los ojos de Daphne echaban fuego.

—Está bien… Susan. ¿Mejor así?

—Desde luego.

—Bien, pues, como le decía, va a haber un juicio.

—¿Un juicio?

—Sí —hizo una pausa—. Y usted es la acusada.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no es posible?

—Porque yo no he hecho nada.

—Bien, pues eso es lo que yo intentaré demostrar en ese juicio.

—¿Por qué?

—Porque yo soy la abogada de la defensa, y esa es mi función. Usted no ha elegido a ningún abogado, y el Colegio de Letrados y Procuradores me ha elegido a mí como su defensora, por tener relación con un caso anterior en el que usted se vio involucrada.

—¿Qué caso?

—El asesinato de Samuel Corby.

—¿Quién es ese?

En ese momento, Carol comenzó a desesperarse. O bien su defendida estaba loca de remate, o era una fría y calculadora actriz de primera clase que interpretaba un magnífico papel.

—Samuel Corby es el padrastro de Janet Arley.

La abogada se echó hacia atrás en su silla, esperando ver la cara que ponía la mujer. Se encontraban en una fría habitación dentro de la cárcel, donde se le había permitido ver a su defendida. Y la expresión fue una mezcla de indiferencia e ironía, que puso, sin decir palabra. Entonces siguió preguntando:

—¿Le conoce?

—¿A quién?

—A Samuel Corby.

—No. No he tenido el gusto, o más bien el disgusto.

—¿Por qué el disgusto?

—Vamos a ver, Carol —se echó hacia adelante—. La negra esa fue la responsable de que mi marido y yo estemos separados. Bueno, no solo ella. Su amiguita, es decir, la sobrina de Lawrence, también tuvo mucho que ver.

—¿Por qué?

—Pues porque es invertida, y mi marido tiene tratos con ella.

—¿Qué tipo de tratos?

—¡Ah! ¡Y yo qué sé! De ese sátiro me puedo esperar cualquier cosa. No quiero saberlo, ni averiguarlo.

—Entiendo. Pero, ¿por qué dice usted que no ha tenido el «disgusto» de conocer a Samuel Corby?

—Carol, hija, pareces tonta. ¿Tú crees que yo me iba a alegrar mucho de conocer al negro ese, sabiendo que su hija es la responsable de mi desgracia?

—¿Cómo sabe que es negro?

—Ahora me lo acabas de confirmar, querida. Eres tonta de remate. Si la hija es negra, ¿de qué color iba a ser el padre?

—Bueno, en realidad era el padrastro. Podría ser incluso… chino. O indio. No lleva su sangre. Y aunque la llevara, él podría ser blanco, y ella haber salido a la madre.

—Eso que dices son tonterías. No tiene ni pies ni cabeza. ¿Quién se iba a liar con una negra? ¿Un chino? No son tan tontos como parecen, ¿sabes?

—Bueno, su marido, mismamente, según usted, está liado con una… mujer de color.

—Ese desgraciado me las va a pagar, Carol. ¡Menudo agravio! ¡Hacerme a mí esto! ¡A mí!

—¿Por qué a usted?

—¡Ah! Porque yo soy su mujer ¿Por qué si no?

—No comprendo. Por qué él iba a…

—Pues porque la negra esa es una impúdica. Iba medio desnuda a los ensayos, y claro, mi Lawrence no es de piedra. ¿Está usted casada?

—Sí, señora A… Susan.

—Y, usted, cuando se pone ligera de ropa, ¿a que su marido quiere guerra? ¿A qué sí?

—Pues…

—Pues claro, porque así son los hombres. ¡Todos! Una mujer muestra un escote, o se pone ropa ajustada delante del macho con el que está, y lógicamente, el tipo en cuestión quiere algo más. Quiere algo más porque a) es su instinto, y b) la mujer en cuestión se lo está pidiendo. ¡Se lo está pidiendo a gritos! Natural. Natural como la vida misma. ¿Me comprende?

—Sí, la comprendo, pero no todos los hombres son…

—Esa guarra… —interrumpió—. Y todo para conseguir que la contrate. ¡Y bien que lo consiguió! Lo que no acabo de comprender es por qué el portugués no dijo nada… Claro, seguro que fue porque es otro pervertido como él —de hecho, tiene fama de ser un golfo—, y se la están beneficiando los dos… ¡Qué asco! ¡Qué asco, Carol! Y quizás hasta lo hacen los tres a la vez. O los cuatro, si meten a la sobrina… —puso cara de absoluto desagrado—. Pero son los signos de los tiempos, querida.

—¿Qué signos?

—¡Pues qué va a ser! El fin del mundo, Carol. Los niveles de impudicia, de desenfreno, de obscenidad, de desvergüenza, la perversión de los hombres… es tan extrema… Es tan extrema que el Señor va a dar un puñetazo en la mesa de un momento a otro.

—¿De verdad?

—Pues claro. ¡Es más que obvio! Va a dar un puñetazo en la mesa y va a decir: ¡se acabó! ¡No quiero contemplar más ignominia! Es como lo que ocurrió en Sodoma y Gomorra. ¿Tú sabes lo que ocurrió en esas dos ciudades?

—Sí, más o menos.

—Eran dos ciudades de pecado, Carol. Dos ciudades en las que se practicaba el sexo sin control y sin importar quién lo practicaba, ni con quién. Padres con hijas, madres con hijos, hermanos con hermanas… ¿Qué te parece? Y en Sodoma, además, hombres

con hombres… ¡Así les fue! ¡Así les fue, Carol! —afirmó, rotunda—. Génesis 19. ¿Es qué no lo has leído?

—Pues…

—*Entonces Yahvé hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra fuego y azufre desde los cielos, y destruyó las dos ciudades, y toda aquella llanura, con todos sus moradores, y el fruto de la tierra; todo quedó destruido y devastado.*

En ese momento lo tuvo claro. Esa mujer estaba completamente loca. La cara que había puesto cuando recitó los versículos lo dejaba bien a las claras.

—Bueno, Susan, todo eso está muy bien, pero, mientras tanto, mientras llega el fin del mundo, ahora tenemos entre manos un problema muy gordo.

—¿Qué problema? —preguntó, mirándose las manos.

—El problema del juicio.

—¿Qué juicio?

—El juicio sobre el que hemos hablado antes.

—Yo no he hecho nada.

—Se te acusa de haber matado a Samuel Corby, y además de cierto suceso que ocurrió en Oregón, hace poco.

—¿Qué suceso?

—En la finca «El Edén». Has estado allí, ¿verdad?

—Yo nunca he estado en Oregón, Carol.

—¿De veras?

—De veras.

—¿No conoces a Jimmy y Harry Montana?

—No.

—Pues se te acusa de haberles asesinado.

—¿En serio?

—En serio. Pero no te preocupes. Yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que salgas absuelta.

Terco como una mula

—¡En pie! Se reanuda la sesión del caso del Estado de Illinois contra Daphne Ayers. Preside la vista el honorable Matthew Simpson.

El honorable juez entró en la sala desde una de las puertas laterales de la misma, sin disimular su acostumbrado caminar flemático. Se había hecho un receso en la vista, que ya había finalizado. Subió el par de escalones que le conducían a su estrado, y una vez sentado dijo:

—Pueden sentarse. Tiene la palabra el abogado de la acusación.

—Gracias, señoría.

Holly se dirigió hacia la acusada, y cuando llegó junto a ella le preguntó:

—¿Podría decirnos su nombre completo?

—Susan Carpenter —respondió, totalmente seria.

—Señora, usted no se llama así.

—Y usted, ¿cómo lo sabe? ¿Acaso estaba presente el día en que me bautizaron?

—Yo sé perfectamente cómo se llama, y sé que ese no es su nombre.

—¡Ah! Y si usted sabe cómo me llamo, entonces, ¿por qué lo pregunta?

—Es para el expediente, señora Ayers.

—Yo no me llamo señora Ayers.

—Vuelvo a repetir, y le pregunto: ¿cuál es su nombre?

—Susan Carpenter —volvió a decir, con total frialdad.

—¿Se reitera?

—Me reitero. Tengo un documento que así lo atestigua. Está en mi bolso, pero… no me han dejado pasar con él.

Holly se dio la vuelta y miró al juez, quien le miraba con una expresión de cierta hilaridad. Se volvió hacia la mujer y dijo:

—Señora, yo no debería decir esto, pues soy el abogado de la acusación. Pero le conviene decir cuál es su nombre real, pues todos lo conocemos. ¿Lo comprende?

Tras unos segundos de duda, en los que le miró fijamente, Daphne asintió, e inclinó ligeramente la cabeza.

—Por última vez. ¿Puede decir ante este tribunal cuál es su nombre completo?

—Susan Carpenter.

Ahora no solo fue el juez sino también el jurado quién comenzó a sonreír y a murmurar algunas cosas, mientras Holly se desesperaba.

—¡Pero vamos a ver! —el abogado estaba fuera de sí—. ¿Cómo se llama su marido?

—Lawrence.

—Lawrence… y ¿qué más?

—Qué más... ¿qué?

—El apellido de su marido.

—Ayers. Se llama Lawrence Ayers.

—¡Acabáramos! Señora, si su marido se apellida Ayers, usted no puede llamarse Susan Carpenter.

—¿Por qué no?

—Pues porque como usted bien sabe, en el mundo anglosajón la mujer casada toma el apellido de su marido. Eso lo entiende, ¿no es así?

—Sí, claro, no soy tonta.

—Por tanto, y puesto que usted no está divorciada, no puede apellidarse de forma diferente a como se apellida él. Si usted insiste en decir que se llama Susan, al menos admita que se debería llamar… Susan Ayers. ¿No le parece?

—No.

—¡Pero qué dice! —el abogado puso un gesto de absoluto desquiciamiento.

—Letrado —interrumpió el juez—. No insista más. Ya estamos todos hartos de esta diatriba. Por favor, continúe con el interrogatorio.

—Está bien —se conformó, girándose ligeramente. Tras un instante, siguió—. Señora Ayers, ¿nos puede usted decir qué estaba usted haciendo el día 20 de abril en la finca «el Edén»?

—Y dale con señora Ayers… ¿es usted corto de entendederas, o qué? ¡Qué yo no me llamo así! —ahora, más risas del jurado.

—¿Puede contestar a la pregunta, por favor? ¿Nos puede usted decir qué estaba usted haciendo el día 20 de abril en la finca «el Edén»?

—¿El Edén? ¿Qué finca es esa?

—Es una finca donde tiene su sede una secta religiosa del mismo nombre. En Oregón.

—Yo nunca he estado en Oregón, caballero.

—¿Cómo puede ser eso posible?

—Dígamelo usted.

—Señora Ayers, le recuerdo que está usted acusada de asesinar a dos personas y herir a otras siete en esa finca.

—Y dale con la cantinela…. ¡Qué yo no he estado nunca en Oregón! ¿Es que no lo ha oído? ¿Cuántas veces tengo que repetírselo?

—Hay testigos que la vieron en esa finca, señora.

—Me confundirán con otra.

—¿Y en Colton? ¿Ha estado usted en Colton?

—¿Dónde está eso?

—También en Oregón. Cerca de Portland.

—Oye Carol, este hombre debe ser tonto, o estar mal de la cabeza —dijo, dirigiéndose a su abogada, mientras el jurado esbozaba más sonrisas—. ¿No le acabo de decir que yo nunca he estado en Oregón? ¿Qué es lo que no entiende?

—Está bien. Vamos a dejarlo. Otra pregunta. ¿Conoce usted a Jimmy y Harry Montana?

—No.

—¿De verdad que no los conoce?

—Ya le he dicho que no. ¿Quiénes son?

—Son los propietarios de la finca que le he mencionado.

—¿La finca de Oregón?

—Sí.

—¡Y dale con el raca raca! —el jurado riendo otra vez.

—Señores del jurado, por favor, guarden la compostura —les reprendió el juez—. Letrado, prosiga.

—Sí, ya nos ha dicho que usted no ha estado en Oregón. Pero, tenemos testigos que aseguran que usted estuvo con ese hombre en Minneapolis.

—¿Cuándo?

—La semana anterior al 20 de abril.

—¿Yo en Minneapolis, en abril? Usted delira, caballero.

—¿Dónde estuvo usted pues, en abril?

—En mi casa. Bueno, no siempre. También salgo a comprar, a pasear, salgo a misa… Desde luego, en abril no estuve en Minneapolis.

—¿Nunca ha estado allí? ¿Nunca ha estado en el hotel Memphis?

—¿En el hotel Memphis?

—Es un hotel de carretera que está en…

—Yo nunca he estado en un hotel de carretera, caballero. Bueno, cuando era joven puede que sí. Yo iba con una amiga a los conciertos de Homestead, porque ella estaba enamorada del cantante, pero a mí me gustaba más el guitarrista. ¿Sabe quién es el cantante, verdad? Bueno, más bien quién era, porque ya se murió… se murió en medio de una orgía, el muy depravado. Se lo tenía bien merecido, por vicioso, y por salido ¡Menudo guarro era! Y Lawrence era de la misma cuerda, no se crea usted, hasta que aparecí yo y le conduje por el buen camino, porque si no, hubiera pasado lo mismo. Recuerdo una vez que…

—¡Señora Ayers!

—Dígame.

—¡Ah! Ahora responde por ese nombre…

—¿Qué nombre?

—Señora Ayers.

—Llámeme como quiera. Ya me he dado cuenta de que es usted terco como una mula.

El jurado ya no se cortó y comenzó a reír de forma notoria, mientras Holly se ponía colorado. Tras la preceptiva reprimenda del juez, el abogado continuó:

—Señora Ayers… ¿quiere usted a su marido?

—Le quería, desde luego. Pero ya, no.

—¿Por qué?

—Pues porque me puso los cuernos, caballero. ¿A usted nunca le han puesto los cuernos?

—Señora, limítese a…

—No, claro que no le han puesto nunca los cuernos… porque nunca ha tenido novia. Apuesto a que no ha estado en su vida con una mujer. Con esa cara de estreñido que tiene…

El jurado comenzó a reír y el juez tuvo que intervenir:

—Señores del jurado, por favor, guarden el decoro que implica esta sala. Señora Ayers, limítese a contestar a lo que se le pregunta.

—Sí, caballero.

—No me diga «caballero». Mi tratamiento es «señoría», o «señor juez».

—Sí, caballero.

Otra vez las risas y el juez volviendo a reprenderlos.

—Esto es un asunto serio, caballeros, por favor, procuren guardar las formas. Y usted señora Ayers…

—Señoría, con la venia… mi defendida está confusa. Usted llama «caballeros» a los miembros del jurado, y ella no puede por menos que decirle a usted lo mismo.

El juez se reclinó sobre el asiento, y suspiró, resignado: —Prosiga, letrado.

—Ahora le quiero hablar del señor Corby.

—¿Quién es ese?

—El señor Corby es el padrastro de Janet Arley.

—¡Ah!, sí. Mi abogada me habló de él.

—¿Qué me puede decir de ese hombre?

—Pues lo mismo que le dije a ella: que no lo conozco.

—A Janet Arley la conoce, ¿verdad?

Daphne no contestó, pero puso una cara de desagrado, mirando para otro lado.

—¿La conoce, o no la conoce? ¿No contesta? —preguntó, viendo que permanecía callada.

—Señora Ayers…

—¡Sí! ¡La conozco! Desgraciadamente. Aunque hay alguno que la conoce mejor.

—¿A quién se refiere?

—A mi marido, naturalmente. Él la conoce de forma íntima, no sé si me entiende…

—Sí, si la entiendo. Él está liado con ella, ¿no es cierto?

—Señoría, protesto, el abogado de la acusación no puede hacer presuposiciones.

—Ha lugar.

—No, si tiene razón —añadió Daphne—. No ha dicho ninguna mentira.

—¿Quería usted matar a su marido, por estar con Janet Arley?

—¡Protesto! Esa pregunta no es procedente.

—Señoría, la abogada de la defensa nos hizo creer el año pasado que «el intruso», como se llamaba entonces, había entrado para matar al señor Ayers, y entonces mató por error al señor Corby. Y ahora, que ya hemos pillado al intruso, nos quiere hacer creer otra cosa. Señores del jurado, tomen nota de esto, por favor.

—No ha lugar la protesta. Conteste la acusada.

—¿A qué tengo que contestar?

—A si quería matar a su marido por estar con Janet Arley.

—Hombre… matarle… Yo no iría tan lejos. Matar es pecado…

—¿Le quería matar o no le quería matar?

—Matar es pecado. Ya se lo he dicho. Eso es todo lo que pienso contestar.

—De acuerdo, señora Ayers. ¿Puede responderme a otra pregunta?

—Qué remedio… para eso me han traído aquí, ¿no es así? Para hacerme todo tipo de preguntas estúpidas...

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en casa de su sobrina?

—Yo no tengo sobrinas.

—No es Leslie Ayers su sobrina?

—No.

—Tampoco se acuerda de eso?

—¿De qué?

—De que tiene una sobrina.

—Yo no tengo ninguna sobrina. Mi hermana, la que vive en Canadá, solo tiene hijos varones.

—Está bien señora Ayers. ¿Conoce a Leslie Ayers?

—Sí.

—¿Quién es?

—Una invertida.

—¿Cómo dice?

—Que le gustan las mujeres, caballero. Si ya decía yo que usted era tonto —le confirmó, con el jurado volviéndose a reír.

—¿Se refiere a que es lesbiana?

—Llámelo usted como quiera.

—Está bien. ¿Qué relación tiene usted con esa mujer?

—Ninguna.

—¿Acaso no es la hija del hermano de su marido?

—Sí, claro.

—Pues, ¿entonces?

—Entonces, ¿qué?

—Pues que es su sobrina.

—¿Mía? Está usted loco. Es la sobrina de mi marido. Yo no tengo sobrinas. ¿Se lo tengo que repetir? Además de tonto, tiene mala memoria.

El jurado se partía de la risa, y el propio juez no pudo reprimir una pequeña carcajada.

—De acuerdo, señora. Entonces, dígame, ¿cuándo estuvo usted por última vez en la casa de la sobrina de su marido?

—Pues… antes de que la pillaran en la cama con esa otra guarra.

—¿Con quién?

—Ah, ni idea. Ni lo sé, ni me importa. La echaron de su casa, como es natural. La siguiente vez que fui, ya no vivía allí.

—¿Sabe dónde vive ahora?

—Sí, lo sé.

—¿Ha estado alguna vez en esa casa?

—Jamás.

—¿Ni siquiera el otoño pasado?

—Vamos a ver, caballero, ¿qué parte de la palabra «jamás» no entiende? Me ha ido a tocar el abogado más tonto del gremio...

De nuevo risas del jurado, que el juez tuvo que reprimir. Como no sabía cómo salir de aquello, hizo lo único que pudo:

—Se suspende la sesión hasta esta tarde. La vista continuará a las cinco en punto —proclamó, y tras el martillazo de rigor, se levantó y se fue, sin poder evitar una pequeña carcajada a la vez que salía.

Una enfermedad mental

Cuando se reanudó el juicio, el estado de confusión mental de Daphne era tal, que ante todos quedó meridianamente claro que esa mujer no estaba en sus cabales: no paraba de cantar y de recitar versículos de la Biblia, a pesar de las órdenes del juez para que se callara y de las amenazas de la policía. Finalmente la tuvieron que sacar de la sala, para poder comenzar la vista.

—La defensa llama a declarar al testigo. ¡Doctor Humphrey Hammer!

El psiquiatra de Daphne entró en la sala y tras el preceptivo juramento tomó asiento para ser interrogado por Carol. Esta salió de su estrado, y se dirigió hacia el médico, sin dejar de mirarle a los ojos. Cuando ya estuvo junto a él, comenzó a interrogarle.

—Doctor, Hammer, ¿está loca la señora Ayers?

El hombre tardó algo en contestar y tras un pequeño suspiro, dijo:

—El termino loco o loca es una expresión que ya no se emplea. Es despectivo. En medicina hablamos de enfermedad mental.

—Está bien. ¿Tiene la señora Ayers una enfermedad mental?

—Cuando yo la trataba, desde luego que sí.

—¿Y ahora?

—No he tenido oportunidad de comprobarlo. Para llegar a esa conclusión es preciso un seguimiento, basándose en unos antecedentes. Pero una enfermedad mental no se cura por sí sola, desde luego, a no ser que se siga un tratamiento monitorizado por un especialista.

—Encontraron el coche que conducía con un fuerte impacto frontal, y cuando la detuvieron tenía una contusión en la cabeza. ¿Pudo el golpe producirla una amnesia temporal?

—Sí, esas cosas entran dentro de lo posible, aunque son infrecuentes. Y en el estado mental en el que se encontraba, teniendo en cuenta sus antecedentes, y después de haber sido drogada con esas sustancias, desde luego el nivel de confusión mental añadido al golpe le haría ser más proclive a desencadenarse una amnesia, yo no diría tanto temporal, que también, sino sobre todo selectiva. La vivencia de los sucesos de la noche del 20 de abril, teniendo en cuenta su fanatismo religioso, seguramente supusieron un trauma que su cerebro ha decidido borrar, como una estrategia de autoprotección.

—Y, ¿respecto al suceso con el señor Corby? ¿Ahí también se está autoprotegiendo?

—Supongo que sí. Si fue ella quien lo asesinó, sería por la misma razón.

—Lo cual demuestra que fue un hecho no deseado, señores del jurado.

—Protesto, señoría. El hecho de calificarlo como involuntario no le exime de la culpa. El jurado no ha de juzgar en base al deseo, sino al hecho en sí.

—Ha lugar.

—Doctor Hammer, ¿existen enfermedades mentales que puedan resultar en que quienes las sufran hagan daño físico a terceras personas?

—Sí, desde luego. Podría ser el caso de una persona que se sienta amenazada, aunque el peligro pudiera no ser real, sino imaginado, o exagerado.

—Doctor, usted comenzó tratándola por una depresión bipolar. ¿Era ese su único padecimiento?

—No, la depresión después degeneró en un TDC. Un trastorno delirante crónico, de tipo celotípico.

—¿Podría decirnos en qué consiste ese trastorno?

—El trastorno delirante crónico (TDC) es una patología psiquiátrica cuya característica principal es la presencia de ideas delirantes bien sistematizadas, con o sin alucinaciones, y sin alteraciones del lenguaje o el pensamiento. Es relativamente poco frecuente, con una prevalencia estimada del 0,03%, representando el 2-4% de los ingresos psiquiátricos. Es más frecuente en mujeres, aunque depende del tipo de delirio, siendo el paranoide más frecuente en hombres y el celotípico y erotomaníaco en las mujeres.

—¿En qué consisten esos delirios?

—El TDC es una patología cuya característica esencial es la presencia de una o más ideas delirantes persistentes, que se caracterizan por ser coherentes, es decir, tener cierta base. Son ideas no extrañas, potencialmente posibles en la vida real (por ejemplo, ser engañado por su cónyuge, perseguido, envenenado, amado en secreto, etc.). En el caso celotípico, es como la propia palabra indica, un sentimiento de celos hacia la pareja por sospechas de infidelidad.

—¿Derivó la depresión en TDC?

—Los pacientes con delirio crónico pueden presentar afectación del estado de ánimo, con lo que en teoría sería al revés, es decir, el TDC ya existiría, y desembocó en una depresión, con coexistencia de ambos trastornos. Aunque también hay estudios que apuntan a lo que dice usted.

—De alguna manera entonces, doctor, la señora Ayers tenía limitada sus facultades mentales, y sus condicionantes perceptivos le hacían comportarse de una forma que, quienes no tenemos esas limitaciones, no haríamos. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, de alguna manera, como usted dice, sería así.

—No hay más preguntas, señoría.

—Gracias señora Dyer, Señor Holly, su testigo.

—Gracias, señoría.

El abogado bajó de su estrado rápidamente y se dirigió hacia el testigo, casi comenzando su pregunta antes de llegar a él. No quería que el jurado pensara demasiado sobre lo que acababa de decir el médico.

—Doctor Hammer, ¿cuándo conoció usted a la señora Ayers?

—Comencé a tratarla a raíz de una depresión que sufría. Un tipo de depresión denominado «trastorno bipolar».

—¿Podría explicar a la sala en qué consiste ese tipo de trastorno?

—Es una afección mental por la cual una persona tiene cambios marcados o extremos en el estado de ánimo. Los períodos de sentirse triste y deprimido pueden alternar con períodos de excitación y actividad intensa o de sentirse malhumorado e irritable. Es una enfermedad mental grave que hace que el ánimo atraviese altibajos extremos.

—¿Sabe usted cuál fue la causa de esa depresión?

—Las depresiones pueden aparecer a causa de un suceso traumático, o a consecuencia de períodos de estrés mantenidos durante un tiempo prolongado. Aunque también hay una causa inespecífica. Es decir, sin causa alguna. Se cree que eso puede ser debido a una cierta propensión en algunos individuos, por tener… digamos, defectuosa, la parte del cerebro que se encarga de las emociones.

—Doctor Hammer, le agradecemos la explicación sobre las causas de las depresiones, pero en concreto, en el caso de la señora Ayers, ¿cuál fue la causa de la suya?

—Eso pertenece al secreto profesional. Lo siento, no puedo revelarlo.

—Doctor, estamos ante un tribunal, y en presencia de un juez. Usted está obligado a decir…

—¡Protesto! El testigo no está obligado como dice el letrado de la acusación. La ley de secretos profesionales establece que solo puede romperse en caso de peligro, cuando haya riesgo para la salud pública o esté en juego la vida de terceras personas. No creo que este sea el caso, señoría.

—Ha lugar.

—Está bien. Doctor Hammer, ¿fueron necesarias muchas sesiones en el tratamiento de su paciente?

—Creo recordar que fueron cinco o seis. Al principio ella me comentó lo que le pasaba, y yo prescribí un tratamiento con revisión cada quince días al principio, y luego más espaciadas. En cada revisión ella me decía cómo se sentía, cuáles eran sus inquietudes, sus temores… ese es mi trabajo, señor Holly, escuchar. Sobre todo, escuchar.

—De acuerdo, y ¿qué es lo que le decía, doctor Hammer? ¿Puede revelar a la sala el contenido de aquellas sesiones?

—No, señor, no puedo. Eso pertenece al secreto profesional.

—Es de vital importancia, para el futuro de la señora Ayers.

—Lo que ella me decía, las afirmaciones que hacía, son privadas y se circunscriben a la esfera médica de la relación entre un profesional de la medicina y su paciente. La ley de protección de datos las cataloga como el tipo de información que merece la más alta protección y…

—Sí, ya sé lo que dice la ley de Protección de Datos. Pero entonces, dígame. No le pediré que revele nada concreto de la señora Ayers. Un paranoico delirante ¿es responsable de sus actos?

—Depende.

—Díganos sí o no.

—Es que no hay un sí o un no. En el caso de la señora Ayers, hay momentos de lucidez, y otros de oscuridad. Incluso los de lucidez no son lúcidos del todo.

—Explíquese.

—Cómo le diría… es como ver a través de unas gafas muy oscuras, o empañadas. Lo que ve lo está viendo realmente, pero no lo ve como lo vería si estuviera sin esas gafas.

—Está bien. Entonces respóndame. ¿Es la depresión un factor limitativo de la libertad de un individuo? En concreto, ¿puede una persona dañar a otras a consecuencia de una depresión?

—Sí, se dan casos. Por ejemplo, una persona con depresión severa, que ve el futuro muy… oscuro, es capaz de matarse y de matar a sus hijos por la misma razón.

—¿Por la misma razón?

—Sí, porque no quiere que sufran. En realidad, los mata por amor. Una persona con depresión sufre horriblemente. Para ella, vivir es sufrir, y morir es dejar de sufrir. Y muchas de esas personas, viendo que la vida no se termina, viendo que el sufrimiento no se termina, y creyendo que sus hijos son como ellos o que les pasa lo mismo, pues los eliminan para evitar un sufrimiento que anticipan.

—De acuerdo, pero, ¿ese sería el caso de la señora Ayers en referencia al asesinato de Samuel Corby?

—No, eso no sería por causa de una depresión. O al menos, no solo por eso. Pero…

—Gracias doctor Hammer. No hay más preguntas, señoría. Señores del jurado, como ven, la señora Ayers estaba en posesión de sus facultades mentales cuando asesinó al señor Corby, y lo hizo porque a quién quería matar era a su esposo. Y en eso falló. Pero a la Justicia le es indiferente que matara a uno u a otro. Un asesinato es un acto doloso y punible, y debe ser castigado de acuerdo con las leyes.

Kevin

Por fin habían acostado a las niñas, especialmente a la pequeña, que ese día se había mostrado especialmente inquieta. Era el momento que más disfrutaba del día, esa media hora después de cenar y antes de irse a la cama. Podía estar cómodamente en el sofá charlando con su marido sobre los asuntos de la jornada, pues las intensas ocupaciones de ambos impedían un mayor acercamiento.

—Esa mujer no está bien, Kevin, salta a la vista. Alterna estados de ánimo jocosos, incluso irónicos con otros se tristeza. Además, puede parecer socarrona en un momento, y en el momento siguiente ponerse a llorar.

—Así es la depresión bipolar, ¿no?

—Sí, pero también hay algo más. He hablado con gente que la conoce y parecer ser que antes no era así. Me la describen como una persona algo reservada, incluso tímida, y poco dada a extender las conversaciones.

—Todo lo contrario a lo que es ahora, ¿verdad?

—Pues sí. No para de hablar y de interrumpir en todo momento en cuanto se habla de ella. Y como comprenderás, es un juicio contra ella, y por tanto no se para de hablar de ella.

—Las sesiones se os deben hacer interminables…

—No, porque ahora el juez la advierte y en cuanto que no le obedece, o sea, enseguida, la sacan de la sala. Solo así se puede continuar.

—No está bien de la cabeza, desde luego.

—Para mí es más que obvio. Pero claro…

—Claro… ¿qué?

—Cuando estaba en el bufete llegué a ver casos en los que las vistas no se celebraron precisamente por eso. Se estableció la enfermedad mental del acusado y no llegó a haber juicio. Y algunos acusados no estaban tan locos como Daphne, ya te digo.

—Pues entonces ahora…

—No es lo mismo. Aquí los delitos son mucho más graves. Además, siempre puede ser que el acusado esté mintiendo. Que finja que está loco, me refiero.

—¿Estás segura de que no es el caso?

—Yo desde luego que sí. O eso, o es una actriz de primera clase.

—Entonces, si está loca…

—La cuestión es demostrar que no era responsable de sus actos cuando cometió aquellos asesinatos.

—¿Eso le librará de la condena?

—Eso le librará como mínimo de que la condena sea larga, o de la pena de muerte. Sería un atenuante, desde luego.

—¿Cómo pueden condenar a muerte a alguien que ha librado a la sociedad de tipos como ese Samuel, o los hermanos Montana?

—Son tres asesinatos a sangre fría, Kevin, Y eso sin contar al que está en coma, que dicen que parece irreversible, ni a las chicas heridas.

—Pero esas ya están bien, ¿verdad?

—Sí, están ya con sus familias y recuperándose de sus heridas.

—Carol, yo creo que tendrías que hacer lo de la otra vez. Mover la fibra sensible del jurado. Si alguna de esas chicas pudiera declarar…

—Lo he intentado de todas las maneras posibles, pero no hay forma de convencer a las familias. Y en parte lo comprendo. No quieren exponer a sus hijas otra vez a recordar ese infierno.

—Bueno, para ellas no era un infierno. Por eso se quedaban, voluntariamente.

—Les habían hecho un buen lavado de cerebro, Kevin. Y las drogaban casi todos los días. Pero ya han desconectado de ese sitio, y ahora sí, ahora han «visto la luz», pero de verdad. Además, me basta con que digan lo que se hacía allí, aunque sea de una forma fría. Es espeluznante.

—Entiendo. Es una pena que no puedas hacerte con alguna y que cuente ante el jurado todo aquello. Pero… la prensa ya lo sabe, ¿no? El otro día, antes de dormir a la niña me pareció escuchar un reportaje en televisión. Creo que entrevistaban a alguien de ese pueblo, de Colton.

—Sí, hay periodistas a las puertas del juzgado todos los días. A mí también me han ofrecido participar en un programa.

—Deberías ir.

—No puedo. Me comprometí con el juez que no lo haríamos público.

—Pero, público ya es… Solo tienes que dar tu opinión.

—No, Kevin, fue mi palabra, y no quiero traicionarla.

—Pues entonces búscate a alguien que haya pasado por eso, y le llamas a declarar. Algún policía, tal vez. Alguien que haya estado allí en la redada, por ejemplo.

—Eso sí puede ser. En el atestado de la policía vi algo que… —se interrumpió, y en ese momento le dio un beso a su marido, saliendo de casa inmediatamente.

—¡Muchas gracias, Kevin! ¡No sé qué haría sin ti!

Miriam

—La defensa llama a declarar a Miriam Gómez.

En ese momento apareció la mujer policía que estuvo en «El Edén», y fue escoltada por un agente al banquillo de los testigos.

—Levante la mano derecha. ¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad?

—Sí, juro.

—Su testigo, letrada —dijo el juez.

—Gracias, señoría. Señora Gómez. ¿Puede decirnos en qué trabaja usted?

—Soy agente de policía. Trabajo en el distrito ocho de Portland.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando allí?

—Quince años.

—¿Estuvo usted en la finca «El Edén» la noche del pasado día 20 de abril de 2019?

—Sí, señora Dyer.

—¿Qué hacía allí?

—Estaba infiltrada, como miembro del equipo que perseguía la obtención de pruebas para conseguir la detención de aquellos canallas.

—¿Puede decirnos cuál era la actitud delictiva que estaban persiguiendo?

—Los hermanos Montana se dedicaban a captar a mujeres mayores vulnerables con la finalidad de obtener financiación para mantener su centro. Las convencían para cederles su dinero, o bien hacer testamento en favor de ellos. Eso, por un lado, y por otro, también captaban a mujeres jóvenes para convertirlas en esclavas sexuales.

—Protesto, señoría —interrumpió Holly, ante los murmullos de jurado—. En honor a la verdad, y siendo la testigo agente de policía, no debería dar por ciertas cosas que no están probadas de forma fehaciente.

—Ha lugar. La testigo debe enmendar su declaración.

—De acuerdo —dijo Carol—. La testigo retira la palabra «captar», y la sustituye por «sospechábamos que captaban». ¿Está conforme?

Miriam asintió y la letrada le indicó que continuara.

—También había sospechas de que obligaban a consumir todo tipo de drogas para doblegar la voluntad de las mujeres que... sospechábamos que captaban. Esas sustancias se consumirían, además, para hacerlas adictas y generar una dependencia de forma que, si se arrepentían, no pudieran marcharse de la secta.

—¿Cuál fue su labor dentro de esa organización? Me refiero, ¿cómo se infiltró?

—Pues, como todas las mujeres que pasan por allí, me tuve que «casar» con Jimmy Montana en una ceremonia nocturna que realizan las noches de luna llena. Allí probé en primera persona las drogas que utilizan, y… —se detuvo, dejando los ojos fijos para a continuación confirmar—: …y después me violaron.

Carol no siguió interrogando y dejó que el jurado asimilara la declaración. Los ojos de Miriam se volvieron vidriosos, con una lágrima comenzando a resbalar por su mejilla izquierda, mientras que los miembros del jurado murmuraban palabras entre sí.

—Señora Gómez —siguió Carol—. Esto que nos está contando… va más allá de sus deberes policiales. ¿Por qué lo hizo?

En ese momento se secó las lágrimas y entonces adquirió una postura más firme, más decidida.

—Nadie me obligó, desde luego, me ofrecí voluntaria. Mi tía desheredó a todos sus sobrinos al ser captada por esa secta, y eso nos puso sobre aviso.

—Protesto, señoría, la testigo vuelve a utilizar expresiones no probadas.

—Señoría, la testigo ahora no habla como agente de policía, ni refiere asuntos sobre la investigación. Ahora nos narra una experiencia personal.

—No ha lugar. Se rechaza la protesta. Continúe, la letrada.

—Con la venia. Entonces, agente Gómez, usted ya tenía «pruebas», aunque fueran personales, de lo que pasaba allí.

—Así es —siguió secándose las lágrimas—. Pero lo peor fue lo que ocurrió con mi hermana pequeña: Glenda fue captada —reiteró Miriam, poniendo énfasis en esa palabra— captada por esos desgraciados, y doblegaron su voluntad hasta el punto de no reconocernos a ninguno de los miembros de nuestra familia…

—…Y yo tenía que impedirlo… —siguió—. ¡Tenía que impedirlo!

—Lo comprendo, Miriam. Ahora sí que se entiende esa actitud.

—¡Tenía que impedirlo! —reiteró—. Tenía que impedir que la violaran de forma sistemática durante toda su vida mientras la hacían adicta a las drogas. ¡Tenía que impedirlo!

Entonces ya no se contuvo más, y comenzó a llorar de forma desconsolada, mientras el jurado afirmaba con la cabeza y se solidarizaba con ella. Tras unos minutos de espera, finalmente habló la abogada de la defensa:

—No hay más preguntas, señoría.

—Señor Holly, su testigo.

—Gracias, señoría. Con la venia, preferiría reservar el interrogatorio para otra ocasión.

—Se suspende la sesión. La vista se reanudará mañana a las nueve.

La justiciera

Holly sabía que ese no era el momento para interrogar a Miriam. El jurado le consideraría como poco menos que un desalmado, y debía dejar transcurrir algo de tiempo para que mitigase de alguna manera el efecto moral de aquella declaración. Carol había vuelto a usar su táctica preferida, y él debía intentar hacer que se olvidara, aunque fuera por unos días.

Pero sus cálculos no fueron acertados, y le salió el tiro por la culata. Como ocurrió la vez anterior, la prensa se enteró del caso, y, aunque ahora no había público ni retransmisiones televisivas, al llegar al palacio de justicia se encontraron un sinfín de periodistas apostados en la escalinata, de los que le fue muy difícil zafarse.

Así las cosas, la vista comenzó casi a las nueve y media de la mañana, que fue cuando se reanudó el interrogatorio a la testigo.

—Señora Gómez, ¿cuál era su cometido dentro de aquella organización?

—La idea era intentar hacerme con la «intendencia», es decir, mostrarme como una persona capacitada para ser una especie de administradora, o persona de confianza. Con el fin, lógicamente, de adquirir pruebas. Y para eso tuve que ganarme a esos cerdos durante un tiempo.

—Sí, imagino lo duro que debió de ser —se solidarizó, para intentar congraciarse con el jurado. No perdía de vista que en el futuro intentaría llevar la causa contra los hermanos Montana.

—Pero ahora —siguió—, no estamos juzgando a los artífices de aquella calamidad, sino a Daphne Ayers. Y en ese sentido, ¿cuándo entró ella en la secta?

—Yo la vi por primera vez el día 17 de abril. Según me dijo Jimmy, se la había encontrado en Minneapolis «gimiendo de necesidad» e implorando su auxilio y su protección.

—Entiendo. ¿Estuvo usted presente en la matanza que se produjo el día 20?

—No. En esos momentos yo me había marchado a facilitar los accesos a mis compañeros. Estaba previsto que ellos entrasen tan pronto como el narcotraficante que había traído las drogas aquella noche se marchara.

—Supongo que se refiere al señor Mayers ¿Él también participó en la orgía?

—Sí, claro.

—Por tanto, como usted estaba fuera, realmente no vio cómo la señora Ayers perpetraba aquellos asesinatos ¿No es cierto?

—Cierto es.

—Y sin embargo afirma que fue ella quien lo hizo. ¿En qué se basa?

—Solo ella sabía dónde estaba la pistola que se utilizó. Que era la suya, por cierto, la que me entregó solo unas horas antes. Yo la dejé guardada en un cajón, y se encontró en el lugar de los hechos, cuando ella se fue. Además, en la empuñadura solo se encontraron sus huellas. Las mías solo estaban en el cañón, que fue por donde la tomé cuando me la dio.

—Ese cajón, o la estancia donde se encontraba, ¿estaba cerrado con llave?

—No. «La despensa», como así se llama, no tiene llave. Pero se reprime fuertemente a quienes intentan entrar. En toda la finca solo se cierran con llave las estancias privadas de los hermanos Montana.

—Gracias, señora Gómez. Señores del jurado, como ven, la señora Ayers fue sin duda alguna la autora material de aquellos disparos. Dos muertos, otro que casi lo está, y cinco inocentes heridas. Unas mujeres que, lamentablemente, aunque de forma comprensible por otra parte, no han querido venir aquí a testificar. Aunque probablemente no recordaran nada, al haber estado drogadas por aquellos sinvergüenzas.

—Pero aquí no se trata —siguió—, de decidir si aquellos hombres merecían morir o no. La señora Ayers no puede erigirse en una especie de justiciera, como la defensa quiere hacernos creer. El hecho de que se haya deshecho de sujetos tan indeseables como Samuel Corby o los hermanos Montana, no debería hacerles perder de vista que sigue siendo una asesina. Nadie puede tomarse la justicia por su mano. Tengan esto muy en cuenta, cuando hagan sus deliberaciones.

El show de Maggie Relly

—¿Resultó la táctica de tocar la fibra sensible al jurado?

—Parcialmente. Yo creo que algo les movió, desde luego. Las declaraciones de la mujer policía les llegaron al alma.

—Ya te dije que el corazón manda más que la cabeza.

—Sí, pero la ley es la ley, Kevin, y Holly se las sabe todas. Esto no es como la otra vez, que no había pruebas concluyentes, quiero decir, pruebas que acusaran a las chicas de forma directa.

—¿Y ahora sí las hay?

—Sí. Aunque Miriam no vio a Daphne disparar, la pistola ha sido encontrada y tiene sus huellas. No pudo ser otra persona quien lo hiciera.

Carol y Kevin dieron un sorbo a sus vasos mientras miraban la televisión, cuando comenzó un programa de entrevistas sobre actualidad muy popular que presentaba una conocida estrella televisiva de nombre Maggie Relly.

—¡Anda! ¡Mira de lo que van a hablar hoy! —exclamó el marido.

—¿El qué? Estaba pensando en el caso y no estaba atendiendo…

—Escucha… ¡Escucha!

—Buenas noches, señores espectadores. Hoy tenemos en el plató a Walter Faraday. El señor Faraday es un especialista en sectas, y ha publicado varios libros donde se narran las historias de algunas de las más destructivas. También tiene ensayos sobre cómo detectar y prevenir que las víctimas de estas organizaciones caigan en sus redes. Walter, bienvenido al programa.

—Buenas noches, Maggie, encantado de estar aquí.

—Te hemos invitado, como nuestros televidentes imaginarán, por el caso «Edén». Todos hemos sido impactados por esta noticia, y quisiéramos saber tu opinión al respecto de esta secta.

—Es una secta destructiva, Maggie. Y antes de todo, aclarar que no todas lo son.

—¿No todas lo son?

—No necesariamente. La palabra «secta» evoca siempre algo malo, y se usa indiscriminadamente cuando nos referimos a religiones minoritarias. El protestantismo es muy proclive a esto, pues, como no hay una jerarquía organizada al estilo, por ejemplo, de la Iglesia Católica, es decir no hay un papa, cada creyente es más o menos libre de tomar el culto que más le apetezca, interpretando la Biblia a su manera, y eso origina en muchas ocasiones pequeños grupúsculos con las orientaciones más diversas.

—Claro, Walter, se me vienen a la cabeza los *amish*, por ejemplo.

—Sí, es un buen ejemplo. Los *amish* son un grupo protestante anabaptista, conocidos principalmente por su estilo de vida sencillo, vestimenta modesta y tradicional, su resistencia a adoptar comodidades y tecnologías modernas, como son las relacionadas con la electricidad. Los hemos visto conduciendo carrozas propias del siglo XIX, y vistiendo atuendos típicos de esa época. Son un grupo cerrado, desde luego, pero no son peligrosos en el sentido de que se aprovechen o destruyan a sus miembros, como hacen otras sectas.

—Como hacían los que dirigían «el Edén», ¿verdad? Los hermanos Montana.

—Efectivamente.

—Cuéntanos algo de esta secta. ¿Cómo surgieron?

—Pues esto viene de muy lejos, Maggie. Jimmy y Harry Montana estuvieron previamente en otra, que se llamaba «Los Hijos del Altísimo». ¿La recuerdas?

—Me suena… no es esa una secta que había en Kansas… Creo recordar que hubo un escándalo muy sonado hace tiempo.

—Justamente. «Los Hijos del Altísimo» fue una organización fundada por un tal Michael Marree, y se desarticuló por la policía hace unos veinte años. Funcionaban de un modo similar al *Edén*, es decir, captaban a gente desesperada, chicos y chicas jóvenes, desahuciados por la sociedad, a quienes prometían y proporcionaban en principio un calor que no recibían en sus familias. El mecanismo siempre es el mismo: los jóvenes se sienten acogidos, arropados por una comunidad que los escucha, los habla de Dios…

—Pero eso no tiene por qué ser malo necesariamente, ¿no es cierto?

—No, desde luego; siempre y cuando se quede solo en eso. Es decir, mientras la secta sea un lugar de reunión, de enseñanza de la religión, de acogimiento… eso no es ningún problema. Incluso aunque las personas vivan allí. El problema viene cuando se va más allá.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que no les dejen salir del centro, que les prohíban ver a sus familias, que les roben todo el dinero para «dárselo a la comunidad», que cambien el testamento por la misma razón… y por supuesto, que les droguen y que abusen de ellos sexualmente.

—Pero… ¿eso último es frecuente?

—Afortunadamente no. Aunque no se sabe a ciencia cierta, solo en USA se calcula que existen más de noventa sectas potencialmente peligrosas, donde es probable que eso se dé.

—¿Noventa sectas?

—Sí. Pero no creemos que en todas ellas haya abusos ni drogas.

—¿En cuántas se podría dar eso?

—En mi opinión, en al menos diez.

—¡Madre mía, Walter! Y… ¿qué se puede hacer para acabar con eso?

—Pues, concienciación, Maggie. Dar visibilidad a este problema, que como ves es muy frecuente en nuestro país. Programas como el tuyo, en este día, hacen que esto salga a la palestra, y que los familiares y la policía estén alerta.

—Desde luego, Walter. No dejamos de ser un servicio público. Pero volviendo a los hermanos Montana. ¿Cómo fue su progresión en esa secta?

—Ellos fueron víctimas de abusos sexuales en su infancia, y fueron captados por este sujeto, Michael Marree. Tenían un padre alcoholizado que no quiso saber nada de ellos en su adolescencia, y acabaron en «Los Hijos del Altísimo». Como habían vivido una infancia de abusos, era algo que consideraban «normal», y no pusieron obstáculos a que el «Gran Gurú», que era como se autodenominaba aquel sujeto, siguiera ejerciendo la misma actividad sobre ellos.

—¿Cómo funcionaba esa secta?

—Pues como te digo, captaban a gente vulnerable, les daban un hogar, les acogían en la comunidad… De ser despreciados por todos, ahora se sentían importantes, y máxime cuando les decían que eran un grupo elegido por Dios, que se salvaría del infierno, lugar al que iría dirigida el resto de la Humanidad. Eso sí, había que pasar por ciertos peajes, como el sometimiento al *Gran Gurú,* así como la aceptación estricta de todas las normas de la sociedad, cuyo incumplimiento se penalizaba con severos castigos.

—¿Era solo una secta de chicos?

—¡No!, qué va… El gurú le daba a todo, como te puedes imaginar. Había tantos chicos como chicas, en una organización que sustentaba él junto con sus mujeres.

—¿Con sus mujeres?

—Sí, aunque parezca mentira, sus esposas eran tanto o más fanáticas y peligrosas que él mismo, y participaban también en los abusos, especialmente con las chicas. El lavado de cerebro era tan intenso que ni si quiera hacía falta usar drogas, y los chicos y las chicas recibían la visita nocturna del gurú como un halago. Hasta en algunos casos lloraban de felicidad, mientras ellas eran violadas o ellos eran sodomizados.

—¡Madre mía, Walter! ¡Madre mía!

—Es tremendo, Maggie, la verdad que sí.

—Y, ¿qué pasó con los Montana?

—En esa organización, cuando los hombres cumplían 25 años, pasaban a ser los «eremeti», que es como se denominaba a ese grupo. Ya no eran visitados por el gurú, pero se seguían manteniendo castos, y eso sí, trabajaban para la comunidad en jornadas extenuantes. Hasta que unos cuantos se rebelaron, pues no veían bien que solo el jefe tuviera acceso a las hembras.

—¡Ah! Que ellos no…

—No. Al principio ellos solo «recibían», nunca «daban». Hasta que fueron *eremeti*, y entonces dejaron de «recibir», pero no por eso pasaron a «dar». Esa «función» solo la podía hacer el jefe.

—Entiendo.

—Como te digo, unos cuantos se rebelaron. El proceso fue algo complejo, pero en esencia, y para simplificar, el caso es que hubo un chivatazo a la policía, y ese fue el final de la secta.

—Mira, Walter, nuestro realizador ha conseguido imágenes de archivo del desalojo de aquella casa…

—Efectivamente, Maggie, como vemos en las imágenes, —dijo, señalando a la pantalla—, la policía irrumpió en la finca y hubo cierta resistencia por parte del gurú y de sus *eremeti* más afines —los más sumisos—. Se produjo un tiroteo, y hubo varios policías heridos y la organización fue descabezada al ser alcanzado Michael Marree por los disparos; También murieron alguno de sus más fanáticos acólitos, incluyendo alguna de sus mujeres.

—Es tremendo, Walter. Y ¿adónde fueron a parar los hermanos Montana?

—Pues ellos tomaron buena nota de todo aquello, y repitieron los esquemas básicos de la organización. Ya sabes, culto desmesurado al líder supremo, lavado intenso de cerebro, en fin, lo de siempre. Eso sí, no cometieron el error de admitir hombres, no sea que sucediera lo de la otra vez, es decir, que les saliera competencia. En su lugar, en el Edén solo se captaba a mujeres.

—¿Alguna otra diferencia entre *El Edén* y *Los Hijos del Altísimo*?

—Pues sí, hay una muy importante. Mientras que Michael Marree era un líder nato con una gran capacidad de convicción y encanto y un cierto atractivo personal, los Montana son menos efectivos en la persuasión y usaban drogas para compensar su relativa falta de encanto y así doblegar fácilmente la voluntad de las mujeres.

—¡Vaya gentuza, Walter!

—Ya lo creo. Al día siguiente de entrar allí la policía, se encontraron fosas donde se habían enterrado a mujeres todavía jóvenes. Las autopsias preliminares parecen apuntar a que murieron a consecuencia del desgaste que produce una adicción continuada a las drogas, principalmente cocaína, que ellos denominaban «el maná», con las que las drogaban sistemáticamente para generarles una dependencia a la secta todavía mayor.

—Es repugnante, sinceramente —suspiró.

—También se han encontrado algunos fetos e incluso bebés enterrados también en el mismo sitio. Ya te puedes imaginar de dónde salieron, y lo qué pasó con ellos.

—Repugnante, Walter, y vomitivo —comentó, haciendo una mueca de intenso desagrado—. Al menos esos dos… no tengo siquiera calificativos que se puedan decir por televisión… Al menos esos dos... monstruos, están ahora muertos.

—Sí, la sociedad se ha librado de un buen par de indeseables.

—Y… ¿qué papel juega aquí Daphne Ayers?

—Pues mira, no se ha levantado el secreto del sumario, y por tanto nadie puede acceder al contenido del juicio, ni a todo lo que se está allí diciendo. Pero todo apunta a que se introdujo en la secta con la finalidad de acabar con ella.

—Eso es más que obvio. O al menos, matar a sus líderes —apuntó la presentadora.

—Así es.

—Pero, ¿responde al perfil? Quiero decir, no es muy joven, ni tampoco muy mayor, si la captaron con el fin de sacarle el dinero.

—Bueno, no tenemos fotos recientes de ella, pero sí una sacada se sus redes sociales, de los tiempos en los que su marido era el guitarrista de Hazelnut. Aquí está —se la mostró a la cámara—. Como ves, es una mujer muy atractiva, y seguro que conserva muchos de sus atributos. En cualquier caso, también corre el rumor de que los tentó con dinero, pues se ha encontrado una bolsa llena de billetes dentro de «la despensa» que al parecer le pertenecía.

—Entonces, ¿podemos creer que es una especie de... de justiciera?, es decir, de alguna manera se enteró de lo que pasaba en esa secta, y entonces intentó hacer lo mismo que hizo con Samuel Corby. ¿Es una especie de... Spiderman, que salva a las víctimas de los villanos?

—Jajá —se rio—, pues sí.

—Bien, pues muchas gracias, Walter, y ahora vamos a conectar con Portland, donde nuestra corresponsal Sarah Valle nos va a comentar las últimas noticias que se han conocido allí, y en la cercana ciudad de Colton.

—Buenas noches, Sarah.

—Buenas noches, Maggie.

—¿Qué has podido averiguar sobre cómo sucedieron los hechos?

—Bueno pues, como ha dicho tu invitado, no podemos concluir a ciencia cierta lo que ocurrió, al no poder acceder al expediente del caso. Pero aquí hemos hecho nuestras averiguaciones y hemos podido contactar con algunos vecinos que estuvieron cerca del lugar de los hechos.

—Cuéntame, Sarah, ¿qué habéis averiguado?

—Pues mira, hemos estado en Colton esta mañana y allí dicen que la vieron aparecer desnuda.

—¿Desnuda?

—Sí. Por aquí se dice que, cuando llegó al *Edén*, los hermanos la quisieron forzar, y ella se revolvió. En la refriega perdió el arma, y llegaron a desnudarla, aunque no consiguieron consumar la violación, pues fue justo entonces cuando recuperó la pistola y disparó. Entonces huyó, y no se entretuvo siquiera a buscar su ropa, por si alguno de ellos estaba malherido y la persiguiera.

—¿Es eso cierto?

—Todo parece apuntar a que sí. Hemos hablado con algunos testigos que dicen que ella afirmaba que dos hombres armados la perseguían, y que querían violarla y acabar con su vida.

—Se referiría a los hermanos Montana…

—Sí, con toda seguridad. Aunque también hay otra versión.

—¿Cuál es?

—Por aquí hay quien dice que Daphne es una activista de *Femen*, y que se presentó delante de la finca desnuda para protestar contra lo que allí se hacía. Ya sabes, es el modo como todas esas chicas protestan ante las injusticias.

—Sí, lo sabemos. En Colton hubo una concentración a favor de los animales, un poco antes. Pero, Sarah, si iba desnuda ¿de dónde sacó la pistola?

—Esa es la gran pregunta, Maggie. De todas maneras, las *femen* suelen «actuar» desnudas solo de cintura para arriba, con lo que es probable que la tuviera en un bolsillo. Quizás perdiera después los pantalones en la refriega con los Montana, en lo que es probablemente la conjunción de las dos versiones.

—Así las dos serían verídicas. A ver… —se ajustó el dispositivo auricular por el que recibía las notificaciones—, nuestro realizador nos dice que tenemos imágenes de esa concentración. Sí, aquí están. Pedimos disculpas de antemano por la baja calidad de la grabación, pues fue realizada por el celular de alguien que pasaba por allí, a quién, en cualquier caso, agradecemos enormemente que nos las haya cedido. ¿Puedes verlo, Sarah?

—Sí, recibo también la señal.

—Como ven —se dirigió a los telespectadores—, aquí vemos a un grupo de mujeres que protestan contra la aniquilación de las focas del Ártico. Y por la descripción que tenemos de Daphne, me inclino a pensar que es aquella mujer alta, con el pelo corto… la que está al fondo. ¿La ves, Sarah?

—Sí, Maggie. No se la ve bien la cara, pero por la descripción que nos dieron los testigos presenciales, es casi seguro que sea ella.

—Es toda una luchadora por las causas que claman justicia, ¿no es así?

—Así es. Lo cierto es que aquí se le apoya de forma incondicional desde que se ha sabido su hazaña, aunque la única duda que se tiene es porqué disparó también a las otras chicas. No tiene sentido que las disparara a ellas también, Maggie.

—Es cierto, Sarah, pero eso también tiene una explicación, que acabamos de conocer. Es una primicia, que vamos a desvelar enseguida, y que sabremos por boca de una de esas chicas, que ha conseguido por fin, vencer sus miedos y concedernos una entrevista. Pero eso será… después de la publicidad.

Publicidad

—¡Joder! —exclamó Carol, que junto a su marido no habían pestañeado en toda aquella emisión.

—Me parece que te han ganado por la mano, cariño. ¿Sabes quién puede ser esa chica a quién van a entrevistar?

—No tengo ni idea. Está claro que se han dado más maña que yo en convencer a alguna.

—Les habrán ofrecido dinero por la exclusiva, como si fueran estrellas mediáticas.

—No me extrañaría nada… Oye, ¿podríamos grabar este programa?

—¿Grabarlo? Pues… no sé… desde que desaparecieron las cintas VHS ya no es tan sencillo, pero… ahora que me acuerdo, creo que la CBS conserva las emisiones de los últimos siete días en su página web. De ahí las puedes sacar, mañana.

—No puedo esperar a mañana, Kevin. Mañana tengo que estar en el juzgado enseñando este video.

—Pues… como no lo grabes con el móvil…

—No… la grabación tendría poca calidad… se movería… ¿No podríamos grabarlo con una cámara de video?

—¿Enfocar a la tele y darle a grabar? No… eso tampoco tendría calidad… Lo único que se me ocurre es llamar a mi hermano. Creo recordar que él tiene un equipo multimedia… sí, creo que se compró hace tiempo una especie de disco duro para grabar estas cosas… lo graba en formato MP4. ¿Con eso valdrá?

—¡Llámale inmediatamente! ¡Que se ponga a grabar ya!

Karen

Tras casi media hora de anuncios en los que la audiencia no se despegó del televisor, por fin volvió la emisión del programa. A Carol ya no le quedaban uñas que morderse, y confió en que su cuñado hubiera encontrado aquel aparato en el trastero y que se acordara de cómo funcionaba.

—Buenas noches, señores espectadores. Soy Maggie Relly y como les habíamos prometido antes de la publicidad, tenemos en exclusiva a una de las protagonistas que vivió en primera persona lo que ocurrió con de los hermanos Montana y lo que se desarrolló en aquella casa de los horrores. Les quiero presentar a Karen.

La cámara enfocó a una chica adolescente, pelirroja, con mirada huidiza y que llevaba un brazo en cabestrillo.

—En primer lugar, ¿cómo estás?

—Mejor —respondió, tras un pequeño suspiro—. El disparo me dio en el brazo y me rompió el húmero. Pero ya estoy casi bien.

—Luego hablaremos de eso. Pero, antes de nada, nos gustaría que nos contaras tu historia. ¿Cómo fuiste a parar al Edén?

Karen miró durante unos instantes al suelo, luego se tocó la mano izquierda con su derecha y entonces arrancó:

—Yo sufrí acoso escolar, en el instituto. Yo no quería ir a clase, pero mis padres me obligaban.

—¿Qué es lo que te pasaba allí?

—Eran dos compañeras. Me tenían manía.

—¿Por qué? Eres una chica guapa y lista, por lo que hemos sabido.

—Pues por eso mismo. Por envidia. Sacaba buenas notas y no salía con los chicos.

—Eras la rara, por lo que veo.

—Sí. Ellas no eran así. Siempre estaban con los chicos y suspendían.

—Ya veo. Y, ¿qué pasó?

—Me pegaron, me insultaron… Me amenazaron con darme una paliza al día siguiente si no pasaba ciertas «pruebas», que me exigían hacer.

—¿Qué tipo de pruebas?

Ahí calló por unos instantes, y después de suspirar dijo: —preferiría no hablar de eso.

—Está bien, Karen. Cuéntanos pues, como fuiste a parar a esa secta.

—Ese día no fui al instituto. Tenía mucho miedo. Me quería suicidar… y entonces vagué por las calles, y busqué en el móvil cómo suicidarme. Y entonces vi una publicidad en el buscador que era del Edén…

—Sí, señores espectadores, y perdona que te interrumpa, Karen. Por lo que hemos sabido, esa era una de las tácticas que usaba esta gente. Contrataban publicidad cuando ciertas «palabras claves» se introducían en el buscador. Bien, continúa.

—Pues eso, entonces les escribí por WhatsApp, y me contestó una chica. Se llamaba Glenda y ya estaba allí. Me dijo que no me matara, que ella pasó también por eso y que ahora estaba allí y era feliz. Me animó mucho, la verdad, pero yo no tenía dinero y no me podía ir a Oregón.

—¿De dónde eres? ¿Dónde vives?

—En Dallas, Texas.

—Sí, claro, muchas millas. Y entonces, ¿cómo llegaste?

—Primero hice una videoconferencia con Jimmy. Quería conocerme. Y después me compraron un billete por Internet para ir en autobús. Solo tenía que ir a la estación de autobuses y tomar uno que iba para allá esa misma tarde.

—¿Qué te pareció Jimmy?

—Me pareció un hombre encantador. Muy comprensivo, muy amable… vamos todo lo contrario a mis padres. Me dijo que no tendría que preocuparme nunca más del instituto, y que allí encontraría mi casa. Como ya era mayor de edad, mis padres no tendrían que reclamarme.

—Una pregunta, Karen, con 18 años, ¿aún seguías en el instituto?

—Sí, pasé dos años enferma de pequeña, e iba retrasada. En realidad, yo siempre he sido retrasada en todo. En mi desarrollo, en mi pubertad… Yo creo que ese también era un factor para que mis compañeras me odiaran.

—Comprendo. Y, cuando llegaste allí, ¿qué pasó?

—Me hice muy amiga de Glenda. Las dos éramos novicias, y nos admitirían formalmente en la comunidad la noche de luna llena —justo cuando llegó esa mujer—. Yo estaba encantada. Me trataban muy bien y me creía todo lo que me decía Jimmy.

—Y, ¿lo sigues creyendo?

—No, claro, ahora me he dado cuenta de que todo era mentira, aunque yo ya sospechaba algunas cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Pues, por ejemplo, por qué no había allí mujeres mayores. Por qué la mayoría éramos tan jóvenes, con alguna excepción.

—Y, ¿cuál era la explicación?

—Me decían que se habían ido al cielo con Jesús. Que aquello era la antesala del paraíso, y que el Señor se las había llevado para seguir gozando en el cielo eternamente. Y yo me lo creía, por supuesto. Luego me enteré de los cadáveres que encontraron, y de cómo murieron.

—Por todo el asunto de las drogas…

—Eso es. También me extrañé de que no hubiera hombres y me dijeron que los hombres son malvados, y no quieren aceptar lo que Jesús les ofrece. Todos excepto Jimmy y su hermano, claro.

—Pero tú eres una persona inteligente, Karen, ¿por qué te creíste todo aquello?

—Por sugestión, supongo. Y también porque tenía necesidad de creerlo. Seguramente las drogas también tendrían su papel, sobre todo la ayahuasca, que la consumía casi a diario.

—Entiendo. Cuéntanos qué pasó la noche del 20 de abril.

—Daphne entró dos o tres días antes. Se hacía llamar Susan. A mí me pareció una mujer muy rara, aunque todo el mundo era raro allí, de alguna manera.

—El día 20 —siguió—, tuvimos la ceremonia de entrada oficial, que ellos llamaban «el Rito». Ese día, o, mejor dicho, esa noche iba a ser muy especial, y ahora he sabido por qué.

—Abusaron de todas vosotras.

—Eso es. Yo no me di cuenta de nada hasta que no me desperté al día siguiente, y entonces lo supe.

—¿Cómo lo supiste?

—Yo era virgen antes de aquello. Y cuando me desperté…

—Comprendo, Karen —la interrumpió—. Y, además, fue en ese momento cuando empezó todo, ¿verdad? Me refiero al tiroteo.

—Así es. El sonido de los disparos nos sacó del aturdimiento en el que estábamos. También supongo que ya se estaría pasando el efecto de la droga esa que nos pusieron.

—Y, ¿qué ocurrió? ¿por qué os disparó Daphne también a vosotras?

—Yo creo que no era su intención. Cuando comenzó a disparar, aquellos cobardes se refugiaron detrás de nosotras para protegerse de los disparos. Por eso fue.

—Increíble… Pues ya lo han oído, señores espectadores. Unos canallas, unos sinvergüenzas, unos malnacidos —por usar palabras que se puedan emplear en televisión—, y ahora también sabemos que eran unos cobardes. No tengo palabras para describirlos, ni para describir el horror que vivieron todas esas mujeres. Un horror que, aunque sea con algún efecto colateral, ha finalizado para alivio y consuelo de todas estas familias.

—Muchas gracias por tu testimonio, Karen —concluyó—, y espero que ahora todo se arregle con tus padres y con el instituto.

—Se ha arreglado, desde luego. Ahora me aceptan y me respetan por lo que pasó, y mis padres me quieren. No puedo pedir más.

Alegatos

El juez Simpson no quería que el juicio fuera público para que el juzgado o él mismo no recibieran la presión mediática que recibieron la otra vez, y les forzara de alguna manera a dejarse llevar por los sentimientos y no por la ley. Pero no le sirvió de nada aquella medida, pues el aluvión de gente que se encontraron los días siguientes a la emisión de aquel programa ante la puerta del palacio de justicia fue tal, que tuvieron que apostarse decenas de coches de policía a la puerta del mismo para impedir que los avasallaran.

Por si fuera poco, el grupo ultra feminista Femen se hizo eco de todo aquello a raíz de los rumores de que Daphne era una de sus activistas. Manifestaciones de mujeres desnudas se sucedieron por todo el país y parte del extranjero, portando pancartas que exigían la liberación inmediata de Daphne Ayers. Su fama como «justiciera» se extendió incluso a algunos casos que estaban sin resolver, y donde los agresores habían sido sádicos o truhanes de todo pelaje y condición. La prensa veía patrones similares en cualquier sitio, y para eso estaba aquella heroína popular para hacerse cargo de los villanos y restituir la justicia donde esta no llegaba.

Así las cosas, el último día del juicio, el jurado, los funcionarios del juzgado, los agentes de la policía que estaban en la sala, en fin, todas las personas que allí había, no paraban de comentar las noticias y las diversas informaciones que, muchas veces inventadas o exageradas, circulaban por todos los ambientes.

—Señor, Holly, señora Dyer, ¿tienen ya listos sus alegatos finales?

—Sí, señoría.

—Proceda con el suyo, señor Holly.

El hombre se levantó del estrado, se puso en medio de la sala, se aclaró la voz y comenzó a decir:

—Señores del jurado, estamos en un palacio de justicia. Esto no es un plató de televisión donde los periodistas son juez, jurado y verdugo. Aquí solo nos puede mover la ley, y nos debemos a ella y a su literalidad. Nada ni nadie está por encima de la ley. Tengan esto siempre muy presente.

—Estamos juzgando —siguió— a Daphne Ayers, a quién se acusa de robo, usurpación de identidad, intento de asesinato y asesinato en primer grado de cuatro personas. ¡Cuatro personas, señores del jurado!, porque el tercer hombre hallado en la finca *el Edén* ha fallecido igualmente en el hospital durante el día de ayer.

Entonces dejó pasar deliberadamente unos instantes y continuó:

—Y tenemos pruebas inequívocas de que la acusada es la autora material de los hechos. En primer lugar, tenemos un testigo que la vio en el momento de producirse el asesinato de Samuel Corby.

—¡Protesto, señoría! ¡Ese testigo no existe!

—No ha lugar —dijo el juez—. Señora Dyer, no está autorizada a protestar en los alegatos finales. Señor Holly, prosiga.

—Ese testigo es la señorita Leslie Ayers, que, declaró haber visto a su tía esa noche. No fue en este juicio, sino en el anterior, pero eso es indiferente. Aquello fue en un lugar en el que solo estaban ella y Janet Arley, que fueron declaradas inocentes, como ustedes recordarán. En definitiva, no podía ser otra persona, por mucho que no se haya encontrado el arma material. Un testigo así lo afirma, y, aunque los motivos de esa testificación eran otros, testigo es, al fin y al cabo.

«Además de esta prueba, tenemos también la declaración de Susan Carpenter —la verdadera—, en la que testificó la intención de la acusada de querer matar a su marido, porque le creía responsable de una infidelidad con Janet Arley. Recordemos que la joven vivía en el lugar del asesinato, con lo que ya tenemos también un motivo para cometer ese crimen, eso sí, con la persona equivocada».

«En segundo lugar, tenemos el testimonio de la agente Miriam Gómez, que declaró haber visto… haber escuchado disparos —rectificó, ante la mirada acusadora de Carol— en el denominado «Salón de la Luna» de la finca *el Edén*, lugar en el que se asesinaron a tres personas y se hirieron a otras seis. El arma con la que se cometió el crimen fue hallada en el lugar de los hechos, y tenía las huellas de la acusada».

—Señores del jurado —concluyó—, las pruebas son más que evidentes, y en todos estos meses la policía no ha encontrado el más mínimo indicio que los lleve a sospechar de la existencia de otra persona que no sea la acusada, es decir, de Daphne Ayers. Ella es —apuntó a la mujer, que permanecía en un estado de ensimismación, como si no estuviera allí presente—, ella es la responsable de esos crímenes. Y ahora les toca a ustedes calificar su culpabilidad o su inocencia, es decir, si fue ella o no fue ella quien realizó los disparos. Eso es lo que tienen que decidir, señores del jurado, no lo pierdan nunca de vista. La cuestión no es si lo hizo porque creía esto, o porque pensaba aquello. No, señores del jurado. No se trata de evaluar los motivos por los que lo hizo, sino si lo hizo o no lo hizo.

—Gracias, señor Holly. Señora Dyer, su alegato.

—Gracias, señoría.

—Los motivos son muy importantes, señores del jurado —comenzó, mirando a su contrincante—, y pueden decidir el sentido de la balanza. ¡Por supuesto que sí! Dicho esto, quiero recalcar el hecho de que no tenemos ninguna prueba de implicación directa, sino que son todas pruebas circunstanciales.

«En el caso del asesinato del señor Corby, no se encontró el arma del crimen, ni tampoco la hipótesis de que la acusada quería matar a su marido se sostiene. Recordemos que no se ha encontrado prueba alguna de que los dispositivos de espionaje encontrados en la vivienda pertenezcan a la señora Ayers. No solo no había huellas suyas, sino que tampoco se ha encontrado en el registro domiciliario que se realizó al aparecer la acusada, el transmisor de radiofrecuencia que teóricamente tendría que ser la clave de todo y que daba acceso a las grabaciones».

En ese momento se detuvo, y miró durante unos instantes al suelo. El vídeo que pensaba haber presentado de Karen no puedo mostrarlo por motivos obvios. La chica había dejado claro lo que era aquella secta, pero también había dicho de forma rotunda que Daphne fue quien hizo los disparos. En cualquier caso, Holly no era tonto y se lo podía haber sacado después, cuando hiciera su interrogatorio. Además, todo el jurado habría visto aquel video, que se repitió una y otra vez en todas las cadenas, aunque esa no era una testificación judicial. Así que jugó la única carta que tenía, que ya de por sí era mala.

—Y en el caso del tiroteo de Portland, tampoco aquí tenemos pruebas incriminatorias directas. Sí, se ha encontrado una pistola con sus huellas, pero la razón es que esa era la pistola de la acusada, que portaba cuando llegó a la finca. Nadie la vio disparar, aunque ciertas… confrontaciones en los medios dicen lo contrario. En esta sala no se han presentado testigos que así lo corroboren, y por tanto el autor material de aquel tiroteo bien pudiera haber sido cualquiera de las víctimas —quizá alguna de las personas heridas—, que se preocupara de quitar sus huellas después para no incriminarse. Por supuesto, esto son solo hipótesis, y no quiere la defensa acusar a nadie.

—Por último —concluyó—, tengan muy presente lo que he dicho al principio: los motivos son muy importantes, y pueden atenuar una culpa, incluso hasta hacerla desaparecer. Finalmente, recuerden el testimonio del médico, el doctor Hammer, y lo que este nos informó acerca de su estado mental.

—Gracias señora Dyer —clamó el juez—. El jurado se retirará a deliberar, y pronunciará su veredicto mañana a las nueve, tras el cual yo emitiré la sentencia. Se levanta la sesión.

La hora del baño

—Mami, ¡quiero salir ya!

—¿No quieres quedarte un poco más, mi vida?

La niña hizo un gesto negativo con la cabeza mientras mostraba las yemas de los dedos que exhibían la rugosidad propia de haber estado mucho tiempo bajo el agua. Entonces la madre la extrajo de la bañera y la arropó con esas toallas tan características que cubren a los niños a modo de capucha.

—¿Por qué cuando se está mucho tiempo en el agua se ponen los dedos rugosos?

—No lo sé, cariño. Dicen que es porque cuando nosotros éramos trogloditas, es posible que nuestra alimentación se basara en peces, y al tener la forma de los dedos rugosa, pues entonces es más fácil atrapar las presas. ¿Lo comprendes?

—¡Qué tontería! Yo he intentado atrapar a Bobby muchas veces, y ¡no hay manera!

—Bueno, es que nuestro pececito es muy pequeño, y es algo escurridizo. ¿De verdad que no quieres quedarte más tiempo?

—No, mami, ahora quiero jugar contigo y con papi.

—¡Kevin! —llamó al marido—. El dichoso teléfono, otra vez… ¿Quieres por favor sacar a la niña de la bañera?

—¡Ya voy! —respondió, desde una habitación contigua—. Tenías que haberla sacado antes…

—Lo sé, cariño —le dio un beso cuando llegó—. Pero es que quiero aprovechar… por si esto no lo puedo hacer tan a menudo como ahora.

Carol respondió al teléfono y mantuvo una conversación con alguien. Estuvo un buen rato hablando, y cuando bajó al salón la niña ya estaba vestida y estaba jugando con la otra hermana y con el padre. La madre se unió a los juegos, aunque tuvo que interrumpirlos en más de una ocasión por las constantes llamadas que recibía. Después de que hubieron acostado a las chicas, se quedaron los dos solos y se acostaron, pues ya se les había hecho tarde. Ya en la cama, Kevin le dijo:

—¿De verdad que quieres pasar otra vez por esto?

—Bueno, para eso volví al ejercicio, supongo.

—Vale, pero una cosa es aceptar juicios esporádicos como abogada de oficio, y otra meterte en la vorágine de un bufete de primera clase. No lo necesitas, realmente, y vas a acabar muy harta.

Al marido no le faltaba razón. Cuando salió del despacho en el que trabajaba junto con Holly, su vida adquirió un nuevo sentido. Antes no tenía vida, literalmente, y la excusa de que se retiraba para tener hijos era verdad solo en parte.

Y ella sabía de sobra lo que allí le esperaba: casos y casos, y horarios interminables en los que apenas podría ver a su familia.

Pero la oferta era muy tentadora, y no supo decir que no. La repercusión mediática de los dos juicios que llevó fue tal, que su antiguo bufete le hizo una oferta astronómica que no pudo o no quiso rechazar.

—Si lo veo muy mal, lo dejo, Kevin.

—Lo vas a ver mal desde el primer momento, Carol. Ya ves lo que ha ocurrido esta tarde. Todavía no has firmado el contrato y ya te están llamando casi continuamente. ¿Es que no te das cuenta?

—Soy directora de la sección de penal. Yo soy feminista, y creo que hay que «empoderar» a las mujeres.

—Sí, sí, todo eso del feminismo está muy bien; ya sabes que yo creo que a las mujeres hay que…

—Hay que permitirlas que puedan llegar a donde quieran, ¿no es así? Permitirlas… Como si hubiera que pedir permiso.

—Yo no he dicho eso. Yo iba a decir que hay que respetar las leyes para que las mujeres puedan hacer o llegar… donde ellas quieran. Que puedan hacer lo que deseen, vaya, sin que se les prohíba nada. Es lo que dice la ley.

—La ley… la ley dice eso, sí, pero luego están los «famosos techos de cristal», ya lo sabes.

—Sinceramente, creo que esos techos los construís las propias mujeres.

—¿Por qué?

—Pues porque os empeñáis en criar a los hijos, en lugar de hacerlo los hombres. Si alguien busca a una persona con total disponibilidad, la mujer lo tiene algo peor, pues, por lo general, queréis dedicarles tiempo a los hijos.

—¡Ah!, ¿es que eso está mal?

—No, desde luego, pero entonces, búscate un trabajo menos exigente.

—Un trabajo que los hombres están dispuestos a hacer. ¿No es así?

—Un trabajo que vosotras no estáis dispuestas a hacer. Fíjate que no es lo mismo, y lo que es peor, la culpa la tenéis vosotras.

—Es que se tenía que legislar para…

—No querida. La ley, el Estado… no se puede inmiscuir en asuntos que son puramente domésticos. Si tú quieres trabajar a jornada completa, endósale los niños a tu marido, y así tendrás las manos libres. Pero claro, os empeñáis en querer llevar el peso de la casa vosotras… y así os va.

Carol se quedó pensando en lo que le había dicho su marido, y la verdad es que no le faltaba razón. Ella misma había estado muchos años sin trabajar por esa cuestión. Podría haber dado a luz y reincorporarse inmediatamente al trabajo, como habían hecho otras compañeras; pero ella no quiso. Podría haber sido Kevin quien tomara aquella excedencia y ella podría haber seguido su carrera. Pero el cuidado de los niños era algo que quería hacer ella…

Ahora las niñas ya no eran bebés y necesitaban menos atenciones y por eso se había reincorporado a la abogacía. Él ya le había dicho que asumiría sus cuidados, pues tenía un trabajo menos exigente, aunque Carol sabía que en el fondo le gustaba que esas fueran ocupaciones femeninas. Pero se lo había dicho y estaba dispuesto a hacerlo, que era lo importante.

La cuestión es si ella estaba dispuesta a dejar de ver a las niñas a diario. A bañarlas, a jugar con ellas… incluso durante semanas enteras. De momento pensaba que sería capaz de hacerlo, pero en el fondo de su corazón pensaba que no aguantaría mucho. El área de penal era «la vida» como su marido le había dicho en más de una ocasión, mucho más que otras áreas más burocráticas como fiscal o mercantil, y por eso le gustaba. Pero ella era de involucrarse moral y personalmente en los casos, y no sabía si su cuerpo se lo permitiría durante mucho tiempo.

En cualquier caso, se dijo, con el tiempo lo vería más claro. De momento, al día siguiente, se pronunciaría el veredicto del caso más mediático desde los últimos tiempos, y ella estaba segura de que saldría bien.

El martillazo final

—Buenos días, Holly.

—Hola, Carol.

Los dos abogados estaban en la sala, esperando que llegara el juez, mientras los miembros del jurado iban ocupando sus asientos.

—Creo que te vas a quedar sin sueldo, colega. Los familiares de las chicas han retirado las demandas de indemnizaciones contra Daphne.

—Todavía me queda Andreas.

—Pues cruza los dedos para sacar algo de ahí. Creo que tampoco te vas a poder llevar el caso contra los hermanos Montana…

—Lo sé. Han contratado a otro abogado para intentar hincar el diente a su patrimonio.

—Te has puesto del lado de los villanos, y, claro, eso pasa factura.

—Ha sido la prensa, Carol. Si esto no hubiera trascendido…

En esas estaban cuando llegó el juez, y tras sentarse y callarse la sala, dijo:

—Señores del jurado, ¿tienen ya su veredicto?

—Sí señoría.

—Póngase en pie la acusada.

Pero la acusada no pudo ponerse en pie porque estaba dormida. Se había reclinado sobre el estrado y mantenía apoyada la cabeza sobre sus brazos cruzados. El juez no insistió más y le dijo al jurado:

—Adelante.

El portavoz —esta vez una mujer— sacó un papel de un bolso que portaba y procedió a leerlo.

—El jurado ha deliberado y presenta el siguiente veredicto respecto a la acusada, Daphne Ayers —hizo un silencio y siguió—: respecto al cargo de asesinato de Samuel Corby, culpable. Respecto al cargo de robo y estafa a un establecimiento hotelero y una compañía de alquiler de coches, culpable. Respecto al cargo de usurpación de identidad, culpable. Respecto al cargo de asesinato de tres personas y causar heridas a otras seis, culpable.

—Muchas gracias, señores del jurado. En consecuencia, yo declaro a la acusada Daphne Ayers culpable de todos los cargos.

—Y… —siguió el juez, mientras Carol tragaba saliva—, en consideración al estado mental en el que se encontraba la acusada cuando realizó todos los actos de los que se le acusa, y que ha sido sobradamente demostrado, este tribunal considera que no

era responsable de sus actos, y por tanto le exime de pena y de permanencia en establecimientos penitenciarios. No obstante, deberá procederse a su internamiento forzoso en un centro psiquiátrico del Estado de Illinois, donde permanecerá por un tiempo indefinido, que será determinado por los especialistas médicos que lleven su tratamiento. Igualmente, y por el mismo motivo, no procede exigir compensación indemnizatoria para compensar a los familiares de las víctimas, y tendrán que solicitarla de las compañías aseguradoras, en su caso.

El juez dio un martillazo y finalizó diciendo:

—Se levanta la sesión. El juicio ha terminado.

Pasión Extrema

Lawrence terminó su impresionante solo de guitarra, que sonaba como colofón a la no menos espectacular canción que daba nombre al álbum «Pasión Extrema». Leslie golpeaba los platillos de su batería con giros rápidos de muñeca, de forma que sonaba un continuo chirriar que el responsable de las mezclas tuvo que ajustar para que los agudos no sobrepasasen el nivel máximo de dolor que el público estaba dispuesto a soportar. Lorraine tocaba las cuerdas de su bajo de forma veloz, imitando el estilo puntillista del gran Kai Costa, su admirado ídolo, mientras Bernard perfilaba los últimos acordes de la estrofa con la que su teclado iba a sonar aquella noche.

Por fin, tras un atronador redoble de batería, la guitarra, el bajo, el teclado y la voz de Janet hicieron explotar al inmenso gentío, que, tras tocar aquella última nota, no paraba de aplaudir y de gritar, solicitando que tocaran aquella canción una vez más. La canción favorita del público, que terminaba precisamente de tocarse por segunda vez.

El concierto había terminado y la afluencia había sido récord. Jamás habían ido tan lejos, nada menos que a Australia, tras finalizar la prohibición de salir del Estado que les impuso el juez Simpson.

La expectación causada sobre ellos a raíz de los dos juicios, catapultó la popularidad de la banda hasta quedar por encima de muchos grupos teóricamente superiores, siendo solo superados por los Thertonball de Kai Costa. Incluso Hazelnut estuvo por debajo, pues ni siquiera los veloces alaridos guitarreros de Lee Mardsen pudieron hacer nada para evitarlo.

El nuevo álbum subió como la espuma y todo el público aplaudía a Janet, Leslie, Lawrence, Bernard y Lorraine. Los cinco saludaban, despidiéndose, mientras se abrazaban mirando al público. Janet sonreía emocionada mientras la audiencia coreaba su nombre, aunque por un instante una expresión triste invadió su rostro. Un gesto que muy pocos notaron, pero que a Leslie no le pasó desapercibido. Y, además, ella creía saber la causa.

Efectivamente, Janet se preguntó si todo aquello había merecido la pena. La popularidad, los aplausos, el dinero, el éxito... Se preguntó si no hubiera sido mejor quedarse en el Charly's, y de esa manera evitar los cuatro muertos, las chicas heridas, los meses de cárcel, el desasosiego de Lawrence al perder a su mujer...

Se lo preguntó, y no supo responderse: se limitó a vivir el momento.

«El pasado ya no existe; el futuro es incierto; solo nos queda el presente», se dijo. Y no le faltaba razón, pues solo unos meses después llegaría la Pandemia.

EPÍLOGO

Generosidad

No tenía por qué hacerlo… ¡no tenía por qué hacerlo! Se decía una y otra vez. Esa mujer no se lo merecía, y además, nadie se iba a enterar.

Todos los beneficios recaudados por el álbum *Extreme Passion*, las ganancias de los conciertos, las descargas, las comisiones de los portales de música… A Lawrence le correspondía el 20% de todo ese dinero, y podía haber sido más si él no hubiera sido tan generoso.

Pero eso fue lo que le dijo, la última vez que le vio. Mejor dicho, que le oyó, pues con las restricciones a las visitas incluso de los familiares, solo pudo hablar con él por teléfono, unos días antes de fallecer:

—Leslie, entrégale mi parte a Daphne, por favor.

—¡Pero tío! ¡No ha querido saber nada de ti desde hace años! ¡Y quiso matarte!

—Lo necesitará cuando salga de ese centro… y a mí no me va a hacer falta ya.

—No, tío, vas a salir de esta. ¡Ya lo verás!

—Dios lo quiera… pero estoy viendo a la gente caer como moscas, Leslie… ¡como moscas! Y yo me encuentro fatal…

—Tío, no puedes irte… ¡tío! ¿Qué íbamos a hacer sin ti?

—También nos preguntamos eso cuando se fue Kai, y ya ves, salimos adelante. Y yo… yo soy menos imprescindible que él. Volar alto, Leslie. ¡Volar alto!... Y conquistar el mundo.

Su tío no se equivocó y la siguiente mosca en caer fue él. El Covid 19 se cobró millones de muertos en la primavera de 2020, y Lawrence no fue una excepción.

Y ahora se encontraba ella en la tesitura de cumplir el último deseo de su querido tío, o bien repartir las ganancias entre los demás, quedándose ella una buena parte.

Nadie se daría cuenta, desde luego. Todos los miembros de *The Costayers* eran algo más que compañeros. Eran amigos, amigos de verdad, y nadie ponía en duda lo que Leslie, como administradora de aquella sociedad, les repartía.

Además, legalmente ella era su heredera, pues su tío no había querido nunca hacer testamento por aquello de que daba *mal fario*. En ausencia de otros familiares directos, pues su propio hermano —el padre de Leslie— también había caído con la enfermedad, ella se quedaba con todo.

Podía haberse quedado esa parte, o repartirla entre los demás, o bien darle una parte a Daphne, la parte que ella quisiera, en lugar de todo.

Pero no. Quería demasiado a Lawrence como para traicionarle en la que era su última voluntad.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó a la enfermera que la atendía.

—Ha mejorado mucho —le dijo—. El hecho de volver a tomar la medicación, participar en terapias de grupo, recibir tratamiento psicosocial… No es que esté bien del todo, pero es una persona totalmente diferente. Creo que no la reconocerá de lo que ha cambiado.

Y efectivamente fue así. Cuando entró en su habitación parecía otra mujer. Había engordado otra vez y ahora no tenía aquella mirada afilada de perdonavidas, sino que mostraba cierta serenidad en la expresión.

—Hola, Daphne —saludó, de mala gana, esperando que ella le respondiera el saludo, cosa que no hizo.

—Verás… —abordó, el asunto sin más prolegómenos—. Mi tío me dijo que te entregara esto —le extendió un sobre de papel cerrado—. Son las ganancias que le corresponden por los dos últimos años. He ingresado el dinero en una cuenta a tu nombre en el Amex Bank… y aquí están los datos y las claves.

Leslie se la quedó mirando fijamente, esperando que dijera algo. Pero su tía se limitó sencillamente a abrir el sobre y ver su contenido, enarcando las cejas cuando leyó el saldo de la que ahora era su cuenta. Entonces volvió a mirar a su sobrina, intentando encontrar una explicación. Había recobrado la cordura suficiente como para comprender aquello, sabiendo como sabía que ni él ni ella tenían por qué entregarle nada.

Después se limitó a cerrar otra vez el sobre, se levantó, y lo introdujo en un cajón de la cómoda donde guardaba sus cosas personales. A continuación, ignoró a la chica, y se marchó hacia la ventana, donde procedió a contemplar el jardín que había en el exterior.

Ahí fue cuando Leslie, viendo que allí estaba de más, se levantó y se marchó con un escueto «adiós, Daphne», que le dirigió antes de salir, arrepintiéndose en cierto modo de lo que acababa de hacer.

Cuando llegó a la calle, antes de salir del recinto, volvió a mirar hacia la ventana de la primera planta, y allí vio a su tía en una actitud como jamás la había visto.

Efectivamente, Daphne estaba llorando. Estaba llorando de pena, por haber tratado así a su marido y a su sobrina. Llorando, arrepentida de todo el mal que, ahora sí, sabía y comprendía que les había hecho.

Amor

El tratamiento estaba funcionando, y uno de los hitos clave era que el paciente comprendiera que estaba enfermo. Que había realizado actos que no recordaba, y que sufría alucinaciones. Admitir eso era ya todo un avance, y Daphne estaba ya en esa fase.

Había pasado tiempo desde que le dijeron que había muerto su marido y desde que la visitara Leslie, y se encontraba en su habitación, esperando que viniera la enfermera a abrirle la puerta y permitirle dar un paseo por el jardín.

Y la puerta se abrió. Pero no fue la enfermera quién entró, sino Lawrence. Su aspecto era mucho más joven, el aspecto que lucía en su época dorada como guitarrista de Hazelnut, con su larga cabellera rubia y su bigote poblado.

—Hola Daph.

—Hola Lawrie —le saludó, como si la última vez que le hubiera visto hubiese sido el día anterior, y solo hubieran tenido una pequeña discusión. Después le dijo—: Oye, perdóname por desconfiar de ti —sus ojos suplicaban, casi imploraban perdón.

—No te preocupes, no tiene importancia.

—¡Qué bueno eres! En realidad, siempre lo has sido. Te he hecho mucho daño, y no sabes cuánto me arrepiento.

—Olvídalo.

—Está bien —se conformó—. ¿Qué tal te va por ahí arriba?

—Bueno, me podría ir mejor.

—¿Estás en el purgatorio?

—Sí, cometí ciertos excesos antes de conocerte, ya lo sabes.

—Eras un poco golfete en esa época… Pero, ¿tienes para mucho?

—No lo creo. Me han redimido gran parte de la condena gracias al sufrimiento que me diste.

—¡Vaya! No hay mal que por bien no venga…

—Desde luego. Creo que ya me queda poco, ya te digo, y pronto entraré en el cielo. Como ves, Dios no da puntadas sin hilo.

—¿Quieres que haga algo por ti?

—Unas oraciones no me vendrían mal.

—Descuida, dalas por hechas.

—También te pido que reces por Leslie.

—Me porté muy mal con ella.

—Lo sé. Anda, pídela perdón.

—Lo haré, Lawrie... Pero, ¿ya te vas?

—Me tengo que ir, Daph. Pero yo estaré siempre contigo.

—Te quiero mucho, amor mío.

—Hasta pronto, mi vida.

Nota del autor

Este libro pertenece a una colección de cuatro novelas, y que son, por orden de publicación, "Amor Incondicional", "La Fuerza del Amor" y "Asesinato en el Grand Hotel".

Son cuatro historias independientes, con temáticas diferentes, pero que comparten alguno de sus protagonistas.

Amor Incondicional narra principalmente la turbulenta historia de amor entre Kai y Rose, que son unos personajes que el lector ya ha conocido en *Pasión Extrema*. Por otra parte, en *La Fuerza del Amor* vuelven a aparecer Janet y Daphne, aunque como personajes secundarios dentro de una novela que describe el devenir futuro de *The Costayers*, entre otras muchas cosas. Y, por último, en *Asesinato en el Grand Hotel* aparecen también Kai y Rose y los demás miembros de Thertonball, aunque también aquí juegan un papel no principal. Esta es una novela policíaca, un *thriller* de misterio donde se explica, como parte del argumento, los acontecimientos que surgieron a raíz de la expulsión de Kai Costa del grupo.

Puedes descargar estas novelas, así como también el resto de libros de JG Millán en el mismo sitio donde has descargado esta, y también en:

http://sites.google.com/view/jg-millan